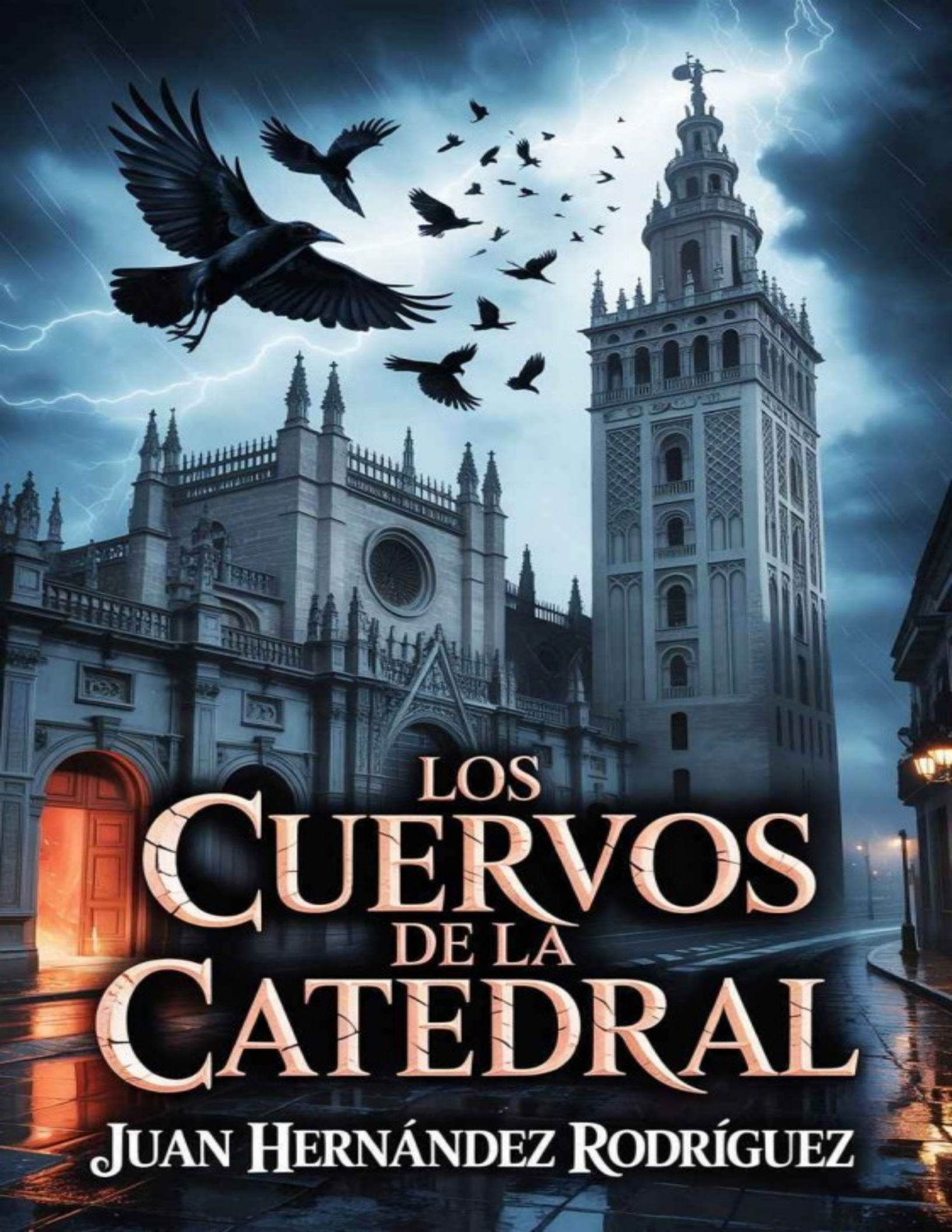




LOS
CUERVOS
DE LA
CATEDRAL

JUAN HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Los cuervos de la Catedral

1. [Título](#)
2. [Epígrafe](#)
3. [Prólogo — Las campanas del alba](#)
4. [Capítulo 1 — Las campanas de medianoche](#)
5. [Capítulo 2 — Bajo la línea del agua](#)
6. [Capítulo 3 — El campanero ciego](#)
7. [Capítulo 4 — La ciudad sumergida](#)
8. [Capítulo 5 — Las manos del agua](#)
9. [Capítulo 6 — El idioma de la piedra](#)
10. [Capítulo 7 — El oeste de Sevilla](#)
11. [Capítulo 8 — Finis Terrae](#)
12. [Capítulo 9 — Los que no dejan acta](#)
13. [Capítulo 10 — La bóveda inversa](#)
14. [Capítulo 11 — La campana desde abajo](#)
15. [Capítulo 12 — El nombre del camino](#)
16. [Capítulo 13 — Lo que no debía abrirse](#)
17. [Capítulo 14 — La respiración del templo](#)
18. [Capítulo 15 — Hacia el oeste](#)
19. [Agradecimientos](#)
20. [Nota del autor](#)

Los cuervos de la Catedral

Juan Hernández Rodríguez

«No todo lo que fluye es agua.»

Sebastián Paniagua de la Riba,
alfarero de Triana, 1688

Prólogo

Las campanas del alba

Llovía sobre Sevilla a la manera lenta y paciente en que llueve en las ciudades viejas, con esa agua fina que no cae sino que se posa, como si prefiriese recorrer los muros antes de llegar al suelo. Eran las cinco y veinte de la madrugada de un jueves de marzo, y la Catedral se recortaba contra el cielo gris igual que un buque varado en mitad de la ciudad, con sus pináculos por mástiles y sus contrafuertes por costillas. A esa hora la plaza del Triunfo estaba casi vacía. Tres figuras la habitaban: un taxista dormido al volante con la radio encendida a volumen bajo, donde una voz masculina daba noticias internacionales con ese tono neutro de locutor de la última hora de la noche; una mujer con una bolsa de papel bajo el brazo que cruzaba hacia Santa Cruz caminando deprisa, con las solapas del abrigo subidas, como si llevara algo que la esperase con prisa al otro lado de la plaza; y un barrendero que llevaba más de media hora trabajando en silencio, como quien poda un jardín ajeno.

Había llovido también durante buena parte de la noche, y en los rincones donde el adoquín se había hundido ligeramente se formaban charcos pequeños que no llegaban a reflejar el cielo entero sino sólo trozos: aquí, la línea de una cornisa; allá, el farol de una esquina; más allá, la luna a medio hacer, filtrada entre nubes apresuradas. Los balcones de la plaza, con sus rejas de hierro forjado que el verdín había ido oxidando con paciencia, mantenían abiertos algunos postigos tímidos donde se adivinaban macetas con geranios medio florecidos y, de vez en cuando, una luz amarilla tras un visillo delataba a alguien que había madrugado demasiado o que no había dormido en absoluto.

El barrendero se llamaba Manuel y había cumplido sesenta y tres años. Barría aquellas esquinas desde 1993, lo que venía a sumar más

de treinta años de madrugadas y acaso la única biografía que la plaza guardaba de sí misma. Conocía los charcos como un médico conoce los pulsos: por el lugar y por la hora. Sabía que los de la esquina del Archivo de Indias eran los primeros en formarse, que los de Alemanes tardaban el doble, y que había uno, frente a la Puerta del Perdón, que no obedecía a ninguna lógica y aparecía aunque no hubiera llovido, como si respirase desde debajo. Conocía, también, la hora exacta a la que arrancaba cada farol por diferencias mínimas de voltaje: el de la esquina del Palacio Arzobispal se encendía un minuto antes que los del lado del Alcázar, y eso, un miércoles de invierno, era la única compañía que uno podía esperar si no estaba resuelto a hablar con alguien.

Se llamaba Manuel y era hijo de un Manuel que había sido empleado del Ayuntamiento durante treinta y dos años, y nieto de un Manuel que, según contaba la familia, había barrido estas mismas aceras en los años veinte del siglo anterior. No había en aquel linaje modesto ningún empeño heroico: había, sencillamente, una manera familiar de entender que alguien debía ocuparse de que la ciudad estuviera limpia cuando los demás se despertaran, y que, si ellos habían hecho ese oficio, no tenía sentido que lo dejara de hacer uno de sus nietos. Su mujer había muerto siete años antes de un cáncer rápido y ordenado; le había dejado dos hijas mayores ya emancipadas, una pensión modesta complementando la suya propia, y un pequeño piso en San Julián donde él seguía viviendo con la pulcritud de los hombres que han aprendido a doblar las toallas exactamente como las doblaba su mujer, porque doblarlas de otra manera, a esas alturas, le parecía una pequeña traición.

Manuel trabajaba con esa pulcritud de los que saben que nadie los mira. Arrastraba la escoba en arcos cortos, detenía los movimientos cuando pasaba un coche aislado, y de vez en cuando alzaba la vista hacia la Catedral como se alza la vista hacia un pariente del que se espera cualquier cosa menos sorpresas. Tenía un carrito metálico con ruedas pequeñas y mal engrasadas que hacía un sonido discreto al desplazarse, un cubo negro de plástico en un costado, y un rollo de bolsas atado al asa, todas las bolsas del mismo tono verde municipal. Llevaba guantes gruesos, pantalón impermeable aunque no lloviese

lo suficiente como para justificarlo, y sobre el chaleco reflectante una bufanda de lana a cuadros que su hija mayor le había regalado por Reyes, dos años atrás.

Aquella madrugada, sin embargo, la Catedral le devolvió la mirada.

Fue a las cinco y media exactas. La primera campana cayó desde la Giralda como una moneda en un pozo: una sola nota, limpia, seguida del rastro metálico que las campanas antiguas arrastran consigo unos segundos después de haberse callado. Manuel levantó la cabeza, como hacía siempre, y contó. Era una costumbre suya, aprendida sin propósito: contar los segundos que la nota tardaba en apagarse del todo. Normalmente eran siete. A veces ocho, si había humedad. Lo había aprendido, en realidad, sin darse cuenta, durante años, por el puro hábito de estar a esa hora exactamente en esa plaza cada vez que el bronce mayor del campanario mordía el aire de Sevilla. Un día, hacía muchos años, había comentado, casi en broma, a un compañero del turno de tarde: *son siete. Siete segundos, luego se va*. El compañero le había mirado con media sonrisa amable y no le había contestado. Desde entonces, Manuel no se lo había dicho a nadie más.

Aquella madrugada contó siete y, cuando ya se disponía a bajar de nuevo la vista hacia la acera, notó que seguía sonando.

No exactamente sonando. Respondiendo.

Fue un rumor sordo, tan discreto que no habría jurado haberlo oído. Vino de abajo, de los adoquines mismos, como si alguien hubiera golpeado una vara contra una tinaja enterrada. Duró el tiempo que tarda un hombre en parpadear dos veces. Y en los charcos, durante ese breve instante, las nubes desaparecieron.

Manuel no era hombre supersticioso. Había enterrado a una mujer, a un hermano y a dos perros, y había aprendido que los muertos no hablan y que los vivos, en general, tampoco dicen cosas que valga la pena escuchar. Pero lo que vio aquella madrugada, o creyó ver, le hizo apoyarse un momento en el palo de la escoba. En el charco de la esquina del Archivo —el charco de siempre, el que se formaba primero— no se reflejaba el cielo. Se reflejaba, por un segundo apenas, una línea oscura que parecía descender, como si el

agua tuviera profundidad y algo se moviese dentro. Luego volvieron las nubes y el charco quedó otra vez como un pedazo de noche olvidado sobre la acera.

Manuel permaneció inmóvil con la escoba inclinada sobre los adoquines. Durante un rato no se oyó nada más que el rumor muy bajo del tráfico lejano por el Paseo de Colón y, por encima, ese crujido minúsculo que hace el aire cuando atraviesa la espesura mojada de los naranjos. El cuervo —no una paloma, no una gaviota, un cuervo— se levantó entonces de un pináculo de la Catedral y cruzó el aire con dos aletazos pesados antes de volver a posarse sobre una gárgola que miraba hacia el norte. Manuel lo siguió con la vista. El pájaro no hizo ruido al posarse. Quedó allí quieto, una silueta oscura recortada contra la fachada pálida, con la cabeza ligeramente ladeada, como si escuchase algo que venía de dentro.

—Buenos días te dé Dios —murmuró Manuel, porque esas cosas se dicen.

La Catedral no contestó. Tampoco hacía falta: llevaba siete siglos sin contestar y seguía siendo la misma.

Manuel volvió a la escoba. Hizo un par de arcos cortos, recogió un papel mojado adherido al suelo y lo echó al cubo. Pero ya no trabajaba con la concentración de antes. Había algo en la mañana, esa mañana concretamente, que lo tenía en una pequeña atención más. La clase de atención con la que se escucha un motor cuando empieza a sonar raro pero todavía no se para. Siguió en su oficio, obediente, por costumbre, mirando cada tanto el charco del Archivo con el rabillo del ojo, por si se repetía. No se repitió.

Dentro del templo, a esa hora, la penumbra era azul y la humedad tenía olor a cera vieja y a incienso dormido. Las lámparas votivas de la capilla de la Antigua temblaban con ese temblor menudo y constante que tienen siempre, como si les sobrara un resto de miedo de los rezos de la noche anterior. No había fieles. No los habría hasta las siete. Entre los bancos, el silencio no era silencio sino rumor: el crujido mínimo de la madera, el zumbido gastado de la ciudad filtrándose por las vidrieras, y el chasquido lejano de una gota que caía del techo a intervalos precisos —dos breves, una larga, siempre— como un pulso aprendido.

Las naves, vistas desde la cabecera, se alargaban hacia el occidente con la desmesura particular de los edificios grandes antes del amanecer: la nave central, con su anchura de río encauzado; las laterales, que a aquella hora parecían sólo sombras avanzando al lado de la principal; el trascoro con su silueta estática recortada contra la luz tenue de una única bombilla de mantenimiento dejada encendida al fondo, detrás del altar. Los contrafuertes internos tenían, a veces, la apariencia de hombres muy altos detenidos en mitad de un paso, y las columnas, vistas desde ángulos oblicuos, cambiaban discretamente de posición según se movía el ojo que las miraba. Sevilla, que había crecido encima de ciudades más antiguas —romana, visigoda, almohade, castellana—, había heredado en su Catedral la suma de todas ellas, y algo de cada una, de forma discreta, seguía actuando cuando nadie miraba.

En la sacristía mayor, el padre Ignacio Salvatierra acababa de encender la luz y la había vuelto a apagar. Era un hombre de sesenta y seis años, delgado como un palo de olivo, con el pelo ya completamente blanco y las manos largas y huesudas de los que han pasado la vida entre libros y misales. Vestía una sotana oscura, menos por devoción que por costumbre, y calzaba unos zapatos negros gastados en los talones que llevaban con él más años que muchos de sus feligreses. Prefería la penumbra a esa hora. La electricidad, solía decir cuando alguien se lo preguntaba, le quitaba algo al templo; le arrancaba una capa que después costaba horas reponer.

Se había despertado a las cinco menos cuarto, sin despertador, como casi todas las madrugadas desde hacía treinta años. Había hecho la cama, se había lavado la cara con agua fría, y se había puesto la sotana sobre una camiseta interior que la lavandería del seminario le devolvía cada quince días planchada con una meticulosidad que siempre le parecía exagerada. Había bajado al patio pequeño del piso de la residencia sacerdotal —vivía en un apartamento austero pegado al Arzobispal, con un dormitorio, un baño, un salón con una mesa y una estantería llena de libros, y un pequeño balcón que daba a un patio de luces— y, desde allí, había caminado a la Catedral por un pasillo interior del Cabildo al que

pocos empleados tenían acceso. En el trayecto, había cruzado con un canónigo mayor que salía en dirección contraria hacia su habitación. Se habían saludado con un gesto de cabeza. No habían hablado. Había, entre los canónigos, una cortesía de madrugada que consistía en no interrumpir el silencio del otro, porque se entendía que cada uno, a esa hora, venía de algún rezo propio o iba hacia algún silencio propio, y no correspondía a nadie molestar esos tránsitos.

Salvatierra había vivido en aquel recinto cuarenta y un años. Conocía los ruidos de la Catedral como se conocen los sueños de un hijo: sabía cuándo el coro crujía por frío y cuándo por levante, sabía que la Giralda transmitía una queja metálica cuando el viento la pillaba de cara, y sabía —aunque esto último nunca se lo había dicho a nadie— que había un punto concreto en el suelo del trascoro que, si se pisaba con fuerza, devolvía un hueco donde según los planos no tenía por qué haberlo. Conocía, también, el olor particular de cada capilla a cada hora: la de la Antigua, en la madrugada, tenía una fragancia ligeramente más densa que al mediodía, porque las lamparillas, a aquella hora, llevaban toda la noche trabajando, y su aceite se había ido espesando con la humedad. La capilla Real, en cambio, siempre olía igual, con esa permanencia elegante de los recintos reservados: a cera limpia, a mármol seco, y a un fondo mineral imposible de precisar que provenía, quizá, de la piedra de los sepulcros.

Aquella madrugada, sin embargo, no le interesaban los ruidos habituales. Había venido mucho antes de lo acostumbrado porque sabía, con esa certeza incómoda que no proviene del pensamiento sino del estómago, que algo bajo el templo había estado activo durante la noche. No era una idea; era una molestia. Parecida a la que siente un hombre cuando vuelve a su casa y encuentra los muebles en su sitio pero sospecha que han sido movidos.

Se acercó al armario donde colgaban las llaves antiguas, las que ya no se utilizaban más que una o dos veces al año. Abrió el batiente y las miró. Eran treinta y cuatro llaves de hierro forjado, algunas con la cabeza en forma de trébol, otras con anillas simples, todas ennegrecidas por el tiempo. Las conocía de memoria. Las miraba cada mañana durante un segundo, por costumbre, como un capitán

de barco inspecciona a primera hora la bitácora sin esperar encontrar nada raro, sólo por profesionalidad. Y una, la tercera por la izquierda, estaba en el gancho equivocado.

Salvatierra cerró los ojos un instante.

—Otra vez —dijo, con la voz baja de los que llevan décadas acostumbrados a hablar solos.

Volvió a colgar la llave en su sitio. Antes de cerrar el armario, sin embargo, se la acercó al oído un segundo; un gesto que no habría sabido justificar si alguien lo hubiese sorprendido haciéndolo. La llave no dijo nada. Las llaves, desde luego, no dicen nunca nada. Son las cerraduras, y sólo algunas, las que a veces hablan.

Permaneció un rato inmóvil delante del armario abierto. Pensó, sin dolor particular, que aquella era la tercera vez que encontraba esa llave fuera de sitio en los últimos cuatro meses; la cuarta, si contaba una ocasión anterior en la que no había estado del todo seguro y había preferido no apuntarla. Eran demasiadas. Alguien estaba entrando con una frecuencia que no había tenido antes. Alguien del Cabildo, o alguien que conocía el Cabildo lo bastante bien como para moverse por él sin dejar rastro. Salvatierra había convivido durante años con la idea de que, cada tanto, la llave se descolgara por voluntad propia —una expresión que utilizaba él mismo en su fuero interno, aunque no se hubiera atrevido a pronunciarla delante de nadie—, pero aquello era otra cosa. Aquello era actividad.

Cerró el armario. Pasó la llave del mueble por la ranura correspondiente y la guardó en el bolsillo de la sotana. Se pasó la mano derecha por la frente, retirando un par de canas blancas que se le habían despeinado al inclinarse sobre la cerradura. Se ajustó después el alzacuellos con los dos dedos de la mano izquierda y se quedó allí, muy quieto, escuchando.

Mientras tanto, en un cuarto piso de la calle Conde de Ibarra, un hombre llamado Adrián Vega despertó sin despertador y sin motivo evidente. Estaba boca arriba, con los ojos fijos en el techo, y tardó unos segundos en comprender por qué. No había sido un ruido. Al menos, no uno que pudiera identificar. Había sido, más bien, la sensación de que un peso enorme y muy lejano se había movido

medio centímetro, y de que su cuerpo, por algún motivo, había notado ese medio centímetro antes que ningún instrumento.

Adrián tenía cuarenta y dos años, era restaurador de piedra, y llevaba quince de ellos trabajando en edificios históricos, sobre todo religiosos. Tenía el físico de los hombres que se han pasado la vida subidos a andamios: enjuto, de hombros amplios pero no voluminosos, manos anchas con los dedos acostumbrados al cincel y al nivel de burbuja. Vivía solo desde hacía tres años. Había tenido una mujer, una casa grande y un perro. No le quedaba ni lo uno ni lo otro, sólo el perro, que dormía en ese momento a los pies de la cama con la indiferencia doctoral de los animales viejos.

La mujer se llamaba Elena y habían estado juntos once años. Se habían conocido en una obra en Granada, donde ella había ido como fotógrafa de una editorial de libros de arte y él estaba restaurando la fachada menor de la Capilla Real. Había sido una relación tranquila, inteligente, con una notable ausencia de gritos y una notable presencia de silencios. Cuando Elena, al cabo de los años, se había marchado a Madrid por un trabajo que merecía la mudanza, él no había puesto reparos, porque no se le habían ocurrido razones razonables para retenerla, y porque los dos habían entendido, sin decírselo, que aquel era el final lógico de un arco que, en realidad, había empezado a cerrarse tiempo atrás. La casa grande de la que Adrián se había ido tenía dos balcones al Patio de Banderas y una cocina amplia con suelo de baldosas antiguas, y la había dejado con la misma sobriedad con la que se había marchado Elena a Madrid, es decir, con pocos comentarios. Se había mudado a Conde de Ibarra, un tercero sin ascensor que había encontrado por una recomendación, con las paredes blancas y el suelo de parquet viejo, con una cocina estrecha y un salón alargado que daba a una calle poco transitada. No había colgado cuadros. Había colocado los libros sin un orden que él mismo hubiera podido defender, y, cuando los amigos más cercanos le preguntaban si estaba bien, contestaba que sí con la naturalidad de los que no tienen previsto decir lo contrario.

Se incorporó despacio. La habitación olía a café del día anterior y a ropa todavía húmeda de la colada del martes. Un libro de arquitectura gótica estaba abierto sobre la mesilla, boca abajo, en la

página ciento cuarenta y tres. En la silla, la cazadora de trabajo, azul marino, con una mancha de yeso en la manga derecha que nunca había llegado a lavar.

A través de los visillos, la ventana devolvía esa luz sucia de las madrugadas de lluvia fina, la que no es de día ni de noche sino de ciudad dormida. Adrián se asomó. Los tejados brillaban como escamas de pez, y a lo lejos, por encima de los aleros, se adivinaba el perfil de la Giralda, más pálida que el cielo, como un hueso asomando bajo la piel del mundo.

Se quedó un momento mirándola. Y entonces, sin querer, contó.

Dos breves, una larga.

No había campanas en ese instante. No sonaba nada. Pero había contado igual, automáticamente, como quien recita una oración aprendida en la infancia. Se pasó la mano por la cara con una mueca. Estaba empezando a escuchar cosas que no había, pensó. Llevaba tres noches así. Quizá era el cansancio. Quizá era la obra. Quizá, simplemente, estaba envejeciendo antes de tiempo, como todos los que se ganan la vida en contacto con materiales que a su vez envejecen despacio.

Volvió a la cama. No se acostó. Se sentó en el borde, con los pies descalzos apoyados en el parquet frío, y dejó pasar un minuto sin mirar nada concreto. El perro levantó un segundo la cabeza y la volvió a apoyar en la alfombra con un pequeño suspiro de concesión. Adrián lo miró. Le pasó una mano por el lomo, dos veces, en sentido contrario al pelo, y el animal, sin abrir los ojos, movió un momento la cola con la condescendencia paciente de los animales que saben que la ternura de los humanos viene a horas raras. Se levantó. Fue a la cocina. Puso agua en el cazo. Esperó a que hirviera.

En la Catedral, mientras tanto, Salvatierra no había salido de la sacristía. Se había quedado de pie frente al armario cerrado, con las manos cruzadas a la espalda, en esa postura de espera que adoptan los hombres que han aprendido a no tener prisa. Al cabo de un minuto volvió a abrir el batiente, descolgó de nuevo la llave que había encontrado fuera de sitio, y se la guardó en el bolsillo interior de la sotana, donde llevaba también el breviario y un pañuelo limpio. Luego salió.

Atravesó la nave lateral con el paso medido de quien conoce el suelo mejor que la propia suela de sus zapatos. Pasó junto a la reja de una capilla oscura, junto a un confesionario vacío, junto a un candelero apagado con cera endurecida en su base. La luz de las vidrieras no había empezado a entrar todavía: la penumbra lo cubría todo con el mismo manto azulado, uniforme, viejo, y los pasos del sacerdote sonaban contra la piedra con esa claridad hueca que sólo se escucha en los edificios muy grandes antes del amanecer. A su paso, alguna de las lamparillas encendidas en las capillas laterales oscilaba apenas con el desplazamiento del aire, y el resplandor menudo le ponía en la sotana, durante un segundo, un halo rojizo que luego se apagaba.

Llegó a una puerta pequeña, a la altura de la nave del Evangelio, que pocos visitantes advertían porque la hoja estaba pintada del mismo tono que el muro. No había letrero. Una cerradura antigua, de bocallave alargada, era la única pista de que allí había paso. Salvatierra sacó la llave del bolsillo, la introdujo y la hizo girar. La cerradura sonó entonces con un chasquido profundo, casi satisfecho, como un perro que reconoce una mano conocida.

La puerta dio a una escalera estrecha que bajaba.

El sacerdote se persignó —con un gesto rápido, mecánico, que no era tanto oración como costumbre de umbral—, sacó del mismo bolsillo una pequeña linterna de metal, la encendió, y empezó a descender. El haz iluminaba peldaños de piedra desiguales, gastados por el centro como gasta el río a los cantos rodados, y un muro curvo en el que se apreciaban, a quien supiera mirarlas, las marcas de distintas épocas: mortero reciente, ladrillo viejo, restos de un revoco antiguo que había perdido el color. A cada escalón el aire se hacía más denso, más frío, con ese olor característico a piedra que no ve la luz: una mezcla de salitre, moho y algo más, algo que no terminaba de dejarse nombrar, parecido al aliento que sale de los pozos cuando se asoma uno a ellos en invierno. De las juntas, aquí y allá, colgaban pequeñas estalactitas blancas, finas como agujas, de no más de un centímetro, productos de una cristalización antigua que se había interrumpido en algún momento impreciso y había dejado allí sus

hilos suspendidos, como si la pared hubiera estado llorando de mineral durante siglos y, al cabo, se hubiese serenado.

Salvatierra bajaba sin prisa, con una mano apoyada en el muro. No miraba al frente. Más bien escuchaba.

Arriba, la tercera campana del alba dejó caer su nota sobre la ciudad. El cuervo de la gárgola levantó la cabeza. Manuel, el barrendero, se santiguó sin pensar. El taxista apagó la radio. Adrián, en su cocina, notó sin motivo que el agua del cazo, que acababa de romper a hervir, se había quedado un segundo quieta, como suspendida antes de seguir burbujeando con normalidad.

Y debajo, muy debajo, en algún punto al que el padre Salvatierra seguía bajando peldaño a peldaño, algo que no era un eco respondió.

Capítulo 1

Las campanas de medianoche

Entre la campana del alba y la de la medianoche median dieciocho horas, y en Sevilla, que conoce ambas, ninguna se parece a la otra. A las once y media de aquella misma noche, la Catedral era ya otra cosa. Los últimos visitantes se habían marchado mucho antes, los guardas habían hecho el recorrido rutinario cerrando rejas y comprobando candados, y el inmenso volumen interior —cuarenta y dos metros bajo la clave del crucero, más de ciento treinta de nave— había vuelto a quedarse consigo mismo. Adrián Vega conocía aquel silencio. Había aprendido, con los años, que no era uno solo: la Catedral tenía un silencio distinto a cada hora, y la diferencia entre el de las diez y el de las once no era cuestión de volumen, sino de textura. El de las once era más espeso, más granulado, como si el aire tuviera peso y fuese acumulándose en los rincones igual que se acumula la arena en los bajos de un barco parado.

La jornada de Adrián había empezado, en realidad, poco después de las ocho de la mañana. Había salido de casa con la bolsa de trabajo ya preparada, había bajado andando hasta la Catedral por Conde de Ibarra y Mateos Gago, se había tomado un café corto de pie en la barra de una cafetería de toda la vida —una de esas tascas con la cafetera ruidosa y el azucarero de aluminio manchado— y se había presentado en la puerta del Lagarto a las nueve menos diez. El guarda diurno, un hombre joven al que no conocía de nada, le había mirado la tarjeta con la desconfianza profesional que suele dedicársele a los recién llegados, y le había dejado pasar después de una llamada breve a la oficina del aparejador. A las nueve en punto, ya tenía montado el pequeño andamio junto al pilar dos. A las tres, había salido a comer. A las cuatro y media, estaba de vuelta. Durante la tarde había avanzado discretamente en la limpieza superficial del

sillar bajo, había fotografiado la evolución diaria de la mancha, había hablado por teléfono con su aparejador durante cinco minutos para un asunto menor y, a las ocho y pico, había cenado un bocadillo en una terraza de Mateos Gago viendo pasar turistas. A las once había subido otra vez a la Catedral, por la puerta del Lagarto, aprovechando el permiso nocturno que el Cabildo le había extendido para dos semanas.

Trabajaba aquella noche, por permiso expreso del Cabildo, en el segundo pilar de la nave del Evangelio, junto al trascoro. Llevaba tres sesiones nocturnas instalado en el mismo andamio modesto —dos metros de altura, un tablón, una caja de herramientas, una lámpara de pinza orientada hacia la piedra—, revisando una anomalía que no terminaba de encajar en ningún informe limpio. El sillar de la base presentaba una mancha de humedad demasiado circunscrita, demasiado intensa, demasiado simétrica para ser casualidad. Tenía forma de almendra, alargada en vertical, y reaparecía después de cada intento de secado, como si el agua conociera el camino de vuelta y lo recorriese sin prisa cuando nadie la vigilaba.

No era, desde luego, la primera anomalía que Adrián encontraba en un edificio antiguo. En quince años de oficio había catalogado, con la calma paciente con la que un médico cataloga arritmias benignas, todo tipo de rarezas: humedades ascendentes que no correspondían a ninguna filtración documentada, grietas que se abrían y se cerraban según la presión atmosférica, manchas de óxido que parecían tener forma humana y, en un caso concreto, ocurrido en una ermita perdida de la Alpujarra, una mancha circular en una bóveda que a lo largo de doce meses había rotado en el sentido de las agujas del reloj, siempre en el mismo ritmo, sin explicación técnica. La mayoría de aquellas rarezas tenían, al cabo, una causa banal que sólo la paciencia revelaba: un bloque de hielo acumulado en un desagüe del siglo dieciséis que se derretía lentamente con las horas de sol; una raíz que había invadido una pared sin avisar; un insecto minúsculo que carcomía determinadas piedras pero no otras. Adrián se había enseñado a sí mismo, a lo largo de los años, a no interpretar jamás. A observar. A anotar. A esperar que la explicación apareciese, porque siempre acababa apareciendo.

Pero la mancha del pilar dos no se comportaba como las otras. Tenía la forma demasiado estable. El perímetro demasiado limpio. La humedad demasiado constante. Y, sobre todo, volvía.

Sobre el tablón Adrián tenía desplegadas sus herramientas de siempre: un estuche de metal con espátulas finas, un higrómetro digital, una cinta métrica de acero, una linterna frontal y, al fondo, lo que parecía un pequeño estetoscopio de latón al que llamaban en el gremio *escucha de muros*. Era una pieza vieja, heredada de su maestro, un toledano reseco que había restaurado medio Escorial y que le había enseñado, en sus últimos años, que la piedra no era muda. La piedra hablaba sólo en frecuencias bajas. Había que ponerle oído, y sobre todo paciencia.

Su maestro se llamaba don Eulogio Vargas, había nacido en 1929 en un pueblo de Toledo, había perdido un dedo en una mina italiana en la posguerra, había aprendido el oficio con los restauradores venecianos que vinieron a trabajar al Prado en los años sesenta, y había muerto en 2013 dejando a Adrián, sin pompa, la colección de herramientas que ahora ocupaba el estuche metálico sobre el tablón. Lo había visto por última vez tres meses antes de morir, en una residencia limpia de las afueras de Toledo, con ochenta y cuatro años y una lucidez algo melancólica. Don Eulogio le había dado, aquella tarde, dos consejos. El primero, que no se dejara nunca tentar por la restauración moderna de superficie, esa que pule y oculta, porque pulía y ocultaba lo que importaba. El segundo, que no se le olvidara que algunos edificios respondían a quien los escuchaba. Adrián había asumido el primero con facilidad, como una cortesía profesional, y había aparcado el segundo, sin decirlo, en el casillero mental donde guardaba las cosas un poco raras que don Eulogio decía cada tanto. Hasta ahora, al menos.

Retiró con la espátula una mínima porción del revoco viejo que cubría el borde inferior del sillar, sopló el polvo hasta dejar la junta limpia —un polvo tan fino y tan dorado que, a la luz de la lámpara, parecía flotar más de lo que caía— y colocó la campana del estetoscopio contra la piedra. Se puso los auriculares. Cerró los ojos.

Durante el primer minuto no oyó más de lo previsible: el leve crujido de una viga del coro adaptándose al descenso nocturno de

temperatura, el zumbido de la red eléctrica filtrado por algún cable empotrado, el lejanísimo compás de un coche cruzando la avenida. Luego, cuando el oído se acostumbró y el cerebro aprendió a descartar aquellas tres capas, apareció lo otro.

No era agua corriendo. Adrián había oído agua corriendo muchas veces, en capiteles partidos, en filtraciones, en tejadillos mal resueltos; el agua, cuando baja, suena como agua. Aquello no. Aquello era un pulso. Un golpeo sordo, muy bajo, muy constante, con una cadencia exacta que su mano empezó a seguir en el aire sin que él se diera cuenta.

Dos breves, una larga.

Una pausa.

Dos breves, una larga.

Adrián se quitó los auriculares. Se apartó un instante del sillar y se pasó la mano por la nuca, como quien necesita volver a situarse en el mundo conocido. Cuarenta y dos años, quince de oficio, y aún le pasaban aquellas cosas: confundir un ritmo real con un ritmo imaginado, o al revés. Volvió a colocarse los auriculares, esta vez con un poco menos de paciencia, convencido de que la próxima escucha iba a devolverle el silencio de siempre.

El pulso seguía allí.

Dos breves. Una larga. Pausa.

Miró el reloj —las doce menos cuarto— y tomó nota con letra rápida en su cuaderno de campo: *Pilar 2 NE, junta inferior, cadencia acústica regular, origen no identificado, frecuencia aproximada 0,4 Hz*. Cerró el cuaderno. No le gustaba escribir cosas que no podía explicar. Aún menos le gustaba no escribirlas y luego dudar si las había oído.

Desmontó la lámpara con la tranquilidad metódica de los que se han pasado la vida bajando de andamios sin mirar abajo. Guardó las herramientas en el estuche. Dobló el tablón. Cuando estuvo todo recogido, apagó la lámpara frontal y se quedó un momento de pie junto al pilar, en la penumbra casi absoluta, dejando que los ojos se acostumbraran.

La Catedral, de noche, tenía una forma particular de mostrarse. Cuando se apagaban los focos, la poca luz que quedaba —la de las

lamparillas de las capillas, la de las dos o tres bombillas de mantenimiento encendidas en rincones discretos— no iluminaba realmente: sólo insinuaba. El crucero se adivinaba más que se veía. Las bóvedas se intuían por una oscuridad ligeramente más oscura que el aire. Los sepulcros laterales quedaban reducidos a masas sin contorno, y los retablos, tan exuberantes al sol, se apagaban en un dorado sordo que sólo brillaba cuando alguien se acercaba con una linterna, como si tuvieran vergüenza de su propia opulencia. Olía a piedra fría, a madera antigua, al resto del incienso del día —un olor que se iba depositando a la altura del suelo cuando ya nadie lo movía— y, si se prestaba atención, a la humedad particular de los canalones mal conducidos, esa humedad mineral que no es de lluvia sino de siglos.

Adrián cruzó la nave del Evangelio con paso contenido. Las suelas de goma de sus botas de trabajo no hacían apenas ruido sobre la piedra, pero en un edificio así cualquier pisada se amplifica hasta parecer una pequeña transgresión. Pasó junto a la capilla de la Antigua —donde dos lamparillas rojas ardían con la obstinación de siempre—, junto a la reja de la capilla Real cerrada con tres vueltas de llave, junto al coro en sombra del que emanaba ese olor peculiar a madera vieja y aceite que se acumula en las sillerías después de siglos de misas, coros, funerales y tedéums. A un lado, la custodia de Arfe dormía bajo su velo de paño pesado, protegida por un cristal blindado que la noche volvía opaco. Al otro, la silueta de un atril monumental recortaba su figura negra contra una vidriera menor, y en el suelo se adivinaba, a duras penas, la línea clara del meridiano de la Catedral, esa franja de mármol con signos zodiacales que pocos turistas advertían y que los sevillanos, por costumbre, pisaban sin detenerse.

Al llegar a la mitad de la nave, Adrián se detuvo un segundo. Le había parecido oír, muy lejos, un sonido parecido al de una puerta cerrándose con cortesía. No una puerta importante, no un portón; una pequeña, de oficina, de esas que encajan con un chasquido discreto. Se quedó quieto. Escuchó. No se repitió. Probablemente se había cerrado algún postigo con el aire. O había sido el ruido ordinario de la Catedral adaptándose a la noche. Siguió.

El guarda de noche, un hombre mayor al que todos llamaban simplemente Rafael, lo esperaba en la puerta del Lagarto con el manajo de llaves en una mano y un termo de café en la otra. Era bajo, fornido, con el pelo cano muy corto y una forma de mirar a la gente que combinaba la amabilidad del buen empleado con la desconfianza profesional del que ha pasado treinta años oyendo cosas por la radio a deshora. Llevaba una camisa gris de uniforme, un jersey azul marino de algodón, un pantalón oscuro, y unos zapatos de cuero con suela antideslizante. Sobre el mostrador bajo que le servía de oficina tenía una carpeta de anillas, un bolígrafo, un teléfono fijo antiguo, un transistor pequeño del que salía a volumen bajo la emisora que daba informativos de madrugada, y una taza de loza con dos dedos de café en el fondo.

—¿Mal negocio? —preguntó Rafael, mirándolo con la atención distraída de quien ha visto salir de allí a mucha gente a horas raras.

—Raro —contestó Adrián.

—La Catedral es rara —dijo Rafael, concediendo sin convicción, y abrió la puerta.

Luego, ya girando la llave en la cerradura, añadió, casi para sí:

—Antes era sólo de día. Lo raro, digo. Ahora viene también por las noches.

Adrián se volvió para mirarlo. Rafael no parecía haber dicho nada importante. Se limitaba a aguantar la puerta abierta con un gesto cortés, esperando a que el restaurador saliera para cerrar otra vez.

—¿Lleva mucho trabajando aquí? —le preguntó Adrián, con una curiosidad repentina.

—Este mes hace treinta y dos años —contestó Rafael, con la parquedad de los que han cumplido muchos aniversarios en el mismo sitio.

—¿Y siempre de noche?

—Desde el noventa y cinco, sí. Antes hacía turnos mezclados, pero se me quedó la noche.

—¿Se acostumbra uno?

Rafael esbozó media sonrisa.

—Uno se acostumbra a todo, restaurador. Y a ciertas cosas le toma cariño. A la noche, desde luego, porque tiene menos gente que la

molesta a uno. Pero las noches, como ha dicho usted, a veces son raras.

Adrián asintió. Había aprendido, con el tiempo, que en aquel edificio las explicaciones nunca llegaban por la vía directa.

—Buenas noches, Rafael.

—Buenas se las dé Dios, restaurador.

Y Adrián salió sin hacer más preguntas.

La puerta dio al Patio de los Naranjos, y el aire de la calle —tan distinto, tan más antiguo, en realidad, que el de dentro— entró con su olor a tierra mojada y a hoja fresca. Había llovido también durante la tarde, una llovizna breve que ahora se adivinaba en los charcos pequeños entre las losas, en las copas todavía goteantes de los naranjos y en el brillo mate de la fuente visigoda que seguía en el centro del patio, como lleva en el centro de ese patio más de mil años. Un par de gatos se movían por los rincones, con el sigilo profesional de los gatos de iglesia, que saben que no es prudente abandonar del todo los muros bajo los que llevan generaciones viviendo. Uno de ellos se detuvo un instante a observar a Adrián con los ojos redondos y fijos, como un juez pequeño, y luego siguió su camino hacia una esquina en la que, entre dos macetas de cerámica sevillana, alguien había dejado un platito de comida.

Adrián caminó entre los naranjos con la bolsa de herramientas al hombro. La Giralda se alzaba a su derecha, negra contra un cielo morado, con la veleta del Giraldillo apenas insinuada por un reflejo de luna filtrada entre nubes. Más allá, la Puerta del Perdón le esperaba abierta, con su inscripción mudéjar que a aquella hora ya no se leía pero se sabía. Pasó bajo el arco. Rafael, detrás de él, cerró con el chirrido habitual del portón, ese chirrido largo que en Sevilla forma parte del paisaje sonoro de la noche como el silbato lejano de un tren en otras ciudades.

Fuera quedaba la calle Alemanes. Y más allá, Sevilla.

La Alemanes, a aquella hora, tenía el aspecto singular que sólo tienen las calles muy transitadas durante el día y muy vacías durante la noche: parecían más anchas, más largas, como si al marcharse la gente se hubiera ido con ella una parte del empedrado. Las tiendas estaban cerradas. Las rejas metálicas bajadas devolvían reflejos

parciales de las farolas, y en algunas todavía se veía pegado algún cartel de corrida taurina o algún folleto de turismo, arrugados por la humedad. El suelo brillaba donde la llovizna había calado entre las losetas, y en el centro, a lo largo de la rigola, corría un hilo muy fino de agua que buscaba el desagüe con la tozudez de quien lleva siglos haciendo lo mismo. Por un escaparate oscuro, el reflejo de Adrián, caminando con la bolsa al hombro, pasaba de vitrina en vitrina como una figura repetida y levemente distinta en cada una, según el ángulo con el que le daba la luz.

Adrián cruzó hacia la Plaza Virgen de los Reyes. La Giralda quedaba ahora a su espalda. Delante, el edificio del Palacio Arzobispal mostraba su fachada rosada apagada por la noche, y a su izquierda, el farolón central de la plaza dejaba caer un círculo de luz amarilla sobre los adoquines mojados. Un coche cruzó por Mateos Gago sin detenerse. Una pareja de turistas, aún vestidos como si fueran a sentarse a una terraza, salió riendo del callejón de Argote de Molina y se perdió Plaza del Triunfo abajo, dejando detrás un rumor amortiguado de conversación en un idioma extranjero. Una luz de neón, en un bar cerrado ya, parpadeó dos veces con un zumbido leve y se estabilizó. Lo demás era silencio.

Y campanas.

Porque entonces, justo entonces, la Giralda empezó a dar la medianoche.

La primera campanada fue alta, plena, como suelen ser las primeras: una nota redonda que cayó desde la torre y ocupó el espacio entero de la plaza, rebotando en las fachadas de la Catedral y del Arzobispal, y ganándose después un eco largo que se fue apagando por las calles estrechas. La segunda siguió a la primera con la puntualidad del que cumple un oficio. La tercera. La cuarta. Adrián se había detenido sin proponérselo en medio de la plaza, con la bolsa al hombro, y las contaba mentalmente como cualquier otro sevillano que hubiera nacido acostumbrado a aquel reloj.

A la quinta notó algo distinto.

No era que las campanas sonasen mal. Era que, entre campanada y campanada, en ese silencio de dos segundos escasos que separaba cada nota de la siguiente, había algo. Un resto de sonido. Un rumor

bajo, muy discreto, que no encajaba con el reverberar natural del bronce. Al principio pensó que era su oído, aún cansado del estetoscopio. Luego, cuando sonó la sexta campanada, le prestó más atención.

Allí estaba.

Un pulso.

Dos breves, una larga.

Casi inaudible. Por debajo del eco principal de la campana. Pero exactamente la misma cadencia que había escuchado hacía media hora en el sillar del pilar número dos de la nave del Evangelio.

Adrián se quedó muy quieto.

Miró hacia arriba, hacia la torre. Las campanas seguían sonando. Siete. Ocho. Los vencejos, que nunca dormían del todo, daban vueltas en pequeñas bandadas alrededor del campanario, cruzando la luz del farol con siluetas breves. A sus pies, los charcos de la plaza temblaban con cada campanada, igual que tiembla un vaso de agua cuando se golpea una mesa. Pero el temblor no era el que cabía esperar. No se limitaba a acompañar el sonido. Llegaba con un ligerísimo retraso, como si los charcos estuvieran repitiendo lo que la campana decía, un cuarto de segundo después.

Adrián bajó la vista hacia el charco más cercano, uno alargado que se formaba en la depresión de un adoquín hundido junto al farol. Vio en él la imagen invertida de la farola, la pared del Palacio, un trocito de cielo nublado. Y vio, durante una fracción de segundo tan breve que dudó si la había visto, algo más. Una línea oscura que parecía prolongar la del propio farol hacia abajo, como si el farol tuviera raíz y la raíz bajase bastantes metros más allá del suelo de la plaza. Parpadeó. La línea había desaparecido. El charco volvía a reflejar sólo lo que tenía por encima.

Las campanas terminaron. Doce en total. El silencio que siguió a la última no fue silencio, porque lo rellenaban ese eco final del bronce, el latido bajo de los charcos y un nuevo ruido que venía desde la parte norte de la plaza: el raspar regular de una escoba contra los adoquines.

Adrián se volvió.

La figura de Manuel aparecía al otro lado de la plaza, inconfundible por la silueta y por la hora. Llevaba su chaleco reflectante gastado, el pantalón impermeable, el gorro calado hasta las cejas, y empujaba el carrito metálico con su reja de recogida y su cubo de plástico negro. Avanzaba despacio, con esa forma suya de trabajar que era más un peinado del suelo que una limpieza, deteniéndose cada pocos pasos para barrer con precisión un rincón concreto antes de seguir. Tenía el aspecto de uno de esos hombres mayores cuyo oficio ha acabado por darles la forma: hombros caídos hacia el lado derecho por culpa del palo de la escoba, piernas ligeramente arqueadas, manos grandes y secas que, aun con guantes, se adivinaban nudosas.

Adrián pensó, un momento, seguir su camino sin saludar. No tenía sentido molestar a un barrendero a medianoche. Pero algo — quizá el eco todavía presente de las campanas— le hizo cruzar hacia él.

—Buenas noches —dijo Adrián cuando estuvieron a tres o cuatro metros.

—Buenas las tenga usted —respondió Manuel, sin detenerse del todo, pero bajando el ritmo.

Se miraron un momento. Adrián había cruzado con él en otras ocasiones, siempre a deshora, siempre en silencio o con un saludo breve; el barrendero tenía esa discreción de los oficios que trabajan cuando los demás duermen, una discreción que no era timidez sino oficio. Nunca le había preguntado el nombre. Manuel, desde luego, tampoco se lo había preguntado a él.

—Bonita campana hoy —dijo el barrendero, pasando la escoba con un gesto lento por el borde de la acera.

Adrián lo miró con más atención.

—¿Usted también lo ha notado?

Manuel se detuvo. Dejó la escoba apoyada en el carrito. Se frotó las manos enguantadas una contra otra, como se las frota un hombre antes de decidir si habla o no.

—Treinta y un años barriendo aquí —dijo al fin—. Uno acaba aprendiéndose las campanas.

—Sonaban raro.

—Sonaban acompañadas —corrigió Manuel, con suavidad. Y añadió, tras una pausa—: A veces pasa, cuando hay humedad.

—¿El qué pasa?

Manuel se encogió de hombros.

—Que contestan desde abajo.

Lo dijo sin énfasis, como quien comenta que en febrero hace más frío que en enero. Volvió a coger la escoba y reanudó sus movimientos cortos sobre la acera. Adrián se quedó unos segundos sin saber qué contestar. Al cabo, dijo la única pregunta que le salió.

—¿Desde abajo?

—Desde abajo —repitió Manuel, sin mirarlo—. No le dé vueltas. Es una cosa suya.

—¿De la Catedral?

—De la ciudad.

Hubo un silencio incómodo. Manuel siguió barriendo. Adrián, en su lugar, bajó un momento la vista, como se baja la vista cuando uno no sabe si lo que acaba de oír es una broma de las que cansa confirmar o una verdad de las que cuesta admitir. Al levantarla otra vez, Manuel ya le daba la espalda y se alejaba en dirección a la Plaza del Triunfo, empujando el carrito. La escoba se llevaba consigo una hoja de naranjo empapada, un papelito de publicidad, una colilla apagada. Cosas sin importancia. Cosas que, vistas al hilo del comentario anterior, parecían contener algo que Adrián no sabía cómo llamar.

—Oiga —dijo, un tono más alto.

Manuel no se volvió del todo. Sólo ladeó la cabeza.

—¿Lleva usted siempre estas horas? —preguntó Adrián.

—Antes sí. Ahora, según los años. Algunas noches hay que limpiar más temprano.

—¿Por qué?

Manuel se quedó quieto un par de segundos. Luego respondió, siempre sin volverse:

—Porque algunas noches se ensucia distinto.

Y siguió su camino.

Adrián tardó un rato en moverse. Cuando reanudó la marcha, lo hizo en dirección opuesta a Manuel: cruzó la Plaza Virgen de los

Reyes hacia el sur, entró en Mateos Gago, y tomó después la primera calle a la izquierda para meterse en el laberinto de Santa Cruz. Era el camino largo para volver a su casa, pero aquella noche no le apetecía la recta. Necesitaba callejear. Necesitaba, aunque no se lo hubiera dicho así, comprobar algo.

Santa Cruz estaba como siempre a aquella hora: callejones estrechos, cal blanca recién pintada en algunas paredes, viejas rejas forjadas saliendo de los muros bajo ventanas cerradas, macetas colgadas con más dignidad que abundancia. Los faroles de hierro dejaban círculos concéntricos de luz amarilla sobre el empedrado, separados por tramos oscuros en los que apenas se adivinaba la forma de las piedras. Olía a jazmín y, en algún tramo, a comida cocinada horas antes, ese olor residual que se queda atrapado en los patios y se filtra hacia la calle cuando todo lo demás se ha enfriado. De vez en cuando una puerta interior sonaba lejanamente, o se oía la televisión de un vecino, esos breves anclajes de vida cotidiana que hacen más noche la noche. En el fondo de un callejón, un perro ladró dos veces y volvió a callarse. En la esquina con la Pimienta, un farol viejo proyectaba sobre la pared encalada la sombra larga de una reja, y esa sombra, al pasar Adrián por debajo, se dobló durante un segundo sobre sí misma y se deshizo.

Adrián caminaba con la atención puesta en el suelo. En los charcos, concretamente. Había dejado de llover hacía horas, pero en Sevilla los charcos tardan en irse: la humedad antigua de las piedras, el ligero desnivel de los adoquines, la rigola escondida bajo las losetas, todo conspira para retener pequeñas cantidades de agua donde teóricamente no debería haberlas. Aquella noche, él, que nunca había reparado demasiado en aquello, empezó a fijarse.

Se detuvo frente al primero. Un charco pequeño, en la esquina de la calle Susona, donde un canalón mal colocado dejaba caer gotas con cadencia doméstica. Se inclinó. En el reflejo vio la pared encalada, el dintel de una reja, un trozo de cielo nublado. Nada más. Siguió caminando. Cincuenta metros después se detuvo frente al segundo. En éste el reflejo contenía una farola, la esquina de un tejado y la parte superior de una palmera. También normal.

Fue en el tercero donde lo vio otra vez.

Este tercer charco se formaba en una depresión entre losetas, delante de la puerta de un taller cerrado. Pequeño, apenas un palmo de superficie. Adrián se agachó con cuidado, apoyando una rodilla en el suelo. En el reflejo vio, primero, lo esperable: el farol de la esquina, la fachada del taller, un borde del cielo. Después, como había ocurrido en la plaza, vio durante una fracción de segundo algo más. Una línea oscura. Vertical. Que parecía hundirse en el agua mucho más allá del centímetro escaso que tenía de profundidad el charco real.

Parpadeó. La línea se fue.

Pero esta vez estaba seguro de haberla visto.

Se incorporó despacio. Se pasó una mano por la rodilla para quitar el polvo mojado. Miró alrededor. La calle seguía vacía. El taller, cerrado. Una ventana iluminada en un piso alto, al fondo, dejaba ver de reojo una sombra que cruzó y desapareció: alguien que no podía dormir, alguien que fumaba, alguien que recogía una cocina. Sevilla, desde esa distancia, parecía tan normal que daban ganas de disculparse por estarla mirando con sospecha.

Pero Adrián era un hombre práctico, y los hombres prácticos, cuando ven algo dos veces, dejan de ignorarlo. Una anomalía era una anomalía. Dos anomalías, si tenían la misma forma y aparecían en el mismo tipo de superficie, eran un patrón.

No supo si fue esa palabra, *patrón*, la que le erizó el vello de los brazos por segunda vez en el mismo día.

Reanudó la marcha. Salió de Santa Cruz por una callejuela estrecha, cruzó la calle Mateos Gago por la parte alta y enfiló Conde de Ibarra hacia arriba, buscando la última cuesta que llevaba a su portal. Aquella calle, a aquella hora, estaba más callada que ninguna: sin bares, sin terrazas, sin turistas, sólo vecinos invisibles durmiendo detrás de las persianas cerradas. En lo alto, un letrero de neón de un estanco cerrado parpadeaba a intervalos irregulares, emitiendo un zumbido eléctrico bajo. La letra *T* roja se encendía, se apagaba, se volvía a encender, sin ritmo aparente, dejando cada cierto tiempo la pared a oscuras y arrojando después, al reavivarse, un reflejo rosado sobre los balcones cercanos.

Al pasar debajo del letrero, Adrián levantó instintivamente la vista.

Sobre una cornisa, inmóvil y oscurísimo, había un cuervo.

No lo había visto al llegar. Tal vez llevaba allí desde siempre. Tal vez acababa de posarse. El pájaro le devolvió la mirada con esa indiferencia atenta de los cuervos urbanos, que tienen los ojos más parecidos a los del hombre que cualquier otro ave. No emitió ningún sonido. Sólo lo observó un par de segundos y después giró muy despacio la cabeza hacia la izquierda, como si algo en esa dirección mereciera, de repente, más interés.

Adrián siguió la línea que el cuervo miraba. No había, al final de aquella línea, nada visible. Sólo un recodo de la calle, y más allá, la oscuridad.

Se quedó un rato observando al animal. El cuervo no se movió. Adrián, consciente de que estaba haciendo algo ligeramente ridículo, se obligó a seguir. Sacó la llave del portal, la hizo girar con una precisión casi de reflejo, y entró.

La escalera de su edificio era una de esas escaleras sevillanas del siglo XIX, estrechas, con peldaños de mármol desgastado por el centro, barandilla de hierro oxidado y una bombilla temporizada que se apagaba con la velocidad de quien tiene cosas mejores que hacer. Subió los tres pisos a oscuras, más guiado por la memoria de sus pies que por la poca luz que entraba desde los descansillos. El portero, un hombre mayor al que apenas veía, dormía ya en su cuchitril de la planta baja con el televisor encendido a volumen bajísimo. El pasamanos estaba ligeramente frío. En el segundo descansillo olía, como siempre a aquella hora, a la cena tardía del vecino de enfrente: algo con aceite, con ajo, con perejil. En el tercero, se detuvo un segundo frente a la puerta.

El perro, al otro lado, no ladró. Nunca ladraba. Era un galgo viejo, grande, de pelo gris y ojos cansados, y su forma de saludar consistía en aparecer en el recibidor, levantar un momento la cabeza y volver a tumbarse cuando confirmaba que no había novedades mayores que la llegada de Adrián. Era, se podría decir, un animal profundamente razonable. Se llamaba Moro y tenía once años. Había pertenecido a Elena, pero, en el reparto silencioso que acompañó la mudanza, ella

había dejado, sin decirlo, que se quedase con Adrián. Lo había llamado así, Moro, por el color de una mancha negra que tenía sobre el ojo derecho, aunque la mancha, con los años, se había ido aclarando y ya apenas se notaba. En estos tres últimos años, el perro había envejecido con la decencia discreta con la que envejecen los galgos viejos: sin perder dignidad, sin pedir, sin reclamar.

Pero aquella noche, al entrar, el perro no estaba en el recibidor.

Adrián dejó la bolsa de herramientas en el suelo, encendió la luz del pasillo y avanzó con cierta extrañeza. Encontró a Moro en el dormitorio, de pie en mitad de la alfombra, con las orejas tiasas y la cabeza baja, mirando el rincón del fondo. No gruñía. No temblaba. Sólo miraba. Adrián siguió la línea de sus ojos.

En el rincón no había nada.

Sólo el radiador, apagado desde marzo. Sólo el suelo, con su parquet gastado. Sólo una pequeña mancha de humedad, alargada, de forma imprecisa, que no tenía por qué estar allí porque no había goteras conocidas en aquel piso, y porque el techo de esa esquina era el mismo tabique interior desde hacía años.

Adrián se acercó despacio. Se agachó. Puso dos dedos sobre el parquet y los levantó enseguida.

Estaban mojados.

Los olió. No era agua de cañería, ni agua de lejía, ni humedad condensada. Era otra cosa. Una agua vieja, mineral, con un resabio a piedra fría y a sótano. Exactamente el mismo olor, comprendió con un pequeño sobresalto, que le había entrado por la nariz unas horas antes al acercar la cara al sillar del pilar número dos.

El galgo soltó entonces un único suspiro largo, de esos suspiros de perro viejo que pueden significar muchas cosas y ninguna concreta, y se tumbó en la alfombra sin dejar de mirar el rincón. Adrián le pasó la mano por la cabeza, dos veces, despacio. El animal cerró los ojos un instante y los volvió a abrir con el mismo gesto de antes.

Fuera, lejos, muy lejos, una campana solitaria dio una sola nota — la media noche, una media campanada, o tal vez otra cosa— que Adrián oyó con la misma claridad con la que había oído la voz serena de Manuel en la Plaza Virgen de los Reyes.

Algunas noches se ensucia distinto.

Se quedó de rodillas un rato largo, con los dedos aún mojados, mirando la mancha. Había restaurado durante quince años paredes ajenas, sillares ajenos, humedades ajenas. Ahora la humedad estaba en su propia casa. Y tenía, si se la miraba con un poco de atención y sin ganas de engañarse, exactamente la misma forma que la del pilar número dos de la nave del Evangelio.

Forma de almendra.

Alargada en vertical.

Como si el agua supiera el camino de vuelta.

Se puso de pie despacio. Fue a la cocina. Puso el cazo sobre el fuego, por costumbre, aunque no iba a prepararse nada. Apagó el fuego antes de que el agua empezase a calentarse. Se sentó a la mesa, con la cazadora todavía puesta. El cuaderno de campo seguía en la bolsa, pero por primera vez aquella noche no sintió la necesidad de abrirlo. Ya lo abriría al día siguiente. Había cosas que convenía no escribir hasta haberlas dejado reposar.

Se quitó la cazadora. La colgó del perchero. El perro, en el dormitorio, había vuelto a dormirse. Adrián se lavó la cara con agua fría. Miró su reflejo en el espejo del lavabo. La luz del fluorescente, mal regulada, le dejaba en el pómulo derecho una sombra amarillenta que le recordó, sin razón clara, a los primeros trabajos de restauración con don Eulogio, aquellas madrugadas largas en el Escorial en las que los dos comían algo de pie junto a la caja de herramientas y el maestro, sin dejar de masticar, señalaba con la barbilla algún rincón de la bóveda y decía: *Ahí. Esa no suena como las demás.*

Adrián se secó la cara. Apagó la luz del baño. Se fue a la cama. El parquet, al otro lado de la habitación, seguía mostrando la mancha en forma de almendra.

Se volvería a mirarla antes de dormirse.

Y se dormiría, al final, sin cerrar del todo los ojos.

Capítulo 2

Bajo la línea del agua

Al día siguiente, Adrián durmió mal y despertó peor. Había estado despierto hasta las tres, con los dedos todavía percibiendo la humedad del parquet, escribiendo en su cuaderno de campo con una meticulosidad casi ciega. Dibujó la mancha del rincón del dormitorio. Dibujó la del pilar del Evangelio. Las puso lado a lado. Las dos tenían forma de almendra, sí. Las dos estaban orientadas en vertical. Pero había algo más, un detalle que sólo se aprecia cuando uno dibuja las cosas en lugar de mirarlas: en ambas, el eje longitudinal estaba inclinado exactamente cinco o seis grados hacia el oeste.

Hacia el río.

Se despertó a las siete y media. No había sonado el despertador — había olvidado ponerlo— y tampoco lo necesitaba: había dormido a intervalos cortos, con esa superficialidad insana de las noches en las que el cuerpo registra todo: el paso de un camión en la calle, el crujido de la madera al cambiar de temperatura, el tictac del reloj de pared del salón, el propio latido. A las siete y media estaba boca arriba con la vista fija en el techo, como al amanecer del día anterior. El perro, al verle despierto, se estiró con lentitud y se bajó de la alfombra con esa dignidad un poco torpe de los animales mayores. Adrián se incorporó, le pasó la mano por el lomo, se puso la ropa del día anterior, y fue al rincón del dormitorio.

La mancha seguía allí.

Ligeramente más oscura. Ligeramente más grande. Quizá un centímetro más. La forma, idéntica.

Se quedó un rato mirándola sin tocar nada. Luego, con la calma profesional de los que han aprendido a no alarmarse antes de tener datos, sacó la cinta métrica de la bolsa y la midió. Ocho por cuatro

centímetros en el eje mayor. Cinco por dos al comenzar la noche anterior. Esto era, aplicando proporción simple, crecimiento sostenido. Apuntó los números en el cuaderno. Luego apartó los ojos.

Pasó la mañana encerrado en casa. Hizo café que no se tomó. Dio de comer al perro, que le miró con esa paciencia de los animales viejos que ya no esperan gran cosa del ser humano. Se duchó largo. Se afeitó. Se puso ropa limpia: camisa de lino azul oscuro, pantalón vaquero gastado, zapatos de suela blanda. Revisó el correo electrónico, contestó sin entusiasmo dos mensajes profesionales menores, archivó uno que podía esperar. A las diez y cuarto llamó por teléfono a su cliente habitual, un aparejador del Cabildo llamado Miguel que se encargaba del seguimiento administrativo de las obras, y pidió una reunión con alguien de dentro.

—¿Con el arquitecto? —preguntó Miguel.

—Con Salvatierra —contestó Adrián.

Hubo un silencio muy breve al otro lado.

—¿El padre Salvatierra? —dijo el otro, ya con otro tono.

—Sí.

—No es él quien lleva la obra, Adrián.

—Lo sé.

Hubo otro silencio. Se oía, de fondo, el teclado del aparejador y, más lejos, la voz de alguien dando instrucciones con ese tono plano de las oficinas donde nadie espera que le obedezcan del todo.

—¿Ha pasado algo que deba saber, Adrián?

—Ha pasado algo. No sé aún si deberías saberlo. Dame un día.

—De acuerdo. Vete a las seis y media. Te espero en la puerta del Lagarto. Le habré dicho algo.

Colgó.

Adrián se quedó con el móvil en la mano unos segundos. Miguel era un buen profesional —formal, discreto, con treinta y dos años de Cabildo a la espalda— y tenía la cortesía de no preguntar lo que no le incumbía, pero también tenía el olfato de los que llevan décadas viendo trabajar a terceros en las tripas de un templo. Si Adrián le hubiera dicho *necesito una reunión con el arquitecto del templo*, Miguel habría contestado que sí y le habría dejado para el día siguiente. Pedir a Salvatierra era otra cosa. Salvatierra no formaba

parte de la estructura administrativa ordinaria del Cabildo en lo que a obras se refería. Era el sacerdote más antiguo del cuerpo canónjial, con rango y dignidad, pero no estaba en el organigrama al que uno llamaba por cuestiones técnicas. Pedirle a Miguel que concertara esa reunión era, en realidad, pedirle a Miguel que admitiera, aunque fuera sólo implícitamente, que el problema del pilar dos no era ya estrictamente un problema técnico. Miguel lo había entendido a la primera. Y por eso, con la discreción de siempre, había aceptado.

A las doce, para no seguir en casa pensando, Adrián salió a caminar. Bajó por Santa María la Blanca, cruzó el Prado de San Sebastián, y caminó despacio por el parque de María Luisa entre las madres con carritos, las parejas de estudiantes en los bancos, y algún corredor solitario. El parque olía a tierra mojada, a azahar temprano, a una primavera que se estaba haciendo la difícil. Un pavo real cruzó la avenida central con su habitual indiferencia aristocrática, deteniéndose en medio del paso para hacer rueda durante unos segundos y luego seguir su camino sin comprobar si alguien le había aplaudido. Adrián se sentó un rato en un banco junto al estanque pequeño de la Plaza de América. Los patos discutían por algo. Una señora mayor, con zapatillas cómodas y sombrero de paja, echaba pan a los peces desde la baranda con esa condescendencia satisfecha de las personas que llevan haciendo un mismo gesto durante cuarenta años.

Comió, cuando le entró hambre, en una tasca pequeña de la calle Cardenal Ilundáin. Una tortilla francesa con espárragos y una cerveza. Pagó. Volvió a casa andando por las calles interiores, sin prisa. El día estaba cargándose de ese sol claro que en marzo, cuando aparece, pone a Sevilla de un humor ligeramente insolente: como si la ciudad se acordara, de pronto, de lo que es capaz.

A las cuatro y media volvió a casa, sacó al perro a un paseo corto por el barrio, le dejó agua fresca y comida para la cena, le puso la manta que le gustaba sobre el sofá pequeño del salón, y salió. A las seis y cuarto, caminaba por Mateos Gago en dirección al Patio de los Naranjos. Había decidido, al final, ir a pie. Necesitaba ordenar la cabeza, y en Sevilla las ideas se ordenan mejor caminando que sentado.

El cielo estaba alto, limpio después de la llovizna del día anterior, con esa luz peculiar de las tardes que siguen a una lluvia de marzo: dorada en los muros, aún fresca en la sombra. Los azahares, aunque todavía era temprano para ellos, empezaban a anunciarse con un olor tenue que se iba colando por los zaguanes abiertos. En las terrazas de Mateos Gago había ya clientes tomando una caña y un plato de tapas, y dos guitarristas, en una esquina, tocaban una *soleá* sin cantante, más por oficio que por público. Adrián se detuvo un segundo a escucharlos sin propósito claro. Tocaban con dignidad, sin mirar a los transeúntes, con una concentración apenas elevada por encima de la cortesía.

La Catedral, a aquella hora, empezaba a cerrar. Los últimos turistas salían en grupos por la Puerta de San Cristóbal, con sus audioguías enrolladas al cuello y ese cansancio particular de los que han caminado demasiado dentro de un edificio demasiado grande. Dos niños ingleses, a los que sus padres arrastraban cansinamente, se detuvieron a mirar un escarabajo en el suelo con una atención más firme que la que habían dedicado a la Capilla Real. Adrián, al pasar junto a ellos, sonrió por primera vez en veinticuatro horas. Rodeó el claustro exterior hasta la puerta del Lagarto, donde efectivamente le esperaba Miguel, con su carpeta bajo el brazo y cara de tener ganas de irse a casa.

—Está arriba —dijo sin preámbulos, señalando con el mentón hacia la sacristía—. Y no está solo.

—¿Quién más?

—La archivera. Clara Bru.

Adrián frunció ligeramente el ceño. Conocía el nombre, pero sólo de oídas. Clara Bru llevaba el archivo del Cabildo desde hacía unos años, y tenía fama de minuciosa, de seca, y de no tolerar demasiado a los intrusos. No le disgustó. A la gente minuciosa y seca se la entiende mejor que a los entusiastas.

—¿Y por qué está ella?

Miguel se encogió de hombros.

—Salvatierra la llamó en cuanto le dije que venías. No me preguntó nada más.

Adrián tragó saliva.

—¿Y quién era ella antes de aterrizar aquí?

Miguel lo pensó un segundo. Sabía la respuesta. Dudaba si darla entera.

—Archivera. Valenciana. Hizo una tesina muy buena sobre los archivos capitulares del siglo diecisiete. La antecesora, Carmen Izquierdo, la recomendó para la plaza. Llegó en dos mil veintidós, y se ha hecho a la casa más rápido de lo que esperaba nadie.

—¿La conoces?

—De hola y adiós. No de más.

—Gracias.

Miguel asintió, le dio una palmada pequeña en el hombro y se despidió. Se iba a casa. Tenía un nieto al que cuidaba los miércoles.

Adrián subió.

Clara Bru era una mujer de unos treinta y muchos, alta, delgada sin aspavientos, vestida con una camisa blanca de algodón y unos vaqueros oscuros que, sin ser ni modernos ni viejos, le daban un aspecto de estudiante eterna. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta baja y unas gafas pequeñas de montura fina, no como adorno sino como herramienta. Cuando Adrián entró en la sacristía, ella estaba de pie junto a una mesa alargada, repasando un plano del subsuelo que había extendido sobre el tablero y sujetado con cuatro pisapapeles distintos. Alzó la vista sólo un momento, como se alza la vista cuando se confirma una llegada, y volvió a los papeles.

—Adrián Vega —dijo el padre Salvatierra, sin levantarse del banco de madera donde estaba sentado—. Clara Bru. Archivera del Cabildo.

—Un gusto —dijo Adrián.

—Lo mismo digo —contestó ella, sin mirarlo.

No era descortesía. Era concentración. Adrián lo entendió enseguida y no se lo tomó a mal.

La sacristía mayor, a aquella hora, tenía una luz tibia y amarillenta procedente de las lámparas bajas colgadas del techo, que dejaban en penumbra las esquinas de las paredes forradas de madera taraceada y encendían, en cambio, el centro de la sala, donde una mesa de castaño del siglo diecinueve ofrecía su tablero alargado a los papeles de Clara. Olía a cera tibia, a madera encerada, y a algún perfume muy sobrio —imposible identificar si era de ella o no— que no interfería

con el olor general del Cabildo. Sobre un banco lateral reposaban dos libros cerrados, una caja estrecha de metal oxidado, y una pequeña libreta negra de tapas blandas con una goma elástica perdida alrededor.

Salvatierra se incorporó con una lentitud estudiada. Vestía sotana oscura, como siempre, pero se había quitado el alzacuellos, gesto pequeño que en un cura como él equivalía a estar en mangas de camisa. Se acercó a Adrián y le tendió la mano, con ese apretón firme pero corto de los hombres que llevan una vida estrechando manos por oficio.

—Miguel me ha dicho que ha encontrado usted algo raro.

—Varias cosas.

—¿En el pilar?

—En el pilar. En las campanas. Y en mi casa.

Salvatierra levantó apenas las cejas. Clara, desde la mesa, alzó la vista por fin, y en su mirada, aunque seguía discreta, había ya una atención distinta.

—¿En su casa? —preguntó ella.

—En el parquet del dormitorio. Humedad con la misma forma que la del sillar. Mismo olor, mismo tacto. Exactamente igual.

Clara se apartó una mecha de la cara y anotó dos palabras rápidas en la esquina del plano, sin contestar. Salvatierra, en cambio, fue a sentarse otra vez en el banco.

—Siéntese —dijo—. Cuéntemelo todo.

Adrián se sentó. Contó lo de la escucha con el estetoscopio, lo del ritmo, lo de las campanas de medianoche, lo del charco de Santa Cruz, lo del encuentro con el barrendero y las palabras exactas que éste había dicho. Contó lo de la mancha en el dormitorio. Contó lo del cuervo. Contó, también, lo que aquella mañana había comprobado: que la mancha crecía. No se dejó nada. Lo contó, eso sí, con la sobriedad de un informe técnico, sin adornos, como se explican las cosas cuando uno quiere que le crean. Salvatierra escuchaba con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el regazo. Clara seguía de pie junto a la mesa, anotando de vez en cuando algo en un cuaderno de tapas negras.

A mitad del relato, Clara intervino por primera vez.

—¿La orientación del eje, en los dos casos, la ha medido con brújula?

—Con brújula y con nivel. Ambas manchas apuntan al oeste-suroeste. Entre cinco y seis grados. Ambas idénticas.

—¿La de su casa está en el dormitorio que da al sur?

—Al sur-oeste, sí.

—¿Y la del pilar dos?

—Está en la cara norte del pilar. Pero el eje del cuerpo principal de la mancha apunta al oeste-suroeste.

Clara asintió. Apuntó. Dejó que Adrián siguiera.

Cuando Adrián terminó, hubo un silencio largo. Más largo del que él se había esperado. Clara se quitó las gafas, las limpió con el bajo de la camisa, y volvió a ponérselas con un gesto mecánico. Salvatierra apoyaba la cabeza ligeramente hacia atrás, contra la madera del banco.

—Bien —dijo Salvatierra, al fin—. Era hora.

Adrián lo miró fijamente.

—¿Perdón?

El sacerdote levantó los ojos. No sonreía. Pero tampoco parecía sorprendido.

—Nada, nada. Pensaba en voz alta.

Adrián sostuvo la mirada un momento más. Luego la dirigió a Clara. Clara sostuvo la suya con una calma seca, como la de un notario.

—Señor Vega —dijo ella—, ¿está dispuesto a bajar?

—¿Bajar a dónde?

—Al subsuelo.

—¿De la Catedral?

—De lo que hay bajo la Catedral —corrigió Clara—. Que no es exactamente lo mismo.

Hubo una pausa breve.

—¿Ahora? —preguntó Adrián.

—Ahora. Sí. Mientras no haya nadie en la Catedral. Es mejor.

Salvatierra se puso de pie. En un gesto pequeño, como de quien se quita el traje de oficina, cogió del armario antiguo una llave —la tercera por la izquierda, aquella misma que, noches atrás, había

encontrado en el gancho equivocado— y se la guardó en el bolsillo de la sotana.

—Vamos —dijo.

Clara cogió un maletín pequeño de cuero —Adrián pensó, cuando lo vio, que no parecía un maletín sino un bolso antiguo, como los que llevaban los médicos de pueblo— y un plano enrollado que se metió bajo el brazo. Antes de salir, se detuvo frente a Adrián y le dijo:

—Si en algún momento, abajo, le pido que no toque algo, por favor no lo toque. Aunque le parezca evidente. Aunque le parezca útil.

—Entendido.

—Y si en algún momento oye algo que no estuviera previsto oír, tampoco intente interpretarlo. Dígamelo a mí. Dígamelo al padre. Pero no lo interprete usted mismo. Allá abajo los cerebros se confunden.

—Entendido.

Clara asintió, y pareció aliviarse un poco.

Salvatierra abrió una puerta interior que daba a un pasillo corto, y del pasillo a otra puerta, y de esa otra, a una escalera pequeña que bajaba.

Los peldaños eran de piedra desigual, con un muro curvo en el que se apreciaban, a quien supiera mirarlas, las marcas de distintas épocas: mortero moderno sobre ladrillo viejo sobre un revoco muy antiguo que parecía mover ligeramente los bordes bajo la luz. Salvatierra encendió una linterna de mano, sólida, antigua, con la empuñadura gastada, y empezó a bajar. Clara lo siguió. Adrián, el último.

Bajaron despacio. El aire, como en todas las escaleras que bajan, se fue haciendo más denso a cada peldaño. Olía a piedra fría, a salitre, y a ese componente indescifrable que tiene la humedad cuando lleva siglos encerrada en el mismo sitio. A los pocos metros, los peldaños se ensancharon y la escalera giró. Luego volvió a estrecharse. Luego se enderezó. Adrián contó, por costumbre, los escalones. Veintinueve. Luego otros veintidós, tras un pequeño descansillo. En total, cincuenta y uno: unos doce metros bajo la cota del pavimento del templo, calculó de cabeza; unos ocho o nueve bajo el nivel del Guadalquivir.

Al final de la escalera había una cámara pequeña.

No era una cámara interesante en sí misma. Paredes de ladrillo, techo abovedado, un par de nichos vacíos excavados en el muro, un suelo de tierra apisonada con una delgada capa de arena. En una esquina, dos bombonas viejas, una escalera de aluminio plegada, unas cajas de herramientas manchadas de cal. Todo aquello parecía, a primera vista, un espacio de mantenimiento. Había, incluso, una pequeña pizarra colgada de la pared, con algunas anotaciones a tiza prácticamente borradas y un bolígrafo roto pendiendo de un cordel, resto visible de alguna ronda de inspección pasada.

Pero Salvatierra no se detuvo allí. Avanzó hasta la pared del fondo, apartó una chapa metálica sujeta con dos ganchos, y detrás de la chapa apareció un vano estrecho que daba a otra escalera.

—Aquí ya empieza lo que no sale en los planos —dijo Salvatierra, con la misma naturalidad con que habría dicho *cuidado con el escalón*—. Agachen la cabeza.

Adrián se agachó. Pasó. Clara pasó detrás de él, con el plano enrollado todavía bajo el brazo.

La nueva escalera era otra cosa. Los peldaños estaban tallados directamente en la roca, con una irregularidad que ninguna pulidora moderna habría tolerado. Algunos eran casi del doble de altura que otros. Los muros, en lugar de ladrillo, mostraban una mampostería muy vieja, con piedras desiguales unidas por un mortero oscuro que parecía casi negro. Salvatierra descendía con la seguridad de quien conoce el desnivel de cada peldaño. Iba callado. Ninguno de los tres hablaba. Hablar, allí, hubiera sido como encender una luz de coche en un dormitorio.

Adrián dejó que sus ojos se acostumbraran. En algunos tramos, a la luz de las frontales que los tres llevaban ya encendidas, se veían incrustadas en la piedra pequeñas muescas cuadradas muy regulares, como si alguien, siglos atrás, hubiera querido señalar determinados peldaños. En otros, un relieve débil, casi borrado, dibujaba una franja horizontal. Adrián, por oficio, las identificó como marcas de posición: indicadores usados por los canteros para alinear las piedras durante la construcción. No le dijo nada. Salvatierra, al

pasar por ellas, las rozaba discretamente con la yema del dedo, como hacen algunos hombres religiosos con las pilas de agua bendita.

Al cabo de otros quince o veinte escalones, la escalera se abrió en una galería horizontal.

La galería era más estrecha de lo que Adrián había imaginado. Su techo, de ladrillo plano viejo, quedaba apenas a un palmo sobre la cabeza de Salvatierra, que no era un hombre alto. Los muros, encalados en algún momento muy lejano, mostraban hoy el revoco en tonos grises y blancos desiguales, con amplias zonas en las que la cal había caído y dejaba ver el ladrillo antiguo de base. En el suelo, de tierra batida endurecida por los siglos, se marcaban a intervalos regulares unas rigolas pequeñas, pequeñas depresiones lineales por las que, con calma, corría un hilo fino de agua que Adrián, al inclinarse, confirmó que iba inequívocamente hacia el oeste.

Al fondo de la galería había una cámara redonda, de unos cinco metros de diámetro, con un rebaje central en forma de círculo perfecto, de poco más de un metro de hondo, lleno de un agua quieta, negra, sin una sola onda. Las paredes eran de ladrillo muy antiguo, colocado a espiga, y en los intersticios había brotado una eflorescencia blanca con forma de pequeñas estrellas endurecidas. El techo, también abovedado, bajo, mostraba grietas finas por las que, en algún momento, había goteado agua que se había secado después, dejando en el cañón un rosario de manchas oscuras.

—La balsa —dijo Salvatierra.

La palabra sonó pequeña comparada con lo que designaba.

Adrián se acercó al borde con la linterna. El agua, vista desde arriba, no parecía profunda; el fondo, aparentemente plano, quedaba a un metro escaso. Pero Clara, que había avanzado con una intuición técnica más rápida que la suya, se acuclilló junto al agua, alumbró con un ángulo distinto, y señaló algo.

—Ahí.

El haz entró en el agua y reveló, en el centro del fondo, lo que no era fondo: una abertura oscura, cuadrada, de unos cuarenta centímetros de lado, tapada por un enrejado antiguo de hierro forjado. Por las aberturas del enrejado se adivinaba una continuación

del pozo, un conducto descendente que seguía vertical varios metros más.

—Hay una salida —dijo Clara, sin emoción—. Hacia abajo.

—¿Hacia abajo adónde? —preguntó Adrián.

Clara se volvió hacia Salvatierra. El sacerdote, en lugar de contestar, levantó la linterna hacia la pared del fondo de la cámara.

—Lea eso primero.

Adrián y Clara alzaron las linternas a la vez.

En la pared del fondo, sobre un sillar ligeramente más claro que los demás, había grabada una sola palabra. Letras mayúsculas toscas, profundas, hechas con cincel:

SIGUE

No llevaba firma. No llevaba fecha. No formaba parte de ningún texto más largo. Era una sola palabra, imperativa, puesta allí no como información sino como orden.

—Siglo doce, probablemente —murmuró Clara, aproximándose a la inscripción con la linterna. Pasó el haz sobre las letras a distintos ángulos, observando los bordes del trazo—. Tal vez trece. Mortero del muro de la misma época. No es un grafito. Es una epigrafía intencional.

—¿Intencional para qué?

—Para quien bajase —respondió ella, sin quitarle el ojo a la piedra—. Es una indicación de ruta.

Salvatierra asintió desde atrás.

—*Sigue* —dijo—. No *ven*. No *mira*. *Sigue*. Quien la puso daba por hecho que el que llegara hasta aquí ya había decidido.

Adrián estudió la inscripción con los ojos de su oficio. La piedra en que estaba grabada no era, técnicamente, del mismo lote que las demás del muro. Tenía otro grano, otro tono. Era una piedra importada, probablemente de una cantera más antigua, y había sido encajada allí con un cuidado que no se correspondía con el carácter tosco de la letra. Alguien se había tomado la molestia de traer una piedra especial, labrarla, y colocarla en el sitio exacto donde el visitante natural se detendría a leer.

—¿Seguir cómo? —preguntó—. La galería termina aquí.

—No exactamente —dijo Salvatierra. Se acercó a una de las paredes laterales, donde había un pequeño tramo de muro que parecía de factura distinta, y empujó con la mano. La pared se abrió unos cuantos centímetros, de forma casi silenciosa, revelando una ranura vertical apenas suficiente para el paso de un hombre—. Por aquí.

—¿Cómo sabía...? —empezó Adrián.

—No lo sé yo —le interrumpió el sacerdote, con suavidad—. Lo sabe la Catedral. Y algunos custodios la ayudamos a recordarlo.

Pasaron uno a uno por la ranura. Al otro lado, se abrió una galería nueva, más baja, más estrecha, con el suelo ligeramente descendente. El aire cambió de nuevo: más frío, más quieto, con un olor distinto que Adrián no supo catalogar al principio. Un olor casi dulce, vegetal, extraño en un sitio así; después, al adentrarse unos metros, el olor dulce se mezcló con otro mineral, más antiguo, y los dos se unieron en una sensación que sólo podía describirse como olor a raíz. A raíz de ciudad.

La galería terminaba en una sala pequeña y rectangular. Tres metros por cinco. Techo bajo de ladrillo plano. Y en las cuatro paredes, visibles bajo la luz de las linternas, había grabados.

No eran muchos. Pero eran clarísimos.

En la pared de la izquierda, una concha.

Una sola concha, grabada a pulso, con esa forma de vieira que cualquier sevillano reconocía porque la había visto cientos de veces en otros contextos: emblemas, pintadas, conchas de piedra en las esquinas de algunos palacios, e incluso, sin ir más lejos, en la propia sillería del coro de la Catedral.

—La vieira —dijo Clara, aproximándose al grabado—. Concha jacobea. Aquí, a doce metros bajo el suelo del templo.

—No es raro —apuntó Adrián, más por costumbre que por convencimiento—. La Catedral conserva motivos jacobeos dispersos.

—Sí —dijo Clara—. Pero no en las paredes subterráneas. Y no grabados con esta profundidad. Esto no es ornamento. Es señalización.

Se separó un paso del muro. Alumbró la pared completa. Y entonces, bajo la concha, a poca distancia de ella, se hizo visible otra

inscripción, más pequeña, tallada con letras distintas: latinas, romanas, claras y muy bien conservadas.

ITER

—Camino —tradujo Clara, casi para sí—. Vía.

—Hay más —dijo Salvatierra, señalando con la linterna la pared de la derecha.

Se volvieron. En aquel muro, en un friso alto al que Adrián tuvo que acercarse alzando la linterna, se distinguía una frase completa, también en latín, en letras capitales compactas, con la uve en su forma antigua:

SICVT SVPERIVS, SIC INFERIVS

—*Como arriba, así abajo* —tradujo Clara con una lentitud que no era de vanidad sino de fatiga, como si la frase le hubiera aterrizado antes en la cabeza que en la lengua—. Una fórmula hermética. Se la atribuye al *Corpus Hermeticum*, la *Tabla de Esmeralda*. Muy antigua. Muy anterior al cristianismo.

—Aquí sirve de principio arquitectónico —dijo Salvatierra, en voz baja—. Lo que hay arriba, hay abajo. Lo que se ordena arriba, se replica abajo. La Catedral no termina donde pisamos. Continúa.

Adrián, que hasta entonces había escuchado con esa calma profesional de los que no se sorprenden fácilmente, tuvo que apoyar la mano en la pared unos segundos. No era miedo. Era otra cosa. Era la sensación —la primera auténtica que le daba aquel subsuelo— de que su trabajo de quince años, la topografía mental que se había hecho de los edificios religiosos, iba a necesitar una revisión profunda.

La pared, bajo su mano, estaba fría. No con el frío atmosférico de la cámara, que ya conocía, sino con un frío distinto: denso, pedregoso, como si la piedra misma tuviera una temperatura anterior al invierno. La retiró después de unos segundos y se sacudió, por reflejo, el polvo fino que la piedra le había dejado en la palma.

Clara, mientras tanto, había desplegado el plano enrollado sobre una piedra plana que hacía las veces de mesa improvisada. Era un plano antiguo, fotocopiado sobre papel grueso, con el sello del Cabildo en la esquina inferior y anotaciones manuscritas en lápiz por

varias manos distintas, a lo largo de lo que debían de ser decenas de años.

—¿Qué es eso? —preguntó Adrián.

—Un plano del subsuelo —contestó ella—. O mejor dicho: uno de los planos del subsuelo. Hay varios. Éste es el menos incompleto.

—¿Por qué el menos incompleto?

—Porque nadie ha conseguido dibujar uno completo.

Señaló con un lápiz la zona donde se encontraban. El plano mostraba, efectivamente, la cámara pequeña de los grabados, y más allá, un entramado de galerías que se ramificaba hacia distintas direcciones: una hacia el este, hacia la Plaza del Triunfo; otra hacia el norte, en dirección al Alcázar; y otra, la más marcada, hacia el oeste, hacia el río.

Sobre esa última alguien había escrito a lápiz, con letra pequeña y apretada, una anotación en dos partes. La primera era una palabra castellana:

Santiago.

La segunda, una expresión que Adrián nunca había oído:

Camino Negro.

—¿Quién escribió esto? —preguntó.

Clara no contestó enseguida. Miró a Salvatierra. Salvatierra miró al suelo.

—No se sabe con exactitud —dijo ella al fin—. Esta copia del plano fue ingresada en el archivo en 1947, sin procedencia documentada. Las anotaciones a lápiz se han ido añadiendo con los años por distintos archiveros, incluida una antecesora mía que se jubiló en 2003. Algunas palabras, como ésta —tocó con el lápiz la expresión *Camino Negro*—, aparecen escritas al menos en dos planos distintos, por dos manos distintas, con décadas de diferencia.

—Lo que significa que...

—Que alguien, cada cierto tiempo, lo vuelve a escribir.

Silencio.

Adrián sintió, sin poder evitarlo, un ligero hormigueo en los brazos. Miró la pared de la concha, la pared del *Sicut superius*, la pared del *Iter*. Volvió al plano. Volvió a la expresión escrita a lápiz. Había, en aquella habitación pequeña y fría, una lógica entera que

empezaba a organizarse ante él sin que nadie se la estuviera explicando del todo. No era magia. No era religión, al menos no religión al uso. Era otra cosa. Un sistema.

—¿Y qué es el Camino Negro? —preguntó, con una voz que procuró que sonara firme.

Salvatierra alzó la vista.

—Es una forma de llamarlo —dijo—. Ni la única, ni la más antigua. Pero la que ha sobrevivido.

—¿De llamar a qué?

—A lo que sigue por ahí.

Señaló con la barbilla hacia el oeste, hacia la galería marcada en el plano, hacia el Guadalquivir, hacia Triana.

—¿Y por qué *negro*? —insistió Adrián.

—Porque hasta hace muy poco —respondió Salvatierra— sólo se podía recorrer de noche. Y porque, si se mira con cuidado —añadió, con la voz más baja—, tiene razones mejores que ésa para llamarse así.

No explicó más. No hacía falta. Dejar aquella frase en suspenso, en aquella cámara, era suficiente.

Clara recogió el plano y lo enrolló con un gesto mecánico, ese gesto de profesional que no quiere dejar el documento expuesto más de lo necesario. Adrián no le quitaba ojo al grabado de la concha. Pensaba, sin quererlo, en el cuervo de Conde de Ibarra. En la línea oscura de los charcos. En la mancha en forma de almendra del parquet, inclinada cinco grados hacia el oeste. Todo apuntaba, desde distintos ángulos, en la misma dirección.

—Tenemos que salir ya —dijo Salvatierra de pronto—. Se va a hacer tarde.

Adrián lo miró.

—¿Hay una hora? —preguntó, sin poder contenerse.

El sacerdote esbozó una sonrisa muy breve, casi compadecida.

—Digamos que hay momentos del día en que es preferible no estar aquí abajo.

Empezaron a recoger. Clara devolvió el plano al maletín. Salvatierra volvió a encender su linterna de mano, que había apagado mientras hablaban. Adrián, antes de girarse para salir, pasó

una última vez el haz de luz por la pared de la concha, como quien quiere fijar en la retina una cosa que teme olvidar en cuanto suba.

Y fue entonces cuando sonó.

No en la Giralda.

Abajo.

Fue una nota grave, apagada, inequívoca: el tañido breve de una campana. Una sola. Duró apenas un segundo, y el sonido pareció venir de un punto impreciso a varios metros por debajo del suelo de la sala. Los tres se quedaron quietos. Clara fue la primera en mirar a Salvatierra. El sacerdote no apartó los ojos del suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Adrián, con una voz que él mismo no reconoció del todo.

Salvatierra tardó un momento en contestar.

—La campana de abajo —dijo, al fin—. A veces suena. No siempre.

—¿Cuándo?

—Cuando alguien ha bajado que no debía bajar —respondió—. O cuando alguien ha bajado que sí debía. Es difícil saberlo, a veces, hasta mucho más tarde.

Sonó otra vez. Grave. Única.

Un tañido solo, cortado en seco.

Adrián lo oyó con el cuerpo entero. No con los oídos. El cuerpo entero. Como había sentido, la otra madrugada, el medio centímetro de peso lejano que le había despertado sin motivo.

—Vámonos —dijo Salvatierra.

Y subieron.

La subida, en comparación con la bajada, fue rápida. Salvatierra abría la marcha. Clara iba en medio, con el maletín apretado contra el pecho. Adrián cerraba. Ninguno hablaba. Cuando llegaron a la cámara intermedia, Salvatierra volvió a colocar la chapa metálica con los dos ganchos. Cuando llegaron al tramo superior, corrió el cerrojo interior. Cuando salieron a la sacristía, cerró con llave, se guardó la llave en el bolsillo, y se quedó un momento con la mano apoyada en la puerta, como quien comprueba que algo sigue, efectivamente, cerrado.

Sevilla, fuera, seguía siendo Sevilla. La luz dorada se había ido ya del todo. El cielo tenía ese azul morado de las noches recién

empezadas. Por la Puerta del Perdón entraba un aire todavía fresco que olía a azahar y a asfalto mojado. Dos mujeres cruzaban el Patio de los Naranjos con bolsas de la compra, conversando en voz baja. Un niño pequeño correteaba entre los naranjos con un balón pequeño y rojo, perseguido, sin convicción, por un padre joven. Todo era absolutamente normal.

Salvatierra los acompañó hasta la puerta del Lagarto. Antes de despedirse, les dijo, sin énfasis, apoyado en la jamba:

—No comenten esto con nadie todavía. Necesito pensar.

—¿Pensar qué? —preguntó Clara.

—A quién llamamos —contestó el sacerdote—. Y a quién no.

Se metió dentro y cerró la puerta.

Adrián y Clara salieron juntos a la calle. Dieron unos pasos en silencio, como dos personas que acaban de compartir un examen y no saben todavía qué se puede decir y qué no. Al llegar a la Avenida de la Constitución, ella se detuvo.

—Señor Vega...

—Adrián.

—Adrián —repitió ella, sin sonreír—. Necesito que mañana me acompañe al archivo. Quiero que vea una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una carta. Escrita a finales del diecinueve. Si usted oye lo que oye, y si lo que ha visto esta tarde es lo que creo que ha visto, esa carta le va a interesar.

—¿De quién es?

Clara tardó un momento en contestar. Miró hacia el oeste, hacia la línea incierta del río.

—De alguien que estuvo allá abajo antes que usted —dijo— y volvió a subir distinto.

Le dio la mano, con una firmeza breve, y se alejó hacia Mateos Gago sin volver la cabeza.

Adrián se quedó un rato más en la esquina, quieto, con la bolsa de herramientas al hombro y las manos en los bolsillos. La Giralda, a su espalda, empezaba a iluminarse con las luces nocturnas de cortesía. Más lejos, del otro lado del río, Triana encendía también las suyas.

Entre una orilla y otra, bajo los adoquines, bajo los edificios, bajo la tierra misma, algo —eso ya no podía discutirlo— seguía discurriendo.

Y en algún punto de ese algo, una campana había sonado para ellos tres.

Echó a andar hacia su casa. Pasó por Mateos Gago, que se había llenado ya del bullicio habitual de la hora de cenar. En una terraza, un grupo de estudiantes reía con esa risa limpia de los que todavía no conocen la fatiga. En otra, una pareja mayor cenaba en silencio, más por costumbre de años que por falta de temas. Un repartidor en bicicleta pasó zumbando con la caja térmica a la espalda, esquivando peatones con esa agilidad deportiva de los que se ganan la vida pedaleando. Adrián los miró a todos con una atención nueva, más suave, más distante, como si, sin decírselo, acabase de mudarse de Sevilla a otra Sevilla.

No miró los charcos esta vez. No quería mirarlos. Sabía que iban a seguir mostrando la línea oscura, con él o sin él, tanto si la miraba como si no.

Cuando llegó a Conde de Ibarra, el cuervo no estaba en la cornisa. Se había ido, si es que era el mismo, a otro sitio, o estaba esa noche en otra esquina de la ciudad. Adrián se detuvo igual, y levantó la vista, por costumbre. Había una pluma en el borde de la teja. Una sola. Pequeña, negra, con el cañón hacia afuera, como si alguien la hubiera dejado olvidada.

Entró.

Arriba, Moro le recibió con su calma doctoral. La mancha del rincón del dormitorio, al revisarla Adrián antes de acostarse, había crecido otros dos centímetros.

Medía ya, en su eje mayor, diez.

Capítulo 3

El campanero ciego

Adrián despertó a las seis y media sin haber dormido del todo. Había pasado buena parte de la noche despierto en el salón, con el perro a los pies y el cuaderno de campo abierto sobre las piernas, intentando ordenar lo que había bajado a ver. Dibujó de nuevo la concha. Escribió varias veces las palabras *Camino Negro* hasta que dejaron de parecerle raras. Dibujó también, en una página aparte, un diagrama torpe: la Catedral en planta, con la Giralda a un lado, las tres galerías del subsuelo apuntando al norte, al este y —más marcada que ninguna— al oeste. En el centro del diagrama, sin querer, había puesto un punto. Un punto sólo. Luego lo miró un rato largo y lo convirtió en una cruz. Después tachó la cruz. Después la volvió a poner.

Había terminado, hacia las dos de la mañana, con una página que parecía más una obra menor de un escolar con fiebre que una nota técnica. Se rió de sí mismo sin alegría y había cerrado el cuaderno. Había intentado leer un rato: un libro de ensayos sobre restauración arquitectónica del siglo diecinueve que tenía en la mesilla desde hacía meses. Al cabo de tres páginas se dio cuenta de que había releído dos veces el mismo párrafo sin entenderlo. Apagó la luz. Tardó más de una hora en dormirse. Soñó, a ratos, con una puerta pintada del mismo color que la pared, y con una llave que le crecía en la mano hasta ser demasiado grande para la cerradura.

A las siete y cuarto sonó el teléfono.

—¿Adrián?

Era la voz del padre Salvatierra, seca, sin preámbulos. A esa hora, por la ventana, empezaba a colarse la primera luz de un día que prometía estar sin nubes; el sol, aún invisible detrás de los tejados

del este, anunciaba su llegada con un rosado tenue sobre los muros blancos del patio interior del edificio vecino.

—Sí.

—Suba a la torre a las diez. Pregunte por Tomás Beltrán. Le he avisado.

—¿Tomás Beltrán?

—El campanero.

—¿El de la Giralda tiene nombre?

Salvatierra soltó una risa breve y sin gracia, la primera risa que Adrián le oía desde que lo conocía.

—Todo en la Catedral tiene nombre, señor Vega. Lo que pasa es que la mayoría no los usamos.

—¿Me va a recibir en el campanario?

—Él no baja a otro sitio desde hace años. Lleva, según mis cuentas, más de una década sin pisar la Plaza Virgen de los Reyes. La torre le da todo lo que necesita.

—¿Y qué quiere que haga allí arriba?

—Que le escuche, simplemente. Y que se deje escuchar por él.

Salvatierra colgó antes de que Adrián pudiera contestar nada más. Así era el sacerdote: citaba, informaba lo necesario, y se apartaba.

Adrián se preparó despacio. Se duchó. Afeitó. Ropa cómoda, botas blandas, una chaqueta ligera sobre una camiseta de manga larga. Desayunó en la cocina, de pie, apoyado en la encimera: una tostada de pan moreno con aceite y tomate, un café. El perro, en el recibidor, recibió su ración de pienso con la parsimonia de los galgos viejos y se tumbó después junto a la puerta del balcón para dejarse calentar por el sol temprano. Adrián le dejó la mano encima del lomo un minuto. El perro le devolvió la cortesía con un resoplido corto y cerró los ojos.

Antes de salir, Adrián se detuvo en el rincón del dormitorio. La mancha seguía allí, más oscura aún que la noche anterior; había crecido otros dos o tres milímetros y ahora, si se la miraba de cerca, parecía respirar de un modo imperceptible, como si muy por debajo del suelo algo la alimentase al ritmo constante del pulso que ya conocía. Adrián no se agachó. No la tocó. Se quedó unos segundos mirándola y luego bajó a la calle.

A las diez menos diez cruzaba la Plaza Virgen de los Reyes. La mañana era limpia, tibia, con esa luz franca de marzo que a veces engaña y hace pensar a los sevillanos que ya ha llegado la primavera, aunque todavía no. Los turistas empezaban a organizarse en colas frente a la Puerta de San Cristóbal, y un grupo escolar con chalecos amarillos de alta visibilidad se estacionaba bajo los naranjos con el aburrimiento profesional de los niños a los que les queda una hora larga de explicaciones. Una profesora joven, con una carpeta bajo el brazo y una paciencia mayor de la que ella misma reconocía, explicaba en voz contenida la historia del Patio de los Naranjos, y los niños asentían con esa educación artificial que preside estas visitas y que se desarma en cuanto la profesora se gira. En una esquina, un vendedor de helados, con su carrito, esperaba pacientemente a que empezase a apretar el sol.

La entrada a la Giralda no era la que usaban los turistas. Desde el interior del templo, un portón lateral daba al pie de la torre, en un vestíbulo pequeño y frío donde un cartel de plástico mal iluminado indicaba los nombres del personal de mantenimiento. Miguel, el aparejador, lo esperaba allí con una carpeta bajo el brazo y un café ya mediado en la otra mano.

—Arriba —dijo, por todo saludo, y le alargó una tarjeta plastificada con una cinta azul.

Adrián se la colgó al cuello.

—¿Me acompañas?

—Yo no subo —dijo Miguel—. Me da vértigo a partir del tercer arco. Además, él prefiere ir recibiendo a la gente de uno en uno.

—¿Él?

—Tomás. Sube y lo verás.

—¿Cuánto tiempo lleva con la torre?

—Cuarenta y dos años de campanero. Quince más, de aprendiz, antes. Mira, es una cosa rara: hay campaneros que van pasando por oficio, como guardas o sacristanes; y hay otros que se instalan en la torre como se instala un inquilino en un piso que, con el tiempo, acaba por no entender como distinto del propio. Tomás es del segundo tipo.

—¿Tiene familia?

Miguel dudó un segundo.

—No que yo sepa. Un sobrino, creo, que le ayuda con las comidas. Pero nunca se lo he preguntado directamente. Tomás no es un hombre al que le hagas preguntas personales.

Miguel le abrió la puerta interior y le señaló, con una pequeña sonrisa que no parecía simpática sino resignada, el inicio de las rampas.

Porque lo que tenía la Giralda, en lugar de escaleras, eran rampas. Treinta y cinco tramos inclinados, suaves, de piedra gastada por el centro, contruidos para que el muecín de la antigua mezquita pudiera subir a lomo de su mulo y, siglos después, para que los sacristanes y carpinteros de la Catedral pudieran subir materiales sin partirse la espalda. Cada tramo giraba noventa grados a la izquierda. En el centro de la torre, como un alma hueca, bajaba un pozo vertical que la recorría entera, cuadrado, de unos tres metros de lado, por el que habrían pasado, imaginó Adrián con fastidio, las cuerdas de los fardos y los pesos de los obreros desde el siglo doce.

Comenzó a subir.

La Giralda por dentro no se parecía a la Giralda por fuera. Por fuera era una torre; por dentro era un tubo vertical con paredes enormes de ladrillo y piedra. Los muros, en la base, tenían casi tres metros de grosor. En los tramos más antiguos, la mampostería almohade se dejaba ver sin ornamento: piedras grandes, mal cortadas, unidas con un mortero oscuro. Cada cierto tramo, un vano abierto hacia el exterior —una especie de ventana sin cristal— dejaba entrar un trozo de cielo y una corriente de aire. A través de esos vanos Adrián vio, según subía, cosas que en cada altura eran distintas: primero los tejados vecinos, después los campanarios menores del casco antiguo, después la ciudad entera extendiéndose hacia el Guadalquivir y, detrás, Triana con sus chimeneas de cerámica apagadas y el barrio de los Remedios más allá, con sus torres modernas que parecían de un tamaño discutible comparadas con la altura a la que él se iba encontrando.

Subió sin prisa. Por costumbre profesional, observó la piedra al pasar. El grano era excelente. Las juntas, en su mayoría, estaban bien resueltas. Aquí y allá, alguna reposición moderna se notaba por el

color, más limpio, más uniforme, menos vivido. En el séptimo tramo se detuvo a recuperar el aliento y a mirar un arco lobulado que llevaba, quizá, ochocientos años aguantando todo el peso de la torre por encima. Pasó la mano por él, casi sin pensar. La piedra estaba fría, áspera, con esa textura mineral que su oficio le había enseñado a reconocer como señal de salud. La Giralda estaba, contra todo pronóstico razonable, en condiciones muy mejores de las que uno esperaría en un edificio de su edad.

En el tramo duodécimo se cruzó con un grupo de cuatro turistas que bajaban, dos hombres jóvenes y una pareja mayor con acento inglés, todos con la respiración agitada y las mejillas coloreadas por el esfuerzo de haber bajado rápido. El mayor de los dos hombres jóvenes llevaba colgada al cuello una cámara de fotos grande, profesional, con la que sin duda había hecho fotos de cada arco y de cada tramo. El otro cargaba una mochila pequeña con dos botellines de agua asomando por los laterales. Los cuatro pasaron junto a Adrián con esa cortesía sudorosa de los turistas que comparten escalera. Adrián les sonrió. Al pasar el último, por uno de los vanos que daba al este, cruzó un cuervo. No lo vio llegar. Sólo un aletazo breve en el aire, una sombra rápida que bloqueó un segundo la luz, y luego nada. Adrián se asomó. El pájaro ya había desaparecido detrás de la corona de la torre. Se le ocurrió, sin quererlo, que era la segunda vez en tres días que un cuervo parecía estarle acompañando a su manera. Lo apuntó mentalmente. Siguió subiendo.

A partir del vigésimo tramo empezó a oírlas.

Campanas, no. Campanas en reposo. Porque las campanas, aunque no suenen, respiran. Adrián lo sabía desde que había trabajado en restauraciones menores en iglesias pequeñas: el bronce, colgado durante siglos, emite un ronroneo mínimo cuando pasa el aire. Un zumbido casi subsónico que los sordos no oyen y los distraídos tampoco. Ese ronroneo, en la Giralda, era múltiple. Había veinticinco campanas arriba. Veinticinco zumbidos mezclándose entre sí, formando una armonía aproximada que, a distintas alturas de la rampa, cambiaba de tono porque cambiaba el ángulo del sonido.

Cuando alcanzó el trigésimo tramo, el aire ya estaba lleno de ellas. No sonaban. Sólo vivían.

El campanario propiamente dicho empezaba en el rellano del tramo trigésimo quinto. Allí, una puerta baja de madera oscura daba acceso a una estancia ancha y de techo no muy alto, con cuatro arcos abiertos a las cuatro direcciones cardinales. De cada arco colgaba, en cuerpos de piedra labrada, un conjunto de campanas. Las más grandes, las de los bronceos históricos, se veían al fondo, montadas sobre yugos de madera maciza, con sus badajos quietos, esperando. Las más pequeñas, repartidas en los laterales, colgaban en racimos más modestos. En el centro, en el suelo, un enrejado de hierro dejaba ver el pozo vertical bajando, y más allá, muy abajo, el punto diminuto donde la luz entraba desde la base, como el final de un telescopio puesto al revés.

Y en un rincón, sentado en una silla de madera, junto a una mesa pequeña, había un hombre.

Era mayor. No viejo, mayor. Debía de tener unos setenta y cinco años, quizá algunos más. Llevaba un jersey gris de cuello cerrado, un pantalón oscuro, unas zapatillas ya blandas por el uso. En las manos sostenía una taza de café, de las gruesas, sujeta con las dos manos juntas como si, más que beber el café, quisiera retener su temperatura. Tenía el pelo blanco, corto, muy limpio. El rostro estaba quieto, atento, con unos ojos azulados y vacíos, sin expresión, clavados más o menos en la puerta pero no exactamente en Adrián.

La mesa estaba pulcramente dispuesta, con la discreta geometría de los hombres que viven solos y a los que las cosas les quedan siempre en el mismo sitio: a su izquierda, una termo de acero inoxidable gastado con un parche de cinta adhesiva en el asa, un azucarero pequeño, un plato con tres galletas maría dispuestas con exactitud en fila india, y un pequeño reloj despertador antiguo con esfera redonda que marcaba la hora en silencio; a su derecha, un viejo transistor de madera y plástico color crema, con antena telescópica a medio extender, encendido en volumen muy bajo, sintonizado en una emisora nacional donde un locutor matutino comentaba las noticias del día con ese tono neutro que las suaviza antes de que lleguen al oído. En la pared, sobre la mesa, colgaba una

pequeña cruz de madera oscura, y debajo, un cuadro enmarcado con el escudo del Cabildo.

—Adelante —dijo el hombre, antes de que Adrián hubiera pronunciado una palabra—. Le oigo desde el tramo quince. Pisa usted con las puntas, como los restauradores.

Adrián se detuvo en el umbral.

—Adrián Vega —dijo, por si acaso.

—Tomás Beltrán. Venga usted. No muerdo, y las campanas, a esta hora, tampoco.

Adrián entró. Cerró la puerta sin querer con demasiada suavidad; el campanero ladeó apenas la cabeza al oírlo, con un gesto de aprobación, y señaló con la barbilla una segunda silla que había contra la pared. Tomás alargó la mano y apagó el transistor con un pequeño chasquido. La radio se calló y el campanario quedó lleno, otra vez, del ronroneo bajísimo de los veinticinco bronce.

—Siéntese.

Adrián arrastró la silla y se sentó. Durante unos segundos no hubo más que silencio entre los dos, y el ronroneo suave de las campanas, y el aire entrando por los cuatro arcos abiertos con esa levedad salina que tiene el viento de Sevilla cuando viene del sudoeste.

—Le ha mandado Salvatierra —dijo Tomás.

—Sí.

—Y han bajado ustedes.

Adrián dudó un instante.

—¿Cómo lo sabe?

Tomás sonrió. No fue una sonrisa exagerada. Sólo una curvatura pequeña en la comisura, de hombre al que hace tiempo que nada le sorprende demasiado.

—Porque la torre lo oye. Ayer por la tarde, a eso de las siete, hubo un ligero desfase en la campana de Santiago. La campana de Santiago es esa de ahí —señaló con el mentón hacia la izquierda, sin verla, pero sin equivocarse—; si usted se fija, tiene el yugo un poco más viejo que las otras. Esa campana, cuando alguien entra en determinadas galerías de abajo, se mueve tres décimas de grado. No es audible. Pero yo lo noto.

Adrián se quedó callado.

—¿Lo nota cómo?

—Por el ronroneo. Cada campana tiene el suyo. El de Santiago, ayer por la tarde, se descolocó unos segundos y volvió.

—¿Cuántos segundos?

—Siete y pico. Justo los que tardan en bajar por la escalera corta de la sacristía hasta la cámara de la balsa.

Adrián tuvo que esforzarse para no levantarse de la silla. Echó una mirada rápida a la campana señalada, la de Santiago. Era un poco más pequeña que la más grande de las del arco, con el bronce ligeramente más oscuro, casi negro en ciertas zonas, y un yugo de madera en el que se veían las señales de muchas generaciones de manos: lijado por el uso, repintado, reparado, con algunas muescas accidentales en la base.

—¿Usted oye todas las campanas? —preguntó, recuperándose.

—Oigo, más bien, el sistema.

—¿El sistema?

—Esto no son veinticinco campanas, señor Vega. Es una campana en veinticinco pedazos. Cuando suena una, las demás responden mínimamente. Cuando el aire cambia, responden todas. Cuando alguien camina ahí abajo, responden también. Lo que yo oigo, casi siempre, es el sistema entero.

Adrián se pasó la mano por la barbilla. Tenía muchas preguntas. Ninguna le parecía, en aquel momento, la adecuada.

—¿Y cuándo empezó usted con esto?

Tomás dejó la taza sobre la mesa.

—Con la torre, con veintitrés años, como aprendiz del que había antes, Joaquín Rivas, al que llamaban Joaquín *el seco* porque no bebía agua más que al levantarse. Con la escucha, con treinta y tantos. Mi vista se fue yendo poco a poco, por una enfermedad heredada. A los cincuenta dejé de distinguir cosas a más de dos metros. A los cincuenta y cinco ya no veía sombras. Para entonces ya había aprendido a compensar. Es mentira eso de que uno se queda ciego y le sube el oído como por milagro: lo que ocurre es que, cuando ya no puede distraerse con los ojos, le da tiempo a escuchar lo que siempre estuvo allí. Pero esa escucha es vieja. Está dentro. Sólo hay que dejarla salir.

—Entiendo.

—No entiende aún. Pero entenderá.

Hubo un breve silencio cómodo.

—El padre Salvatierra me dijo que le preguntara por un ritmo.

Tomás asintió, lentamente.

—El tres y dos.

—¿Es así como lo llama?

—Es así como se llama.

Dejó la taza sobre la mesa. Se frotó los dedos una contra otra, muy despacio. Después, con los dedos índice y medio, dio sobre el tablero tres golpecitos seguidos y, tras una pausa muy breve, dos más.

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

—Así —dijo—. Tres y dos. Cinco toques, con una pausa pequeña entre el tercero y el cuarto. Es un ritmo antiguo. Más antiguo que la torre. Más antiguo que la Catedral. Más antiguo, probablemente, que la lengua en la que hablamos usted y yo ahora mismo.

—Yo había oído un ritmo distinto —dijo Adrián—. Dos breves, una larga.

Tomás asintió.

—Es una variante. Una reducción. Se usa en otras fases. Lo que usted ha oído abajo es una forma degradada del tres y dos. A veces, cuando el sistema lleva mucho tiempo sin que nadie lo escuche como es debido, se simplifica solo. Como una letra que pierde rasgos cuando se copia mil veces.

—¿Se simplifica solo?

—Los ritmos antiguos son más tercios de lo que la gente cree. No necesitan que alguien los mantenga para seguir existiendo. Sólo que alguien los oiga, de vez en cuando.

—¿Y usted los oye.

—Yo los oigo.

Hubo un silencio breve. Tomás alargó la mano y, con una precisión notable para alguien que no veía, cogió la taza exactamente por el asa.

—Antes éramos más —añadió, casi en voz baja—. Ahora, en la Giralda, sólo quedo yo. Pero tampoco estoy solo. Hay más como yo en otras torres. Eso también es un sistema.

—¿Cuántos, más o menos?

Tomás se quedó un momento quieto. Luego respondió, con esa honestidad sin dramatismo de los oficios menguantes.

—En España, hoy, tres. Yo aquí. Otro en Oviedo, aunque a ese hace años que no lo oigo. Y Xoán, en Santiago. Más viejo que yo. Ciego también, por cierto. Noventa años.

—¿Se comunican entre ustedes?

Tomás sonrió.

—A mi manera.

—¿A su manera es cómo?

—A su tiempo, señor Vega. Se lo explicaré el día que haga falta, no antes.

Adrián lo miró un momento. Aquella frase pedía mil preguntas. Eligió no hacer ninguna.

—Usted —dijo Tomás, cambiando de tema con una naturalidad que parecía ensayada pero no lo era— ha oído el tres y dos en el pilar dos de la nave del Evangelio.

—Sí.

—Y después, en las campanas de las doce.

—Sí.

—Y después, en su propia casa.

Adrián se quedó quieto.

—¿Cómo sabe...?

—Lo supuse. Pasa siempre en el mismo orden. Primero la piedra, luego las campanas, luego la casa del que escucha.

—¿Siempre?

—Siempre que la persona sirve.

Adrián tragó saliva. No le gustaba esa palabra, *servir*, aplicada a él mismo. La asoció, por hábito profesional, con otras cosas, con otros contextos, con subordinaciones que no había elegido. Tomás, como si hubiera oído el pensamiento entero, matizó enseguida:

—Servir para oír, quiero decir. No servir como sirve un mozo. Servir como sirve un caucho, que amortigua y transmite. Hay gente que escucha pero es duro por dentro, y el sonido se muere al chocar con él. Y hay gente con la densidad correcta, que recoge el sonido y lo

devuelve, limpio, al aire. A esos el sistema los reconoce. No los elige. Los reconoce.

—Entiendo.

—No entiende aún. Pero entenderá.

Tomás se levantó. Lo hizo con la soltura de un hombre que conoce cada centímetro del suelo que lo rodea. Caminó hasta el pilar central del campanario, hacia el enrejado del pozo, y se detuvo allí con las manos a los lados del cuerpo, muy quieto.

—Venga —dijo—. Póngase a mi lado.

Adrián se levantó y se acercó.

—Cierre los ojos.

Adrián dudó un instante. Luego obedeció.

—No escuche las campanas —dijo Tomás, en voz muy baja—. Escuche el hueco.

—¿El hueco?

—El pozo central. El aire que hay dentro. El aire de un pozo, cuando el pozo es muy largo, tiene un tono propio. Como una botella muy honda.

Adrián se concentró. Al principio no oyó nada más que su propia respiración y el silbido leve del viento en los arcos. Luego, a medida que su oído se fue acostumbrando, empezó a distinguir cosas: el ronroneo sordo de las campanas, el leve crujido de la madera de los yugos, el rumor amortiguado de la Avenida de la Constitución a setenta metros bajo sus pies. Debajo de todo eso, poco a poco, apareció lo otro: un tono, muy bajo, muy constante, que parecía surgir directamente del hueco vertical. Una nota grave, sostenida, sin variación, como el zumbido de un órgano con una sola tecla pulsada muy lejos.

—La oigo —dijo, después de un rato.

—Eso es la torre pensando. Y ahora, escuche más.

Adrián obedeció. Contuvo la respiración. Aguzó más el oído. Y entonces, muy lentamente, bajo la nota principal del pozo, apareció otra cosa: una resonancia más distante, más débil, que parecía venir no del pozo sino de debajo del pozo. Como si el pozo continuara, efectivamente, en sentido inverso, hacia abajo, más allá del suelo de

la torre, más allá del suelo del templo, hasta llegar a una zona donde otra cavidad más ancha le devolvía la nota con una pequeña demora.

—La siento —dijo Adrián, bajando la voz.

—Eso es la Catedral pensando. Y ahora, escuche más.

Pasaron unos segundos. Adrián notó entonces, como se nota un hilo fino entre dos dedos sudados, un tercer sonido. Una cadencia. Un pulso. Lo reconoció antes de poder nombrarlo.

Tres y dos.

Muy débil, pero exacto. Emergiendo de la nota grave como se separa un pigmento de otro en una pintura antigua cuando se mira con luz rasante.

—Lo oigo —dijo.

—Ya sabía yo que lo oiría.

Abrió los ojos. Tomás seguía quieto a su lado, con la cabeza ligeramente inclinada, como quien no ha terminado del todo de oír lo que está oyendo. Pasaron unos segundos más en silencio. Luego, cuando le pareció que aquello se había apagado, Adrián preguntó:

—¿Qué es eso que responde desde abajo?

—El sistema.

—Sí, pero... físicamente.

Tomás volvió a sonreír, esta vez con un poquito de tristeza.

—Físicamente, señor Vega, no lo sabemos del todo. Hay agua, eso seguro. Y hay aire, en cámaras. Y hay piedra labrada por gente que ya no existe. Hay, además, una cierta forma de construir que privilegia la continuidad sobre la discontinuidad. Eso es todo lo que un técnico como usted podría medir. Lo demás...

—¿Lo demás?

—Lo demás lo llamamos de distintas maneras, según el siglo. Algunos le dijeron *Iter*. Otros, *vena*. Otros —y aquí bajó un poco la voz, sin énfasis— le dicen *Camino Negro*.

Adrián sintió, otra vez, aquel pequeño hormigueo en los brazos.

—¿Usted también lo llama así?

Tomás tardó un momento.

—Yo lo llamo así cuando hablo con los que ya lo han oído. Con los demás lo llamo *la línea*, o *el hilo*, o *la cosa esa*, o *lo de ahí abajo*.

Según. Los nombres son una forma de señalar para el que viene detrás.

—¿Y por qué negro?

—Porque así lo he oído yo toda mi vida. Y porque, cuando uno ha oído durante muchos años las mismas cosas, acaba dándose cuenta de que los nombres que se mantienen son los que sobran. Nada se llama como se llama por casualidad.

Adrián asintió. No tenía con qué discutir aquello.

—¿Qué hago ahora? —preguntó, después de un rato.

Tomás volvió a la silla. Se sentó. Volvió a coger la taza. Bebió un sorbo corto.

—Lo que haga, hágalo pronto —dijo—. Hay momentos en los que esto escucha, y momentos en los que duerme. Ahora está escuchando. No va a estar siempre.

—¿Cuánto tiempo?

—No se sabe. Días. Semanas. A veces meses. Una vez, cuando yo era joven, escuchó durante casi un año entero. Pero fue cuando enterraron al Conde. Fue un caso raro.

—¿Qué conde?

—Da igual qué conde. Era muy importante entonces. Ya no lo es. Nadie lo recuerda. Pero el sistema sí.

Adrián se quedó pensando. Miró por encima del hombro de Tomás, hacia el arco abierto al oeste, por donde se veía el Guadalquivir hecho una lámina gris, y más allá, Triana, con sus tejados bajos y las chimeneas apagadas de los alfares. Desde allí arriba, la ciudad se ordenaba con una lógica distinta que desde el suelo: las líneas de calles, los tejados, las plazas, componían un dibujo en el que podían distinguirse líneas antiguas, trayectorias que ninguna avenida moderna había respetado del todo. El Guadalquivir, visto así, parecía una cicatriz ancha dejada hacía demasiado tiempo como para que doliera ya.

—¿Y dónde tengo que ir?

—Al otro lado del río.

—¿Triana?

Tomás asintió.

—En Triana hay sitios donde el Camino Negro asoma. No del todo. Pero asoma. Los patios viejos, algunos. Las fundiciones. Los sótanos de las alfarerías. Pregunte usted por un señor mayor llamado Claudio Paniagua. Dígale que va de parte de Tomás el campanero. Y dígale que escuche con usted.

—¿Qué hace ese señor?

—Fue alfarero. Ahora es viejo. Pero conserva un horno apagado del siglo diecisiete que no deberían haber conservado, y que conserva. Ese horno oye. Hágale caso.

—¿Su dirección?

—Calle Alfarería, cincuenta y cuatro. No hay letrero. Llame usted y aguante la contestación.

Adrián apuntó mentalmente el nombre y la dirección. Claudio Paniagua. Calle Alfarería, cincuenta y cuatro. Los repitió dos veces en silencio para no perderlos.

—Una cosa más —dijo, después de una pausa.

—Diga.

—¿Puedo preguntarle algo personal?

—Puede.

—¿Cómo empezó usted a oír todo esto?

Tomás giró muy lentamente la cabeza hacia él. Los ojos vacíos no lo miraban, pero la atención sí.

—No empecé a oírlo. Dejé de ver otras cosas. El oído no se desarrolla; se descubre. Uno oye toda la vida lo que hay. Lo que cambia, cuando se nos va la vista, es que dejamos de escuchar otros canales.

—¿Y si yo quiero aprender a escuchar sin quedarme ciego?

Tomás esbozó, esta vez, una sonrisa plena, sin tristeza.

—Pues tendrá usted que cerrar los ojos a propósito, señor Vega. Con frecuencia. Y en sitios donde nadie le vea hacerlo. Es un ejercicio poco elegante. Pero funciona.

—¿Cuánto tiempo?

—Empiece con cinco minutos al día. En la Catedral misma, si puede. En una capilla lateral, por ejemplo, en la hora mala, esa hora muerta de las tres y pico en que los turistas se han ido a comer y los curas están rezando. Cierre los ojos cinco minutos. Al principio no

oír más que a usted mismo. Al cabo de una semana empezará a oír el edificio. A las dos semanas, a oírse a sí mismo distinto. A las tres, a saber distinguirse.

—¿A saber distinguirse?

—A saber si lo que usted oye es suyo o es del edificio.

Adrián asintió. Se acercó a la puerta. Antes de salir, se volvió una última vez.

—Una cosa más.

—Dígame.

—Las campanas que están sonando ahora mismo. Muy bajo. Las que suenan sin sonar.

—¿Qué les pasa?

—Hay una que no está del todo alineada con las otras.

Tomás se quedó quieto. Un momento largo. Luego asintió muy despacio.

—Buen oído, señor Vega. Es la de Santiago. Lleva así desde hace cuatro días. Va desde la tarde del domingo.

Domingo. Adrián hizo la cuenta mental. Domingo por la tarde. Más o menos la hora a la que él, sin saberlo, había entrado por primera vez aquella misma semana con su escucha de muros y había apoyado la oreja contra el pilar dos de la nave del Evangelio.

No dijo nada.

Salió.

La bajada por las rampas fue más rápida que la subida. El sol, a las once y media, entraba ahora por los vanos con otro ángulo, dorando tramos del suelo que antes habían estado en sombra. La piedra, iluminada así, dejaba ver unos aserraderos finos de polvo dorado que subían y bajaban lentamente con cada corriente de aire, como si la torre tuviera también ella su respiración diurna. Adrián los miró un momento, apoyado en el muro del vigésimo tramo, y pensó, sin decírselo a nadie, que en Sevilla el polvo se comportaba de un modo extraño: no se posaba, exactamente. Daba la impresión de irse a alguna parte.

En el descenso se cruzó con tres grupos más de turistas que subían. Uno, un padre con dos niñas pequeñas; ellas reían. Otro, una pareja en silencio, con las mochilas cruzadas como bandoleras. Otro,

un grupo de ocho alemanes mayores, guiados por una mujer española de mediana edad que les hablaba en un alemán correcto y discreto. Cada uno tenía su forma de subir: los niños saltando, los mayores arrastrando los pies, los alemanes con la paciencia disciplinada de los excursionistas experimentados. Adrián los miraba pasar con un afecto distraído, con la conciencia de que ninguno de ellos iba a oír, arriba, lo que él acababa de oír. Iban, sí, a ver la ciudad. A hacer fotos. A leer en el cartel que la Giralda tenía veinticinco campanas. A subir por las rampas y a admirar la anchura de los muros. Pero del sistema, del tres y dos, de la campana de Santiago descolocada desde el domingo, no iban a oír nada. Porque eso no se oía por ser turista. Eso se oía por otra cosa.

Cuando llegó a la base, Miguel ya no estaba allí. Había dejado, en cambio, un sobre cerrado sobre el banco, con el nombre de Adrián escrito a bolígrafo.

Adrián lo abrió. Era una nota breve, escrita con letra clara, sin floritura.

Señor Vega: En cuanto tenga ocasión, avísame. Hay algo en el archivo que va a querer ver. No hay prisa, pero tampoco mucho tiempo. C. Bru.

Adrián plegó la nota, se la guardó en el bolsillo interior de la cazadora, y salió de la Catedral por la puerta del Lagarto. Al cruzar el Patio de los Naranjos, levantó instintivamente la vista hacia la torre. Desde abajo, la Giralda seguía siendo la misma figura de siempre, lisa, robusta, con el Giraldillo arriba haciendo su leve giro lentísimo sobre el cielo azul de la mañana. En el campanario, a más de setenta metros sobre el suelo, un hombre ciego estaba en aquel momento bebiendo café, con la cabeza ligeramente ladeada, oyendo una cosa que Adrián acababa de aprender a oír.

Sintió, por un instante, una sensación curiosa. No era vértigo. Era simetría.

Lo que había bajo sus pies, doce metros por debajo del pavimento de la plaza, tenía un gemelo arriba, setenta metros por encima. Como arriba, así abajo. Lo que allí se decía, aquí se repetía. Lo que allí se movía, aquí se sabía. La Catedral y su torre no eran dos edificios con un muro en común. Eran un solo cuerpo con dos cabezas.

Salió a la Avenida de la Constitución. Un tranvía cruzaba en ese momento con el sonido suave de los tranvías modernos, casi un susurro eléctrico, y a Adrián le pareció, sin razón precisa, que también aquel vehículo, al pasar, hacía vibrar mínimamente el suelo bajo sus pies con una cadencia que, si uno se concentraba, podía reducirse a tres y dos. Cerró los ojos un segundo. Los abrió. Se rió por dentro de sí mismo. *Ya empiezas a oírlo en todos los sitios*, se dijo.

Cruzó hacia el río.

Iba a Triana.

Capítulo 4

La ciudad sumergida

El Puente de Triana, a la una de la tarde, tenía la misma gravedad melancólica que le ha dado durante ciento setenta años a quien lo cruzara mirando el río. Adrián lo atravesó despacio, con las manos en los bolsillos de la cazadora, la bolsa de herramientas al hombro, y los ojos puestos unas veces en el agua gris del Guadalquivir y otras en la línea de arquerías blancas que anunciaba la orilla contraria. El agua estaba alta. Se había llenado con las lluvias de la semana y bajaba entre los ojales del puente con una calma densa, algo solemne, como si llevara siglos negociando con las ciudades por las que pasaba la cantidad exacta de agua que podía llevarse sin ofenderlas. Unas gaviotas giraban sobre la lámina. Una barcaza pequeña, con bandera española desteñida, se mecía amarrada en la orilla trianera, vacía, sola.

Había cruzado aquel puente cientos de veces en su vida, pero rara vez con la atención con la que lo cruzaba ahora. Su estructura metálica —el puente de Isabel II, inaugurado en 1852, con dos grandes ojos centrales de hierro fundido colocados entre arquerías de piedra—, había sido durante un siglo y medio el principal nexo entre las dos orillas, y sus barandillas conservaban la pátina desigual de las obras públicas antiguas: tramos recién pintados junto a tramos con óxido, pequeñas inscripciones hechas a navaja por enamorados de otras décadas, algún candado colgando por costumbre importada. Adrián había leído, en alguna revista profesional, que las piezas de hierro fundido del puente se habían encargado en su día a Burdeos y habían viajado por mar hasta Sanlúcar y por río hasta Sevilla. El mismo río que pasaba ahora bajo sus pies había llevado, un siglo y medio antes, las barras de aquel puente encima de las cuales él caminaba. El Guadalquivir, pensó, no era sólo agua: era también el

archivo natural de cuanto había circulado por él desde hacía milenios.

En mitad del puente, Adrián se detuvo.

Desde allí se veían las dos ciudades a la vez. A la espalda, la Sevilla de piedra: la Torre del Oro, el campanario de la Magdalena, la línea de la Giralda recortándose al fondo contra el cielo limpio. Enfrente, la Sevilla blanca: los tejados bajos de Triana, las chimeneas apagadas de las alfarerías, la silueta discreta de la Capilla de los Marineros, y la Capilla del Carmen de Aníbal González al pie del puente, con su pequeño minarete de cerámica verde que parecía diseñado expresamente para no hacer sombra a la Giralda, por respeto o por prudencia.

Dos ciudades. Un río. Y, según iba entendiendo Adrián, un sistema único que las atravesaba por debajo.

Se quedó un minuto más en la baranda con los antebrazos apoyados en el hierro frío. Un cormorán pasó volando muy bajo, paralelo a la superficie del río, con la concentración profesional de los pescadores con plumas. Tres hombres mayores, sentados en uno de los bancos de la orilla, conversaban con la parsimonia característica de los jubilados de Triana, con una pausa entre frase y frase que un recién llegado habría interpretado como falta de entendimiento y que, en realidad, era la forma adulta de respetar al que acababa de hablar. Al otro lado, un grupo de turistas americanos hacía fotos con los móviles. Uno de ellos, un hombre alto con una camiseta de alguna universidad del medio oeste, mostraba a su compañera una foto recién hecha comparándola con la vista real, como si necesitase confirmar que ambos planos coincidían.

Bajó las últimas losas del puente y pisó el Altozano. La plaza, a aquella hora, tenía un ritmo distinto al de la orilla contraria. No había grupos de turistas esperando para entrar en ningún monumento. Había, en cambio, una viejecita con un carrito de la compra entrando en el mercado, un hombre leyendo el periódico en la terraza de un bar, un niño moreno jugando con un palo en la acera, y dos albañiles sentados en el bordillo tomándose un bocadillo con la paciencia feliz de los que acaban de cobrar. Olía a azahar, a pescado frito del mercado, y, muy lejanamente, a barro mojado, un

olor que Adrián no terminó de identificar al principio y que después, cuando se metió por Calle Alfarería, reconoció enseguida: era el olor de los hornos viejos.

El mercado de Triana —un edificio moderno construido sobre los restos de un castillo medieval cuyas ruinas se habían integrado en la estructura— dejaba escapar, por sus puertas abiertas, ese bullicio amable que tienen los mercados a mediodía: voces de pescaderos anunciando sardinas, el golpe seco del cuchillo contra la tabla, el tintineo de las cajas registradoras, una radio sintonizada en Radio Olé. Adrián pasó por delante sin entrar. Una mujer de unos cincuenta años, que salía en ese momento con dos bolsas pesadas, cruzó con él una mirada breve y le dio los buenos días con la cortesía cotidiana de los trianeros, que saludan a todos los desconocidos por principio, partiendo de la sospecha, razonable en Sevilla, de que a lo mejor eran conocidos suyos y habían cambiado mucho.

La Calle Alfarería, larga y estrecha, conservaba todavía algunos talleres abiertos entre tiendas cerradas y pisos reformados. En los escaparates de los pocos que quedaban se veían azulejos sevillanos de diseño tradicional, platos decorados, macetas de barro rojo, algún San Cristóbal esmaltado para colgar en la pared de un salón. Los letreros, muchos, estaban escritos con letras cerámicas incrustadas directamente en el muro: *Cerámica Santa Ana. Desde 1870. Alfares del Guadalquivir. Taller Ruiz*. Adrián fue leyéndolos al pasar, como quien repasa una lista de supervivientes. En otro tiempo, en aquella calle se contaban por decenas los hornos encendidos de madrugada; ahora, la mayoría de los rótulos cerámicos pertenecían a talleres que habían cerrado, en los últimos treinta años, cuando la cerámica industrial del Aljarafe había desplazado a los obradores familiares. Las fachadas, con sus enfoscados gastados y sus portales estrechos, guardaban todavía la memoria de los oficios: un gancho oxidado en lo alto de un muro, para izar sacos; la marca de una rampa pequeña en el umbral, para hacer entrar carretas; un dintel que había sido pintado hacía mucho tiempo de un azul cerámica que ya sólo quedaba en las esquinas.

En la acera, a mitad de calle, un gato naranja dormía la siesta al sol con esa confianza absoluta que tienen los gatos de los barrios

viejos. Adrián lo evitó con cuidado. El gato abrió un ojo, le calificó con la mirada, y volvió a cerrarlo.

Buscaba el número cincuenta y cuatro. Se lo había dicho Tomás al despedirse, casi como al descuido, antes de cerrar la puerta del campanario. *Calle Alfarería, cincuenta y cuatro. No hay letrero. Llame usted y aguante la contestación.*

El cincuenta y cuatro resultó ser una puerta ancha de madera oscura, con dos aldabas de hierro en forma de mano cerrada, bajo un dintel de azulejo viejo sin inscripción. A la izquierda de la puerta, un trozo de enfoscado se había caído y dejaba ver el ladrillo original, de un rojo profundo, muy antiguo. A la derecha, una ventana cerrada con postigo. Ni letrero, ni timbre, ni cartel.

Adrián levantó una de las aldabas y la dejó caer con suavidad.

Dentro, no se oyó nada durante un rato largo. Después, con esa lentitud de los edificios antiguos, se oyó el crujido de una puerta interior que se abría, unos pasos arrastrados por un patio, y finalmente, del otro lado de la puerta, una voz grave, cansada, de hombre mayor.

—¿Quién.

—Adrián Vega —dijo, aproximando la cara a la madera—. Vengo de parte de Tomás Beltrán. El campanero.

Hubo un silencio del otro lado. Largo. Tan largo que Adrián llegó a pensar que nadie iba a contestarle. Luego, muy despacio, se corrió un cerrojo interior, después otro, y por fin la puerta se abrió.

En el vano, apoyado en un bastón, había un hombre muy mayor. Ochenta y muchos. Bajo, grueso, con el rostro lleno de manchas de la edad y unas manos enormes, muy rojas en los nudillos, como las manos de los boxeadores retirados. Llevaba un mandilón azul oscuro de alfarero, gastado pero limpio, y debajo una camisa blanca con el cuello abierto. El pelo, blanco amarillento, revuelto. Los ojos, pequeños y muy vivos, miraron a Adrián de arriba abajo sin apresurarse.

—Claudio Paniagua —dijo, sin levantar la voz—. Pase.

Se apartó lo justo para dejarlo entrar y, con la misma lentitud, cerró la puerta a su espalda. Corrió los dos cerrojos, como si quisiera asegurarse de que la calle quedaba efectivamente fuera.

El interior era un patio sevillano de los de verdad. No uno de postal. Uno de trabajo. Un rectángulo abierto de unos diez metros por seis, enlosado con piedras desiguales, rodeado en tres lados por galerías bajas con arcos rebajados de ladrillo. Las paredes estaban encaladas en blanco, con zócalos de azulejo verde y blanco en la altura baja, y de las columnas colgaban macetas viejas con geranios que llevaban demasiado tiempo sin cambiar de tierra. En el centro del patio había un pozo cubierto por una piedra redonda. Al fondo, una gran puerta de dos hojas daba al taller, y a la izquierda, a lo largo del muro, se alineaban dos hornos antiguos: uno pequeño, cuadrado, de ladrillo refractario más moderno, todavía con restos de hollín reciente; y otro mayor, de planta rectangular, construido enteramente en ladrillo rojo muy viejo, con una boca ennegrecida por los siglos y un tiro vertical tapiado hacía décadas.

El patio conservaba, con esa coherencia de los lugares en los que no se ha cambiado nada durante demasiado tiempo, un orden interno en el que cada objeto parecía haber ocupado el mismo sitio durante varias generaciones: una silla de enea apoyada contra la pared, con el asiento un poco hundido; un cubo de zinc colgado de un clavo, con el fondo abollado; una manguera verde enrollada en una esquina con la precisión de los que saben desenrollarla en la oscuridad; un par de macetas rotas apiladas bajo un banco, con tierra y raíces secas dentro, sin que nadie se atreviera a tirarlas del todo. Bajo uno de los arcos, una escobilla vieja estaba apoyada contra la pared, con el palo tan gastado por el uso que se veía la fibra del centro.

Aquel segundo horno era el que se refería Tomás. Adrián lo supo nada más verlo.

—¿Quiere café? —dijo Claudio, mientras avanzaba por el patio con el bastón—. Recién hecho.

—Por favor.

—Siéntese.

Había, bajo la galería de la derecha, una mesa de madera con dos sillas desparejas. Adrián se sentó. Claudio desapareció en una habitación contigua y reapareció a los pocos minutos con dos tazas de café grueso, sin ceremonia, y las dejó sobre la mesa. Las tazas no

hacían juego entre sí: una era blanca con una pequeña grieta en el borde; la otra, azul clarita, con el esmalte desgastado en la zona del asa. Claudio se sentó enfrente, apoyó el bastón contra la pared, y, sin mirar a Adrián de frente, se puso a observar el patio con ese interés distraído que la gente mayor dedica a los lugares en los que lleva mucho tiempo viviendo.

—Lo oí cruzar el puente —dijo al cabo de un rato.

Adrián sonrió, desconcertado.

—¿Perdón?

—Es un decir. Quiero decir que sabía que alguien iba a venir. Tomás me llamó hace dos horas. No me dijo su nombre. Me dijo *le va a llegar un oído*.

—Un oído.

—A eso dedicábamos antes la palabra. Un oído. El que oye. Ya casi no se usa.

Adrián bebió un sorbo. El café estaba muy cargado, muy caliente, sin azúcar.

—¿Ustedes se conocen desde hace mucho?

—Desde siempre. Él en la torre. Yo aquí. Nos oímos desde hace unos cincuenta años.

—¿Se oyen?

Claudio alzó la vista por fin. Los ojos pequeños miraron a Adrián con un fondo que no era exactamente ironía ni exactamente ternura, sino esa mezcla que tienen las personas que han vivido demasiado como para tomarse demasiado en serio las preguntas de los demás.

—Él oye desde arriba. Yo oigo desde abajo. Donde se juntan lo que los dos oímos, pasa el río.

—¿El Guadalquivir?

—El que va por arriba y el que va por abajo.

Se bebieron el café despacio. Claudio no parecía dispuesto a explicar nada más sin antes haber compartido aquella taza con aquella calma. Fue Adrián el que, transcurrido un buen rato, se atrevió a preguntar:

—¿Trabaja usted todavía?

—Menos. Muy menos. Alguna pieza de encargo. Alguna reparación. Ya no hago producción propia. El horno chico, el de

ladrillo moderno, se enciende dos o tres veces al año. Lo justo para no olvidar. Mis hijos están en otros oficios. El mayor es ingeniero agrónomo en Lebrija. El pequeño vive en Alemania, trabaja en un banco. Ninguno quiere el taller. No les reprocho. El mundo ha cambiado.

—Pero usted sigue aquí.

—Sigo aquí porque aquí es donde corresponde.

No aclaró a qué corresponde. Bebió otro sorbo. Miró al patio.

—El horno grande —dijo Adrián, tras un rato, señalando con el mentón al fondo del patio—. ¿Cuánto tiene?

Claudio giró la cabeza apenas.

—Ese es el bueno. Seiscientos años, o por ahí. Lo construyeron en mil seiscientos largo, pero sobre uno anterior que había en el mismo sitio. Debajo de ese, hay otro más. Lo que se ve es sólo la última versión.

—¿Ha estado encendido?

—No desde mil novecientos veintisiete. Mi abuelo lo apagó y nunca lo volvió a encender. Dijo que ya tenía bastante trabajo con los pequeños. Y con el tiempo, el Cabildo de la ciudad quería que lo derribáramos. Mi padre se negó. Yo me he negado. Mis hijos, cuando me muera, harán lo que les parezca.

—¿Por qué no dejó que lo derribaran?

Claudio tardó un poco en contestar.

—Porque ese horno no es un horno.

Apoyó las dos manos sobre la mesa, con un esfuerzo leve, y se levantó. Recogió el bastón. Hizo un gesto con la cabeza.

—Venga a verlo.

Cruzaron el patio. El sol, a aquella hora, entraba casi vertical y calentaba las baldosas con esa intensidad clara de marzo que en Sevilla anuncia el verano como un amigo que pasa de visita antes de quedarse. Claudio se detuvo ante la boca del horno grande. Era una abertura baja, de unos setenta centímetros de altura, en forma de arco rebajado, ennegrecida por seis siglos de combustión. En el suelo, delante de la boca, había un escalón de ladrillo hundido.

—Agáchese y entre —dijo Claudio—. La cámara es más alta por dentro.

—¿Entrar?

—Entrar. Con cuidado.

Adrián se agachó, apoyó una mano en el ladrillo caliente del suelo —el sol, en aquel rincón, había estado dándole toda la mañana—, y se introdujo por la boca. Al otro lado, efectivamente, la cámara del horno se ensanchaba y permitía estar casi de pie si uno no era muy alto. El techo era abovedado, de ladrillo refractario, y estaba ennegrecido por capas y capas de hollín antiguo. El suelo, de tierra batida. Olía a carbón frío, a ceniza muy vieja, y a una humedad mineral que no terminaba de encajar con un espacio que había estado sometido durante siglos a miles de grados.

Claudio se agachó detrás de él con agilidad sorprendente para su edad.

—Apague la luz.

—¿Qué luz?

—La del patio. Métase más dentro. Y cállese.

Adrián se desplazó un par de metros hacia el fondo. La luz del exterior se redujo a un arco pálido a sus espaldas. Sus ojos, acostumbrándose, empezaron a distinguir en las paredes de la cámara marcas que al principio había tomado por manchas del humo: unas líneas finas, regulares, grabadas en el ladrillo antes de la cocción, y que siglos de uso no habían conseguido borrar del todo.

—¿Lo ve? —dijo Claudio, detrás de él—. Mire bien la pared del fondo.

Adrián encendió la linterna pequeña del móvil. El haz barrió la pared.

Allí estaba.

Una concha.

Grabada en un ladrillo central, con la misma forma de vieira que había visto la tarde anterior doce metros bajo el suelo del templo, al otro lado del río, y a una distancia en línea recta que debía de rondar, calculó con un pequeño escalofrío, los seiscientos metros justos.

—Ahí la tiene —dijo Claudio—. Es la misma.

—¿La misma que cuál? —preguntó Adrián, sabiendo ya la respuesta.

—La de debajo de la Catedral.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la mía es como la suya, y la suya es como la mía. Porque hace cuatrocientos años, el alfarero que construyó este horno lo dejó anotado en un cuaderno que todavía tengo yo guardado en un arcón del dormitorio. Y porque el alfarero era sobrino del cantero que puso la de abajo. Los Paniagua y los Durán estuvieron emparentados tres generaciones.

Adrián se acercó más al ladrillo del fondo. Pasó los dedos por los trazos de la concha. Eran anchos, profundos, hechos a punzón antes de la cocción. La había grabado alguien que sabía lo que estaba haciendo, y además sabía que pocas veces la vería nadie. Aquel era un signo para otros signos. Una firma sin firmante.

—Póngase de rodillas —dijo Claudio—. Y ponga la oreja en el suelo.

Adrián dudó un instante.

—No me mire así. Ponga la oreja.

Se puso de rodillas sobre la tierra batida. La tela del pantalón se manchó enseguida con ese polvo fino y oscuro que dejan los suelos que han recibido demasiado hollín durante demasiado tiempo. Apoyó la oreja derecha contra el suelo del horno. Al principio no oyó más que el ruido de su propia respiración amplificada por la cámara y algún crujido lejano del edificio. Luego, a los pocos segundos, y con una claridad que le heló literalmente la columna, apareció lo otro.

Un pulso.

Tres y dos.

Muy bajo. Muy lejano. Pero inequívoco.

Igual que en el pilar. Igual que en el hueco de la Giralda. Igual que en los charcos. Igual, también, probablemente, que en la mancha de su propio dormitorio, si alguna vez se acordaba de arrodillarse allí.

Y, mezclado con el pulso, una segunda cosa: un rumor de agua.

No mucha. Un hilo. Pero muy claro. Un hilo que pasaba por debajo del horno, de este a oeste —de la orilla izquierda a la orilla derecha, del lado de la Catedral al lado del mar— con la constancia de quien lleva siglos haciendo el mismo recorrido.

Adrián se incorporó despacio. Se quitó el polvo de las rodillas con la mano, y el polvo, al caer, dejó una nubecilla breve en el aire.

—Hay agua bajo el horno.

—Hay agua bajo todo —dijo Claudio, desde atrás—. Pero esta es distinta.

—¿Distinta cómo?

—Distinta porque conoce el camino.

Salieron del horno. El sol del patio, al recibirlos, pareció de pronto demasiado blanco para los ojos. Claudio se apoyó en el bastón y señaló con la cabeza al pozo central del patio.

—Ese pozo no da agua. Lo secaron en mil ochocientos y pico. Pero si uno se asoma, todavía oye lo mismo que ha oído usted. El hilo pasa por debajo.

Adrián se acercó al pozo. Se asomó. La piedra redonda que lo tapaba estaba perforada en el centro por un pequeño agujero circular, de menos de un dedo de diámetro. No le hizo falta acercar la oreja. Pasaba por allí un sonido constante, muy bajo, que incluso a pie firme se oía: el murmullo fino de un agua que corría, aparentemente, muy por debajo de su nivel real, y por debajo de la que la prudencia geológica tenía prevista para aquella parte de Triana.

—Mi abuelo lo llamaba la *vena* —dijo Claudio—. Mi padre, el *hilo*. Yo, cuando hablo con gente como usted, le digo *el Camino Negro*, porque es la palabra que se entiende sin preguntas.

—¿Y cuando habla con otra gente?

—Con otra gente no hablo de esto.

Se sentó otra vez a la mesa. Adrián lo siguió. Bebió un poco más de café, frío ya, pero reconfortante por la costumbre.

—Mi familia —siguió Claudio, con esa naturalidad de las personas mayores que explican las cosas sin drama— lleva trabajando el barro en este patio desde el siglo dieciséis. Alfares, azulejería, tejas. Fuimos de los pocos que se negaron a marcharnos al Aljarafe en los noventa, cuando la cerámica se industrializó y toda Triana se vació de hornos. El horno grande lleva apagado casi cien años, ya se lo he dicho. Pero la casa sigue aquí. Los papeles siguen aquí. El cuaderno del tío Sebastián sigue aquí. Y el agua, sobre todo, sigue aquí.

—¿Qué es el cuaderno del tío Sebastián?

—Un cuaderno antiguo. Lo escribió uno que no era mi tío pero al que llamábamos así. Sebastián Paniagua de la Riba. Mil seiscientos veintiocho a mil setecientos, más o menos. Ese grabó la concha del horno. Ese dejó anotado en su cuaderno qué era esa concha y por qué la grabó. Y ese también escribió *Camino Negro* por primera vez en la familia, que se sepa.

Adrián sintió el corazón darle un pequeño golpe distinto de los demás.

—¿Tiene el cuaderno?

—Lo tengo.

—¿Puedo verlo?

Claudio se quedó mirando la taza vacía un rato largo.

—Hoy no —dijo, al fin—. Hoy le he enseñado lo que le tenía que enseñar. El cuaderno es más delicado. Lo verá cuando la archivera del Cabildo, que también sabe leer viejo, venga conmigo. Los tres juntos. Yo no se lo doy a usted solo. Ni se lo dio mi padre a mi madre.

—¿Por qué?

—Porque es de los objetos que, si se leen solos, se leen mal.

Adrián no insistió. No quería parecer ansioso, y tampoco quería que Claudio cambiara de opinión. Dejó la taza sobre la mesa. Miró por última vez el horno grande al fondo del patio. Visto desde allí, con el sol rozándole el borde, parecía lo que probablemente llevaba siendo desde hace cuatrocientos años: un animal viejo, dormido, respirando muy despacio.

—Claudio —dijo Adrián, tras una pausa—. ¿Su mujer vive todavía?

Claudio levantó los ojos con una pequeña sorpresa, tal vez porque había pasado ya más de una hora y era la primera pregunta personal que le hacía.

—Viva está. Anda cuidando a mi hija en Málaga. Esa no es la alfarera, esa es la mayor, la farmacéutica. Tiene una niña pequeña, mi nieta. A Teresa —se refería a su mujer— le gusta más estar allí que aquí. El patio se le hace viejo.

—¿Le cuesta estar solo?

—Me hice a ello. Pero reconozco que se nota. Una casa sin mujer pierde olor. Antes, cuando ella vivía aquí siempre, el patio olía distinto. Había tomates en las macetas, albahaca, algo de ropa

tendida. Ahora huele, sobre todo, a patio vacío. A patio viejo. Que no es un mal olor, ojo. Es un olor honesto. Pero no es el mismo.

Adrián asintió. Pensó por un segundo, sin quererlo, en el piso de Conde de Ibarra, y en el olor que él mismo notaba al entrar por las tardes, ese olor de hombre solo que aceptaba los platos en el escurridor un día más de la cuenta.

—Una cosa más —dijo Claudio, antes de levantarse para acompañarlo a la puerta—. No vaya a decir por ahí que ha venido a verme.

—No tengo costumbre.

—Y no vuelva solo. La próxima vez, venga con la archivera.

—Lo haré.

Se levantaron. Cruzaron el patio hasta la puerta. Antes de abrirla, Claudio apoyó una mano gruesa y roja sobre el hombro de Adrián, con un peso extraño, afectuoso pero preciso, como cuando un maestro artesano coloca la herramienta en la mano correcta del aprendiz.

—Usted no es el primero —dijo—. Ni va a ser el último. Pero es el primero que viene en muchos años.

—¿Cuántos años?

—Los suficientes para que yo empezara a pensar que ya no iba a venir nadie.

Le dio dos palmadas cortas en el hombro y abrió la puerta. Adrián salió a Calle Alfarería.

La calle, después del patio, parecía casi ruidosa. Un repartidor pasaba en moto con dos cajas de pan apiladas detrás. Una mujer salía de un bar con una bolsa de hielo. Dos niños corrían hacia el colegio que cerraba a la una y pico. Adrián caminó despacio, sin rumbo inmediato, con la cabeza llena de cosas que no sabía cómo ordenar.

Pensó en llamar a Clara enseguida. Pensó en llamar a Salvatierra. Pensó, un segundo, en llamar a Miguel, más por cortesía que por otra cosa. No llamó a ninguno. No tenía todavía nada claro que comunicar; tenía, en cambio, demasiado que digerir. Los hombres prácticos, como los restauradores, aprenden con los años a no hablar

de un hallazgo hasta que pueden definirlo en tres frases. Adrián, a esas alturas, no podía definirlo ni en tres páginas.

Cuando llegó de nuevo al Altozano, en vez de volver por el puente, se dio la vuelta hacia Calle Betis y caminó un rato por el paseo que bordeaba el río en la orilla trianera. Quería mirar la otra Sevilla desde allí. Quería ver, con otros ojos, la fachada de la Catedral desde el ángulo en el que se la había mirado siempre sin mirarla: la fachada por la que no entran los turistas, la que queda al otro lado del agua, la fachada que ve Triana.

Calle Betis tenía, a esa hora, la textura exacta que Adrián recordaba de sus años en Sevilla: una sucesión de restaurantes con terrazas sobre el río, unos abiertos, otros cerrados hasta la noche, con los camareros todavía colocando las sillas y poniendo los manteles de papel para el servicio de la tarde. Un barco turístico, atracado en el muelle de enfrente, vertía pasajeros que bajaban con esa curiosidad cansina de los que ya llevan dos horas escuchando a un guía. En el aire, mezclado con el olor del río, se colaba el de alguna fritura temprana, el del café de algún bar, el de la humedad fresca que siempre desprenden las márgenes fluviales bien cuidadas.

Desde allí se veía entera. La Giralda, los tejados rojos de la Catedral, la cúpula del trascoro, las líneas de contrafuertes. Una ciudad labrada, rotunda, sólida, que presumía de sí misma con la vanidad serena de los edificios que ya no tenían nada que demostrarle a nadie.

Adrián se detuvo. Se sentó en un banco de piedra orientado al río. Cerró los ojos, como le había dicho Tomás. Cinco minutos al día, había aconsejado el campanero. No lo iba a hacer en Sevilla profunda a las tres de la tarde, pero podía empezar allí, en la orilla trianera, a la una y pico, con el rumor del agua delante y la Catedral enfrente.

El río, a aquella hora, no hacía apenas ruido. El tráfico de la Avenida de la Constitución, en la otra orilla, llegaba amortiguado por la lámina del agua. Una gaviota gritó. Una campana dio la una y cuarto en la Magdalena, muy lejos. Las voces de los turistas que bajaban del barco llegaban aplanadas por la distancia, como voces de una emisión lejana, y las gaviotas reaparecieron, dos o tres, con esos giros amplios que preceden a una siesta.

Debajo de todo eso —si aguzaba el oído, si se concentraba como hacía media hora había hecho arrodillado sobre la tierra batida del horno— volvía a estar el pulso.

Tres y dos.

Cruzando por debajo del río. Del oeste al este. Del este al oeste. No se sabía. Pero cruzando.

Abrió los ojos y se dio cuenta, entonces, de una cosa que hasta ese momento no había formulado en voz alta ni siquiera en el interior de su propio pensamiento.

Sevilla no era una ciudad. Eran dos.

Y debajo, una sola.

Se quedó en el banco un rato largo, quieto, con las manos en los bolsillos. Un hombre mayor se sentó en el otro extremo del banco y sacó un bocadillo envuelto en servilleta de papel. Cortó con los dientes, sin prisa, como se come cuando uno no tiene a quién darle cuenta del ritmo. No se saludaron. Adrián, al cabo de unos minutos, se levantó.

Cruzó el puente en dirección contraria. A mitad del tramo, sacó el móvil. Escribió un mensaje a Clara.

He ido a Triana. He visto el horno. Todo lo que imaginaba y alguna cosa más. Mañana, cuando quiera, le cuento.

Lo envió.

Clara contestó en menos de dos minutos.

Mañana a las diez en el archivo. Le espero con café.

Adrián guardó el móvil. Siguió andando. Al llegar al lado de la Catedral, no miró hacia la puerta del Lagarto. Miró hacia arriba, en cambio, hacia el campanario. A setenta metros de distancia, Tomás estaba, a aquella hora, probablemente sentado todavía en su silla, con el transistor encendido en volumen bajo, oyendo el noticiero de la tarde o un partido de fútbol, o, más probablemente, oyendo el mismo ronroneo suave de las veinticinco campanas y, bajo el ronroneo, el sistema entero.

Caminó hasta su casa por Mateos Gago.

En Conde de Ibarra, Moro lo recibió con un discreto gesto de alivio. Adrián se sentó en el sofá sin quitarse la cazadora. Estuvo así un minuto largo, mirando la pared opuesta, en la que no había nada

concreto que mirar: ni cuadro, ni fotografía, ni reloj. Sólo el tono blanco del yeso viejo y, en una esquina alta, una pequeña mancha de humedad que llevaba allí desde que él se había mudado y que el casero, dos años atrás, había prometido arreglar.

Aquella mancha tenía, hasta entonces, una forma irregular. Como un trébol descuidado.

Adrián, al mirarla ahora, con los ojos entrenados por las últimas jornadas, tuvo que incorporarse un poco.

La mancha había cambiado ligeramente.

Ahora, si se la miraba con atención, empezaba a parecerse a una almendra.

Pequeña, todavía. Imprecisa. Quizá su imaginación.

Quizá no.

Capítulo 5

Las manos del agua

A la mañana siguiente, Adrián llegó al Archivo del Cabildo con veinte minutos de adelanto. No había dormido bien, otra vez, y se había levantado temprano con la impresión de haber pasado la noche entera deshaciendo mentalmente diagramas que después volvía a dibujar peor. El cuaderno de campo estaba lleno de croquis repetidos: la concha del subsuelo, la concha del horno, la línea que unía una con otra, el río en medio. En la última página había escrito, sin querer, una frase que al releerla le pareció ajena: *El agua también archiva*. No recordaba habérsela oído a nadie. Pero no se le fue de la cabeza durante el desayuno.

Había desayunado de pie en la cocina, apoyado en la encimera, mientras el perro, recién comido, se despataba en la alfombra del recibidor. Café solo. Una tostada. Un vaso de zumo. El silencio propio de los desayunos solos en casa, sólo interrumpido por el tictac del reloj de pared del salón y, de vez en cuando, por los pasos apagados del vecino de arriba al levantarse. Había hojeado el periódico digital en el móvil, con esa desatención veloz de los días en los que uno tiene cosas más importantes que leer que las noticias. Había bajado a pie hasta el Cabildo por Mateos Gago, pensando en las palabras que iba a escuchar y en las que iba a decir. Sevilla, a las nueve y media de una mañana de marzo, tenía la claridad limpia y seca que él había aprendido a apreciar precisamente en aquella hora: el sol todavía no apretaba, las terrazas no estaban puestas, y los cafés de la calle sólo tenían a clientes de la primera hora, jubilados con el periódico abierto o trabajadores de oficinas cercanas robando diez minutos antes de la reunión.

El archivo de la Catedral de Sevilla no se parecía a los archivos célebres. No era el de Indias, ni el Histórico Provincial, ni ninguno de

esos edificios vastos y solemnes acostumbrados a recibir investigadores con credenciales. Era, más modestamente, una sala y tres anexos en la planta alta del claustro, con acceso por una escalera estrecha que pocos visitantes conocían. Las paredes estaban forradas de estanterías metálicas modernas sobre una base de armarios antiguos de madera barnizada. Olía a papel viejo, a cuero, a un residuo indescifrable de ambientador industrial que los funcionarios de provincia utilizan con la optimista costumbre de creer que neutraliza el moho.

La sala principal tenía una mesa larga en el centro —la que Clara utilizaba para consultas— y, en la pared del fondo, un reloj circular de los años setenta, de los que se ponían en las oficinas oficiales, con la esfera blanca y las agujas rojas. En una repisa, enmarcada, había una fotografía descolorida de un canónigo anciano, tomada probablemente en los años ochenta, que Adrián supuso era algún predecesor ilustre. Una lámpara articulada, de cuello largo, se inclinaba sobre la mesa con la gentileza de las lámparas de archivo. Las estanterías metálicas, de cuatro módulos por pared, contenían cientos de legajos atados con balduques marrones, separados por cartones amarillentos con etiquetas mecanografiadas. En el anexo más próximo, a través de una puerta entornada, se veía una mesa más pequeña con libros apilados ordenadamente y un ordenador de sobremesa con la pantalla oscura.

Clara lo esperaba de pie junto a la mesa principal.

—Adrián.

—Clara.

Ella llevaba la misma camisa blanca del otro día, o una idéntica, y una rebeca fina gris echada sobre los hombros. Tenía unas ojeras discretas, pero el pelo recién recogido y las gafas limpias. Sobre la mesa había ya dispuestos, con un orden casi litúrgico, cinco volúmenes abiertos, un plano extendido bajo pesas de fieltro, y una carpeta marrón de cartón grueso con un lazo negro atado por encima.

—Cierre la puerta, por favor —dijo—. Tengo cosas que enseñarle.

Adrián cerró la puerta. Clara no había empezado todavía a hablar y él ya intuía, por el despliegue que tenía delante, que iba a ser una

mañana larga.

—¿Ha venido usted antes de hora?

—Veinte minutos —contestó.

—Yo llevo dos horas.

Se sentó. Clara le ofreció, sin preguntar, un café de un termo pequeño que había traído de casa. Lo sirvió en dos tazas de loza blanca, sin floritura, y le pasó una.

—Antes de enseñarle nada —dijo—, necesito que entienda algo muy simple. Lo que un archivo conserva no es lo más importante. Lo más importante es lo que no conserva, pero ha conservado antes. El vacío, en un archivo bien llevado, también es información.

Adrián asintió sin decir nada. Bebió un sorbo. El café estaba caliente y suave.

—Le escucho.

Clara se acercó uno de los volúmenes. Era un libro grande, de los que en otros tiempos se llamaban *inventarios*: papel grueso, tapas de piel marrón resquebrajada, cantos teñidos de rojo que el tiempo había convertido en un rosa pálido. En el lomo, una etiqueta vieja decía, en mayúsculas: *Inventario de enseres y cámaras. Año 1612*.

Abrió el libro por una página señalada con una cinta. Lo hizo con una delicadeza de oficio, sosteniendo el lomo con una mano y pasando las hojas con la otra, con la yema del dedo, sin llegar a tocarlas más de lo necesario.

—Esto es un inventario hecho por el entonces canónigo obrero, don Gaspar de Mendoza y Fuentes. Documenta, con gran minuciosidad, la totalidad de dependencias del templo y sus enseres. Folios trescientos dos a trescientos once, los que nos interesan, están dedicados a las *cámaras subterráneas de servicio de agua y demás obras hidráulicas*.

Adrián se inclinó sobre la página. La letra era una cortesana tardía, muy clara, con una economía de trazo que facilitaba la lectura. Cada entrada describía una estancia con su ubicación aproximada, sus dimensiones y su función. En el margen izquierdo, un canónigo posterior había añadido, en tinta más oscura, pequeñas correcciones: un número cambiado, una palabra actualizada, una fecha encima del texto original con la abreviatura *corr.*

Clara pasó el dedo sobre una línea.

—Mire esta. *Cámara cuarta, llamada de la Balsa, a la cual se baja desde la sacristía de plata por escalera de piedra, con una alberca circular en su medio, de tres varas de diámetro y una de hondo, con reja de hierro en el fondo. Ítem, grabada en el muro sur, la leyenda Sigue.*

Adrián alzó la vista. Clara lo miraba con una atención neutra, la misma con la que un médico observa a un paciente en el momento exacto en que se le confirma un diagnóstico.

—Está inventariada —dijo él.

—En 1612, sí. Y ahora venga conmigo.

Cerró el libro. Cogió otro. Más moderno: tapas negras, papel todavía amarillento pero más liso, una letra que ya era la de un amanuense del siglo diecinueve. *Inventario General del Cabildo. Año 1834.*

—Mismo criterio —dijo Clara—. Mismas dependencias. Mismo rigor teórico. Vea los folios equivalentes.

Abrió el segundo libro. Pasó páginas. Se detuvo. Adrián leyó en voz baja la entrada correspondiente a la *Cámara cuarta*.

La entrada estaba en blanco.

No tachada. No reescrita. Borrada de origen. Había sido saltada. La numeración iba de *Cámara tercera, de desagüe* a *Cámara quinta, de reserva invernal*, sin incluir una cuarta.

—¿La hicieron desaparecer del inventario?

—Tuvieron más cuidado que eso —dijo Clara—. No la hicieron desaparecer. La omitieron, que es distinto. Si la hubieran tachado, alguien habría preguntado qué tachaban. Si la hubieran omitido en una numeración continua, alguien habría notado el salto. Pero si reenumeran y saltan al mismo tiempo —y Clara señaló, con la uña, la secuencia de las cámaras— uno puede pasar por aquí con lupa y no notar nada, a menos que se disponga, como me he dispuesto yo esta última semana, a comparar página a página dos inventarios separados por dos siglos.

Adrián asintió, despacio.

—¿Y cuánto tardó en detectarlo?

—Dos días. Pero no fue por inteligencia. Fue porque estaba revisando un expediente distinto, de una silla del coro, y el azar me llevó a cruzar ambos inventarios. Los descubrimientos en archivo son así. Son menos cuestión de saber qué se busca que de tener la paciencia de mirar donde no se esperaba.

—¿Quién omitió esto?

—Ahí está la parte interesante.

Clara tomó la carpeta marrón de cartón grueso y deshizo el lazo con cuidado. Dentro, bien ordenadas, había una quincena de fichas de papel recio, cada una con una fotografía en blanco y negro y anotaciones a lápiz al margen. Sacó cuatro y las alineó sobre la mesa.

—Son fragmentos de página —dijo— fotografiados por mí en cuatro libros distintos del archivo. Tres son libros de inventario. Uno es un libro de registro de obras. Cubren el período mil seiscientos a mil novecientos veinte.

Adrián se acercó. Las fotos mostraban, en cada una, un margen de página con una anotación manuscrita. Breves, todas. Pequeñas. Siempre en el borde exterior del folio. Siempre en lápiz muy fino o en tinta muy diluida.

—Léalas en el orden en que se las he puesto.

Adrián leyó.

—*No se consigne.*

—*Se omitió, por indicación del señor obrero.*

—*Queda excluida de la presente relación, por orden superior.*

—*Idem. Año MDCCCIV.*

Se quedó mirando las cuatro anotaciones un rato.

—Son cuatro manos distintas.

—Son cuatro manos distintas y son cuatro siglos distintos —corrigió Clara—. Cada una de estas notas está en un libro distinto, en un año distinto, escrita por un archivero distinto. Pero todas se refieren, si se cruzan con los inventarios, a una misma estancia: la Cámara cuarta.

—¿Hay más?

—He encontrado siete, de momento. Estoy segura de que hay más de veinte. Cubren desde mil seiscientos treinta hasta mil novecientos cuarenta y siete.

—¿Mil novecientos cuarenta y siete?

—Mil novecientos cuarenta y siete —repitió ella—. El año exacto, por cierto, en que ingresó en el archivo, sin procedencia, el plano que bajamos con el padre Salvatierra.

Adrián se pasó la mano por la mandíbula.

—O sea que durante al menos trescientos años —dijo, midiendo las palabras— hubo en el archivo del Cabildo una sucesión de archiveros que se fueron pasando, entre ellos, la orden no escrita de no consignar esa estancia.

—No necesariamente entre ellos —matizó Clara—. Eso no podemos demostrarlo. Es posible que cada archivero, al incorporarse, simplemente descubriera que la estancia no figuraba, y se adaptara al criterio heredado sin hacer preguntas. El gremio del archivo es muy conservador. Si tu predecesor dejó de inventariar algo, lo habitual no es corregirlo: es respetarlo. Salvo que alguien superior te mande hacer otra cosa.

—¿Y nunca nadie lo mandó?

—No consta.

—¿Y usted cree que no fue casual?

—Creo que es el ejemplo más limpio de *silencio administrativo sostenido* que he visto en mi vida.

Clara sacó una quinta ficha de la carpeta y la puso junto a las otras cuatro.

—Pero hay algo más —dijo—. Y esto es lo que me ha hecho llamarle a usted y no a la policía.

Adrián levantó la vista.

—¿Por qué a mí?

—Porque si llamo a la policía, me van a pedir pruebas materiales, y lo que tengo no lo son. Son indicios paleográficos. En cambio, usted me cree.

—¿Por qué estaría yo dispuesto a creerle?

—Porque usted ha oído tres y dos en tres sitios distintos de la ciudad en menos de una semana, señor Vega. Y porque anoche, cuando volvía usted de Triana, supongo que no le dio por no creer lo que iba viendo.

Adrián no contestó. Miró la mesa, las cinco fichas alineadas, el libro de 1612 abierto por su página, el de 1834 cerrado. Hubo un silencio operativo, de los que entre profesionales se permiten.

—¿Le cuento lo de Triana? —preguntó, finalmente.

—Sí. Pero después. Primero esto.

Clara puso el dedo sobre la quinta ficha.

—Mire esto.

Era el fragmento ampliado de una página. La letra era una bastarda española del siglo diecisiete tardío. En el margen, una sola palabra.

Tiene.

Sin más.

—*Tiene* —leyó Adrián—. ¿Qué tiene?

—Eso es lo de menos. Lo interesante no es lo que pone. Es cómo lo pone.

Clara sacó otras cuatro fichas. Las alineó bajo la quinta.

—Estos son fragmentos de notas marginales encontradas en libros del archivo de mil setecientos veintiuno, mil setecientos ochenta y tres, mil ochocientos cuarenta y cinco, y mil novecientos doce.

Adrián se inclinó.

Cinco *Tiene*. Cinco notas marginales. Tres siglos de diferencia. Las letras no eran idénticas: cada una reflejaba la escuela caligráfica de su época. Pero el *ductus*, el ángulo de inclinación de la pluma, la forma específica en la que se trazaba la *t* mayúscula de comienzo, la proporción entre las letras —eran, a todos los efectos, de la misma *mano*.

No la misma persona. La misma *escuela*.

—Es una mano aprendida —dijo Clara, en voz muy baja—. Estas cinco notas fueron escritas por cinco personas distintas a lo largo de casi trescientos años, pero las cinco aprendieron a trazar esa palabra exactamente igual. La primera, en mil seiscientos y pico, es probablemente el patrón. Las siguientes son copias ejercitadas. Lo que usted tiene aquí delante es una firma colectiva.

—¿Una cofradía?

—O una tradición de custodios. O un oficio silencioso. Yo prefiero no llamarlo con un nombre que no pueda probar. Pero, como sea que

se llame, existió, y probablemente exista todavía.

—¿Por qué *existe*?

Clara sacó, de una última esquina de la carpeta, una sexta ficha.

—Porque esto lo vi ayer por la mañana en un libro que había sido repuesto en su estantería durante el fin de semana.

Adrián miró.

En la sexta ficha aparecía el mismo *Tiene*, en el margen de una página fotocopiada de un registro moderno, escrito con bolígrafo azul y trazo firme.

Y la fecha impresa en la cabecera del registro era del año en curso.

Adrián se levantó de la silla sin saber muy bien a dónde iba. Dio dos pasos hacia la ventana. La ventana daba a un trozo de cubierta de zinc y a una fracción de muro de la Catedral, con una gárgola mojada todavía de la lluvia del martes que escurría, muy lentamente, una gota última sobre una teja antigua. Se quedó allí un minuto. Respiró dos veces, hondo. Se frotó la frente. Volvió a la mesa.

—Clara.

—Sí.

—¿Sabe quién escribió esa última nota?

—No.

—¿Sabe cuándo exactamente?

—Entre el viernes por la tarde, cuando yo cerré el archivo, y el lunes por la mañana, cuando lo abrí. No hay registro de entrada porque sólo tiene llave el personal interno.

—¿Cuánta gente tiene llave?

—Seis personas. Incluyendo al padre Salvatierra.

—¿Le ha preguntado?

Clara dudó un segundo.

—No. Aún no. Por eso le he llamado a usted antes.

Adrián asintió. Volvió a sentarse.

—¿Usted se fía de las otras cinco personas?

Clara se lo pensó.

—De tres, sí. A ciegas. Son archiveros veteranos, con trayectorias impecables, que no tendrían ninguna razón para hacer algo así, aunque supieran cómo. De una cuarta, un aparejador del Cabildo, me fío también, pero no pondría la mano en el fuego porque es una

persona a la que no trato en profundidad. La quinta es un canónigo joven, nuevo aquí, que tiene acceso al archivo por protocolo pero que apenas se ha pasado desde que está.

—¿Quién es ese canónigo?

—Se llama Alberto Morán. Llegó en octubre.

Adrián memorizó el nombre. Clara siguió.

—Pero no le estoy acusando, Adrián. Le estoy diciendo, simplemente, que entre las seis personas con llave hay al menos una persona a la que yo no conozco del todo. Y eso, para lo que quiero contarle hoy, es relevante.

—Entendido.

Se quedaron los dos en silencio un momento. Fue Clara la que lo rompió.

—Adrián, hay otra cosa. Y esta es la que, honestamente, más me preocupa.

Sacó el plano que había dispuesto bajo los pesos de fieltro. Era un plano parcial del subsuelo —no el mismo que habían consultado en la balsa, sino otro— que representaba, con bastante detalle, las galerías conocidas bajo el templo, el trazado de las conducciones históricas, y una serie de puntos numerados a lo largo del tramo que iba hacia el oeste.

—¿Ve estos puntos?

Adrián contó, rápido. Veintitrés puntos numerados.

—Son *depósitos*. Pequeñas cámaras laterales en la conducción principal. Originalmente se cree que servían para limpieza y mantenimiento del sistema hidráulico. Si una canalización tiene un recodo y el recodo acumula sedimento, se necesita una cámara lateral para drenarlo. Hasta ahí, normal.

Señaló el listado adjunto al plano, escrito en varias manos.

—Pero en documentos de los siglos dieciséis y diecisiete hay referencias repetidas a estos depósitos en contextos que no son hidráulicos. *Entregar al depósito cuarto. Dispuesto en el depósito diecinueve, con la señal. Retirar del depósito séptimo antes de San Miguel*. No dicen qué entregan, ni qué disponen, ni qué retiran. Lo escriben así, en sobreentendido. Pero lo escriben.

—¿Como si fuera un lugar de depósito de algo.

—Como si fuera un sistema de correo.

Adrián la miró.

—¿Correo?

—Por decirlo rápido. El agua, bajo la Catedral, circula con una inclinación constante hacia el oeste. Hacia el río. Si alguien mete un objeto pequeño en un depósito aguas arriba, ese objeto, con el caudal adecuado, termina, horas o días después, en otro depósito aguas abajo. Son entre dos y tres kilómetros de recorrido. La cadencia se conoce. El trayecto se conoce. Y si los que ponen el objeto y los que lo recogen pertenecen a la misma... tradición —Clara eligió la palabra despacio—, entonces lo que usted tiene ahí, señor Vega, no es una conducción hidráulica. Es un archivo que circula.

—El agua que archiva.

—*Las manos del agua* —dijo Clara, y la voz no se le quebró, pero se puso más grave—. Así lo llamaban. Hay una nota al margen, en un libro de 1668, donde un canónigo escribe, sin más contexto, esa expresión. *Confiado a las manos del agua*.

Adrián tuvo que sentarse.

—¿Y para qué lo usaban?

—Para muchas cosas, probablemente. Mensajes, tokens, reliquias menores, posiblemente también restos humanos pequeños, marcas de paso. Nunca nada grande. Nunca nada voluminoso. Siempre cosas que pudieran ser *confiadas* a la corriente.

—¿Y seguiría funcionando hoy?

Clara respiró hondo.

—La conducción principal sigue activa, Adrián. El agua sigue cruzando. Los depósitos están. Y alguien que, el fin de semana pasado, entró en este archivo y escribió un *Tiene* al margen de un registro moderno, es perfectamente capaz de saberlo.

Se quedaron callados. El archivo, a aquella hora de la mañana, estaba prácticamente en silencio. De vez en cuando se oía el crujido mínimo de un estante al reasentarse, el ruido lejano de alguien que movía una silla en otra sala, la campana amortiguada de la Giralda marcando las once y media. Fuera, en el Patio de los Naranjos, un grupo escolar empezaba a entrar al templo y el murmullo infantil

llegaba hasta la sala con la textura propia de los murmullos grandes: un rumor de agua, en realidad, si se escuchaba sin mirar.

Adrián recorrió con la vista los libros de la mesa, las fichas ordenadas, el plano con los veintitrés puntos, la carpeta marrón con el lazo deshecho.

—Clara. Le cuento lo de Triana.

—Adelante.

Durante los quince minutos siguientes, Adrián, con la calma de los informes técnicos, le resumió su visita a Claudio Paniagua. La calle Alfarería. La casa con dos cerrojos y dos aldabas. El patio con los geranios sin florecer y el pozo tapado. El horno grande al fondo. La concha grabada en el ladrillo. El pulso tres y dos oído desde el suelo. El rumor del agua cruzando. La mención al cuaderno del tío Sebastián. La condición impuesta por Claudio: sólo enseñarlo si la archivera estaba presente.

Clara escuchó sin interrumpir. Tomaba notas, de vez en cuando, en un pequeño cuaderno negro. Cuando Adrián terminó, ella no dijo nada durante un rato. Pasó los ojos por las fichas alineadas sobre la mesa, después por el plano, después por la carpeta.

—Adrián —dijo al fin—. Voy a decirle algo que no le he dicho a nadie en dos años.

—Dígame.

—Desde que entré como archivera de este Cabildo, en 2022, he tenido la sensación, no demostrable, de que este archivo tiene otro archivo detrás. Un archivo que no está en las estanterías, sino en los márgenes de los libros y en los agujeros de las numeraciones. No sabía cómo explicármelo, ni a mí misma ni a nadie. Lo llamaba, para mis adentros, *el archivo sombra*. Siempre pensé que si alguna vez me animaba a documentarlo sería cuando me jubilara, para no estropearme la carrera. Pero esta semana ha ocurrido demasiado, demasiado deprisa, y he decidido que no iba a esperar tanto.

—No sabe usted lo que celebro oírlo.

Clara sonrió sin alegría.

—Esto es lo que me preocupa, Adrián. Que alguien, hoy, sigue escribiendo en ese archivo sombra. Y que ese alguien no somos nosotros.

Hubo un silencio.

—Qué quiere que hagamos.

Clara cerró los libros uno a uno con el cuidado de quien sabe que los volverá a abrir.

—Tres cosas —dijo—. Primero, que no hable de esto con nadie más que con Salvatierra y con su contacto de Triana. Segundo, que volvamos allá abajo. No a la balsa. Más adentro. Quiero ver al menos uno de los veintitrés depósitos con mis propios ojos, antes de seguir deduciendo. Tercero...

Dudó.

—Tercero, dígame.

—Tercero, quiero conocer a Claudio Paniagua. Salvatierra me ha dicho que tiene un cuaderno.

Adrián sonrió sin alegría.

—Él me ha dicho lo mismo de usted. No se lo enseña a nadie sin que usted esté delante.

Clara asintió, con un aire de comprensión profesional.

—Es lo sensato. En mi oficio, los documentos pequeños son los que hay que proteger más.

Se levantó. Recogió la carpeta. La devolvió al estante con lentitud, comprobando que el lazo quedara atado como estaba. Adrián la observó hacerlo. Se fijó, como no se había fijado antes, en los detalles de cómo Clara trabajaba: el orden con el que cada ficha volvía a su sitio exacto, la forma en que devolvía el lápiz al estuche, la precisión con la que corría la silla para dejarla a la misma distancia de la mesa que estaba al principio. Adrián, por oficio, reconocía a los buenos profesionales por pequeñas cosas de ese tipo. Clara era, sin margen de duda, de las buenas.

Luego Clara se volvió.

—Mañana a las ocho —dijo—. Le recojo en su portal. Vamos los dos en mi coche a Triana.

—¿Y Salvatierra?

—Salvatierra lo llamo yo esta tarde. Él ya está avisado a su manera. Siempre lo está.

Adrián se dirigió a la puerta.

Antes de abrirla, sin embargo, se detuvo. Se giró.

—Clara.

—Sí.

—Una cosa que se me ha quedado.

—Dígame.

—Los veintitrés depósitos. ¿Sabe usted en qué punto exacto acaban? Quiero decir: ¿el último depósito del sistema, el que recibe las cosas que se echan aguas arriba, está marcado?

Clara miró el plano, como si quisiera confirmar algo antes de contestar.

—El vigésimo tercero, según este plano, no está en Sevilla.

—¿Dónde está?

—En el plano no se dice. Sólo se escribe una palabra al margen, junto al punto.

—¿Qué palabra?

—*Finis*.

Adrián se quedó mirándola unos segundos. Luego asintió, con la lentitud con la que se asiente a cosas que uno no termina todavía de encajar. Abrió la puerta del archivo. Y salió.

La escalera que bajaba del archivo al claustro era estrecha y daba ligeramente la sensación de estar, en sí misma, más orientada hacia abajo de lo razonable. Adrián bajó los peldaños despacio. Al llegar al Patio de los Naranjos, se detuvo un instante. Un cuervo, solitario y oscuro, se posó sin hacer ruido en el arco de la Puerta del Perdón, ladeó la cabeza, y lo miró con ese interés atento y silencioso que empezaba ya a serle familiar.

—Ya, ya —dijo Adrián, casi sin voz, al pájaro.

Salió a la calle.

A la salida, en Alemanes, se cruzó con tres hombres que salían del templo, dos mayores y uno joven, todos con sotana negra. Los mayores caminaban con la lentitud distraída de los que han pasado dentro demasiadas horas. El joven, con los ojos muy despiertos, conversaba con ellos en voz baja con una soltura que Adrián, sin saber por qué, registró como inusual para alguien recién llegado. Al pasar junto a ellos, el joven levantó un momento la vista y le miró con una cortesía atenta. Tenía ojos claros, cara inteligente, sonrisa

medida. No se saludaron. Los tres siguieron hacia la Plaza del Triunfo; Adrián, hacia Mateos Gago.

Cuando llegó a su casa, el perro dormía. Adrián se sentó en el salón, frente a la mancha del rincón, que aquella mañana seguía pareciendo una almendra pequeña. Se quedó así un largo rato, con los codos sobre las rodillas y las manos cruzadas, sin mirar directamente la mancha pero sin desviar la vista del todo. Pensó en Clara, en la palabra *archivo sombra*, en los cinco *Tiene* alineados sobre la mesa, en la expresión *Confiado a las manos del agua*, en la palabra *Finis*, en el canónigo joven de sotana bien planchada que acababa de cruzarse con él en Alemanes.

Y pensó, por primera vez desde hacía semanas, que quizá aquella no era sólo la historia de un restaurador que había oído piedras cuando no debía. Era, probablemente, también la historia de un templo entero que llevaba trescientos años pasándose, de archivero en archivero y de canónigo en canónigo, el mismo mensaje marginal.

Tiene.

Detrás de él, en la planta alta del claustro, Clara Bru, archivera del Cabildo, volvía a atar con esmero el lazo negro de la carpeta marrón, y anotaba en un cuaderno de tapas oscuras, con letra pequeña y apretada, tres palabras, sin fecha ni firma, al margen del folio abierto:

Ha entendido. Tiene.

Capítulo 6

El idioma de la piedra

Eran las doce y cuarto cuando Adrián salió del archivo. El sol, a esa hora, caía vertical sobre el Patio de los Naranjos y lo dejaba todo vibrando en ese blanco particular de Sevilla que en otros lugares sólo sale en verano. Bajo los naranjos, los gatos se habían desperezado y tomaban el sol sobre las losas calientes, sin inquietarse por los grupos que entraban y salían. Uno, rubio y viejo, que Adrián ya había visto el día anterior, lo miró pasar con esa atención distraída de los animales que ya se han hecho a la cara de uno.

Al salir del claustro, una pareja de turistas japoneses le preguntó, con la cortesía minuciosa de los visitantes bien informados, cómo llegar a la Torre del Oro. Adrián les respondió en inglés, les indicó la salida por la Avenida de la Constitución, y se separó sin más. El hombre, al despedirse, inclinó la cabeza con una reverencia pequeña que Adrián devolvió por reflejo. En la Plaza Virgen de los Reyes, un autobús turístico descargaba un grupo nuevo con esa docilidad de ganado satisfecho que tienen las excursiones organizadas, y el guía, un hombre joven con chaleco azul y gorra, agitaba un paraguas rojo sobre la cabeza para no perder a nadie.

Adrián no fue a casa. Se pasó por un bar de Mateos Gago, pidió un pescado frito y una caña, y comió apartado en la esquina del fondo, apoyando el cuaderno de campo sobre la mesa entre bocado y bocado. El bar se llamaba Casa Morales, aunque en realidad aquello era un nombre coloquial; el rótulo oficial decía otra cosa. En la barra, dos parroquianos mayores discutían sobre la reciente temporada taurina con el énfasis sereno de los que llevan décadas discutiendo lo mismo. Detrás del mostrador, una camarera joven ponía tapas con esa eficiencia callada de los profesionales de hostelería de Sevilla. Sobre las baldas de la pared colgaban jamones enteros, con un

pequeño embudo de plástico colocado bajo cada uno para recoger el goteo de la grasa. El suelo, de baldosa hidráulica antigua, conservaba el dibujo original en tonos rojos y amarillos, con algunas zonas más desgastadas que otras marcando los caminos más transitados: desde la puerta hasta la barra, desde la barra hasta la cocina. Un leve rumor de conversación, unos platos entrechocándose al fondo, la televisión apagada pero encendida, en el rincón alto, ese tipo de trasfondo sonoro cotidiano que un extranjero confunde con bullicio y un sevillano reconoce como casa.

Sobre la servilleta, con un bolígrafo que un cliente anterior había dejado olvidado, trazó un esquema rápido de la Catedral en planta. Marcó con un punto el pilar dos, el de la nave del Evangelio. Miró el esquema un rato largo.

Si hay un patrón, pensó, no puede estar sólo en un pilar.

Dibujó un segundo esquema. La planta entera del templo, a grandes rasgos: las tres naves, el crucero, la cabecera, el coro, el trancoro. Doce pilares principales repartidos con su disposición característica. Marcó el dos, sobre el que había trabajado. Se quedó mirando los otros once. Tenía el resto del día libre y un permiso nocturno para dos semanas. Podía, si quería, recorrer aquella tarde la base de cada uno, pasar la cámara térmica, medir humedades, apuntar anomalías. Era, objetivamente, lo que cualquier técnico serio habría hecho después de lo que había ocurrido la noche anterior.

Terminó el pescado. Pagó, dejó dos euros de propina, y se fue directo a casa.

Se duchó. Se cambió. Cogió la bolsa grande de trabajo, metió en ella lo que no había llevado la otra noche: el higrómetro de precisión, la cámara térmica compacta que le habían prestado el año anterior en una obra de Úbeda, un pequeño generador de frecuencias fijas con su tubo resonador —herramienta poco ortodoxa, heredada también de su maestro toledano, que servía para identificar cavidades ocultas detrás de muros—, un martillo de goma y un rollo de cinta de papel para hacer marcas provisionales. La cámara térmica no era suya. Se la había dejado un compañero, un tal Ramiro, que trabajaba con un equipo de arqueología en Jaén y que se

la había cedido por dos meses para una revisión que Adrián todavía no había terminado. La conocía bien; era una Flir pequeña, portátil, con la batería ya un poco cansada, que funcionaba bien hasta las tres horas de uso pero que, pasadas ésas, empezaba a darle falsos negativos. La cargó hasta el tope y la guardó en la bolsa con su funda de fieltro.

Sacó al perro a dar un paseo breve, le dejó agua, le dijo *vuelvo tarde*, y salió.

A las cinco y media estaba otra vez en la puerta del Lagarto.

Rafael, el guarda, le dejó pasar sin preguntas. Tenía la carpeta con los permisos nocturnos al día, y Adrián, con dos semanas por delante de autorización firmada por el Cabildo, no necesitaba justificar nada. Aun así, antes de entrar, preguntó por Salvatierra. El sacerdote estaba, según Rafael, en la sacristía menor, preparando no se sabía qué para la misa del día siguiente.

—¿Le digo algo? —preguntó Rafael.

—Sí. Dígale que me voy a quedar trabajando en los pilares hasta la medianoche, si puede. Que si me ve, no se preocupe.

—De acuerdo, restaurador.

Adrián, pese a haberse dicho a sí mismo que no quería molestarlo, se asomó igualmente a la sacristía menor.

Salvatierra levantó la vista desde una mesa ordenada con mucha ceremonia. Sobre el tablero había dos casullas dobladas, un paño blanco, una caja de marfil con crismas, y un libro de canto abierto por la mitad. El sacerdote traía un aspecto cansado, más de lo habitual. Había en él, aquella tarde, una especie de concentración tensa que Adrián no le había conocido hasta entonces, como si hubiera pasado la mañana tomando decisiones que no quería tomar.

—Pensaba que estaría con Clara a esta hora —dijo Salvatierra, sin alzar la voz.

—He estado —contestó Adrián—. Vengo de allí. Ahora quiero trabajar aquí.

—¿Esta noche?

—Sí. Hasta las doce o así.

Salvatierra lo miró con esa atención de inquilino viejo que él le dedicaba a todo.

—¿Qué quiere comprobar?

—Si el patrón del pilar dos está solo en ese pilar.

—Ah —dijo Salvatierra. Y luego, con voz más baja—: lleva usted razón en comprobarlo. Trabaje hasta las once y media, no más. Y si, por lo que sea, oye algo que no se explique, no siga solo. Váyase a casa.

—¿Qué es lo que no se explique?

—Cualquier cosa, señor Vega. A partir de cierto punto, las reglas son éstas: uno escucha, pero no abre. Uno mide, pero no fuerza. Usted sabrá, por oficio, cuándo está midiendo y cuándo está forzando.

Lo dijo sin dramatismo. Pero lo dijo mirándole a los ojos.

Adrián asintió.

—Lo tendré en cuenta.

Salvatierra bajó la vista otra vez al canto abierto. Siguió con su labor, pero añadió, en un tono casi privado:

—Una cosa más. Si se cruza con alguien, no le salude.

—¿Con quién me voy a cruzar?

El sacerdote no contestó a eso. Siguió colocando con cuidado el paño blanco en su doblez correcto, como si la pregunta no hubiera existido. Adrián, al cabo de unos segundos, se dio media vuelta. En el umbral se volvió un segundo más.

—Padre.

—Sí.

—¿Todo bien? Le veo cansado.

Salvatierra sonrió apenas. Fue una sonrisa pequeña, sin humor, pero también sin preocupación mayor.

—He dormido regular —dijo—. Me pasa desde hace unos días.

—¿Motivos profesionales?

—Motivos más bien ajenos. No se preocupe. Siga usted con lo suyo.

Adrián salió de la sacristía menor con la vaga sensación de haber pisado un terreno al que no tenía del todo invitación, y se fue al pilar dos.

La Catedral, a las cinco y media de la tarde, estaba aún llena de turistas —era la hora final de visitas, con los últimos grupos

terminando sus itinerarios y saliendo ya hacia las puertas—, y Adrián trabajó al principio desde el andamio con la discreción habitual, haciendo como que revisaba el estado general del sillar, levantando apenas polvo. A eso de las seis y cuarto el templo empezó a vaciarse con rapidez. A las seis y media ya habían sonado los avisos de cierre. A las siete menos diez, la Catedral era un volumen prácticamente desierto, con sólo los empleados de mantenimiento cerrando puertas laterales y el eco amortiguado de sus pasos propagándose por las bóvedas.

Adrián empezó entonces lo que realmente había venido a hacer.

Trabajó durante una hora y media sobre aquel pilar, primero, con un método que no había tenido el lujo de aplicar la otra noche. Midió con el higrómetro puntos concretos de la mancha en almendra, uno cada cinco centímetros, y fue apuntando los valores en el cuaderno. Pasó después la cámara térmica. La imagen que ofrecía el sillar en el espectro infrarrojo era reveladora: la almendra aparecía nítida, claramente más fría que el resto del paramento, con un gradiente suave en los bordes y un núcleo central muy estable. Y, sobre todo, el eje mayor de la figura se orientaba, como Adrián ya había sospechado, en dirección oeste-suroeste, lo que equivalía a una desviación pequeña pero inequívoca respecto al meridiano geográfico.

En castellano de oficio: la mancha apuntaba al oeste. Al río.

Fotografió la imagen térmica. Apuntó los grados. Guardó la cámara.

A continuación hizo lo que realmente había venido a hacer. Se movió por la nave del Evangelio, columna por columna, repitiendo la inspección térmica en cada pilar. La primera, nada relevante: el sillar de base se mostraba uniforme, sin anomalía. La segunda —la del pilar que ya conocía— repitió, cómo no, la almendra. La tercera, limpia. La cuarta, nada. En la quinta encontró la segunda almendra.

Más pequeña. Más pálida. Pero inequívocamente la misma forma, orientada al oeste, en la misma altura del sillar.

Adrián bajó lentamente la cámara térmica. Se pasó la mano por la barbilla. Luego siguió.

Continuó hacia el crucero. El pilar séptimo no tenía nada. El octavo, tampoco. El noveno —el gran pilar sureste del crucero, uno de los cuatro que sostenían la bóveda central— traía otra almendra, en la misma altura, en la misma orientación. La décima columna no tenía. La undécima, tampoco. La duodécima —ya en la nave de la Epístola, al otro lado del crucero— devolvió una cuarta almendra, muy tenue, como si casi se hubiera perdido.

Se detuvo. Se sentó un momento sobre el banco bajo que había junto a la reja de una capilla lateral. Sacó un plano de la Catedral en planta, que había traído doblado en el bolsillo interior, y marcó con un lápiz de grafito los cuatro pilares donde había encontrado una mancha.

Los unió.

Trazaron, sin forzarlo, una línea recta.

Adrián miró la línea un rato largo. La línea atravesaba la Catedral de este a oeste, pasando por el crucero, y, si se prolongaba hacia fuera del edificio, se salía por la fachada oeste y seguía exactamente en dirección al río.

Era una línea.

Era la línea.

Era, en términos de un técnico, la proyección sobre el pavimento de algo que discurría a doce metros por debajo.

Se quedó todavía un rato quieto, sentado con el plano sobre las rodillas. La Catedral, a su alrededor, empezaba a adquirir esa textura distinta del templo que ya ha cerrado al público pero aún no se ha apagado del todo. De vez en cuando entraba un rumor desde el Patio de los Naranjos, el eco sordo de una voz de guía en la Puerta de San Cristóbal, el chirrido mínimo de una reja al correrse. Olía, levemente, a incienso de la mañana, ese residuo graso que en los grandes templos se queda adherido al aire durante horas, y a piedra húmeda, más agria, que venía de abajo, de las juntas, de los zócalos, de la propia edad del edificio.

En el banco, la piedra estaba fría. Adrián se levantó. Caminó sin prisa hasta el crucero, y, antes de continuar con sus mediciones, se permitió quedarse un par de minutos de pie en el centro exacto, mirando hacia arriba. Las bóvedas principales, allá arriba, se abrían

con esa generosidad geométrica de los grandes edificios góticos, con sus nervaduras cruzándose en rosetones complejos y una luz residual entrando por la cimborrio con una tonalidad ya morada. Adrián, que llevaba quince años mirando edificios desde dentro, sabía perfectamente por qué aquel punto del suelo era distinto. Era el centro acústico de la Catedral. Desde allí, cualquier sonido —incluso una tos contenida— llegaba, minúsculamente transformado, a casi todas las partes del templo; y desde allí, a la inversa, se oían todos los rincones con una claridad mayor que en ninguna otra parte. Los maestros de obras medievales lo sabían. Por eso habían puesto, en otros templos comparables, el coro cerca del crucero, o el altar mayor en su vertical: la palabra dicha desde allí tenía un privilegio acústico que ninguna técnica moderna había conseguido mejorar.

Se quedó otro minuto en silencio.

Luego se levantó, guardó el plano, y se fue hasta el pilar central del crucero —el noveno, el que tenía almendra—, y se puso a trabajar con el generador de frecuencias.

Era un aparato poco fiable. No servía para diagnóstico oficial. Pero tenía una virtud: emitía, cuando se le acoplaba el tubo resonador, un sonido muy bajo, de frecuencia fija, que, dirigido a un muro de piedra con cavidades detrás, devolvía un patrón de resonancia distinto del que devolvería un muro macizo. Adrián lo apoyó contra la piedra y lo encendió. Un zumbido grave se apoderó, durante unos segundos, del aire del crucero. Adrián no oyó ningún patrón claro en la devolución del sillar, pero se dio cuenta de otra cosa.

Las campanas, arriba, a setenta metros sobre su cabeza, habían empezado a ronronear un poquito más fuerte.

No sonaban, por supuesto. Seguían quietas. Pero el aire de la torre, respondiendo por simpatía a la frecuencia que él estaba emitiendo, estaba transmitiendo a los bronce una vibración mínima que Tomás Beltrán, si estaba arriba en ese momento, seguro que ya había notado.

Adrián apagó el generador.

Las campanas siguieron ronroneando todavía un rato. Luego volvieron a su zumbido habitual.

—Vaya —dijo en voz alta. Le salió del cuerpo, sin pensarlo. Un eco minúsculo recorrió la nave.

Probó con otra frecuencia. Otra respuesta. Probó después a golpear el sillar con el martillo de goma —de los que usan los restauradores para identificar, por el sonido, zonas con hueco detrás —, siguiendo la cadencia que desde hacía días le martilleaba en la cabeza. *Tres y dos*. Tres golpes cortos sobre la piedra, una pausa breve, dos golpes cortos. Esperó.

La Catedral tardó en contestar. Pero lo hizo.

Lo hizo muy suave. Casi imperceptible. Pero el badajo de una de las campanas pequeñas del lateral norte —una de las que colgaban más modestas, y que él no podía ver desde donde estaba— se movió. Se oyó una nota apagada, breve, única, como si se hubiera rozado sin querer. Dos segundos más tarde, otra. Esta vez desde otra campana.

Luego silencio.

Adrián bajó el martillo.

Durante un minuto largo no hizo nada. Sólo quedarse de pie, con el martillo colgando a un lado del cuerpo, mirando el pilar sin verlo. Entendía perfectamente lo que acababa de suceder. Él había emitido un patrón. El sistema había contestado. No se trataba ya de algo que él pudiera escuchar por casualidad. Se trataba de algo con lo que él podía, si quería, mantener una conversación.

Y entendió, al mismo tiempo, por qué Salvatierra había insistido en lo del *medir sin forzar*.

Tuvo la tentación, durante unos segundos, de repetir la llamada con un patrón más largo. De probar con seis golpes, o con la secuencia doble. De ver si la respuesta crecía. Era una tentación simple, de técnico: la del que acaba de descubrir una herramienta nueva y quiere saber hasta dónde suena. Adrián, que llevaba veinte años disciplinándose contra esa tentación en muros ajenos, la reconoció enseguida. Respiró hondo. Dejó el martillo sobre el andamio. Se sentó en el taburete plegable y se bebió un trago largo de la botella de agua que había traído.

Uno mide, pero no fuerza.

Se acordó, por primera vez en meses, de una frase que don Eulogio, el maestro toledano, le había dicho en una obra en Murcia,

hacía ya muchos años. Estaban restaurando el ábside de una colegiata pequeña, y Adrián, entonces joven y ambicioso, había propuesto picar una zona de revoco para descubrir qué había detrás, convencido de que aparecería una pintura mural interesante. Don Eulogio le había dicho, con esa calma seca suya: *Muchacho, hay ocasiones en que lo que la piedra tiene dentro se destruye al descubrirse. Uno no va a los edificios a sacarles lo que llevan. Va a asegurarse de que lo que llevan dentro no se les caiga*. Adrián había obedecido, a regañadientes. Dos años después, un técnico posterior, con más prisa y menos respeto, había picado aquel revoco. Efectivamente, había aparecido una pintura mural. Pero estaba destruida.

Respiró. Dejó pasar la tentación.

Cuando se sintió capaz de volver a trabajar sin tentarse, continuó, pero en otro registro. Pasó la siguiente hora midiendo juntas. Repasando filtraciones. Anotando en el cuaderno, de manera ordenada, cada punto en el que la piedra le había devuelto hoy algo que no era la respuesta normal de un edificio sin historia. El cuaderno, al final, contenía una página muy llena: cuatro almendras, alineadas; dos frecuencias a las que respondía el sistema; un ritmo de golpeteo al que contestaban las campanas; y, en un ángulo, un pequeño croquis del templo cortado por la mitad, con una línea punteada que cruzaba por debajo en dirección al oeste.

Bajo la línea, sin quererlo, había escrito dos palabras:

Camino Negro.

Las miró un rato. No las tachó.

Estaba recogiendo las herramientas cuando oyó los pasos.

Era pasada la media noche. El templo estaba vacío, cerrado al culto desde hacía horas. Sólo debían haber sido suyos los pasos que se oyeran en él a esa hora. Pero los que oyó no venían de su lado. Venían del lado norte, del tramo de nave que daba al Patio de los Naranjos, y eran pasos lentos, metódicos, de alguien que caminaba sin prisa, con suelas blandas, probablemente de goma, sobre la piedra.

Adrián se quedó muy quieto.

Apagó la lámpara de pinza que había montado junto al andamio.

La Catedral quedó en penumbra. Las pocas luces votivas de las capillas temblaron con esa obstinación roja que tenían siempre a aquella hora. Los pasos continuaron. Pasaron por el trascoro. Se detuvieron un momento —sonó un pequeño roce de ropa contra algo, quizá contra la reja de una capilla—, y siguieron.

Adrián no se movió. Aguantó la respiración durante unos segundos, y luego, dándose cuenta de lo absurdo del gesto, la recuperó, lo más lentamente que pudo. Escuchó. Intentaba localizar el sonido con la precisión que Tomás le había enseñado que era posible. Los pasos, por su cadencia, los emitía una persona sola, de complexión media, con calzado de suela blanda. Probablemente un hombre, por el peso, aunque no podía estar seguro. Caminaba sin prisa. Caminaba como alguien que se sabe el suelo de memoria.

Los pasos cruzaron, al fondo, la nave del Evangelio. Se alejaron en dirección a la puerta que daba a la sacristía mayor. Se detuvieron allí. Después no se volvieron a oír.

Se acordó, con una precisión incómoda, de las últimas palabras de Salvatierra. *Si se cruza con alguien, no le salude*. En aquel momento le habían sonado a exceso de cautela. Ahora le sonaban a instrucción operativa.

Dejó pasar todavía otro minuto antes de moverse. Luego dos. Luego tres. Al final, cuando le pareció que ya no iba a volver a oír nada, se atrevió a encender de nuevo la frontal al mínimo y a dar los primeros pasos.

Cuando se asomó al fondo de la nave, no vio a nadie. La puerta de la sacristía mayor estaba cerrada. La Catedral entera volvía a ser, en apariencia, un volumen vacío a punto de amanecer. No había rastro físico de que alguien hubiera pasado por allí.

Sin embargo, al volver a su andamio, Adrián se dio cuenta de algo.

Sobre el borde del tablón, justo donde había apoyado la cámara térmica, había un pequeño objeto que él no había dejado.

Era una concha.

Una vieira, pequeña, de piedra blanca muy pulida, del tamaño aproximado de un euro, con un agujero en la parte superior por el que en otro tiempo había pasado, probablemente, un cordón. No tenía polvo. Estaba limpia. Estaba, por decirlo así, recién llegada.

Adrián la miró un rato sin tocarla.

La luz de las lamparillas votivas, entrando en un ángulo bajo, hacía que el polvo en suspensión del crucero —ese polvo fino que en la Catedral parecía no posarse nunca— pareciera caer sobre la vieira con una especie de lentitud dorada. Como si el polvo mismo del templo supiera que acababa de llegar algo. En el canto lateral de la pieza, bajo aquella luz rasante, Adrián distinguió tres pequeñas muescas verticales, talladas con una minuciosidad que no se apreciaba a primera vista. Tres. Muy pequeñas. Casi invisibles. Puestas en el borde exterior de la concha, como tres pequeños pliegues.

Se acuclilló frente al tablón. La miró mejor. No la tocó.

Sentía latidos en las sienes.

Después, con el cuidado con el que se toca un indicio, la recogió con una gasa pequeña, la metió en una bolsita cerrada y se la guardó en el bolsillo interior de la cazadora. No volvió a mirar atrás. Recogió las herramientas con una premura que no había sentido en toda la tarde. Dobló el tablón. Apagó las luces restantes. Se puso la bolsa al hombro.

Antes de salir de la nave, en el tramo donde antes habían sonado los pasos, se detuvo un momento más y se agachó. Había en el suelo, junto a uno de los bancos de una capilla lateral, un trozo pequeño de tela negra. Oscura. Fina. Podía ser una hebra arrancada de una sotana, de un bajo, de un forro. Podía ser de ayer. Podía ser de hace seis meses. La examinó sin tocarla con los dedos, sólo con la frontal. Luego, por si acaso, la recogió también con una gasa distinta, la puso en otra bolsa, y la guardó al lado de la concha. Dos indicios. Dos bolsas.

Salió por la puerta del Lagarto a las doce y veinte, con veinte minutos de retraso sobre la hora a la que Salvatierra le había dicho que se fuera. Rafael no estaba en su sitio: sobre el banco había una taza de café a medio terminar, y la carpeta de permisos cerrada con un clip. Tampoco Adrián le buscó. Probablemente estaría haciendo una ronda. Probablemente todo era normal. Probablemente.

Fuera, la Plaza Virgen de los Reyes estaba fresca. El cielo, alto, tenía esa claridad particular de las noches de marzo sin nubes, con

una luna no del todo llena colgando encima del Arzobispal. Adrián respiró hondo. Le temblaban un poco las manos, cosa que ya no le pasaba desde los primeros trabajos serios, hacía quince años.

Caminó hacia su casa sin mirar los charcos. Sabía perfectamente lo que iba a ver en ellos si los miraba. En el camino se cruzó con un par de noctámbulos solitarios —un hombre joven con auriculares, una mujer mayor con un perro pequeño— a los que devolvió el saludo de madrugada con una brevedad que no era descortesía sino cansancio. Al llegar a Conde de Ibarra, sacó el móvil del bolsillo y escribió un único mensaje.

Clara. Voy a ir mañana a Triana. Pero antes tengo que enseñarle algo.

Contestó ella en cuatro minutos.

Venga a mi casa a las siete. Le pongo café.

Adrián guardó el móvil. Levantó un momento la vista hacia la cornisa donde, dos noches atrás, se había posado un cuervo. La cornisa, a aquella hora, parecía vacía a primera vista.

No del todo.

En el borde, en el sitio exacto donde el pájaro había estado, había una sola pluma negra. Pequeña. Probablemente llevaba ahí desde entonces. Probablemente no significaba nada.

Pero Adrián, por primera vez en su vida adulta, consideró seriamente la posibilidad de que algunas plumas se quedaran donde se quedaban por alguna razón que la ornitología no tenía todavía catalogada.

Entró en el portal.

Arriba, el perro ya estaba despierto. No ladró. No ladraba nunca.

Adrián dejó la bolsa en el suelo del recibidor con un cuidado distinto al habitual. Se quitó la cazadora. La colgó en el perchero. Antes de ir al dormitorio, sacó las dos bolsitas del bolsillo interior y las dejó sobre la mesa de la cocina. La vieira, la hebra negra. Se quedó mirándolas un momento, bajo la luz amarillenta del fluorescente, antes de entender que no iba a sacar nada en claro aquella noche.

Se lavó las manos. Se lavó la cara. Miró el reloj: las doce y cuarenta. Fue al dormitorio. La mancha del parquet seguía allí, como

cada noche, pero Adrián, por primera vez, no se agachó a medirla. Ya la medirían mañana Clara y Salvatierra y él juntos, si hacía falta. Aquella noche, no.

Se acostó. Tardó en dormirse. Pero cuando lo hizo, durmió sin sueños que recordase.

Quizá fue la primera vez, en diez días, que le concedió al cuerpo ese favor.

Capítulo 7

El oeste de Sevilla

A las siete menos diez, Adrián llamaba al telefonillo de Clara Bru en la calle Torneo. La mañana era limpia, un poco fría, con esa claridad azulada que tiene Sevilla antes de las nueve en marzo. El Guadalquivir, por el que había caminado media hora desde su casa, bajaba con la lámina tan quieta que parecía haberse convertido en un espejo tumbado.

Había salido a pie de Conde de Ibarra a las seis y media, con la bolsa ligera y la cazadora puesta. Había bajado por la calle Santa María la Blanca, cruzado los Jardines de Murillo casi vacíos a aquella hora, cogido la Avenida de la Constitución en sentido norte, y continuado después por la orilla del río. El Guadalquivir, a primera hora de la mañana, tenía otra calidad que por la tarde: más silencioso, más limpio, con gaviotas dispersas sobreviviendo al frío pegadas a la lámina. Una pareja de corredores matutinos le había adelantado a la altura de la Torre del Oro, con esa cortesía urbana de los deportistas madrugadores; un repartidor en bicicleta, con la caja térmica a la espalda, había pasado en sentido contrario silbando una cancioncilla. Dos barrenderos del servicio municipal trabajaban ya en la plaza del Ayuntamiento vacía, con ese ritmo discreto de los oficios invisibles. Adrián los había mirado con otra atención desde hacía unos días, y se había preguntado —sin detenerse— cuántos años llevaría cada uno barriendo aquellas esquinas, y qué sabrían, sin haberlo nombrado nunca, de la ciudad que pisaba.

Clara le abrió sin decir nada. Adrián subió tres pisos por una escalera estrecha de mármol blanco, pasó junto a una bicicleta vieja encadenada al pasamanos y, al llegar al tercero, encontró la puerta entornada. Empujó.

El piso de Clara era como ella: ordenado sin aspaviento, limpio, con más libros que muebles y con el tipo de confort mínimo que delataba a una persona que pasaba la mayor parte del día fuera de casa. Había entrado directamente a una sala estrecha con una mesa de madera, cuatro sillas desparejas, una librería baja llena hasta el tope, y una ventana larga por la que se veía, entre los tejados, una línea incompleta del Guadalquivir.

La librería ocupaba toda la pared de la derecha. Adrián, por costumbre de sus visitas a casas ajenas, echó un ojo a los lomos sin que pareciera que lo hacía. Había bastantes libros profesionales — manuales de paleografía, catálogos de archivo, algunos volúmenes de historia eclesiástica—, pero también, en las baldas bajas, otra literatura distinta: novelas de Mercè Rodoreda, ensayos de Javier Marías, una edición antigua de *El cuarteto de Alejandría*, varios tomos de poesía en ediciones de mala calidad pero muy manejadas. Sobre una repisa, dos fotografías enmarcadas: una, en blanco y negro, de un hombre de unos cincuenta años de pie frente a un edificio moderno con el brazo sobre los hombros de una niña; la otra, en color, de una mujer mayor sonriendo en una playa del norte con un gorro de punto. Su padre. Su madre, supuso Adrián. No preguntó.

En la mesa, junto al portátil cerrado y la carpeta delgada, había una taza con un culillo de café de la noche anterior, una pluma estilográfica de las que ya no se usan, y un pequeño cuenco con cerezas secas. Todo daba la impresión de haber sido usado hacía poco y colocado con un pequeño sentido de la composición.

Clara estaba junto a la cocina, de espaldas a él, preparando el café en una cafetera italiana antigua. Llevaba el pelo suelto por primera vez desde que Adrián la conocía. Vestía una sudadera gris y unos vaqueros. Parecía, sin las gafas, mucho más joven que en el archivo.

—Siéntese —dijo, sin girarse—. Dos minutos.

Adrián se sentó. Sobre la mesa había una carpeta delgada, varios libros abiertos, un portátil cerrado, y un pequeño paquete envuelto en papel de estraza atado con cordel, que parecía haber sido preparado para ser transportado.

Dejó la bolsa de herramientas a los pies de la silla y sacó, del bolsillo interior de la cazadora, las dos bolsitas pequeñas: la de la

vieira, y la de la hebra negra.

—Clara.

Se giró ella. El café estaba empezando a subir.

—Dígame.

—Anoche aparecieron estas dos cosas en la Catedral.

Las puso sobre la mesa.

Clara se acercó. Se agachó sobre la mesa y las miró sin tocarlas. Primero la vieira. Después la hebra.

—Levante la cortina —pidió, sin apartar la vista—. Se ve mejor con luz lateral.

Adrián corrió un poco la cortina. La luz del sol, a las siete pasadas, entró plana y rasante, iluminando los objetos con un ángulo cómplice. Clara se sentó. Sacó de un cajón una lupa de joyero. La aplicó.

Tardó en hablar.

—La vieira. Siglo diecisiete tardío —dijo, al fin—. Probablemente de las últimas décadas. Piedra caliza blanca, de grano muy fino, posiblemente de Estepa. Trabajada a pulso, sin torno. El agujero superior es antiguo, no posterior: el pulido interior no muestra el corte limpio de una broca moderna. Aquí, sobre el borde lateral, hay unas líneas muy pequeñas. ¿Las ve?

Adrián se inclinó. Había, efectivamente, tres líneas verticales talladas en el canto de la concha, casi imperceptibles, como tres pequeñas muescas ordenadas.

—Tres.

—Sí. Tres.

—¿Qué significa?

—Que perteneció al sistema.

Clara dejó la lupa sobre la mesa. Apagó el fuego del café. Sirvió dos tazas. Se sentó frente a él.

—Estas piezas se usaban como distintivos de pertenencia en la red de custodios —explicó, con esa tranquilidad profesional que era ya su marca—. Había varios modelos. Hay una tesis doctoral inédita de los años setenta que las menciona, escrita por un seminarista que luego colgó los hábitos. No la terminó. La tengo en el archivo.

—¿Y las muescas?

—El número indica función dentro de la jerarquía informal, creo. Una muesca, custodio menor. Dos, custodio intermedio. Tres, custodio mayor. Cuatro o más, el propio depositario del lugar. Pero esto último es deducción mía, no dato confirmado.

—¿Y por qué habrán dejado una en mi andamio?

—Adrián, ayer escribió usted en su cuaderno las palabras *Camino Negro*, ¿verdad? Y probablemente, estando allí solo a esas horas, habrá hecho algún experimento.

—Sí. Con el generador y con el martillo. Las campanas contestaron.

Clara bajó la vista al café.

—Entonces le han identificado.

—¿Identificado cómo?

—Como alguien que *sirve*. Palabra de Tomás Beltrán, ¿no? Pues eso. La vieira es su confirmación. No le dicen bienvenido. No le dicen lárguese. Le dicen *le hemos oído*. Y le recuerdan, con las tres muescas, que pertenece a una cadena que no empieza con usted.

—¿Y no es una advertencia?

—En cierto modo sí. Una cadena implica responsabilidad. Si a usted le han dado la insignia, asumen que ya sabe que hay reglas.

—¿Qué reglas?

Clara bebió un sorbo largo de café.

—Eso es lo bueno. Nunca fueron escritas. Tampoco le serán explicadas a usted. Se deducen del comportamiento.

—Nunca acaba uno de entender de dónde saca usted tanta información.

Clara sonrió, sin alegría pero sin reserva.

—De haber pasado dos años, en vez de la mayoría, ordenando los márgenes del archivo en vez de los centros. Allí hay más de lo que parece.

Cogió la segunda bolsita. Sacó con la pinza fina, desplegándola sobre un paño blanco, la hebra de tela negra que Adrián había encontrado en el suelo.

La examinó con la lupa. Se acercó un poco más la mesa. La olió con discreción profesional, sin exageración.

—Es sotana —dijo, al fin—. Tela tipo crep, negra, de la calidad media. Tela moderna, no antigua. Probablemente de hace cinco o diez años. Hay un fabricante en Salamanca que provee a la mayoría de los seminarios menores. Ésta puede ser una de sus piezas.

—¿De alguien concreto?

—Imposible saberlo. Pero sí podemos decir algo: es sotana de uso diario, no ceremonial. La tela ceremonial es más pesada y más brillante. Ésta es mate.

—Así que puede ser la de cualquier sacerdote joven.

—O de cualquier canónigo nuevo —completó Clara, sin énfasis.

Se miraron un momento. Ninguno de los dos pronunció el nombre. No era el momento. Pero los dos, al mismo tiempo, dieron por cerrada la pregunta.

Terminaron el café en silencio, sin prisa, como dos personas que han compartido la primera taza de un día largo y no tienen necesidad de rellenar el aire. Adrián recogió la vieira y la devolvió a su bolsita. La hebra, Clara se la guardó en un sobre pequeño que fechó con bolígrafo y metió en su maletín.

—¿Qué es el paquete? —preguntó, señalando el envoltorio de estraza.

—Lo que Claudio Paniagua me pidió anoche por teléfono que le llevara.

—¿Y qué es?

—Unas fotografías. De otro cuaderno. Uno que tenemos en el archivo.

Adrián la miró.

—¿Otro?

—Otro. Desde ayer. No lo había cruzado con el del tío Sebastián porque no tenía forma de pedir comparación sin que Claudio estuviera de acuerdo. Llamé anoche a su casa. Aceptó.

—¿Llamó anoche a Claudio?

—A las once. Le dije que le había encontrado algo. No le dije qué.

Adrián se pasó la mano por la cara. Durante un segundo se preguntó si Clara dormía. Después se preguntó si alguna vez en su vida había dormido.

—Vamos.

El coche de Clara era un utilitario viejo, color crema, con el interior muy limpio pero lleno de esos rincones acumuladores de papeles que tienen los coches de la gente con oficios intelectuales: tickets de aparcamiento en el salpicadero, un pañuelo doblado en la guantera, un libro de tapa dura caído de lado sobre el asiento trasero, y —curiosidad discreta— un mapa de la provincia de Sevilla, plegado por el pliegue pero ya muy usado, metido en la red del copiloto. En el retrovisor interior colgaba un pequeño llavero con una concha de vieira de plástico, de las que se venden como souvenir en los puestos del Camino de Santiago. Adrián la miró un momento y decidió no preguntar. Clara, al arrancar, la hizo girar sin querer, y la concha de plástico se quedó oscilando un minuto antes de parar.

Bajaron al garaje sin hablar. Arrancaron. Cruzaron la ciudad aún dormida por calles que a aquella hora, antes de las ocho, tenían un silencio casi campestre. Pasaron por delante de la Maestranza, siguieron por el Paseo de Colón, y tomaron el Puente de Triana. El Guadalquivir estaba, otra vez, liso como un metal vertido, y bajo el puente bajaba con esa solemnidad suya de agua que lleva siglos sin disculparse con nadie.

—Adrián —dijo Clara, sin apartar la vista del volante.

—Sí.

—Ahora tiene que mirar el río de otra manera.

—¿De qué manera?

—Deje de verlo como borde. Véalo como canalización.

Adrián miró el agua.

La primera vez que la miró así, efectivamente, la vio de otra manera. El Guadalquivir no separaba la Sevilla de piedra de la Sevilla blanca: las unía. Atravesaba el centro de ambas. Era el cuerpo mayor de un sistema mayor, y las dos ciudades eran bancos de ese sistema. La Giralda, el Arzobispal, la Catedral quedaban a una orilla. Triana a la otra. Pero el río era el eje. Y, debajo del río, un eje más estrecho y más antiguo llevaba, según él iba entendiendo, exactamente la misma dirección.

—Ya no es borde —dijo, casi en voz baja.

—No —contestó Clara—. Es conducto.

Era la primera vez que se lo decía con esas palabras exactas. Pero Adrián supo, con una claridad fría, que las llevaba sabiendo desde hacía días.

Durante el resto del trayecto, que apenas fueron cinco minutos, no volvieron a hablar. En la radio, que Clara había dejado encendida a volumen muy bajo, una tertulia de la mañana discutía, sin urgencia, asuntos de la actualidad política. La voz del moderador, de timbre aprendido, iba llenando el habitáculo con una pátina de rutina que, en contraste con lo que Adrián y Clara tenían entre manos, parecía pertenecer a otra Sevilla. A otra España. A otro registro de preocupaciones.

Claudio Paniagua abrió la puerta casi antes de que tocaran la aldaba. Como la tarde anterior, llevaba el mandilón azul oscuro sobre la camisa blanca, y el bastón en la mano derecha. Vio a Clara. Inclino un poco la cabeza en un gesto que era medio saludo y medio reconocimiento profesional.

—Archivera —dijo.

—Señor Paniagua.

—Usted no es de los Bru del Arenal.

—No. Soy de otros Bru.

—Ya. Pase.

Cruzaron el patio. A aquella hora de la mañana la luz no entraba tan vertical; se quedaba descansando sobre los muros blancos en una línea dorada que subía despacio por el encalado según avanzaba la hora. Los geranios seguían sin florecer. El gato de Claudio, si lo había, no se dejó ver. Sobre la mesa de madera estaban ya tres tazas y una cafetera, y al lado, dispuesto con cuidado sobre un paño de hilo blanco, un cuaderno antiguo.

Pequeño. Del tamaño de un libro de rezos de bolsillo. Tapas de cuero rojizo, muy oscurecido por el uso, y un cierre metálico simple que no estaba echado. Las hojas, visibles por el borde, eran de papel verjurado, todas amarillas, todas cosidas con un hilo que había sido negro y era ahora gris.

A la mesa se habían añadido también, con el mismo cuidado que caracterizaba a Claudio, dos lámparas pequeñas de mesa —las sacó en el último momento de la habitación contigua, conectadas a un

alargador del comedor— y un paño de hilo separado, blanco, para manipular las páginas.

Claudio lo miró desde su lado de la mesa con la misma atención con la que se mira un objeto que uno ha guardado muchos años para un momento que hasta entonces no había llegado.

—Este es el cuaderno del tío Sebastián —dijo—. Siéntense.

Adrián y Clara se sentaron. Claudio sirvió el café, despacio, como si la operación merecía más atención que ninguna otra de la mañana. Después, con mucho cuidado, abrió el cuaderno.

—Primero tienen que saber algo —dijo, antes de mostrar nada—. Este cuaderno no es un diario. No es un recetario, aunque lo parece en algunas páginas. No es, desde luego, un libro de contabilidad. Es un manual. Lo escribió mi tío Sebastián en los últimos doce años de su vida, entre mil seiscientos ochenta y ocho y mil setecientos. Y lo escribió para quien viniera detrás de él.

—¿Con qué propósito? —preguntó Clara, ya con esa concentración profesional de los archiveros.

—Con el propósito de que no se perdiera el oficio.

Abrió la primera página. La letra era una cursiva cuidada, con una inclinación suave, de las llamadas *cortesanas continuas*, bien conservada. Clara se acercó. Adrián también, aunque sabía que la mayor parte de la descodificación iba a caer sobre ella.

La primera hoja contenía una dedicatoria breve, escrita en la parte superior y firmada en la inferior.

Al que venga después de mí en esta casa, y quiera saber lo que yo he sabido, sin hacer ruido fuera de ella.

Sebastián Paniagua de la Riba. Hijo de Alonso. Alfarero mayor. Sevilla, año del Señor de mil seiscientos ochenta y ocho.

Debajo, sin firma ni comentario, había una frase breve, al parecer añadida después, en tinta un poco distinta:

No todo lo que fluye es agua.

Clara la leyó en voz baja. Adrián, del otro lado de la mesa, sintió un escalofrío limpio recorrerle la espalda.

Claudio pasó varias páginas. Hojas con dibujos pequeños de piezas de cerámica. Hojas con medidas. Hojas con recetas de engobes y vidriados. El cuaderno era, durante su primera mitad, un

compendio práctico de alfarería. Sólo si se leía con atención se veían, aquí y allá, símbolos pequeños al margen que no correspondían con el contenido técnico de la página: una concha, una estrella de cinco puntas, una cruz, un número romano. La tinta de esos símbolos era, además, ligeramente más oscura que la del texto, como si Sebastián los hubiera añadido al cabo del tiempo, una vez terminada la página técnica.

—Esa parte es el *disfraz* —dijo Claudio, sin mirar—. El que cogía el cuaderno sin saber, leía un manual de alfarería. Los símbolos del margen, para él, eran adornos. Para el que sabía, eran la marca de que el texto del interior, bajo la alfarería, llevaba otro texto.

—¿Y el otro texto dónde está? —preguntó Adrián.

—En la segunda mitad.

Pasó más páginas, rápido, hasta la mitad exacta del cuaderno. Allí el contenido cambiaba. La letra era la misma, pero lo que se leía ya no eran medidas ni recetas. Era prosa corrida. Empezaba, en la parte superior de la hoja, con una única línea centrada:

DE LA VENA QUE TRANSCURRE.

Clara se puso las gafas que se había traído. Adrián guardó silencio y dejó que ella leyera.

Leyó durante unos minutos, en voz muy baja al principio y después, cuando quiso compartir, en voz normal.

—*La vena del Camino Negro no es una vena de agua, aunque por ella corra agua. No es una vena de piedra, aunque discurra bajo piedra. Es una vena de memoria, y la memoria, cuando es antigua, escoge el curso del agua para no gastarse. Ha sido custodiada, desde tiempos que yo no conozco, por manos que no han dejado nombre. Si tú lees esto, y eres sobrino o nieto mío o descendiente de cualquier modo, has de saber que la casa en que vives recibe parte de esa vena, y que el horno grande del patio fue construido sobre uno de sus depósitos menores. De ahí viene que en sus ladrillos, a ratos, suene lo que no debe sonar en un horno.*

Clara levantó la vista.

—Está describiendo, exactamente, lo que pasó ayer cuando Adrián metió la oreja al suelo del horno.

—Siga —dijo Claudio, sin inmutarse.

Clara continuó.

—*Los depósitos del sistema son veintitrés. Los primeros, los más antiguos, están bajo el templo mayor. Los últimos, bajo tierra no sevillana. La vena cruza el río en un punto que los antiguos marcaron con concha. Por eso, si alguna vez te es dado bajar al horno y ves que hay concha grabada, has de entender que estás sobre el paso. No sobre el final.*

—Veintitrés —dijo Adrián.

—Veintitrés —repitió Clara.

—Los mismos del plano del archivo.

—Los mismos.

Claudio asintió desde su silla.

—Lo que estudió usted ayer en sus mesas —dijo, mirando a Clara —, mi tío Sebastián lo dejó escrito aquí hace trescientos cuarenta años. Con menos cifras, porque entonces no hacía falta. Con menos pruebas, porque entonces no se discutía.

Clara pasó la página. Lo hizo con ese cuidado de oficio que tenía ya Adrián perfectamente identificado: no pasaba las hojas con las yemas, sino con el borde seco del nudillo, por la esquina exterior, manteniendo las páginas a la misma distancia del papel cuando las separaba.

—Sigue —dijo, para sí misma, y leyó—: *El que se haya preguntado hacia dónde va lo que se confía al agua, entienda que va hacia el oeste. Y que, cuando llega al depósito último, no se detiene, aunque la mano de Sevilla ya no lo siga. Hay otras manos. Hay, concretamente, tres manos mayores que recogen de la nuestra: una en el norte, una en el camino, y una al fin. No he visto yo ninguna de las tres. Pero he oído hablar de ellas a mi padre, que las oyó a su padre, que las oyó, a su vez, en boca de un clérigo portugués que estuvo en nuestra casa en mil seiscientos treinta y nueve, y que dejó dicho, antes de marcharse, que lo que aquí guardamos es sólo el comienzo.*

Los tres se quedaron callados.

—Tres manos —dijo Adrián, al cabo.

—Tres manos —confirmó Clara.

—Y ninguna se nombra.

—No directamente —dijo Claudio—. Pero una *en el norte*, otra *en el camino*, y otra *al fin*, son tres lugares. Y no son cualquier lugar.

Clara, que llevaba un rato pensando en silencio, cerró los ojos un instante.

—Una *en el camino*. Una ruta. La ruta por antonomasia, en castellano antiguo, cuando se hablaba de rutas sin especificar, era la jacobea.

—Sí —dijo Claudio.

—Una *al fin*. *Finisterre*. O su versión tardomedieval, *Finis Terrae*. En el cuaderno del archivo que mencionó mi antecesora, en una nota de 1947, aparecía esa palabra, *Finis*, escrita junto al depósito número veintitrés.

—Sí —dijo Claudio otra vez.

—Y una *en el norte*.

Claudio abrió las manos con un gesto de desconocimiento honesto.

—Ese —dijo— yo no sé cuál es.

Clara pasó otra página. Había, en la parte superior, un pequeño dibujo hecho a pluma. Un mapa muy esquemático, casi un garabato, con un círculo a la derecha y otro círculo a la izquierda, y una línea punteada entre ambos. Sobre el círculo de la derecha, Sebastián había escrito: *S*. Sobre el círculo de la izquierda, una sola letra: *F*. Y junto a la línea, en el centro, una anotación discreta:

Aquí pasa el Camino Negro, y de aquí no se vuelve.

Adrián estudió el croquis. Era, obviamente, un esquema muy burdo. Pero el sentido era clarísimo: Sevilla en el este, Finisterre en el oeste, y una línea —un conducto, una continuidad— uniéndolos.

Dijo, en voz baja:

—No se vuelve.

—Así lo escribió —dijo Claudio—. Y así se lo dejó a quien viniera detrás.

Clara terminó el café. Durante un rato largo, ninguno de los tres habló. Fuera, un vecino pasó por la calle Alfarería con un carrillo tintineante: probablemente un chatarrero, probablemente madrugador. Un coche arrancó a lo lejos. Una paloma aleteó sobre uno de los arcos del patio.

Clara, al cabo, cerró el cuaderno con cuidado.

—Claudio, ¿podemos llevarnos el cuaderno al archivo durante unos días?

Claudio apretó un poco el bastón contra el muslo.

—No.

—Lo trataríamos con todas las garantías.

—No es por el trato. Es por la regla.

—¿Qué regla?

—El cuaderno no sale de esta casa. Nunca salió, en trescientos años. No puede salir hoy.

Clara asintió.

—¿Podemos volver? Con un portátil. Y digitalizarlo aquí mismo.

Claudio lo pensó un momento.

—Sí. Pueden volver. Esta tarde si quieren.

—Esta tarde.

—A las seis.

Se levantaron. Claudio devolvió el cuaderno a una caja pequeña que había junto a la pared, cerró la caja con dos vueltas de una llave pequeña, y se guardó la llave en el bolsillo del mandilón. Adrián y Clara se despidieron. Antes de salir, Adrián, sin proponérselo, se quedó un momento más en el patio. Miró, una vez más, la boca ennegrecida del horno grande. Claudio lo notó.

—Mírelo bien, señor Vega. Ese horno, cuando lo abra por dentro en su cabeza, va a seguir ahí. Aunque la vieira ya no se vea. Aunque mi hijo, el día que vuelva a esta casa, decida tirar la pared y hacer un garaje.

—¿Cree que eso va a pasar?

Claudio se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero un día va a pasar. A mí lo que me importa ya no es cuánto dure lo que ustedes ven aquí. Me importa que alguien lo haya visto antes de que desaparezca. Esa es toda la custodia que me quedaba por hacer, y ya la he hecho.

Cerró la puerta detrás de ellos.

En la calle Alfarería la mañana había avanzado. Había más gente: una vecina con una cesta, dos obreros bajando un tabique, un gato bebiendo agua de un charco. Adrián y Clara caminaron en silencio

hasta el coche. Subieron. Clara no arrancó enseguida. Se quedó con las manos en el volante, mirando a través del parabrisas, sin ver exactamente nada.

—Adrián.

—Sí.

—Tenemos que volver a bajar. Esta misma tarde. Antes de las seis.

—¿Bajar adónde?

—Al subsuelo de la Catedral. Quiero ver uno de los veintitrés depósitos. El cuaderno de Sebastián y los documentos del archivo coinciden en un punto: el décimo. Es el primero situado más allá del perímetro del templo, es decir, el primero que ya no está debajo de la Catedral sino debajo de la Avenida de la Constitución.

—¿Y por qué ese?

—Porque si la línea que usted trazó anoche en el pavimento con los cuatro pilares en almendra se prolonga hacia el oeste, el décimo depósito es, con un margen de error pequeño, donde esa línea sale del perímetro de la Catedral.

—¿Y bajar al décimo nos serviría para qué?

Clara arrancó.

—Para verlo con ojos propios. Para dejar de depender de planos. Y, sobre todo, para comprobar si ahí sigue habiendo tráfico.

—¿Tráfico?

—Si alguien, en los últimos años, ha estado usando el sistema.

Tomaron el Puente de Triana en sentido inverso. A aquella hora, con el sol más alto, el agua había dejado de ser espejo y empezaba a mostrar pliegues pequeños en los que se reflejaba con desigualdad la Torre del Oro, la Giralda al fondo, los tejados. Adrián bajó su ventanilla. El olor del río, mezclado con el del asfalto, le entró con una limpieza que no se parecía a ningún otro olor de Sevilla.

Miró hacia el oeste.

No se veía Finisterre, claro. Pero se veía la curva del río perdiéndose entre árboles, en la dirección que años antes —cuando todavía no existía el concepto de carreteras— había tomado toda mercancía, toda nave, todo hombre que había querido salir de Sevilla hacia mar abierto. El Guadalquivir hacia Sanlúcar. Sanlúcar hacia el Atlántico. El Atlántico hacia la costa que en algún momento se volvía

finisterre, y después ya no había castellanos que llamaran a aquello de ninguna manera.

Adrián subió la ventanilla.

—Clara.

—Sí.

—Cuando Sebastián escribió que de *aquí no se vuelve*, ¿cree usted que se refería a lo que viaja, o a los que lo envían?

Clara no apartó los ojos de la carretera. Durante un rato largo, no contestó. Después, cuando ya estaban cruzando la parte central del puente, habló en un tono que era más bajo que el habitual.

—Llevo veinticuatro horas preguntándome lo mismo. Y honestamente, Adrián, todavía no lo sé. Pero hay una manera castellana antigua de escribir así, y en esa manera, cuando se dice *de aquí no se vuelve*, no se está hablando casi nunca del viajero. Se está hablando, en general, del viaje. El viaje es el que no vuelve. La gente, si aguanta, vuelve casi siempre.

—¿Casi siempre?

—Casi siempre.

Adrián asintió sin decir nada. Miró por la ventanilla. Un hombre estaba pescando, con la calma absoluta que sólo tienen los pescadores fluviales matutinos, en un recodo del río bajo el puente. Un perro lo acompañaba, tumbado junto a la caña, con una paciencia equivalente.

El coche cruzó el puente y se metió por la Avenida de la Constitución.

A sus pies, invisible, la vena seguía su camino.

A las diez y veinte, aparcaron en la calle San Gregorio. Antes de bajar del coche, Adrián sacó del bolsillo interior la pequeña bolsa con la vieira. La puso sobre el salpicadero.

—Clara. ¿Me la llevo o se la doy a Salvatierra?

Clara miró la vieira. Lo pensó un momento.

—Hoy, llévesela usted. Salvatierra no la ha pedido. Si la quiere, la pide. Por ahora, funcione como si la hubiera recibido usted, que es, al fin y al cabo, la verdad.

Adrián la volvió a guardar en el bolsillo.

Bajaron del coche. Y caminaron en silencio hasta la Catedral.

Capítulo 8

Finis Terrae

Volvieron al centro a las nueve y cuarto. Clara aparcó en un hueco estrecho de la calle San Gregorio, metió el ticket del parquímetro bajo el limpiaparabrisas con la precisión mecánica de los funcionarios que nunca se fían del todo de los parquímetros, y subieron andando hasta la Catedral. En el trayecto apenas hablaron. Adrián cargaba la bolsa de herramientas; Clara, bajo el brazo, un tubo protector de plástico rígido en cuyo interior había metido, enrollado, el plano de los veintitrés depósitos.

La mañana había perdido la claridad lavada que tenía a las siete y había ganado, en cambio, la luminosidad más dura de las diez de la mañana. Las terrazas de la calle Fernán Caballero ya estaban montadas, con los camareros colocando las últimas sillas y los primeros parroquianos matutinos pidiendo el café de media mañana. Un turista despistado, con la guía de Sevilla abierta por la página correspondiente a la Catedral, preguntó a Clara, tímidamente y en inglés, si aquella era la calle correcta. Clara le sonrió con cortesía profesional, le señaló con la mano el Arzobispal, que ya asomaba entre los edificios, y el turista se lo agradeció con un pequeño gesto de cabeza antes de echar a andar.

El plan era sencillo en teoría y menos en la práctica. Bajarían los dos a la balsa, esta vez sin Salvatierra, por un permiso interno que Clara había conseguido firmar la tarde anterior con el argumento, enteramente veraz en su parte visible, de estar realizando un levantamiento fotográfico del trazado subterráneo para el inventario patrimonial. Buscarían, desde la balsa, la galería del oeste. Avanzarían hasta el décimo depósito. Lo examinarían. Y estarían fuera antes de las doce del mediodía, suficientemente pronto como

para regresar al archivo, comer algo rápido, y estar de vuelta en casa de Claudio a las seis con el portátil y el escáner portátil.

Todo eso, en efecto, estaba pensado para ser sencillo.

Rafael, el guarda, les abrió la puerta del Lagarto sin preguntar. A la luz de la mañana, con la Catedral ya en régimen de actividad turística, el vestíbulo de servicio tenía otra textura, menos solemne, casi de oficina. Había dos operarios de mantenimiento con escalera hablando sobre unas manchas de pintura desportillada, una empleada de la tienda anudando etiquetas a unos catálogos, y la radio lejana en volumen bajo donde alguien leía los titulares.

—¿Buen día, restaurador? —dijo Rafael al pasar, con esa cortesía suya entre formal y afectuosa.

—De momento bueno —contestó Adrián.

—Espero que siga así.

Rafael bajó ligeramente la voz al decir la segunda frase. Fue un matiz mínimo, casi imperceptible. Adrián, que ya le conocía, lo registró sin subrayarlo. Clara, a su lado, tampoco pareció darse por enterada. Los dos cruzaron el Patio de los Naranjos con el paso discreto de los que tienen permiso pero no quieren llamar la atención.

Salvatierra estaba en la sacristía menor.

Clara entró primero. El sacerdote levantó la vista desde una casulla doblada y, sin preámbulo, dijo:

—Sé adónde van. No les pregunto más.

—Gracias —dijo Clara.

—Sólo una cosa. El décimo depósito está alineado con el pilar central del tabernáculo, en el centro exacto del crucero. Si por casualidad, estando allá abajo, notan que arriba pasa algo —una procesión, una misa, un golpeteo de obreros—, no intenten volver hasta que haya pasado. La geometría del décimo, por algún motivo que nunca he entendido, amplifica. Peor para ustedes.

—Entendido.

Salvatierra los miró un momento más, como si quisiera sumar a la frase otra, y decidiera callar.

—Adrián.

—Dígame.

—La concha de anoche. ¿La tiene?

—La tengo.

—Lleve una moneda de otra cosa.

—¿Perdón?

—Una moneda. Cualquiera. De un euro. Déjesela en el bolsillo. Me lo agradecerá.

Adrián asintió sin comprender. Se palpó el bolsillo del pantalón: tenía calderilla suelta. Sacó una moneda al azar y la metió en el bolsillo interior de la cazadora, junto a la bolsita de la vieira.

—Padre.

—Sí.

—¿Y el otro objeto? La hebra negra.

Salvatierra lo miró un segundo. Clara le había dicho ya, al entrar, que la habían encontrado. El sacerdote no quiso prolongar ese frente.

—Déjenme esa a mí. Clara, si no le importa, me la pasa antes de bajar. Quiero enseñársela a alguien.

Clara sacó el pequeño sobre de su maletín y se lo entregó. Salvatierra lo guardó en el bolsillo interior de la sotana sin mirarlo.

—¿A quién? —preguntó Adrián.

—A una persona que entiende de sastrería clerical. No se preocupe. No va a haber preguntas embarazosas. Él tampoco es de los que hacen preguntas.

—De acuerdo.

Bajaron.

La sacristía de plata. El armario de las llaves. La tercera llave por la izquierda, aquella misma, con la que Salvatierra les había abierto la primera vez. La escalera de piedra. El descansillo. La cámara pequeña de los nichos. La chapa metálica con los dos ganchos. La escalera con peldaños tallados en roca. La balsa con la concha grabada en el muro y el enrejado en el fondo del agua quieta. La ranura vertical disimulada en la pared lateral.

Esta vez, en lugar de cruzar la ranura hacia la sala pequeña de las inscripciones, Clara señaló la galería del oeste, marcada con una flecha discreta en el plano que había desplegado sobre la piedra plana.

—Por aquí.

Adrián iba delante con la linterna frontal encendida. La galería se estrechaba enseguida. El techo, bajo. El suelo, con un ligero descenso continuo, imperceptible al paso pero evidente al cabo de unos minutos. Los muros eran de ladrillo antiguo, con algún tramo reparado con mampostería más reciente, y, cada ocho o diez metros, aparecía en la pared derecha una pequeña abertura cuadrada, de unos cuarenta centímetros de lado, cerrada por una lasca de piedra encajada a presión.

—Los depósitos —dijo Clara, sin detenerse—. Contamos.

—Uno —apuntó Adrián al pasar junto a la primera lasca.

A los pocos metros, otra.

—Dos.

Caminaban despacio, con la prudencia de los que saben que la galería no ha sido mantenida con criterios de seguridad modernos. De tanto en tanto, un hilo fino de agua cruzaba la galería por una canalización lateral excavada en el suelo, una rigola apenas más ancha que dos dedos, por la que se escurría con un rumor constante, muy bajo, tan regular que al cabo de un rato uno dejaba de oírlo porque se integraba en el silencio general. Las paredes, iluminadas al pasar con las frontales, mostraban la textura irregular del ladrillo viejo: costuras de mortero con pequeños abultamientos, zonas donde la cal de los siglos había ido oscureciendo los ángulos, pequeños agujeros —probablemente nidos antiguos de insectos de suelo— en los que el haz de luz no alcanzaba el fondo. Olía a tierra encerrada, a un algo químico y mineral muy fino, como a caliza que llevase mucho tiempo sin ventilación.

En algún punto, Adrián notó que una gota le caía sobre la nuca desde el techo. Se la secó con el dorso de la mano. Olía a piedra fría, a sedimento, a raíz de ciudad. Era un olor ya familiar.

Contó siete. Ocho. Nueve.

A la altura del depósito décimo, la galería se ensanchaba ligeramente. Había, además, una pequeña hornacina excavada en el muro izquierdo, en la que se veía encajada una lucerna antigua de cerámica, vacía, cubierta de polvo, que parecía no haber sido encendida desde hacía mucho más tiempo del que cualquiera de los dos podía calcular sin ayuda. Junto a la hornacina, en el suelo, había

una pequeña marca circular, gastada pero visible, que parecía indicar la posición precisa en la que durante siglos se había colocado quien fuese a inspeccionar el décimo.

Clara se detuvo.

—Aquí.

Se acuclilló frente a la lasca. Adrián se agachó con ella. La lasca no tenía mango, ni anilla, ni mecanismo. Estaba encajada a presión en el vano, con una técnica de ajuste que la humedad, lejos de debilitar, había tensado más. Clara pasó un dedo por el borde. Miró a Adrián.

—¿Se atreve?

—Con cuidado.

Adrián sacó de la bolsa una pequeña cuña de madera dura y un martillo de goma. Introdujo la cuña por uno de los bordes con tres golpes ligerísimos. La lasca cedió unos milímetros, con un chasquido seco. Entre la cuña y dos palanquetas pequeñas, en cinco o seis minutos, consiguió moverla lo suficiente como para que, al tirar con cuidado hacia fuera, pudiera retirarse del todo. La apoyaron en el suelo, contra el muro, cuidando de no partirla.

El vano, detrás, daba a una pequeña cámara.

No llegaba al metro de profundidad. Estaba hecha con el mismo ladrillo antiguo que la galería, y su fondo, de baldosa roja muy desgastada, mostraba una suave inclinación hacia un canal lateral que se perdía por la pared oeste, precisamente en la dirección en la que la conducción principal seguía su camino. Dentro había, al aire, una pequeña cantidad de agua: no más de un centímetro, la justa para cubrir la base de la cámara con una lámina fina.

Y, sobre la lámina, flotando, un objeto.

Un saquito.

Un saquito de tela encerada, oscuro, del tamaño aproximado de un limón, atado en su cuello con un cordel. No muy viejo. No tan nuevo como para ser reciente. La tela se había decolorado en los bordes, y había un ligero moho en la parte sumergida. Pero el cordel conservaba el nudo intacto, y la forma del saco era compacta: contenía algo duro en su interior.

Clara y Adrián se miraron.

—Lo recojo yo —dijo ella, bajando la voz—. Usted fotografía.

Adrián sacó la cámara. Disparó tres fotos desde distintos ángulos. Clara, con un guante fino de archivo que llevaba en el bolsillo, cogió el saquito por el cordel y lo levantó muy despacio. Goteó un momento. Lo depositó con cuidado sobre una bolsa plástica que había traído preparada, la cerró, y la metió a su vez dentro del tubo protector del plano.

—Fuera —dijo.

—Un minuto —pidió Adrián—. Déjame comprobar algo.

Metió la mano en el vano, con cautela, y palpó la parte inferior del canal de salida, donde el agua iniciaba su descenso hacia el oeste. Su dedo encontró, a un palmo dentro del canal, una pequeña saliente de piedra tallada. La iluminó con la frontal. La piedra llevaba grabada, a punzón, una diminuta concha de vieira.

Adrián sacó la mano despacio.

—Está en el canal —dijo—. El que lanza desde aquí sabe que va bien encaminado por la concha.

—Cierre.

Adrián colocó la lasca en su sitio, con la ayuda de la cuña y de la goma, y la reajustó hasta dejarla como la habían encontrado. Luego se pasó la manga por la frente, que le sudaba pese al frío, y recogieron en silencio.

Volvieron sin hablar. Contaron los depósitos en orden inverso. Pasaron junto a la lucerna vacía, junto a las gotas del techo, junto a la rigola estrecha del suelo. A mitad de la galería, Adrián sintió, en la nuca, un ligero escalofrío que no le pareció físico. Clara, delante, se detuvo también. Miró hacia arriba.

—¿Lo ha notado?

—Sí.

Durante tres o cuatro segundos, el aire de la galería —el aire mismo, no el suelo, no los muros— había vibrado. Un movimiento casi imperceptible, más hondo que audible, como si algo, arriba, hubiera producido una onda y la onda hubiera descendido hasta ellos. Después se desvaneció. Siguieron andando.

Cuando llegaron a la balsa, ambos escucharon, esta vez con claridad, tres notas cortas de campana. Eran las diez en punto.

—La campana de las diez —dijo Adrián, por decir algo.

—La campana de las diez —contestó Clara. Pero no parecía convencida de haberla identificado.

Subieron los cincuenta y un escalones y volvieron a la sacristía de plata. Salvatierra no estaba. Había dejado, sobre la mesa, un papel doblado con el nombre de Clara escrito a pluma. Lo cogió. Lo leyó en silencio, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, sin comentarlo, y siguieron fuera.

Era poco antes de las diez y media cuando, a la luz del sol, Adrián miró a Clara, la bolsa con el saquito, y se dio cuenta de que tenía, en el bolsillo de la cazadora, la moneda que Salvatierra le había hecho meter, y que nadie le había explicado para qué.

—Clara. ¿Para qué me hizo meter la moneda el padre?

Clara lo miró un momento.

—Para no bajar sin dar algo a cambio. Es una vieja convención. A los depósitos nunca se va, si se puede evitar, sin dejar una moneda. No hemos dejado.

—Vaya —dijo Adrián.

—Tranquilícese —dijo ella—. No somos los primeros en olvidarnos.

Pero no parecía del todo tranquila al decirlo. En el bolsillo de Adrián, la moneda pesaba más que al bajar.

Fueron directamente al archivo. Clara dejó la bolsa del saquito en la caja fuerte del despacho, cerró con llave, y sacó en cambio, de la misma caja, un sobre de papel grueso, ya muy viejo, con un lazo negro.

—Ahora —dijo— le voy a enseñar algo que tengo que haberme ganado el derecho de enseñarle. Esta carta lleva aquí tres semanas. La recibimos de un donante anónimo por correo certificado, con sello de una notaría de Pontevedra. La acompañaba una nota breve, firmada por el mismo notario, que decía: *Para uso interno del Archivo del Cabildo de Sevilla, en la persona de quien corresponda*. No explicaba más. La carta, dentro, es del año mil ochocientos ochenta y siete.

—¿Y se la dieron así, sin más?

—Sin más. Di recibo por protocolo. La catalogué como donación anónima de legado familiar sin identificar. No suele haber mucha

prensa en esos casos.

—¿Y de dónde cree usted que viene?

—De la casa de un descendiente del firmante. Una sobrina nieta, un bisnieto de alguien, una viuda de un canónigo de Compostela. No sabemos. Alguien que, al morir su padre o su abuelo, encontró esta carta entre los papeles, no supo qué hacer con ella, y acudió a un notario gallego para que se la enviase al Cabildo de Sevilla sin comprometerse.

Desató el lazo.

Dentro del sobre había un segundo sobre, más pequeño, amarillento, con una marca de lacre roto. Y dentro del segundo, una carta manuscrita en dos hojas dobladas. La tinta era castaña, el papel grueso, con filigrana visible a contraluz. Clara la desplegó con cuidado sobre el paño blanco de la mesa, apartó sus propias herramientas, y pidió a Adrián que se sentara.

La luz del archivo, a aquella hora de la mañana, entraba con una horizontalidad dorada por las ventanas que daban a la cubierta del claustro, dejando sobre el papel un haz amplio y cálido que, paradójicamente, daba a la carta una vida que ella no había tenido en la caja fuerte. Clara corrió el haz un dedo hacia la derecha con una pesita de fieltro, para que la luz cayera exactamente en el punto medio del texto.

—Léala en voz alta si quiere —dijo—. Pero léala entera.

Adrián se acercó. La letra era una cursiva inglesa del último tercio del diecinueve, cuidadosa pero fatigada, escrita sin prisa pero sin floritura. Empezó a leer, al principio con esa torpeza con que un profano lee manuscritos antiguos, y luego, poco a poco, con la fluidez de quien encuentra el ritmo del autor.

> *Señor Canónigo Fabrero.* > > *Le escribo desde Santiago, a trece de octubre de mil ochocientos ochenta y siete, en condiciones de salud precaria pero de ánimo firme. Sé que esta carta, si llega a sus manos, lo hará tarde. Le pido que la guarde usted en el archivo del Cabildo, con la nota que al efecto acompaño por separado, para que pueda, en su día, ser leída por quien corresponda. No importa en qué momento. Importa que, cuando llegue ese momento, la carta esté allí.* > > *Me llamo Evaristo Celis Montoya, soy canónigo en*

reposo, y durante treinta y dos años he servido a esa iglesia de Sevilla en oficios menores, siempre bajo obediencia, y con mi nombre, durante la mayor parte de esa obediencia, inscrito en los registros como uno más. En mil ochocientos sesenta y tres, sin embargo, y por razones que no es necesario explicar aquí, fui admitido a otra obediencia, no menos cierta y sin duda más antigua, y en ella permanecí hasta mi traslado a esta diócesis, en mil ochocientos setenta y nueve, por motivos de salud y de continuidad. > > La obediencia a la que me refiero, señor canónigo, no tiene nombre propio. Tampoco tiene cabeza. Funciona, desde hace siglos, por custodias locales que se recogen unas a otras según sus necesidades y su entendimiento. En Sevilla, esa custodia se centra en el sistema hidráulico antiguo de la iglesia catedral, y en la red de depósitos que discurre bajo ella y sigue hacia el occidente. En Compostela, la custodia es de otra naturaleza, y se ocupa de lo que llega por esa vía, no todo siempre, y de lo que sigue después hacia el mar. > > Le escribo, pues, para dejarle constancia de tres hechos: > > Primero. Que durante mi tiempo en Sevilla, y siempre bajo juramento de confidencia, fui uno de los que recogieron y despidieron objetos por el décimo depósito, y que la red, en aquellos años, funcionaba con una regularidad notable. Los envíos se hacían siempre en noches sin luna, y los objetos eran, casi siempre, reliquias menores, memorias materiales, y, en ocasiones excepcionales, restos humanos pequeños, como falanges o dientes, procedentes de sepulturas antiguas que debían ser reubicadas sin publicidad. > > Segundo. Que durante mi tiempo en Compostela he recibido, de la misma red, seis envíos confirmados. Los seis llegaron a su destino, los seis se integraron en el lugar que les correspondía, y los seis, en la documentación oficial de esta iglesia, no figuran. Ninguno de los seis. Esto no es anomalía: es regla. > > Tercero. Que en tiempos muy anteriores a los míos, entre el siglo diecisiete y el dieciocho, por la misma red circuló un envío que no era de reliquia ni de resto, sino de memoria pura: es decir, de una verdad incómoda que, en su momento, no convenía fuera sabida en Sevilla y que tampoco convenía fuera destruida. Esa verdad, en forma de documento, fue confiada al agua, y llegó aquí. Aquí sigue. No me es

dado escribírsela. No me es dado, tampoco, impedir que, en algún momento, alguien de Sevilla venga a buscarla. > > Si usted lee esta carta, señor canónigo, es porque alguien de esa ciudad ha empezado a preguntar lo que yo pregunté en mi juventud. Le ruego que no lo disuada. Le ruego, también, que no lo acompañe más de lo estrictamente necesario: hay tramos de este camino que deben recorrerse en soledad, y las ayudas, cuando se dan de más, cansan al que camina. > > Dios le guarde, y le dé a usted paz. > > Evaristo Celis Montoya. > Canónigo, Catedral de Santiago de Compostela. > XIII de octubre de MDCCCLXXXVII.

Adrián se quedó con los dedos sobre el borde de la carta un rato muy largo.

No dijo nada. Clara tampoco. Fuera del archivo, los niños del grupo escolar que había entrado esa mañana a la Catedral salían ya, con un murmullo que llegó hasta la ventana, lejano, amortiguado, casi amable.

Adrián se pasó la mano por la cara.

—Sebastián Paniagua escribió *una al fin* —dijo, sin entonación—. Finisterre. Celis habla sólo hasta Santiago. *En Compostela, la custodia es de otra naturaleza, y se ocupa de lo que llega por esa vía, no todo siempre, y de lo que sigue después hacia el mar.*

—Correcto.

—Es decir: entre Sevilla y el mar hay al menos dos manos. Santiago, y lo que haya más allá.

—Correcto.

—Y él, Celis, sólo llega a Santiago. No al final.

—Correcto.

—Sebastián, en el cuaderno, sí menciona la tercera. *Una en el camino, una al fin.* Al fin no es Santiago. Al fin es Finisterre.

Clara asintió.

—Eso es.

Adrián miró la carta un momento más. Luego miró a Clara.

—Y la pregunta que me hago es: ¿qué es lo que se mandó hacia Santiago en el diecisiete, y que sigue estando allí, y que, si tenemos suerte o desgracia, acabaremos teniendo que ir a ver?

Clara respiró hondo.

—Por hoy —dijo—, no es la pregunta que tenemos que contestar.

—Ya lo sé.

Dobló la carta con cuidado. La volvió al sobre. El sobre, al sobre mayor. El sobre mayor, a la caja fuerte.

—Vamos a comer algo —dijo—. Después, a Triana. A digitalizar el cuaderno.

Salieron del archivo a la una.

En la calle Mateos Gago, en una tasca pequeña con manteles de papel y una pizarra en la pared, pidieron un plato combinado cada uno y una caña. Comieron despacio, sin apenas hablar. Adrián estaba cansado, pero no era un cansancio físico; era otro, el cansancio del que empieza a entender que ha tirado de un hilo más largo de lo que tenía pensado. Clara comía con la metódica discreción de siempre, atenta a la calle como un técnico que vigila el entorno por costumbre profesional.

A la mitad del plato, Clara dejó el tenedor.

—Adrián.

—Sí.

—Mi madre murió hace tres años. En Valencia. Cáncer. Estuvo tres meses ingresada al final. Yo iba todos los fines de semana en avión. Y entre medias seguía trabajando aquí. Fue, con diferencia, la peor época de mi vida.

Lo dijo sin dramatismo, mirando el borde del vaso. Adrián no contestó enseguida. Esperó a que siguiera, si quería. Clara siguió.

—Lo cuento porque creo que es lo único que me hace entender cómo he podido llegar a este trabajo con la serenidad con la que lo hago. La muerte de mi madre me quitó, en seis meses, varias de las cosas con las que antes me impresionaba. Lo que no te mata te hace archivera, digamos. Y desde entonces tengo una cierta resistencia profesional a las historias incómodas. No mayor. No mejor. Pero resistencia sí.

—Gracias por contármelo.

—No es confidencia. Es contexto. Si usted va a trabajar conmigo en esto durante los próximos meses, creo que merece saber el suelo sobre el que pisa.

—Lo mismo le digo por mi parte. Mi mujer me dejó hace tres años. No por nada malo. Por otras razones. Y yo tampoco he sido nunca, desde entonces, exactamente el mismo. Supongo que en eso usted y yo nos parecemos. Cada uno llegamos a los cuarenta con algo que no cuadra.

Clara sonrió levemente.

—Eso es parte del oficio, probablemente. El que llega a los cuarenta con todo cuadrado no tiene por qué bajar a ninguna cámara.

A las tres, volvieron al coche. Cruzaron el río por tercera vez en el mismo día. Triana los recibió con la misma pereza tibia de la siesta. Claudio Paniagua les abrió sin sorpresa.

—Saben ustedes —dijo, ya en el patio— que hoy se va a mover más de lo que me gustaría.

—¿A qué se refiere? —preguntó Clara.

—A que han bajado al décimo. Lo he notado.

—¿Cómo lo ha notado?

—Por el horno. El horno gruñe cuando alguien abre el décimo. No mucho. Un gruñido corto, como el que hace un perro viejo al levantarse. Pasó a las diez y media.

Adrián y Clara se miraron.

—Lo hemos abierto a esa hora.

—Ya. Pues pasen.

Se sentaron a la mesa del patio. El cuaderno de Sebastián Paniagua estaba ya sobre ella, abierto, junto a una pila ordenada de papeles en blanco y a un escáner portátil pequeño que Clara había sacado de su mochila. Durante las siguientes tres horas, la archivera trabajó con la meticulosidad paciente de los que aman los oficios invisibles: iba levantando cada folio del cuaderno con un alicate de archivo, pasando el escáner por encima, comprobando la calidad del archivo digital, anotando la numeración, y devolviendo el folio a su lugar. Claudio, de vez en cuando, se levantaba y volvía con un café nuevo o un vaso de agua. Adrián, al principio, intentó ser útil; al cabo de un rato entendió que no lo era, y se dedicó a otra cosa.

Dio vueltas por el patio.

Fue hasta la boca del horno grande, se agachó, y encendió la linterna. Contempló otra vez la vieira grabada en el ladrillo del fondo. Buscó en otras paredes, por pura curiosidad, otras marcas que se le hubieran escapado. Encontró, en el ladrillo contiguo al de la concha, una inscripción pequeñísima en la que no había reparado el día anterior. Tres letras romanas, labradas por punzón.

EVC

Se apartó del horno y volvió al patio.

—Claudio.

—Dígame.

—En el ladrillo junto a la concha hay unas iniciales. EVC. ¿Le suena?

Claudio dejó el vaso.

—EVC —repitió lentamente—. Evaristo Celis.

Adrián sintió el pequeño vuelco de siempre.

—¿Usted sabe quién es?

—Canónigo. Lo conocía mi abuelo. Cuando mi abuelo era joven, este señor de Sevilla bajó al horno grande una tarde, junto con el párroco de entonces, y grabó esas iniciales. Mi abuelo lo vio. Tenía siete años. Me lo contó de mayor. No me dijo por qué.

—¿Cuándo fue?

—Mil ochocientos setenta y ocho, o setenta y nueve. Por ahí. Al año siguiente, el canónigo se marchó a Santiago. No volvió.

Adrián miró a Clara, que había levantado la vista del escáner.

—¿Lo has oído? —dijo Adrián.

—Lo he oído.

—Es el firmante de la carta. Estuvo en este horno.

—Sí.

—Y, por lo tanto, pasó por todos los depósitos.

—Sí.

Clara bajó la vista hacia el cuaderno. Pasó varias páginas. Buscó una en concreto, la que ya había señalado por la mañana, y se la mostró a Claudio.

—Aquí el tío Sebastián escribió: *Hay otras manos. Una en el norte, una en el camino, y una al fin.* ¿Usted sabe, don Claudio, cuál es la del norte?

Claudio apoyó el bastón en la pared. Se cruzó los brazos sobre el mandilón azul. Se quedó callado un rato largo.

—La del norte —dijo, al cabo— era la de Oviedo.

—¿Oviedo?

—La Cámara Santa. Era. Ya no es.

—¿Desde cuándo ya no es?

—Desde mil novecientos treinta y cuatro. Hubo una explosión. Lo que había allí, una parte, se perdió. La otra, se trasladó sin registro. Mi abuelo siempre dijo que desde entonces la red del norte estaba rota. Funciona a medias, o no funciona, no lo sé. Pero no se cuenta ya con ella con la confianza de antes.

Adrián sintió, otra vez, ese pequeño desajuste interior que tenía ya bien identificado: el de comprender algo que hasta un minuto antes le era invisible.

Oviedo, en el norte. Sevilla, en el sur. Santiago, en el camino. Finisterre, al fin.

Una línea vertical, Oviedo-Sevilla. Otra línea casi horizontal, Sevilla-Finisterre. Un cruce, en algún sitio, probablemente Santiago.

No una, sino dos redes.

Una rota.

Otra aún viva.

Y, en medio, Sevilla, como una de las estaciones mayores de la segunda.

—Claudio —preguntó Clara, al cabo—, y ahora sí. ¿Usted cómo entró en esto?

El viejo alfarero la miró con una calma particular, como si la pregunta fuese, por primera vez en la mañana, la adecuada.

—A mí me lo enseñó mi padre, como le he dicho antes. Pero la pregunta real, señora, es por qué me lo enseñó a mí y no a mi hermano. Yo tenía un hermano, dos años menor, que murió en el sesenta y tres en un accidente con un camión. A mi padre le dejó hecho polvo. Pero el hecho es que, antes de que muriera, mi padre llevaba diez años enseñándole a él y no a mí. El cuaderno era para él. Yo lo heredé, como quien dice, por eliminación.

—¿Por qué a él y no a usted?

—Porque él había salido más callado. Yo de joven era deslenguado. Me gustaban las bromas, los cafés hasta tarde, los amigos chismosos. Mi padre pensó, con razón, que si él me enseñaba el cuaderno, yo acabaría por explicarlo en alguna taberna. Le enseñó a mi hermano. Cuando mi hermano murió, no le quedó más remedio que enseñarme a mí. Yo, para entonces, ya había pasado de los treinta. Había perdido a mi hermano, y con él, al parecer, parte de la deslenguadura. Duré un año más serio que los anteriores. Mi padre aprovechó, y en ese año, el sesenta y cuatro, me pasó el oficio.

—¿Y desde entonces no lo ha compartido con nadie?

—Con mi mujer, cuando nos casamos, porque es de ley. Pero ella no quiso saber más de lo imprescindible. Es una mujer práctica. Supo lo justo para no acusarme, con el tiempo, de ocultación. Lo demás, lo fue dejando caer sin pedírmelo. Con mis hijos, no. Con ninguno. A lo mejor me equivoqué. Pero los hijos, en los últimos cuarenta años, han tenido otros planes.

—¿Le pesa?

Claudio lo pensó.

—A ratos sí. Más bien cuando tengo noches malas. Pero al día siguiente, no. Uno no les pasa a sus hijos obligaciones que no han pedido. Se las enseña el oficio si se apuntan, y si no, se las guarda uno mismo. Otra cosa es ley de mercado.

Clara asintió. Pensó en su madre. Pensó en Carmen Izquierdo, su antecesora en el archivo, a quien ella empezaba a deber más de lo que había reconocido. Pensó, con una nitidez breve, que probablemente todos los oficios que merecían la pena terminaban pareciéndose, en los detalles pequeños, a éste: a una transmisión sin fiesta, sin ceremonia, sin aprobación externa.

—Gracias, Claudio.

—Gracias a ustedes. Por venir. Y por traer, a fin de cuentas, la archivera. Ya tengo noventa años dentro. Era hora de que alguien mirase esto a dos manos conmigo.

—Ochenta y siete.

—Ochenta y siete. Eso quise decir.

Siguieron trabajando.

A las siete pasadas, regresaron al coche. Clara había digitalizado los folios relevantes. Claudio los despidió en la puerta con la misma palmada corta de la otra vez. Adrián, al llegar a la calle Alfarería, se detuvo a mirar el cielo. Las nubes, altas, se habían ordenado en una retícula fina, como un enrejado muy lejano y muy clemente, sobre los tejados bajos de Triana.

—Clara.

—Sí.

—Creo que es hora de que llamemos a Salvatierra.

—Ya lo hice.

—¿Cuándo?

—Mientras usted investigaba el ladrillo con las iniciales del canónigo. Me ha dicho que pasemos mañana por la sacristía a primera hora. Quiere hablarnos de algo. No me ha dicho de qué.

Adrián asintió.

Abrieron las puertas del coche. Antes de sentarse, Clara se volvió hacia él por encima del techo.

—Una cosa más, Adrián. Lo del saquito que hemos sacado del décimo.

—Sí.

—Lo abriremos los tres juntos. Salvatierra, usted y yo. Mañana.

—De acuerdo.

Clara le dio al contacto. Adrián subió.

El coche arrancó y se alejó por la calle Alfarería en dirección al puente. La tarde, sobre Triana, empezaba a ablandarse en ese dorado bajo de marzo que, visto desde la orilla correcta, ya parecía verano. En un bordillo, un cuervo —o el mismo cuervo, imposible saberlo— se había posado, con las alas recogidas, sobre la tapa de un contenedor de basura. No los miró pasar. Pero, al cruzar junto a él, Adrián tuvo por primera vez la certeza —serena, rara, casi bienvenida— de que aquel pájaro llevaba semanas sabiendo exactamente quién era él.

Y, lo más extraño de todo, no le disgustó.

Capítulo 9

Los que no dejan acta

La mañana siguiente había amanecido fría y brillante, con ese azul muy puro que en marzo sólo dura las primeras horas, porque a las diez ya empieza a blanquearlo el calor. Adrián llegó a la Catedral a las ocho menos cuarto. Había dormido poco, pero bien: un sueño corto y denso, sin movimientos, del que se había despertado con la sensación rara de haber entendido algo durante la noche que al despertar ya no podía formular. Cruzó la Plaza Virgen de los Reyes con la bolsa al hombro y la cazadora puesta. El cuervo —el de siempre, o cualquiera de sus muchos dobles posibles— estaba, como siempre, en una de las gárgolas del flanco norte, como si estuviera allí por oficio.

Había salido de casa a las siete y media, después de ducharse, dar de comer al perro y sacarlo cinco minutos a la esquina. El aire de la calle estaba, a aquella hora, casi frío, con esa humedad quieta que las ciudades fluviales dejan al amanecer antes de que el tráfico la despeje. En el portal se había cruzado con una de las vecinas, doña Pilar, una señora de setenta y tantos años que bajaba con un periódico bajo el brazo y que le había dado los buenos días con la amabilidad correcta de los que se conocen desde hace años pero nunca han pasado de la cortesía. Adrián le había devuelto el saludo y había seguido andando hacia Mateos Gago. No había desayunado en casa; había comprado una empanadilla y un café en un puesto de la calle y se los había tomado andando, sin pensar en lo que estaba comiendo.

Rafael no estaba en la puerta del Lagarto. En su lugar, un joven moreno con uniforme nuevo le abrió sin preguntas, al parecer avisado por Salvatierra, y le señaló la sacristía mayor con un gesto profesional. El chaleco reflectante no le sentaba bien al joven;

quedaba demasiado holgado en los hombros, como si la talla fuera la única disponible y no exactamente la suya. Adrián le dio las gracias y entró. Clara ya estaba dentro.

La sacristía mayor, a aquella hora, tenía una luz distinta de la que le había conocido Adrián. Por los tragaluces altos entraba una claridad rasante, dorada, que iluminaba de lado los muebles antiguos de taracea y la tapicería carmesí del banco principal. Olía a madera encerada, a cera vieja y a ese olor discreto, casi de archivo, que dejaban en las habitaciones los libros encuadernados en piel. Sobre la mesa central había dispuesto un pequeño servicio de café —no la cafetera del Cabildo, sino la vieja, de aluminio, de las que se calentaban en fuego directo—, tres tazas, un plato con media docena de tostadas, un aceite de oliva sin etiqueta, y un pequeño cuenco de sal.

—Siéntense —dijo Salvatierra—. Desayunen primero.

Estaba de pie junto a la mesa, y parecía, para variar, descansado. Había cambiado la sotana del día anterior, que iba tomando ya un brillo de uso en las mangas, por una más reciente, con el tejido aún firme. En el respaldo de la silla, doblada con cuidado, tenía una pequeña toalla limpia que había traído, probablemente, para usar al lavarse las manos. Todos los detalles daban a entender que Salvatierra se había preparado para aquel desayuno con una meticulosidad que iba más allá de la cortesía. Había pensado en lo que iba a decir y había organizado el escenario en consecuencia.

—Yo he desayunado —dijo Adrián.

—Desayune otra vez. Esto va para largo y van a agradecerlo.

Clara se sentó sin protestar y se puso una tostada. Adrián la siguió. Durante los primeros diez minutos desayunaron en un silencio tranquilo, sin urgencia, como se desayuna entre tres personas que tienen por delante una conversación difícil y prefieren no empezar con el estómago vacío. Salvatierra, que tomó sólo café, miraba el aceite caer sobre las tostadas con esa atención de los que llevan décadas observando el comportamiento de los líquidos. El aceite, aquella mañana, era de una almazara pequeña de la Sierra Norte, con un matiz ligeramente verde y un olor limpio; Salvatierra lo había comprado personalmente dos sábados antes, en una visita al

pueblo de un sobrino suyo, y esa era una información que ni Clara ni Adrián necesitaban saber, pero que, si hubieran preguntado, él les habría dado sin reserva.

Clara bebió un segundo café. Cortó la tostada en dos mitades pequeñas y se comió una. La otra la dejó en el plato, por la costumbre que tenía de no terminar nunca del todo lo que se le ponía delante. Adrián, en cambio, se comió las dos tostadas suyas con un hambre que no se había reconocido al llegar.

Cuando las tazas estuvieron vacías, el sacerdote retiró el servicio con calma, lo dejó en una bandeja lateral, volvió a la mesa y se sentó enfrente de ellos. Apoyó las dos manos sobre la madera. Durante unos segundos no dijo nada.

Fue Clara la que rompió el silencio.

—Padre. Tenemos un saquito del décimo depósito.

—Lo sé.

—Y hemos pensado abrirlo con usted presente.

—Les agradezco el gesto.

Hubo otra pausa. Salvatierra bajó la vista a las manos. Dio un pequeño golpecito sobre la mesa con el dedo índice de la derecha, como se ajusta uno antes de empezar un oficio conocido.

—Antes de abrir nada —dijo—, quiero contarles lo que puedo contarles de mi parte. No porque tengan derecho a saberlo. Quiero decir que sí, pero no se trata de derecho. Se trata de utilidad. Si siguen ustedes adelante sin saber algunas cosas, van a tomar decisiones peores.

—Adelante —dijo Clara.

Salvatierra se recostó ligeramente. Pero no miró al techo. Miró a un punto intermedio de la mesa, como si leyera de allí.

—Empezaré por donde corresponde. Ustedes han oído en los últimos días un nombre, *Camino Negro*, que les han dicho de tres maneras distintas. Tomás Beltrán se lo ha dicho desde el oído; Claudio Paniagua, desde el barro; Sebastián Paniagua, desde el papel. En esencia, los tres les han dicho lo mismo: que debajo del suelo que pisan, y desde mucho antes que la iglesia catedral existiera sobre él, discurre una canalización antigua que, como bien les ha

resumido don Claudio, lleva siglos siendo usada para algo más que para conducir agua.

—Hasta ahí —dijo Adrián— más o menos.

—Hasta ahí. Bien. Lo que ninguno de los tres les ha dicho, porque ninguno de los tres tiene por qué saberlo completo, es cómo y por qué ha sobrevivido ese uso hasta hoy. Eso sí puedo intentarlo yo. Con limitaciones. Se lo advierto.

Sacó del bolsillo interior de la sotana un papel doblado. Lo desplegó sobre la mesa. Era una lista breve, escrita con su propia letra, de unos diez o doce puntos, sin títulos. La dejó boca abajo.

—No lo lean aún. Me sirve de guión, nada más. Y empiezo.

Bebió agua. Se recompuso. El vaso era de cristal grueso, sencillo, sin filigranas, y al dejarlo sobre la mesa hizo un pequeño tintineo contra la madera.

—Primero. No hay cofradía.

Clara le miró con atención profesional.

—¿Cómo dice?

—No hay cofradía. Ni sociedad. Ni orden. Ni regla. Ni constituciones. No hay nada que se parezca a las cofradías de la ciudad ni a las congregaciones de la Iglesia. Esto es importantísimo que lo entiendan bien de entrada, porque en este país se tiende a imaginarlo todo en clave cofrade, y aquí esa clave no funciona. Lo que hay, y lo que ha habido durante siglos, es una sucesión de custodios locales que, a falta de institución, se han ido transmitiendo el oficio uno a uno, por aprendizaje directo y sin documento. El único documento escrito que yo conozco —y hay algunos más que no conozco— es el cuaderno del tío Sebastián, y ese cuaderno, como ustedes habrán notado, tampoco dice lo importante con todas las letras.

—¿Y por qué no hay regla escrita? —preguntó Clara.

—Porque el oficio, tal como lo entendieron los que lo empezaron, exige no dejar acta. Lo que se escribe, se deshace. Lo que se imprime, se distorsiona. Lo que se reglamenta, se instrumentaliza. Se quedaron en la transmisión oral y en las marcas mínimas: la concha, el *Tiene*, la *coquille* del canal del décimo, esas tres muescas en la

vieira de anoche. Ni grandes textos. Ni símbolos pomposos. Ni ritos espectaculares.

—Pero la Iglesia —dijo Adrián— sí tiene reglas, y ustedes pertenecen a ella.

Salvatierra sonrió levemente.

—Le estaba esperando, a eso. Segundo.

Continuó.

—La red no es una red eclesiástica. Lo parece, porque se sostiene en buena medida sobre edificios eclesiásticos —catedrales, conventos, ermitas, capillas— y sobre personas que, por oficio, tienen acceso a esos edificios: canónigos, sacristanes, campaneros, restauradores, archiveros. Pero es una red más antigua que las iglesias que la acogen, y su funcionamiento no depende de la fe del custodio. Depende, más modestamente, de su discreción y de su capacidad para oír lo que hay. Yo soy sacerdote, lo soy desde hace más de cuarenta años, y he oído cientos de confesiones. No es lo mismo oír lo que cuenta un hombre que oír lo que cuenta un edificio. Para lo primero hay seminario. Para lo segundo hay otro tipo de aprendizaje. Esta red fue, durante muchos siglos, la que administró ese otro aprendizaje.

—¿Por qué en edificios religiosos, entonces? —insistió Clara.

—Por dos razones prácticas. La primera, que los edificios religiosos, por su continuidad en el tiempo y por la permanencia de sus oficios, eran los únicos que ofrecían garantía de custodia a varios siglos vista. Un palacio cambia de dueño. Un convento, no, al menos no con la misma frecuencia. La segunda, que los oficios sagrados requieren agua, humedad, silencio, penumbra y repetición horaria. Es decir, requieren exactamente las condiciones bajo las cuales, por otra parte, el sistema se deja oír. Dicho de otro modo: poner un sistema así debajo de una iglesia era elegir la incubadora adecuada. No era elegirla por motivos teológicos.

Adrián intervino.

—Entonces ¿el sistema... es?

Salvatierra se quedó un segundo callado. Buscó, en serio, la manera de decirlo.

—Tercero —dijo—. No sé contestar a esa pregunta. Y quiero que lo oigan ustedes claramente. Llevo cuarenta y un años en este templo. He bajado veintitantas veces a la balsa. He conocido a tres de las personas que me precedieron aquí, y a dos de las de otras ciudades. He leído lo que había que leer. Y al día de hoy, con toda la honestidad de la que soy capaz, no puedo decirles lo que es ese sistema.

—¿Ni siquiera una hipótesis? —preguntó Clara.

—Les diré varias, y ustedes escogen, si es que hay que escoger. Primera: un sistema técnico muy antiguo —hidráulico, ritual, funerario o las tres cosas a la vez— que fue diseñado con una precisión que nosotros ya no alcanzamos, y que por eso sigue funcionando sin que nadie lo mantenga. Segunda: una red de memoria colectiva consciente de sí misma, cultivada durante generaciones por gente que entendía que la memoria humana se pierde en una o dos vidas, pero que la memoria en un cauce de agua y en una piedra puede durar quince siglos si se la atiende bien. Tercera: una simple anomalía geológica sobre la que se han montado sucesivos usos religiosos, ninguno de los cuales agota por completo lo que hay. Cuarta: otra cosa. No puedo ser más preciso.

—¿Y qué hipótesis maneja usted?

—Las cuatro.

Adrián y Clara se rieron, por primera vez en varios días, de un modo limpio y breve. Fue una risa corta, pero honesta. Tuvo el efecto curioso de relajar, durante unos segundos, la tensión de la sala. Salvatierra también, con esa risa pequeña de los que hace tiempo que han hecho las paces con no saberlo todo. Hubo una pausa amable en la que los tres se permitieron respirar.

—Cuarto —continuó el sacerdote—. Mi papel aquí.

Se puso un poco más serio. La postura cambió sutilmente: las manos juntas sobre la mesa, los dedos cruzados, la espalda un poco más recta.

—Yo no soy custodio principal. Soy uno de los últimos de una generación que nos formamos en los años cincuenta y sesenta, la mayoría con más voluntad que instrucción, porque los dos grandes custodios anteriores murieron muy cerca uno de otro, en mil novecientos cincuenta y cuatro y mil novecientos cincuenta y seis, sin

poder transmitir completamente lo que sabían. Tres de mis compañeros de entonces se colgaron los hábitos por razones distintas. Un cuarto se fue a otra diócesis y dejó de contestar cartas. Un quinto murió en accidente. Quedé yo. Con los años me fui formando por las dos vías. Por la buena, que era aprender de lo que quedaba escrito. Por la mala, que era aprender de mis propias meteduras de pata, que han sido unas cuantas.

—¿Qué tipo de meteduras? —preguntó Adrián.

Salvatierra pareció dudar.

—Por ejemplo, abrir el décimo más de una vez sin dejar la moneda.

Clara y Adrián se quedaron muy callados.

—Yo lo hice dos veces —dijo Salvatierra—. En mil novecientos noventa y tres y en dos mil uno. Y en las dos, en las semanas siguientes, hubo incidentes. No voy a describírselos. Uno de ellos lo pueden ustedes deducir buscando noticias menores de la Catedral en primavera del noventa y tres, aunque no lo identificarán como incidente. Pero lo era.

—¿Qué quiere decir cuando dice incidentes? —preguntó Clara.

—Quiero decir cosas que funcionan mal. Campanas que suenan fuera de hora. Grietas que aparecen donde no estaban. Bromas pesadas que, al mirarlas con atención, no son bromas. Basura simbólica que entra en el templo. La red, cuando se la trata mal, responde. No con violencia espectacular. Con pequeña disfuncionalidad administrativa.

—Nosotros —dijo Adrián— también la abrimos ayer sin dejar la moneda.

—Lo sé.

—¿Y qué hacemos?

—Bajar hoy mismo y dejarla. Dos monedas, si quieren curarse en salud. Una suya, una de ella. Pero sin entrar en la cámara. Se deslizan por la ranura lateral, sin retirar la lasca. La moneda cae dentro, y eso basta.

—¿Cómo se desliza por la ranura si la ranura está tapada?

—Tiene una pequeña hendidura horizontal en la parte inferior. Si se acucillan con luz rasante, la ven. Cabe una moneda fácil. Cabe

incluso una hostia, si se diera el caso, aunque llevo décadas sin hacerlo.

Adrián resopló muy quedo.

—Padre. ¿Usted reza cuando baja?

—Rezo cuando no bajo —contestó Salvatierra, sin ironía—. Abajo se guarda uno para escuchar. Si a eso quiere llamarle oración, es legítimo. Pero no es lo que yo, profesionalmente, llamaría así.

Hubo un silencio. Clara, que había ido apuntando en su cuaderno mientras Salvatierra hablaba, levantó los ojos.

—Padre. Una pregunta profesional, si me permite. ¿Qué rango le dan esas reglas no escritas a un error como el nuestro de ayer?

Salvatierra se lo pensó.

—Error menor. Los errores graves son distintos. Sacar algo sin permiso del cauce. Revelar la red a quien no corresponde. Forzar una apertura que no estaba destinada. Esos son los graves, y a esos corresponden consecuencias serias. Olvidarse de la moneda es una falta de cortesía, no una traición. Pero las faltas de cortesía, acumuladas, también erosionan. Por eso convenía remediarla hoy y no mañana.

—Comprendido.

—Quinto —dijo el sacerdote, cambiando de tono—. Ustedes dos no son casuales.

Clara levantó un poco la cabeza.

—¿Perdón?

—Usted, archivera, fue enviada aquí en dos mil veintidós con un currículum excelente, sí, pero también con una recomendación de su antecesora, doña Carmen Izquierdo, que no dejaba acta de sus recomendaciones pero sí fue categórica. Doña Carmen, que en paz descansa, la escogió a usted leyendo su tesina. Dijo que usted sabía leer vacíos. No le preguntó si quería o no. La mandó aquí.

Clara frunció el ceño.

—¿Carmen sabía?

—Carmen era la anterior a mí en todo lo que no era sacerdocio.

—¿Y por qué no me dijo nunca nada?

—Porque su estilo era hacer que las personas llegasen por su cuenta. Odiaba los reclutamientos explícitos, como los odio yo.

Clara asintió, despacio. Al parecer, aquello encajaba con algo que ya se había preguntado sin respuesta en los últimos dos años. Miró un momento por la ventana, como quien deja pasar una idea que empieza a encajar, y no dijo nada más por un rato. Adrián, sin querer, pensó en los dos últimos encuentros que había tenido con Carmen Izquierdo, años atrás, por una consulta menor sobre unos planos antiguos. Era una mujer delgada, muy seca, con unas gafas pequeñas idénticas a las de Clara y una forma de mirar a la gente que combinaba la cortesía con una sospecha amable. Adrián, entonces, había supuesto que era así con todo el mundo. Ahora entendía que probablemente no lo era con todo el mundo, y que aquellas dos visitas suyas al archivo del Cabildo, recomendadas por un conocido, habían sido, quizá, también exámenes.

—¿Y yo? —preguntó Adrián.

Salvatierra le miró.

—Usted es menos esperado. Lo fue para mí, al menos. Su nombre no figuraba en ninguna lista. Llegó por oficio, porque el Cabildo le contrató para una restauración puntual, y empezó a notar lo que empezó a notar. Lo que le ha pasado en la primera semana no le pasa a todo el mundo. A ninguno de los restauradores que hemos tenido antes les pasó, y hemos tenido algunos muy buenos.

—¿Por qué a mí entonces?

—Ah, eso no lo sé. Ni es de mi incumbencia. Le diré solamente una cosa, porque es verdad. A usted le ha pasado, en parte, porque escucha la piedra con un tipo de paciencia que es rara, y en parte, con perdón, porque el sistema —o lo que sea— lleva años solo. La gente que solía oírlo lo oye cada vez menos. Tomás tiene ochenta y cuatro años. Don Claudio, ochenta y siete. Yo, sesenta y seis. Carmen murió hace tres. El canónigo de Compostela murió en mil novecientos cuatro y no tuvo relevo claro. Cada vez quedamos menos, y cada vez oímos peor. Cuando alguien nuevo aparece, el sistema no pierde el tiempo.

—¿Lo está diciendo como una metáfora o lo está diciendo literalmente?

Salvatierra sonrió.

—Lo estoy diciendo como un cura viejo que ya no distingue del todo entre ambas cosas, señor Vega.

Adrián miró a Clara. Clara le miró a él. Había en el cruce, por un instante, una complicidad profesional que no había existido antes.

—Sexto —dijo Salvatierra.

Se levantó. Fue hasta el armario bajo lateral, sacó una llave, abrió un cajón, y volvió con una pequeña caja de madera, simple, sin adornos. La puso sobre la mesa. La caja tenía las aristas levemente desgastadas, con ese redondeo suave de los objetos que han cambiado de armario varias veces en un siglo. La tapa, con un cierre de bronce pequeño, no tenía grabado. Nada en la caja, vista por fuera, permitía adivinar lo que llevaba dentro. Era exactamente la clase de recipiente que, en un armario viejo, uno habría pasado por alto cien veces antes de abrirlo.

Abrió la caja.

Dentro había seis vieiras idénticas a la que Adrián había encontrado la noche anterior en su andamio. Piedra blanca. Agujero superior. Tres muescas en el canto. Estaban alineadas sobre un terciopelo granate gastado.

—Estas seis —dijo Salvatierra— son las que teníamos en reserva. Las saqué ayer. Dos son para ustedes, formalmente. Si las aceptan, les pido que no se las pongan al cuello ni las enseñen a nadie. Si no las aceptan, me las devuelven y no pasa nada. Ayer, en su andamio, le dejaron a usted una, señor Vega, pero ese gesto —y quiero que lo tenga claro— no lo hice yo.

Adrián levantó los ojos.

—¿Cómo que no lo hizo usted?

—Yo estaba en la sacristía menor. A las once y media. Salí a las doce.

—¿Entonces?

—Entonces —contestó Salvatierra— alguien más entró en la Catedral anoche. Y no era mi gente.

Clara puso las manos planas sobre la mesa.

—Padre. ¿Nos está diciendo que hay otra custodia paralela que opera aquí?

Salvatierra respiró hondo.

—Les estoy diciendo —contestó— que siempre la ha habido. O, mejor, que en varias ocasiones a lo largo de los siglos ha habido personas que han sabido de la red y han intentado usarla por su cuenta, fuera del oficio. No son muchos. Pero han existido. Y los hay ahora.

—¿Quiénes son?

—No lo sé con nombres. Sé que existen. Sé que en los últimos tres años he notado actividad que no es nuestra. Sé que alguien ha estado en el archivo, al que ustedes notaron la semana pasada con el *Tiene* de bolígrafo, y que ese alguien no responde a nuestra cadena. Sé que la vieira de anoche puede ser una bienvenida legítima dejada por uno de los nuestros sin avisarme, lo cual sería raro pero no imposible, o puede ser algo menos bonito: una identificación de ustedes por parte del otro grupo.

Clara se pasó la mano por la cara.

—Lo cual significa...

—Que lo que lleven ustedes encima puede ser útil, o puede marcarles. Por eso les he dicho que no las enseñen.

Sacó del bolsillo interior de la sotana el pequeño sobre en el que el día anterior había guardado la hebra de tela negra.

—Y esto —dijo, dejándolo sobre la mesa— lo llevé ayer a un viejo conocido. Un sastre eclesiástico jubilado que vive en la calle Almirante Apodaca. Ochenta años, lucidez total. Le mostré la hebra sin explicarle de dónde la había sacado. La examinó con la lupa durante dos minutos. La devolvió a su sobre. Me dijo tres cosas. Una: que es tela de crep clerical de la fábrica Martín y Lázaro, de Salamanca. Dos: que la tela no tiene más de tres años. Tres: que la fábrica, en los últimos cinco, ha vendido muy pocas sotanas en Sevilla, y, de las poquísimas vendidas, la mayoría fueron para dos clientes: el propio seminario menor y un encargo particular gestionado desde el Cabildo el pasado mes de octubre.

—Octubre —repitió Adrián.

—Octubre.

—Coincide con la llegada.

—Coincide.

Clara cerró los ojos un momento.

—¿Le dio nombre el sastre?

—No. Pero me dio algo casi tan útil: la factura del encargo. Nombre del destinatario en su libreta de clientes. Don Alberto Morán Caldevilla.

Hubo un silencio largo. La luz que entraba por los tragaluces se había movido ligeramente durante la conversación, y ahora daba sobre el canto de la mesa con un ángulo un poco más vertical. La sacristía, al silencio, seguía oliendo a madera, a cera y a café ya frío en las tazas.

—Padre —dijo Clara—. ¿Usted le conoce personalmente?

—De vista. De saludo. De dos o tres conversaciones banales en el claustro. Llegó en octubre, como les dije. Ha pedido consultar el archivo dos veces. Ha preguntado al aparejador, con mucha educación, sobre los planos del subsuelo. Se le ha visto entrar en la sacristía mayor a horas en que no tenía nada que hacer allí. Nada grave. Nada que no tenga explicación benigna. Pero demasiadas cosas pequeñas juntas.

—¿Y no podemos, simplemente, pedirle explicaciones?

—Podemos. Pero aún no. Primero hay que acabar de ordenar lo que sabemos. Si le preguntamos ahora, él construye su versión sobre nuestras preguntas. Mejor esperar a tener una versión propia antes de dejarle hablar.

—¿Y si entra esta noche otra vez en la Catedral?

Salvatierra respondió con una tranquilidad que ya no sorprendió a Adrián.

—Si entra esta noche, mejor. Porque Rafael volverá a su puesto, y Rafael sabe ya qué tiene que hacer.

—¿Rafael sabe?

Salvatierra levantó las cejas apenas.

—Archivera. Rafael lleva treinta y dos años en esa puerta. Con él ya hablé anoche. Y ayer, como usted ha visto, no vino a trabajar.

—Pensaba que era gripe.

—Gripe fue, en parte. Pero la gripe le ahorró el tener que decidir si quedarse o irse. Se quedó en casa hasta que le dije que podía volver. Volverá esta tarde. Y, a partir de esta noche, empezaremos a registrar

las entradas en el libro de partes con dos nombres: el del que entra, y el mío como receptor del aviso.

—¿Rafael es... de ustedes?

Salvatierra inclinó muy levemente la cabeza.

—Rafael es de nosotros desde hace más de treinta años. Nunca lo había mencionado, por la razón obvia: cuanta menos gente sabe de los suyos, mejor los protege.

Adrián, que hasta aquel momento había estado escuchando con una atención creciente pero sin participar, soltó una risa breve. Le salió del cuerpo.

—Claro.

—¿Qué, señor Vega?

—Que por eso Rafael me soltó, el primer día, aquella frase. *Antes era sólo de día. Lo raro, digo. Ahora viene también por las noches.*

—Exactamente —dijo Salvatierra—. Rafael no hace confidencias. Hace observaciones bien dirigidas. Si se la soltó, es porque ya había detectado en usted a alguien a quien merecía la pena decir algo. El que dijo en voz alta, antes que yo, que usted servía, fue él.

—Vaya.

Adrián se quedó unos segundos mirando la pared de la sacristía. En las paredes, sobre los armarios de taracea, colgaban cuatro retratos en óleo de canónigos ilustres del siglo dieciocho, con sus capas negras y sus anillos episcopales, mirando hacia un punto intermedio con la neutralidad severa de los retratos de oficio. Adrián, al cruzar la vista con el tercero, el de la derecha, se preguntó por un momento si también aquel canónigo habría sido, en su día, *uno de los nuestros*. Era una pregunta que probablemente no tenía respuesta. Probablemente había pocos canónigos en aquellas paredes que no lo hubieran sido, al menos en parte.

—Séptimo —dijo Salvatierra—. Abramos el saquito.

Puso sobre la mesa una bandeja esmaltada y un pañuelo de hilo blanco. Clara sacó el saquito de la caja fuerte del maletín. Ya se había secado por fuera. La tela encerada mantenía su forma. Clara desató el cordel con la paciencia de un cirujano menor, y depositó el contenido sobre el paño.

Era un pequeño objeto envuelto, a su vez, en otra tela más fina, de algodón, de color crudo. Adrián lo destapó.

Una moneda.

Una moneda de plata, ennegrecida en los bordes, del tamaño aproximado de una de cincuenta céntimos. Redonda. Con una cruz en una cara y, en la otra, una figura difícil de distinguir a la luz amarilla de la sacristía. Sin fecha visible. Sin inscripción clara. Con el borde liso.

Adrián la cogió con una gasa.

—¿Qué es?

Salvatierra se inclinó sobre ella.

—Lo sabía —dijo, casi para sí.

—¿El qué?

—Esto es la moneda del décimo.

—¿Cómo dice?

—Lo explica en el cuaderno del tío Sebastián, si no me equivoco. En alguna página que no hemos leído del todo. Cuando alguien se olvida de dejar moneda al pasar por el décimo, el depósito, con el tiempo, devuelve una antigua. Se supone que ésa es la última que se dejó por última vez. La deposita en su superficie cuando oye que alguien ha pasado sin contribuir. Es una forma de mantenerse en cuentas, por decirlo así.

Clara se sentó del todo.

—Padre.

—Dígame.

—¿Usted cree en eso? Literalmente.

Salvatierra miró la moneda. La movió con la punta de un dedo hasta ponerla con la cruz hacia arriba. Respiró despacio.

—Yo creo —dijo— que hay cosas que funcionan sin que nadie les explique por qué. Y esto, archivera, funciona. Otro día nos sentamos dos horas a discutir si eso es creer.

Hubo un silencio razonable, del tipo que siguen los intercambios serios. Clara apuntó algo en su cuaderno. Adrián dio vuelta a la moneda. La cara que parecía figurativa, vista con la luz correcta, contenía un grabado en relieve muy desgastado pero, una vez reconocido, inconfundible.

Una vieira.

—Una concha —dijo.

—Sí.

—¿Y la fecha?

—No la va a encontrar. Estas monedas se acuñaban por oficio, en talleres pequeños, a mano, sin datar. Esta, por su ennegrecido y por el tipo de cuño, es probablemente del diecisiete tardío o del dieciocho temprano. Puede que la haya devuelto porque alguien, de la cadena anterior, se olvidó a su vez de dejar la suya.

—O sea, esto ha estado esperando dos o tres siglos ahí dentro a que alguien viniera a cogerla.

—Puede ser.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Clara.

Salvatierra la cogió entre dos dedos. La miró con una calma muy antigua.

—Hoy bajamos al décimo los tres —dijo—. Ustedes dejan las suyas, de un euro, por la ranura. Yo dejo ésta. Y nos vamos.

—¿Aquí termina?

—Aquí se cierra un ciclo, archivera. No es lo mismo. Pero es lo único que puedo cerrar ahora.

Volvió a guardar la moneda, sin decir más, en el paño de hilo. Se quedaron los tres en silencio, mirándola.

Afuera, por una de las claraboyas, entró durante un segundo una sombra que cruzó la luz. Un cuervo, seguramente, que había pasado por el tejado en dirección al norte. O cualquier otra cosa.

Salvatierra levantó la vista.

—Otra —dijo, para sí mismo.

—¿Otra qué? —preguntó Adrián.

—Otra pregunta que se va a quedar sin contestar.

—¿Cuál?

—Que quién es la persona que anoche entró aquí sin avisarme, dejó una concha sobre su andamio y salió. Y qué quiere.

Clara alzó la vista. La mirada que intercambió con Salvatierra fue la de dos personas que habían aprendido, por oficios distintos, que las preguntas que se quedan sin contestar durante el desayuno no suelen quedarse sin contestar para siempre.

—Padre —dijo al final Clara—. Antes de bajar al décimo, ¿le importa si le hacemos una pregunta?

—Ustedes no necesitan permiso, archivera.

—¿Cuántos son ustedes, en Sevilla?

Salvatierra esbozó una sonrisa muy breve.

—Hoy, con ustedes dos, seis —dijo—. Tomás arriba, don Claudio en Triana, yo aquí, y otra persona que no les voy a nombrar hasta que haya llegado el momento. Si alguien es menos, no me he enterado yo. Si alguien es más, lo descubriremos.

—Padre.

—Sí.

—¿Esa otra persona está al tanto de lo que está pasando estos días?

—Sí. Desde anteayer. Yo la informé. No va a intervenir directamente. Nos servirá de apoyo por si las cosas se tuercen. No le pregunte más. Cuando llegue el momento, se lo presentaré. Antes no.

Clara asintió. No insistió. Adrián tampoco. Había cosas que, a esas alturas, uno aprendía a dejar en la caja y no volver a abrir hasta que alguien más tirase del cordel.

Recogió la caja de las vieiras. Dejó dos sobre la mesa, delante de Clara y de Adrián. Guardó las cuatro restantes. Cerró la caja.

Clara cogió la suya con la precisión con la que tomaba los documentos. La miró un segundo a la luz, comprobando el número de muescas, y se la guardó en el bolsillo interior de su rebeca. Adrián cogió la suya también. La pesó en la mano. Era tan pequeña y ligera que no pesaba casi nada. Sin embargo, tenerla en la palma, allí, en aquella sacristía, encima de aquel desayuno, le provocó un pequeño temblor que no tenía que ver con el miedo, sino con algo parecido al pudor. Era como si le hubieran entregado, sin ceremonia, un cargo modesto al que no se había presentado.

—La moneda antigua y las de ustedes. Usted la lleva, Adrián. Yo llevo ésta, la antigua. Usted, archivera, lleva la suya. Bajamos a las once, cuando el templo ya esté abierto al culto y nadie se fije en nosotros. Mientras tanto, tomen ustedes otra taza.

Clara aceptó. Adrián también.

La sacristía se fue llenando, poco a poco, de los ruidos ordinarios de una Catedral que empezaba su jornada. Las primeras voces de visitantes en la nave, un organista ensayando con registros bajos, una puerta que se cerraba sin violencia, el raspar lejano de una escoba, la radio de un operario en volumen mínimo. Todo aquel paisaje cotidiano que —desde dentro— sonaba como lo que era: la ciudad real, hecha de personas con tareas pequeñas, indiferente en apariencia al sistema que discurría a doce metros por debajo.

En apariencia.

Porque si uno se detenía a escuchar bien, con el oído que ya había aprendido a distinguir capas, por debajo de las voces y del órgano y de la puerta, seguía habiendo, muy suave, muy bajo, muy exacto, el pulso que Adrián había descubierto dos semanas atrás en la base del pilar dos.

Tres y dos.

Tres y dos.

Como un perro viejo que respira hondo junto a una chimenea, satisfecho de que alguien, al fin, lo haya escuchado.

Adrián, antes de salir, miró a Clara una última vez. Ella estaba terminando su café con la tranquilidad de los profesionales que aceptan cuando una jornada ha dado un giro irreversible. Salvatierra recogía la cafetera vieja. El sol de las diez y media se había ido desplazando sobre las paredes y ahora caía, por el tragaluz oriental, en una franja estrecha sobre el borde de la mesa. En esa franja, a la luz rasante, las dos vieiras que quedaban allí —la suya, todavía en la mano, y la de Clara, que se había descuidado un momento sobre el paño blanco— proyectaban dos sombras pequeñísimas, idénticas y paralelas, como dos oídos dispuestos a escuchar a la vez.

Adrián se guardó la suya en el bolsillo, con cuidado.

No volvió a pensar en ella durante el resto de la mañana.

O, mejor dicho, no pensó en ella, pero no la olvidó.

Eso, a las diez y cuarenta, era ya una diferencia clara.

Capítulo 10

La bóveda inversa

Bajaron al décimo a las once y diez, cuando la Catedral llevaba ya más de una hora abierta al culto y los grupos turísticos circulaban por la nave central con ese murmullo constante que tienen los templos en marzo, mitad voz de guía y mitad arrastre de suelas. En apariencia, nadie los miró. En apariencia, nadie había de mirarlos: iban los tres juntos, el sacerdote conocido, la archivera conocida, el restaurador conocido, y iban por una puerta conocida. Salvatierra, con toda su experiencia administrativa, sabía que el mejor momento para hacer algo que no se quería discutir con nadie era hacerlo delante de todo el mundo.

En el camino hasta la puerta cruzaron por la nave del Evangelio con la naturalidad de los que se dirigen a un armario de servicio. Una pareja de turistas franceses se detuvo a mirar la capilla de San Andrés sin prestar atención a los tres que pasaban a su lado. Una monja mayor, en cambio, sentada sola en el tercer banco de la nave, alzó la vista un segundo al pasar Salvatierra, le dedicó un gesto mínimo con la cabeza —un saludo entre compañeros de oficio— y volvió a su libro. Salvatierra le devolvió el gesto con la misma discreción.

Abrieron. Bajaron los cincuenta y un escalones. La balsa los recibió con la quietud rota de siempre, con la concha en el muro del fondo y con el agua oscura lamiendo la reja del pozo central. No se detuvieron. Pasaron por la ranura lateral, cruzaron la sala pequeña donde estaban grabados el *Sicut superius* y el *Iter*, y siguieron por la galería del oeste. Contaron los depósitos a medida que pasaban. Uno. Dos. Tres.

Al llegar al décimo, Salvatierra les indicó el pequeño resquicio horizontal en la parte baja de la lasca, esa hendidura estrecha que

Adrián no había visto la mañana del día anterior porque había pasado directamente a sacar la lasca entera. Era apenas un hueco de dos centímetros, suficiente para una moneda, insuficiente para una mirada.

—Adrián primero —dijo Salvatierra.

Adrián se arrodilló. Sacó del bolsillo la moneda de un euro. La acercó al resquicio y la dejó caer. La oyó chocar, una vez, contra la baldosa interior. Después el pequeño ruido de la moneda asentándose, y un rumor fino de agua ajustándose alrededor.

—Clara.

Clara se arrodilló en el sitio de Adrián y dejó caer, también, una moneda suya. Otro chasquido. Otro ajuste mínimo.

Salvatierra se acuclilló con un esfuerzo que sus rodillas ya no disimulaban del todo. Desenvolvió el pañuelo de hilo. Sostuvo entre dos dedos la moneda antigua, de plata, con la cruz y la vieira, y la depositó delante del resquicio. Antes de dejarla caer, cerró un instante los ojos. No fue oración: fue un segundo de cortesía, como se los toma un notario antes de estampar la rúbrica. Dejó caer la moneda.

Esta vez no hubo chasquido.

Hubo un tintineo breve, plural, como si hubiera caído no sobre la baldosa, sino sobre otras monedas.

Los tres se miraron en silencio. Adrián oyó con claridad el latido de sus propias sienes.

—Vamos —dijo Salvatierra, sin más.

Subieron. La subida fue normal. En ningún momento oyeron la campana grave del día anterior, ni el aire vibró en la galería, ni sintieron nada distinto. Eso, curiosamente, no los tranquilizó. Los tres habían asumido ya, sin formularlo, que el sistema no se manifestaba necesariamente cuando uno esperaba que lo hiciese.

Al llegar a la sacristía, Salvatierra cerró con llave.

—Se van a casa ahora —dijo—. Usted, Clara, a descansar. Usted, Adrián, lo mismo. Lo de esta mañana ha sido mucho. Esta tarde, a partir de las siete, si quieren, nos vemos los tres en su casa, archivera, y seguimos ordenando. Pero ahora déjense respirar.

Clara aceptó. Adrián también. Salieron al Patio de los Naranjos cada uno por su lado. Pero Adrián, en vez de marcharse a casa, se dio un paseo.

No tenía hambre todavía. Tenía, en cambio, una inquietud pequeña y persistente que no había sabido verbalizarle a Clara ni a Salvatierra, y que sólo al cabo de un rato, caminando, consiguió identificar: el tintineo múltiple que había sonado al caer la moneda antigua. Ese plural. Si el décimo hubiese estado vacío, la moneda habría chocado sobre la baldosa con un chasquido único. Si hubiese caído sobre la lámina fina de agua, hubiera hecho un sonido amortiguado. Pero había hecho un tintineo plural, como cuando una moneda cae en una hucha que tiene ya otras dentro. Eso significaba, literalmente, que bajo el resquicio no había un fondo plano, sino un pequeño depósito de objetos metálicos.

Y también significaba que la mañana anterior, cuando él y Clara habían metido la cabeza dentro de la cámara, no habían mirado la baldosa del fondo con la atención que merecía. Porque si había monedas bajo el agua, Adrián, profesional de las humedades, debería haberlas visto a través de un centímetro transparente. Salvo que aquel centímetro de agua no fuese transparente, o no fuese un centímetro.

Se detuvo junto al pilón bajo de la Puerta del Perdón, de espaldas al Patio de los Naranjos. Sacó su cuaderno de campo. Escribió dos frases.

La cámara del décimo tiene otro fondo.

El fondo de arriba no es el fondo.

Guardó el cuaderno. Se fue a casa.

El paseo desde la Plaza del Triunfo hasta Conde de Ibarra lo hizo a paso lento, subiendo por Santo Tomás, cruzando por la Judería con esa pereza particular de los que, después de haber estado cerca de algo serio, prefieren caminar sin agenda. Las calles estrechas de Santa Cruz olían a azahar de manera ya más franca que dos semanas atrás; la primavera, por fin, empezaba a declarar su intención. En una terraza, dos mujeres mayores discutían sobre la próxima Semana Santa con un nivel de detalle de expertas. En otra, un perro

pequeño, atado a una pata de mesa, esperaba con paciencia veterana a que su dueña terminase el café.

Comió por comer. Un plato de pasta en casa, sin convicción. Echó una cabezada de cincuenta minutos, casi sin proponérselo, y se despertó con la cabeza más clara de lo que la tenía desde hacía una semana. Sacó al perro. El perro, que tenía once años y una memoria selectiva para los paseos buenos, lo miró con prudencia desde el recibidor antes de aceptar la correa, y después caminó con él hasta el río como si se lo debieran los dos. Adrián se sentó en un banco de la calle Betis y estuvo un rato mirando el agua gris pasar bajo la luz de la tarde. Volvió andando. A las seis y media estaba en casa otra vez.

A las siete y cuarto llamó Clara. Había cambiado de planes.

—Adrián.

—Clara.

—Tengo algo.

—¿Dónde?

—En el archivo. No me he ido a casa. He revisado, después de comer, la parte baja de la caja fuerte. Hay un expediente viejo, de 1954, con fotografías. Necesito que lo vea ya. Y Salvatierra también. Ya le he avisado. Diríjase al archivo.

—Voy.

Era de noche cuando cruzó la Plaza Virgen de los Reyes. La luz ámbar de las farolas se había activado, los últimos turistas se arracimaban en las puertas del Alcázar, y el aire, después del sol, tenía ese olor particular que tiene el centro de Sevilla cuando el asfalto libera el calor absorbido. En el cielo, sobre la Giralda, dos o tres pájaros negros —no se dejaban identificar del todo a contraluz— trazaban círculos amplios antes de posarse.

Había algo en la ciudad, aquella noche, que Adrián no supo nombrar. No era inquietud. No era hostilidad. Era, quizá, atención. Como si Sevilla misma, sin haber cambiado nada visible, estuviera mirándolo a él caminar con una discreción ligeramente más intensa que la habitual. Adrián reconoció el efecto por lo que era: un artefacto de su propio estado de ánimo. Había estado bajando al subsuelo toda la mañana. Había estado hablando de cuervos y

monedas antiguas. Era razonable que, al volver a la superficie por la tarde, la ciudad le devolviese un aire que antes no tenía.

Clara le abrió la puerta trasera del claustro. Salvatierra ya había llegado. Subieron al archivo en silencio. Sobre la mesa, iluminado por la lámpara articulada, había un expediente en una carpeta de cartón verdoso, con una etiqueta mecanografiada que decía: *Obras menores. Mantenimiento subterráneo. Año 1954.*

—Siéntense —dijo Clara—. Esto les va a tomar un rato.

Abrió la carpeta.

Dentro había, en este orden: un informe mecanografiado de cinco hojas firmado por el aparejador diocesano de entonces, un plano a escala 1:200 del subsuelo, un anexo a mano con anotaciones técnicas, y un sobre aparte sellado con lacre, ya abierto, con la palabra *FOTOGRAFÍAS* escrita en tinta a pluma.

—Lean el informe de atrás adelante —dijo Clara—. Es como se entiende mejor.

Adrián sacó la última página. Al final, tras la firma del aparejador, había una nota manuscrita en pluma que decía, sin dejar acta:

Archívese. No reponer en circulación. No citar en ningún inventario posterior.

—Tuvieron cuidado —dijo Adrián.

—Mucho. Por eso está tan bien conservado. Los documentos que alguien quiere proteger se conservan mejor que los que alguien quiere promover.

Salvatierra cogió las hojas del informe. Las leyó en silencio. Adrián leyó sobre el hombro de Clara un par de veces, pero prefería esperar a que ella le resumiera. Salvatierra terminó, dejó las hojas sobre la mesa, y miró al techo un momento antes de hablar.

—Lo recuerdo —dijo—. O, mejor dicho, lo recuerdo de oídas. Era uno de los *incidentes* de los que hablaba esta mañana. Fue antes de mi tiempo. Carmen me mencionó algo hace muchos años, pero no me dio detalles. Cuénteselo usted, archivera, que yo resumo mal.

Clara se ajustó las gafas.

—En mayo de 1954 —empezó— el Cabildo contrató a un equipo de sondeos para reparar una filtración en el pavimento del crucero. Durante los trabajos, los operarios perforaron, sin proponérselo, el

techo de una cámara subterránea que no estaba prevista. La cámara no figuraba en los planos oficiales. El aparejador diocesano bajó a inspeccionarla. Lo que encontró, y lo que decidió hacer con ello, es lo que describe este informe.

—Abreviando —dijo Adrián.

—Abreviando: encontraron una cámara rectangular, de unos cinco metros por tres, situada a siete metros y medio bajo el pavimento del crucero, es decir, más arriba que la balsa y más arriba que la galería del oeste. Estaba seca. Los muros eran de piedra regular, muy antigua, probablemente visigoda o incluso anterior. El techo, abovedado. Y, muy importante, el suelo estaba terminado.

—¿Terminado?

—Pavimento de piedra labrada, nivelado, con una pequeña inclinación controlada. Es decir, no era una cámara de servicio. Alguien la había acondicionado para estar habitada o para estar en uso.

—¿Y qué había dentro?

Clara pasó del informe al sobre de las fotografías. Sacó un fajo pequeño de copias en blanco y negro. Las extendió sobre la mesa con cuidado.

Las fotografías eran diez. Todas con ese grano granulado de la película fotográfica de mediados del siglo veinte, y con la iluminación directa y plana que da un flash de magnesio. Mostraban, desde distintos ángulos, el interior de la cámara que acababa de describir Clara. Adrián y Salvatierra se inclinaron sobre ellas.

La primera foto mostraba el pavimento liso, descubierto tras retirar parte del escombros producido por la perforación. Sobre el pavimento no había mobiliario, ni sarcófagos, ni altares, ni cosa alguna que se pudiera catalogar. Sólo piedra limpia.

La segunda y la tercera eran de los muros laterales. Nada anormal en ellos: sillaría regular, marcas de cantero dispersas, una única inscripción pequeña en el muro norte, en letra capital romana, que en la foto se leía con dificultad pero que Clara, por lo visto, ya había descifrado:

HIC SVRSVM.

—Aquí, arriba —tradujo Adrián.

—Sí —dijo Clara—. Pero fíjese en qué pared.

—Norte.

—Correcto. Y ahora la siguiente.

La siguiente fotografía era del techo. Y era la fotografía que los dejó a los tres callados un rato largo.

El techo de la cámara estaba labrado.

No era un techo liso. No era siquiera un techo ornamentado en un sentido convencional. Era un techo que reproducía, a escala reducida y con asombrosa precisión, una planta de Catedral. Se veían las naves, el crucero, los pilares, la cabecera, la Giralda. Todo labrado en el techo, en bajorrelieve, con una minuciosidad propia de un orfebre más que de un cantero. El centro del crucero del techo —ese centro labrado, a escala— estaba, según indicaba el informe mecanografiado, exactamente en la vertical del centro del crucero real de la Catedral que había sobre él.

Pero lo importante no era eso.

Lo importante era la orientación.

La planta labrada en el techo no reproducía la Catedral en su orientación real. La reproducía invertida. Es decir, lo que arriba mira al este —la cabecera del templo, donde están el altar mayor y la Capilla Real— en el techo de la cámara estaba al oeste. Y lo que arriba mira al oeste —la fachada principal, la puerta de San Cristóbal, la plaza— en el techo de la cámara estaba al este.

—No puede ser un error de cantero —dijo Adrián, muy despacio—. Algo así no es un error.

—No —confirmó Clara—. Fíjese, además, en los pilares pequeños. Marcan exactamente los diez pilares mayores del templo superior. Y, en cuatro de ellos, hay grabada una marca adicional.

—¿Cuál? —preguntó Adrián, aunque se temía la respuesta.

—Una almendra.

Adrián se pasó la mano por la boca.

—Los cuatro pilares donde yo encontré la mancha.

—Los cuatro.

—Y esto fue labrado, según el informe...

—Antes del siglo once. Probablemente mucho antes. La cámara es anterior a la construcción de la Catedral actual. Antes, seguramente,

de la mezquita almohade. Antes, posiblemente, de los visigodos.

—¿Y cómo puede haberlo acertado alguien antes del siglo once si las almendras, aparentemente, son hoy?

—Ah —dijo Clara—. Eso es lo incómodo.

Hubo un silencio largo. La lámpara articulada iluminaba las fotografías con un haz duro, blanco, que volvía todavía más gris la piedra granulada del techo labrado. Adrián se levantó un momento, dio un par de pasos alrededor de la mesa, y se volvió a sentar. Clara no se había movido. Salvatierra, con las manos juntas sobre la mesa, miraba ahora las fotografías con la tristeza profesional de los que llevan demasiado tiempo sabiendo que hay imágenes que no se dejan archivar por completo.

Salvatierra, que había estado escuchando sin intervenir, habló al fin.

—Hay dos maneras de leerlo —dijo—. Primera, que las almendras ya eran signos repetidos en la tradición y por eso las marcaron, y lo que Adrián ha encontrado en 2026 no es sino la manifestación contemporánea de algo que en esta red siempre se ha manifestado en los mismos cuatro pilares. Segunda, que el signo labrado es anterior a la manifestación, y la piedra de arriba ha repetido, en pleno siglo veintiuno, la marca que alguien en el techo de abajo ya había labrado hace mil quinientos años. No sabemos cuál de las dos lecturas es la correcta.

—¿Usted cómo la prefiere? —preguntó Adrián.

—Yo —dijo Salvatierra— ya le he dicho esta mañana que he renunciado a preferir.

Clara sacó otra fotografía. La quinta.

Era otra vez el techo, pero iluminado de manera distinta, con un flash desplazado a la derecha. La iluminación rasante permitía ver, con mayor claridad, un detalle que en la anterior quedaba plano: el techo-plano de la Catedral labrado en el techo no era exactamente una réplica. En el centro del crucero pequeño, sobre el lugar donde debía estar el pilar central del tabernáculo, había una concavidad. Una especie de cuenco invertido, de poco más de un palmo de diámetro, excavado en la piedra del propio techo.

—Y ese cuenco —dijo Clara— cuando los operarios de mil novecientos cincuenta y cuatro entraron en la cámara, estaba lleno.

—¿De agua?

—De agua. Unos dos dedos. Agua limpia. El aparejador la probó — Clara hizo un gesto de leve desaprobación profesional— y no le supo a nada raro. La describió, cito textualmente, como *agua común y limpia, sin olor ni sabor apreciable*.

Adrián se quedó mirando la foto.

—O sea —dijo—, en el techo de una cámara seca, excavada hace más de mil años, hay un cuenco invertido que contiene agua.

—Sí.

—¿Y la cámara está seca?

—Sí.

—¿Hay algún goteo, alguna filtración?

—Según el informe, no.

—Y el cuenco, ¿está comunicado con alguna canalización?

—No, que ellos pudieran detectar.

—¿Y cómo llegaba el agua?

Salvatierra y Clara se miraron.

—Esa —dijo Salvatierra— es la pregunta que hizo que este expediente se archivara con la nota *no reponer en circulación*.

Adrián se recostó en la silla. Se pasó las dos manos por el pelo.

—A ver si lo entiendo. Hay una cámara en el subsuelo cuyo techo reproduce la planta de la Catedral en orientación invertida, en la que hay un cuenco tallado en el techo que contiene agua sin fuente visible, y la cámara es anterior al templo que tiene encima.

—Sí.

—¿Y qué hicieron con la cámara?

—La taparon —dijo Clara—. En 1954. La cerraron con una plancha de hormigón armado, y sobre la plancha, volvieron a echar mortero. Desde entonces, nadie ha vuelto a entrar. No figura en los inventarios posteriores. No se menciona en los registros de obras. No aparece en los planos actuales. Está bajo el crucero de la Catedral, a unos siete metros y medio, y técnicamente no existe.

—¿Salvatierra?

—Yo no he entrado nunca. Yo lo que sí he hecho, alguna vez, es subirme al crucero y pisar fuerte. La piedra, debajo, devuelve un hueco. Lo cuento a veces como curiosidad. Les prometo, por lo demás, que hasta esta mañana no sabía que el hueco estaba labrado.

Adrián se quedó muy callado.

—Padre.

—Dígame.

—Usted me dijo, hace tres semanas, que en el suelo del trascoro hay un punto en el que si se pisa con fuerza se devuelve un hueco donde no debería haberlo.

—Sí.

—¿Es el mismo?

Salvatierra respiró.

—No. El del trascoro es otro. Hay más de uno.

—¿Cuántos?

—Adrián, le digo que es muy tarde y nosotros tres estamos cansados. Pero si de verdad quiere saberlo, hoy en la Catedral están marcados cinco. Los he contado a lo largo de mi vida, con los pies, con ayuda de colegas vivos y muertos. Cinco. Y los cinco corresponden, si usted quisiera proyectarlos, con los cinco puntos en los que el plano labrado del techo de esa cámara tiene marca alguna.

Clara sacó un mapa limpio de la Catedral y lo dejó sobre la mesa, junto a las fotografías. Tomó un lápiz. Marcó los cinco puntos. Los miraron los tres.

—Estamos pisando —dijo, como para sí misma— el plano de nuestra propia Catedral. Y el plano está abajo.

—O, mejor dicho —corrigió Adrián, con una serenidad que lo sorprendió a sí mismo—, hay una Catedral en el suelo que tenemos debajo, y la de arriba, la que pisamos, es otra.

—Dos —añadió Salvatierra—. O, si se prefiere, una misma Catedral leída por las dos caras.

Nadie dijo nada durante mucho rato. Afuera, por la ventana, se oía el rumor amortiguado del final de la tarde: un tranvía pasando por la Avenida, una voz lejana de guía que todavía explicaba algo junto a la Puerta del Perdón aunque el templo llevase rato cerrado, y un pequeño rumor de pájaros —no cuervos— en el patio del claustro.

Nadie miró a los demás. Cada uno, en su sitio, trataba de acomodar lo que acababa de saber.

Adrián, para sí, imaginó durante un segundo lo que sería bajar a aquella cámara. Verse de pie en ella, con el techo labrado sobre él, el cuenco colgando a la altura del pecho con su dedo y medio de agua. Intentó pensarlo con sobriedad profesional. No lo consiguió del todo. Si uno decidía entrar en aquella cámara, pensó, no entraba en un espacio físico más. Entraba en una especie de lectura invertida de sí mismo y del edificio. Lo que había fuera se ordenaba dentro al revés. Y él, restaurador de piedra, técnico práctico, con su oficio de manos callosas y números en la libreta, sabía perfectamente que los espacios que invierten la lectura no son espacios neutros.

Fuera, en la Plaza Virgen de los Reyes, empezaron a dar las nueve en la Giralda. Los tres oyeron las nueve campanadas con una atención particular que no tenían habitualmente. Entre la octava y la novena, Clara ladeó la cabeza. Al terminar, miró a Salvatierra.

—Padre.

—Sí.

—La octava y la novena campanada han sonado con un desfase pequeñísimo. Dos décimas, no más. No me diga que me lo imagino.

—No se lo imagina —contestó Salvatierra.

—¿Alguien se ha movido hoy por el décimo?

—Nosotros esta mañana. Y alguien más durante la tarde, parece.

—¿Quién?

—No lo sé.

Adrián se acercó a la ventana. La Giralda, recortada contra el cielo oscuro, tenía su perfil de siempre: rotundo, negro, con el Giraldillo apenas visible girando un grado muy lento sobre sí mismo. Pero por primera vez desde que él la conocía, aquel perfil no le parecía estar solo. Parecía, más bien, estar en conversación —muda, continua, antigua— con una torre invertida idéntica a ella, labrada a doce metros bajo sus pies, cuya base apuntaba hacia el centro de la Tierra y cuya veleta, si de verdad existía, giraba en sentido contrario.

Se giró hacia los otros dos.

—Mañana no podemos no volver a entrar en esa cámara —dijo.

Clara abrió la boca para contestar, pero fue Salvatierra quien habló primero.

—En esa cámara —dijo— no vamos a entrar mañana. Antes tenemos que decidir, los tres, si queremos entrar. Y eso, en mis años de oficio, es la decisión más seria que se toma. Entrar en la bóveda inversa no es como bajar a la balsa ni abrir el décimo. Es otro orden.

—¿Por qué? —preguntó Clara.

Salvatierra la miró con mucho tiempo.

—Porque ya no entras tú. Te entran a ti.

Adrián tragó saliva. Clara, por primera vez en dos semanas, tampoco dijo nada.

Hubo un silencio largo. Los tres se quedaron en su sitio: Adrián junto a la ventana, Clara junto a la mesa, Salvatierra sentado en la silla principal. Ninguno intentó matizar la frase que el sacerdote acababa de decir. Adrián intentó, durante un minuto, traducirla a términos técnicos —distorsión acústica, efecto perceptivo, mala orientación del oído interno—, y no le salió. Clara, que era de las que prefería no negociar con las palabras de los demás cuando parecían exactas, la aceptó tal cual. Salvatierra, que había sido quien la había dicho, no añadió nada.

—Padre —intervino Clara, al cabo—. Entonces ¿cuándo decidimos?

—Esta misma semana. No hay mucho tiempo. Alguien más está buscando esa cámara, o su equivalente, y hay que adelantarse. Pero no con urgencia estúpida. Con urgencia prudente.

—¿Cómo distinguimos una urgencia estúpida de una prudente? —preguntó Adrián.

Salvatierra sonrió apenas.

—La estúpida sube el ritmo cardíaco. La prudente baja el ritmo cardíaco y acelera la cabeza. Si ven ustedes mañana que tienen las manos frías y el pulso rápido, no bajemos. Si tienen las manos tibias y la cabeza ordenada, bajemos.

Clara asintió. Adrián, también.

—Por lo demás, vayamos a casa. No sirvo de nada a estas horas. Mañana a las nueve, aquí, los tres, con la cabeza fresca.

Recogieron el expediente con el cuidado de rigor. Clara devolvió las fotografías al sobre, el sobre a la carpeta, la carpeta a la caja fuerte. Escribió en su cuaderno, antes de apagar la lámpara, una última nota:

Día para decidir. Mañana a las nueve.

Salieron los tres juntos.

En la escalera de bajada del archivo, Salvatierra se quedó un segundo detrás, mirando hacia atrás con la atención de los que comprueban que una puerta queda como debe quedar. Cerró. Bajó. En el claustro, abajo, una bombilla tenue alumbraba el arranque de los arcos. Un gato —gris, viejo, uno de los de la Catedral— se asomó desde una esquina y volvió a meterse al verlos pasar.

Antes de salir, Salvatierra se detuvo.

—Una cosa más —dijo.

—Dígame —contestaron casi a la vez.

—Don Alberto Morán, nuestro canónigo joven, está esta noche fuera de la Catedral.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Adrián.

—Porque he ido a buscarlo antes de venir al archivo. No estaba en su habitación. Ni en la capilla de San Clemente, donde a veces se queda a rezar por la tarde. Ni en el Arzobispal, donde cena cuando cena fuera. He preguntado con discreción. Nadie lo ha visto desde las cinco y media.

—¿Y qué significa eso?

—Probablemente nada. Puede estar con su director espiritual, o con un colega, o simplemente paseando. Los sacerdotes jóvenes también tienen derecho a desaparecer cuatro horas sin que se les persiga. Pero hoy, concretamente hoy, es el día en que no preferiría que hubiera desaparecido.

Clara frunció el ceño.

—¿Vigila usted, padre?

—Vigilo lo justo, archivera. Y con eso, de momento, nos tendremos que conformar.

Se despidieron en la Plaza del Triunfo. Clara caminó hacia donde tenía el coche. Salvatierra entró, por otra puerta, a su residencia sacerdotal. Adrián, una vez solo, decidió no irse directamente a casa.

Se quedó un rato en la plaza, mirando la Catedral desde fuera, con la vaga sensación de que el edificio, aquella noche, parecía estar ligeramente más atento que otros días.

Lo pensó como un efecto psicológico.

Pero lo pensó con los ojos abiertos.

Caminó despacio hacia Conde de Ibarra. Pasó por Santa Cruz. Los jazmines de una de las macetas empezaban a abrirse. En una ventana iluminada de la planta alta, alguien tocaba al piano, con lentitud de principiante, una pieza breve y sencilla que Adrián no reconoció. Un aire leve, procedente del río, le refrescó la nuca un instante al cruzar una plazuela vacía.

Al llegar a su portal, levantó la vista.

En la cornisa del estanco no había ningún cuervo.

Pero en el bordillo, a los pies del farol más próximo, había una pluma negra grande. Nueva. Recién caída. Probablemente llevaba allí menos de una hora.

Adrián la miró un momento.

No la recogió.

Subió.

Arriba, Moro dormía ya. La mancha del rincón del dormitorio seguía estable. La mancha del salón —la que desde ayer empezaba a parecerse a una almendra— había vuelto, curiosamente, a su forma anterior de trébol descuidado. Como si, al dejarse hoy las tres monedas en el décimo, también aquella humedad doméstica hubiese recuperado, por solidaridad mecánica o por ignorancia técnica de la que aún no se había percatado, una forma menos inquietante.

Adrián se sentó un momento en el sofá. Miró al techo. Las bóvedas del techo de su propio piso no estaban labradas con ningún plano invertido, se dijo. Sólo tenía, como todos los techos de los pisos de aquella calle, un yeso viejo blanco con alguna grieta discreta y una esquina manchada de humedad vieja.

Pero, por primera vez desde hacía semanas, miró el techo de su casa con la atención profesional con la que miraba los techos ajenos.

Por si acaso.

Y entendió, en ese mismo instante, que aquella atención ya no se le iba a quitar.

Era, sencillamente, su nueva forma de estar en los sitios.

Se acostó.

No soñó. Al menos no con cámaras. Soñó, si acaso, con el ladrar de un perro que no era Moro, pero sí tenía la seriedad de Moro, al otro lado de una puerta que él no terminaba de abrir. Se despertó, hacia las cuatro, un minuto, confundido, y volvió a dormirse. A las ocho y diez, sin que sonase el despertador, estaba en pie.

Capítulo 11

La campana desde abajo

Adrián no durmió bien aquella noche. Pero esta vez no fue por insomnio sino por sueños. Soñó que caminaba por la nave del Evangelio, bajo la luz ocre de las lámparas votivas, y que el suelo era transparente como una lámina de agua muy quieta. A través del suelo veía otra nave idéntica, invertida, por la que alguien caminaba en sentido inverso a él, pisando con cuidado de no despertarlo. No le veía la cara. Le veía los pies. Los pies eran los suyos.

El sueño no le asustó mientras lo soñaba. Le asustó al despertar. Abrió los ojos a las cuatro y media con la frente fría y con el perro levantando la cabeza en la alfombra. Miró el techo en la penumbra. Durante un rato largo no se movió. Intentó recolocar el sueño dentro de alguna categoría conocida —estrés, angustia, manía, cansancio acumulado—, y no le salió ninguna que le convenciera del todo. Era, más bien, un sueño técnico, si esa palabra podía aplicarse a un sueño. Un sueño con geometría. Un sueño que le transmitía una información —o una hipótesis— que durante el día no se le habría ocurrido pero que, al despertar, no podía descartar.

Se incorporó. Bebió agua. Se volvió a acostar. No durmió más. A las seis empezó a oírse el tráfico temprano en la calle, un camión de reparto, una moto, la persiana metálica de algún bar abriendo. A las seis y media, Adrián se rindió, se levantó, y fue a la cocina a poner café.

A las siete y cuarto llamaron al portero automático. Era Clara.

—¿Puedo subir?

—Sube.

No subió. Llegó en dos minutos, sin café, con el pelo recogido y los ojos de la gente que ha estado en pie más horas de las prudentes. Traía el portátil bajo el brazo y un sobre plástico bajo el otro. Adrián

le abrió la puerta y le señaló la cocina. Preparó café sin hacerle preguntas. Ella se sentó a la mesa redonda, apartó el mantel, encendió el portátil.

—Anoche —dijo Clara— no me fui a casa.

—Ya me lo había imaginado.

—Me quedé hasta las cinco en el archivo. Con Salvatierra primero, hasta las once, y después sola. Salvatierra se fue a dormir porque ya no aguantaba. Yo no podía.

—Lo entiendo.

—He digitalizado el expediente de 1954 entero. Y después he hecho una cosa que tenía pendiente de hacer: he cruzado las fechas del expediente con las fechas de otras incidencias menores que aparecen en los libros del Cabildo. Porque una cámara así no se descubre y se tapa en una tarde. Tiene que haber tenido antes y después.

—¿Y qué ha encontrado?

Clara giró el portátil hacia él.

En la pantalla había una línea cronológica sencilla, construida con las herramientas básicas de una hoja de cálculo: una barra horizontal que cubría los setenta años transcurridos entre 1954 y el presente, con pequeñas marcas verticales en ciertos años. Cada marca tenía, al pasar el ratón, un texto breve. Adrián, al asomarse, se dio cuenta de la meticulosidad con la que estaba hecha: cada marca tenía referencia, página, libro de origen. No era un trabajo de madrugada desesperada. Era un trabajo de archivera profesional.

—He marcado —explicó Clara— cada año en el que el Cabildo registró alguna incidencia técnica en el subsuelo. Desprendimientos, humedades anómalas, grietas nuevas, reparaciones no previstas. Diecisiete incidencias en setenta años.

—¿Y?

—Se concentran en grupos. Tres incidencias en 1961 y 1962. Cuatro entre 1978 y 1980. Dos en 1993. Una en 2001. Y ahora.

Adrián se sentó.

—Salvatierra me dijo que él abrió el décimo sin moneda en 1993 y en 2001.

—Sí. Eso explica dos de los grupos. Pero no todos. Los de 1961, los de 1978, y los de ahora, no tienen explicación conocida por lo que sabemos.

—¿Qué cree usted que significa?

Clara respiró hondo.

—Creo que el sistema se deteriora. Que los incidentes son la manera en que esa cámara, y la red entera, avisan de que alguien está tratándolas mal o, peor, de que no hay quien las trate en absoluto.

—¿Las abandona?

—No exactamente. Pero si no hay custodios suficientes, si las monedas no se dejan, si nadie baja a escuchar, el sistema protesta. En forma de campanas desfasadas, de grietas, de humedades. Pequeñas disfunciones administrativas, como decía Salvatierra.

—Y ahora se está concentrando otro grupo de incidencias.

—Sí.

—¿Cuántas incidencias concretas tiene documentadas este año?

—Tres desde enero. Una cuarta, si contamos la humedad de su casa.

Adrián bebió un sorbo de café. Miraba la ventana. La luz de la calle, a aquella hora, empezaba a asomar entre los balcones con ese azul gris de las mañanas frías de marzo. En la acera de enfrente, una mujer paseaba a un perro pequeño con la paciencia ritual de las primeras horas. Una persiana metálica subió abruptamente: la del bar de la esquina, que abría temprano.

—Clara, hay algo que no me deja. Anoche lo pensé cuando llegaba a casa.

—Dígame.

—Salvatierra dijo que son seis en Sevilla. Tomás, Claudio, él mismo, usted, yo y otro al que no quería nombrar. Usted no sabe quién es ese otro, ¿verdad?

—No.

—Yo creo que lo sé.

Clara lo miró.

—¿Quién?

—Rafael. El guarda de noche.

Clara guardó silencio un momento.

—Adrián, eso sería demasiado obvio.

—Sí. Ya. Pero también sería coherente. Es el único que tiene las llaves del Lagarto a horas extrañas. Es el único que me soltó, al salir yo de madrugada la primera semana, una frase como de oficio que ninguna otra persona me habría soltado. Y ayer no vino a trabajar. Gripe, según Salvatierra, pero Salvatierra puso la palabra con un tono muy particular. Y anoche, cuando nos despedimos, Salvatierra nos lo dijo medio explícito: *Rafael lleva treinta y dos años en esa puerta. Con él ya hablé anoche*. Lo dijo de forma que podíamos tomarlo como queríamos.

—Es verdad.

—¿Puede ser él?

Clara asintió despacio.

—Puede ser él. Y, si lo es, es interesante. Porque estos últimos días, si Rafael es custodio nuestro, ¿quién dejó entonces la vieira en su andamio? Porque Rafael, por definición, hubiera avisado a Salvatierra.

—A no ser que no la dejara él. A no ser que él esté fuera por gripe de verdad, y que el que entró a dejarla fuera otro. Alguien de la red paralela.

—Es posible.

Clara cerró el portátil.

—Vamos a ir a verlo —dijo.

—¿A Rafael?

—A Rafael.

—¿Ahora?

—Ahora.

Vivía en la calle Betis, número cincuenta y tantos, en un bloque antiguo con la fachada escoltada por tres naranjos de acera. Clara aparcó con el coche subido al bordillo. Era una calle que a aquella hora —poco más de las ocho— tenía el trajín matinal de los barrios populares de Sevilla: niños vestidos para el colegio saliendo con mochilas grandes, un panadero colocando bandejas en el escaparate de la panadería abierta, dos mujeres mayores conversando de pie en una esquina con ese arte particular que tienen las vecinas de los barrios de hablar cinco minutos sin decidirse a empezar a andar.

Subieron al tercer piso y llamaron al timbre. Nadie abrió. Volvieron a llamar. Al tercer timbrado, una voz de mujer mayor, cansada, contestó por el portero.

—¿Quién.

—Buenos días —dijo Clara—. Soy Clara Bru, del Archivo del Cabildo de la Catedral. Vengo con el restaurador, Adrián Vega. Queríamos hablar con Rafael.

Hubo un silencio. Luego la voz contestó.

—Suban.

Abrió la puerta una mujer de unos setenta años, con bata azul de casa y las manos mojadas. Detrás, el pasillo olía a café con leche y a pan recién tostado. La mujer, al secarse las manos en un trapo de cocina, les hizo un gesto breve para que entraran.

—Soy la mujer de Rafael —dijo—. Mucho gusto. Pasen. Está en la cama. Tiene fiebre.

—¿Nos perdonen la hora? —dijo Clara.

—No, no. Ya estábamos levantados. Él tiene fiebre pero no duerme. Siempre que cae malo, duerme a ratos. Y yo, ya saben, a mi edad, a las cinco y media estoy en pie. Pasen.

Los condujo por un pasillo estrecho de suelo de baldosa hidráulica antigua, con una línea de zócalo verde a media altura, hasta la habitación. El piso olía a casa habitada desde hace muchos años, con esa mezcla agradable de café, de madera vieja, de algún residuo de fritura del día anterior y de esa humedad dulce que las casas de Triana cogen del río. En las paredes, al pasar, Adrián vio dos fotografías enmarcadas: una boda, probablemente la de ellos, en blanco y negro; y un grupo familiar, en color, con Rafael en el centro flanqueado por dos adultos jóvenes y dos niños pequeños. Hijos y nietos, supuso.

Rafael estaba efectivamente en cama, con una bata gris sobre el pijama, un termómetro digital sobre la mesilla y una botella de agua. Tenía la cara arrebolada, los ojos brillantes, el pelo alborotado por la almohada. Al verlos entrar levantó una mano, con una sonrisa cansada.

—Vaya. Visita ilustre.

—Rafael —dijo Adrián—. Disculpa que te molestemos.

—No me molestáis. Me alivia ver caras.

La mujer se retiró a la cocina, diciendo antes que iba a hacer café para todos, aunque Clara y Adrián intentaron declinarlo con poca convicción. Clara se sentó en la silla junto a la cama. Adrián se quedó de pie. Rafael, aunque enfermo, parecía lúcido.

—¿Qué te traéis? —dijo Rafael—. Lo pregunto, pero lo sé.

—¿Lo sabes?

—Venís por si soy de la casa.

Adrián parpadeó.

—Sí.

—Lo soy.

Lo dijo sin énfasis. Como se dice cualquier cosa.

—¿Te ha contado Salvatierra?

—Salvatierra no cuenta estas cosas, hombre. Me lo ha contado la intuición. Llevaba semanas esperando que alguien me lo preguntara.

—¿Desde cuándo? —preguntó Clara, con esa manera de preguntar suya que parece siempre una nota al margen.

—Desde mil novecientos noventa y uno. Cuando entré de celador. Me fue metiendo en el asunto don Ignacio poco a poco. En aquellos años aquí se ordenaban las cosas así: tú ibas cumpliendo turno, iba él poniéndote tareas, y un día te dabas cuenta de que, sin haber firmado nada, habías aceptado algo. A mí me pasó en una noche, en el noventa y cuatro. Entré a hacer mi ronda, y vi a un hombre mayor, muy mayor, saliendo de la sacristía mayor a deshora. Me quedé quieto. No le abordé. Él me miró, me dijo buenas noches, y me pidió que no dijera a nadie que lo había visto. Le dije que de acuerdo. A la mañana siguiente don Ignacio me llamó a su despacho, me invitó a café, y me dijo: *bien, Rafael. Bien*. No hubo más. Pero yo ya supe.

—¿Y tu mujer? —preguntó Clara, con una curiosidad genuina pero cuidadosa.

—Mi mujer sabe lo justo. Que algunas noches vuelvo más tarde de lo que dice el contrato, y que otras veces alguien del Cabildo me pide algún favor que no tengo por qué explicarle a ella. Es una mujer muy seria, la mía. Los cuarenta años que llevamos juntos le han enseñado dónde preguntar y dónde no. Le estoy eternamente agradecido por eso. No todo el mundo sabe dónde no preguntar.

Clara asintió, sin decir nada.

—¿Y el de ayer? —preguntó Adrián.

—¿El de ayer?

—Alguien entró la otra noche en la Catedral sin autorización. Dejó una vieira en mi andamio. Salvatierra dice que no fue él.

Rafael se incorporó un poco en la cama. La fiebre, de repente, pareció bajarle una décima.

—A ver. Cuéntame.

Adrián le contó lo del andamio, la noche de los golpes tres y dos sobre el pilar, los pasos sin cara en el fondo de la nave del Evangelio, y la concha pulida aparecida sobre el tablón. Le contó también lo de la hebra de tela negra, y lo que Salvatierra había averiguado sobre su procedencia. Rafael escuchó sin interrumpir. De vez en cuando asentía ligeramente, con esa economía de gesto de los guardas veteranos.

—¿Qué hora? —preguntó al final.

—Entre las once y media y las doce y veinte. Quizá menos, porque yo salí a las doce y veinte.

—A las once y media yo me fui a casa. Hacía poco que me había empezado la fiebre. No lo dije en el cuaderno de partes, pero lo dije por teléfono a Olivares.

—¿Olivares?

—El suplente. Es de plantilla del Cabildo. Es un chico joven. Muy serio. Y muy, muy nuevo.

—¿Crees que pudo dejar entrar a alguien?

—No digo que lo haya hecho. Digo que no me extrañaría que no preguntara demasiado. En este oficio, Adrián, hay una cosa que los veteranos aprendemos y los nuevos tardan en aprender: preguntar a tiempo. Un guarda novato deja pasar al que enseña una credencial porque la credencial lleva sello del Cabildo. Un guarda veterano deja pasar al que enseña una credencial porque la credencial lleva sello del Cabildo y, además, él ha visto esa cara por la Catedral al menos cinco veces antes. La diferencia parece sutil, pero es la que distingue el oficio del procedimiento.

—¿Es el suplente de confianza?

—Es de plantilla. Eso no es lo mismo que de confianza.

Clara intervino.

—Rafael, ¿hay alguien en el entorno del Cabildo que le haya llamado la atención estos últimos meses?

—Hay alguien —dijo Rafael, y bajó la voz pese a que nadie, aparte de su mujer en la cocina, podía oírle—. Un canónigo nuevo. Vino en octubre. Es joven. Cuarenta y pocos. Se llama Alberto Morán. Viene del seminario menor de Madrid. Muy políglota. Muy culto. Muy sonriente. Demasiado.

—¿Demasiado?

—Demasiado para un sacerdote que ha cambiado de ciudad hace cinco meses. Normalmente los que vienen se pasan el primer año orientándose. Él ha venido orientado.

Clara tomó nota mental. Adrián también.

—¿Alguna pista concreta? —preguntó.

Rafael negó ligeramente.

—Pista concreta, no. Sospechas. Ha pedido consultar el archivo dos veces en los últimos tres meses, en las dos sin explicar bien por qué. Ha preguntado al aparejador, con mucha educación, sobre los planos del subsuelo. Se le ha visto entrar en la sacristía mayor a horas en que no tenía nada que hacer allí. Nada grave. Nada que no tenga explicación benigna. Pero demasiadas cosas pequeñas juntas.

—¿Tiene llave del Lagarto? —preguntó Clara.

—No. Los canónigos como él no tienen llave directa. Pero se puede conseguir una copia con un poco de iniciativa, dentro de la casa.

Clara cerró los ojos un momento. Los volvió a abrir.

—Rafael, descansa. Te traeré algo más tarde, un libro, lo que quieras. Necesitamos pensar en esto.

—Clara.

—Dime.

—Si han empezado ya a aparecer vieiras en sitios donde no deben, lo mío no es una gripe. Lo mío es un aviso. Aún no sé de quién. Tenedlo en cuenta.

Se quedaron callados. La mujer de Rafael volvió a la habitación con una taza humeante y puso cara de no entender nada de la conversación, con esa discreción conyugal de las mujeres de los guardas que llevan treinta años aprendiendo a no preguntar. Dejó la

taza en la mesilla. Se quedó un segundo mirando a su marido, y en esa mirada Adrián, sin querer, vio lo que había visto muchas veces en parejas de cierta edad: el reconocimiento calmado de que una de las personas de la casa estaba un poco peor de lo que le convenía, y la aceptación, con el mismo gesto, de que el otro no iba a cambiar de oficio por eso.

—Que Dios les ayude —dijo, sin convicción especial.

Adrián le dio las gracias por el café. Clara también. Se despidieron.

Salieron.

En la calle, Clara arrancó sin hablar durante un rato. Condujo por la calle Betis hacia el norte, luego cruzó el puente de Chapina, y antes de que Adrián se diera cuenta estaban entrando por la calle Mateos Gago. El reloj del salpicadero marcaba las diez y cinco.

Y fue entonces cuando empezaron las campanas.

No todas a la vez. Primero una, sola, pequeña, desde la Magdalena, al otro lado de la plaza Nueva. Dio una nota única, desafinada, y se calló. Segundos después, otra, desde Santa Catalina. Otra nota única. Y otra, desde San Vicente, en el norte. Y otra, desde el campanario de la Pasión. Todas en un radio de un kilómetro de la Catedral, y todas con el mismo patrón: una nota breve, desafinada, y silencio.

Clara paró el coche en doble fila.

—Escuche —dijo.

Adrián bajó la ventanilla. El aire, limpio, entró con la humedad aún fría de la mañana. Y entonces, encima de todo, sonó la Giralda. No un repique entero. Sólo una. La campana de Santiago. Una sola nota grave.

Y no sonó a la hora que le tocaba.

—Clara.

—Ya.

—No son las diez y cuarto ni las diez y media.

—Son las diez y siete minutos.

—¿Qué pasa?

Clara arrancó. Aceleró. Subieron por Mateos Gago, dejaron el coche en doble fila —ya daba igual—, bajaron del coche y cruzaron la

Plaza Virgen de los Reyes a paso vivo hacia la puerta del Lagarto.

En la plaza, varios turistas se habían detenido a mirar hacia la torre. Un grupo de escolares, encajados contra la verja del Arzobispal, levantaba la vista con la indiferencia seria de los niños que no saben que lo que ven es raro. Dos guías locales habían suspendido sus explicaciones y miraban con extrañeza profesional. Uno de ellos, hablando por teléfono, decía:

—Pues no, no es repique de difuntos. Ni de boda. No sé qué es.

Una señora mayor, sentada en un banco de piedra, se santiguaba con gesto mecánico, un tanto distraída, como si hiciera el gesto por si acaso. A un lado, un barrendero —no Manuel, otro— se había quedado parado con la escoba en vertical, mirando la torre con una atención menos distraída de lo que convenía a un funcionario municipal a las diez y siete de la mañana.

Adrián y Clara alcanzaron la puerta del Lagarto. Entraron por la del claustro, la empujó Clara con la tarjeta del Cabildo. Cruzaron el Patio de los Naranjos y entraron al templo por la nave del Evangelio.

La Catedral, por dentro, estaba llena —era ya hora de visitas— pero tenía esa calidad extraña del silencio que se produce cuando mucha gente, a la vez, siente sin saber por qué que conviene callarse. Los turistas miraban hacia arriba. Miraban los ventanales, los capiteles, las bóvedas. No se oía ni una audioguía. Uno de los guías, apoyado contra un confesionario, había levantado el brazo con la palma hacia abajo, pidiendo al grupo que aguardase un minuto, con el gesto universal de *esto no lo tenía previsto, pero va a pasar pronto*.

Salvatierra estaba en el crucero, de pie junto al pilar central del tabernáculo. Hablaba en voz baja con un hombre joven, de pelo oscuro y sotana bien planchada. Al ver entrar a Adrián y Clara, levantó los ojos. Una señal con la barbilla.

Se acercaron.

El hombre joven de la sotana se giró. Era alto, de rasgos agradables, con los ojos muy despiertos y una sonrisa cortés que no se fue cuando vio caras nuevas. Llevaba en la mano izquierda un pequeño cuaderno de tapas de piel, cerrado con una goma elástica, y

un bolígrafo de buena marca asomaba del bolsillo del pecho de su sotana. Tenía los zapatos limpios, sin una mota de polvo.

—Don Alberto —dijo Salvatierra, sin subir la voz—, éstos son Clara Bru, archivera, y Adrián Vega, restaurador. Alberto Morán Caldevilla, canónigo. Se incorporó en octubre.

—Encantado —dijo Morán, alargándoles la mano—. Había oído mucho de los dos.

Adrián estrechó la mano con menos rapidez de lo que su educación exigía. Clara fue más rápida y más fría. La mano de Morán era seca, firme, con la palma cuidada. No era una mano de trabajo físico. Era una mano de oficina académica, de persona que toma notas a mano y pasa horas con un libro apoyado en la mesa.

—¿De qué —preguntó Clara, con tono neutro— exactamente?

—De sus aportaciones recientes al estudio de las estructuras subterráneas —contestó Morán, sin apartar la sonrisa—. Un tema apasionante. Me encantaría compartir algún café con ustedes algún día.

—¿Y quién le ha hablado a usted de nuestras aportaciones? —preguntó Clara, sin subir la voz.

Morán sonrió, como si la pregunta fuera, en cierto modo, la que esperaba.

—El aparejador, Miguel, con quien he coincidido un par de veces en el claustro. No debería haber dicho nada, probablemente, pero es difícil no hablar de lo que uno hace. Espero no haberle causado ningún perjuicio. A mí me parece magnífico que el Cabildo esté al corriente de los avances de su equipo técnico.

Hubo una micropausa.

Salvatierra intervino.

—Don Alberto, perdone. Ahora mismo tenemos los tres una pequeña urgencia técnica relacionada con la campana. ¿Les importa?

—Oh, por favor. Les dejo.

Se inclinó cortésmente y se retiró hacia la cabecera. Caminaba con una soltura elegante, sin prisa, sin mirar atrás. Cuando estuvo a suficiente distancia, Salvatierra bajó la voz.

—Se lo iba a contar esta tarde —dijo—. Pero ya que él ha decidido acercarse antes, ustedes ya lo han conocido. Prudencia.

—¿Es él? —preguntó Clara.

—No estoy seguro. Pero está entre los candidatos. Y el que antes se acerque a nosotros puede ser por amistad o puede ser por sondeo.

—Rafael también nos ha hablado de él —dijo Adrián.

—¿Han estado con Rafael?

—Sí.

—Bien. Les veo ordenados.

Salvatierra suspiró. Se sacó un pañuelo, se pasó la frente. Parecía más viejo que veinticuatro horas antes.

—Lo que ha pasado a las diez y siete —dijo— no es sólo la campana de Santiago. Miren esto.

Los llevó hasta uno de los pilares del crucero. En la base del pilar, a ras del suelo, Adrián vio, con la claridad que sólo dan los días buenos, una pequeña grieta nueva. No recorrió en la piedra más de quince o veinte centímetros. Pero no estaba ayer.

—¿Y en los otros pilares?

—En los cinco puntos marcados del plano labrado, archivera. Acabo de recorrerlos. En los cinco. Pequeñas grietas nuevas. Formadas esta mañana. A la misma hora.

Clara se inclinó y tocó la grieta con la yema del índice. Muy fina. Muy reciente. Sin el polvillo característico de las grietas viejas. Acercó la cabeza y olió: no había olor de piedra recién fracturada, que cualquier restaurador identifica por el rastro mineral. Olía a algo más antiguo, como si la grieta hubiera abierto no una piedra nueva sino un hueco que llevaba mucho tiempo esperando.

—Padre —dijo—, esto no puede pasar de un día para otro en una estructura como ésta.

—No —contestó Salvatierra—. No puede. Y sin embargo.

—¿Qué está pasando?

—Pasa que el sistema responde. Y responde más fuerte que otras veces.

Adrián miró la grieta. Miró la cabecera, a la que acababa de retirarse Morán. Miró las bóvedas.

—Salvatierra.

—Sí.

—¿Por qué responde más fuerte?

—No lo sé con certeza. Pero lo sospecho.

—¿Qué sospecha?

Salvatierra cerró los ojos un segundo.

—Que hay alguien que está intentando forzar abajo. Alguien distinto de nosotros. Y el sistema protesta arriba, porque es lo único que sabe hacer para avisar.

Clara miró hacia la cabecera. Morán había desaparecido. Adrián recorrió con la vista el presbiterio, las capillas del lado sur, la sacristía mayor al fondo. Ni rastro.

—Padre —dijo Clara—, ¿usted puede hacerle un interrogatorio discreto?

—Yo —contestó Salvatierra— no puedo hacerle ninguna clase de interrogatorio. Sólo el señor obispo, o el Cabildo en pleno, tendrían esa facultad. Y nada en el comportamiento de don Alberto justificaría abrir un expediente. Todavía.

—Entonces.

—Entonces —dijo Salvatierra— toca escuchar mejor. Mejor que nunca, si hace falta. Subamos a la torre.

Subieron a la Giralda los tres. Las rampas, a aquella hora, estaban abiertas al público, y tuvieron que mezclarse con los turistas que iban subiendo a ritmo desigual. Adrián conocía ya el camino. Clara no. Salvatierra subía despacio, con una mano en el muro, resistiéndose a pedir descanso. Al llegar al tramo vigésimo, el sacerdote se paró un segundo para tomar aire, apoyado contra el muro interior; el ronroneo bajísimo de las campanas, que desde aquella altura empezaba a sentirse como un zumbido de fondo, le dio el pretexto cortés para justificar la pausa.

—Hasta aquí —murmuró— todavía me acuerdo de cuando subía sin aliento. Pero eso fue en otra vida.

—Tranquilo, padre —dijo Clara, deteniéndose con él.

—No es por tranquilidad. Es por aire.

Se rieron los tres un momento, aunque la risa no tenía casi fondo. Al cabo de medio minuto, Salvatierra empujó la mano contra el muro y se incorporó. Siguieron subiendo.

Al llegar al campanario, la puerta de servicio de Tomás estaba entreabierta.

Dentro, el campanero, sentado en su silla, tenía la cabeza ligeramente ladeada. Tenía también, sobre la mesa, las dos manos apoyadas en la madera, con los dedos abiertos como si quisiera sentir el mueble con las palmas enteras. La postura era la misma con la que recibía habitualmente, pero la tensión era otra: una tensión medida, como de atleta que se recupera.

—Tomás —dijo Salvatierra, sin levantar la voz.

—Ignacio —contestó Tomás, sin moverse—. Venid, venid. Callaos.

Se acercaron. Se sentaron. Tomás no dijo nada durante un minuto. Después habló, con una voz más baja de lo habitual.

—Esta mañana, a las diez y siete, se ha movido el sistema entero. No sólo la campana de Santiago. Todas las que oigo, aquí y en media Sevilla, se han movido una décima. Algunas dos. Y no son las campanas. Es el aire. Es el aire que las sostiene. Hay alguien, ahora mismo, bajo tierra, que está intentando hacer algo que no sabe hacer, y lo está haciendo con la fuerza de los que creen saberlo.

—¿Dónde está? —preguntó Adrián.

—No sabría decirte el punto exacto. Cerca. Muy cerca. Quizá en la red, quizá en la bóveda de la que me habló anoche Ignacio.

—¿Qué hacemos?

Tomás giró la cabeza hacia el arco que daba al oeste, como quien busca orientación.

—Hacemos —dijo— lo único que se ha hecho siempre que han aparecido los que creen saber. Escuchar bien, contestar bien, y no dejar de escuchar antes de hora.

—¿Qué quiere decir *contestar bien*?

Tomás sonrió apenas.

—Si el sistema está pidiendo que alguien lo escuche correctamente, y alguien lo está escuchando incorrectamente, hay que escucharlo correctamente. Cuanto antes. Y en el sitio donde peor se está escuchando.

—En la bóveda inversa —dijo Adrián, con la claridad de un dictado.

—En la bóveda inversa.

Salvatierra miró al techo, con esa resignación suya de los que llevan toda la vida aprendiendo a no temer a los sitios pequeños.

—Esta noche —dijo—. No podemos esperar más.

Clara asintió.

Adrián, que era el que en todo aquello había tenido siempre el papel de técnico, sintió por primera vez que su oficio se había vuelto secundario. Ya no se trataba de medir, ni de fotografiar, ni de golpear con martillo de goma. Se trataba de entrar, con los tres, en una cámara que ni siquiera figuraba en los planos modernos, y de oír lo que el sistema tenía que decir. Correctamente. Antes de que lo escuchara mal alguien que ya había empezado a forzar.

—Tomás.

—Sí, restaurador.

—Una pregunta rápida, si me permite. Si alguien, como usted dice, está intentando hacer algo que no sabe hacer en la bóveda inversa, y el sistema protesta porque no sabe hacerlo, ¿qué pasa si nosotros bajamos esta noche y tampoco sabemos hacerlo?

Tomás tardó en contestar. Lo hizo con una calma de campanero veterano.

—Pasa una cosa y otra, según. Si bajáis a hacer algo que no es vuestro, el sistema os protesta igual que ahora a ellos. Si bajáis a escuchar, no pasa nada malo. Lo difícil, a veces, es distinguir entre esas dos intenciones cuando uno está allí abajo, porque la cámara confunde. Pero confía en don Ignacio, Clara y tú. Él sabrá distinguirlo, y si él no sabe, bajáis con otro que sepa.

—¿Con quién? —preguntó Clara.

Tomás volvió la cara hacia Salvatierra.

—Ignacio, llámame a Rafael.

—Rafael está con fiebre.

—Rafael tiene fiebre porque está protegido. Pero la fiebre se le quita si se pone los zapatos. Llámale. Que baje con vosotros. Con fiebre y todo. No le hará daño una noche más, y a vosotros os hará falta.

Salvatierra, sin discutir, sacó el teléfono del bolsillo y escribió un mensaje breve. Lo envió. Se guardó el teléfono.

—Gracias, Tomás —dijo.

—De nada, Ignacio. Para algo seremos los viejos.

Bajaron de la torre a las doce menos cuarto. En el camino, en las rampas, se cruzaron con un grupo italiano que subía riendo, con un grupo de adolescentes ingleses que subía sin convicción, y con una pareja de recién casados —se notaba por la ropa— que subían sin hablarse entre sí. Adrián los miraba pasar con un afecto distraído. Ninguno de ellos sabía lo que estaba pasando en la Giralda aquella mañana. Ninguno de ellos oiría la campana de Santiago sonar fuera de hora. Ninguno de ellos sabría que, a doce metros bajo el suelo que en unos minutos iban a pisar en la Plaza Virgen de los Reyes, un sistema entero estaba protestando por la manera en que estaba siendo forzado.

Oficio invisible, se dijo. La palabra de Clara. Precisamente.

A la salida del Patio de los Naranjos, Adrián se detuvo un instante y levantó la vista.

En la cornisa sobre la Puerta del Perdón había un cuervo.

Adrián sintió, por primera vez en su vida, que el animal no lo miraba a él. Lo miraba al hombre joven de sotana bien planchada que, un poco más lejos, conversaba amablemente con dos canónigos mayores en la esquina de la plaza.

El cuervo movió la cabeza lentamente hacia la izquierda.

Y bajó del tejado, sin prisa, con dos aletazos pesados que dejaron en el aire, durante dos segundos, la impresión de una conversación pendiente.

Clara, a su lado, lo había visto también. Le cogió del codo un instante, con una presión muy leve, como se toma del codo a alguien cuando se quiere decir sin palabras *no te detengas*. Adrián avanzó con ella.

—Adrián —dijo Clara en voz baja, ya fuera de la plaza—. ¿Va a ser esta noche el peor día?

—Sí.

—¿Está usted bien?

—Estoy como puedo estar. Raro, pero bien.

—Yo también.

Siguieron.

En la calle Mateos Gago, el sol se había puesto alto y los turistas habían vuelto a sus ruidos habituales. Una banda de música, en una

esquina, probaba los instrumentos para algún pasacalles de la Semana Santa que se acercaba. En otra, un grupo de niños con uniforme de colegio pasaba, en ordenado desorden, hacia el comedor del instituto de la calle Placentines. Nadie en aquella calle sabía nada de lo que aquellos tres acababan de discutir.

Nadie, se dijo Adrián, excepto uno.

Y ese uno, en aquel momento, era probablemente don Alberto Morán Caldevilla, que seguramente habría bajado ya del templo con una agenda propia en la cabeza, mirando discretamente su reloj, esperando la hora en que él creyera conveniente aparecer por donde no le correspondía aparecer.

Salvatierra les dejó, junto al coche de Clara, una última instrucción antes de separarse hasta la tarde.

—A las diez y media en el Lagarto —dijo—. Los tres. Y Rafael con nosotros si ha podido salir. No bebamos demasiado café hoy. Conviene tener las manos firmes.

Se metió por el Patio de los Naranjos con esa lentitud suya. Clara y Adrián subieron al coche.

—A casa a descansar —dijo ella—. Si puede.

—Lo intentaré.

—Vuelvo a recogerle a las nueve y media.

Arrancó.

Adrián se quedó, al bajar del coche, un instante largo en el portal de Conde de Ibarra, mirando al cielo. No había cuervos en las cornisas. Había, sí, un par de gaviotas lejanas, y una bandada modesta de vencejos cruzando más arriba, con ese bullicio desordenado que tienen a mitad de mañana. Adrián las siguió con la vista durante unos segundos.

Luego entró.

Subió los tres pisos. Se echó en el sofá sin quitarse la cazadora. Cerró los ojos. Oyó, por hábito ya, el pulso de la ciudad tres pisos abajo.

Tres y dos.

Más tenso que nunca.

Más impaciente que nunca.

Como si la ciudad le estuviera pidiendo, con toda la discreción de la que es capaz un organismo antiguo, que se diera prisa en prepararse. Porque aquella noche, a las once, iba a bajar.

Y todos los ritmos, arriba y abajo, lo sabían ya.

Capítulo 12

El nombre del camino

Aquella misma tarde, después de comer en silencio en un bar pequeño de la calle Chapineros y de acordar que la bajada a la bóveda inversa sería esa noche a partir de las once, Adrián hizo algo que llevaba dos semanas sin hacer: se fue a casa, se tumbó en el sofá, cerró los ojos, y no intentó pensar. El perro se subió a la alfombra y, con la satisfacción diplomática que suelen tener los animales cuando el dueño se rinde a ellos, le apoyó el hocico sobre el empeine. Durmieron los dos cuarenta minutos.

El bar de Chapineros tenía ese carácter de tasca de barrio que aún conservan algunas calles interiores de la ciudad: suelo de baldosa con dibujo en tonos rojos, pocas mesas, y una barra larga donde el camarero, un hombre delgado con el pelo gris muy corto, hacía las tapas sin prisa. Habían comido los tres —Clara, Adrián y Salvatierra— en la mesa del fondo, apartados del resto. Salvatierra no había querido cenar; había pedido sólo un consomé y medio vaso de vino. Clara había tomado una tortilla y ensalada. Adrián, pescado a la plancha sin convicción. Habían hablado poco. Salvatierra había aprovechado, al final, para repasar con ellos las instrucciones de la bajada: entrar por la puerta alternativa, no oficial; no abrir nada hasta comprobar las condiciones; no dejar moneda, contrariamente a lo habitual, porque la bóveda no era un depósito de paso sino un lugar para escucha. Clara había tomado nota sin preguntar. Adrián se había limitado a asentir.

Al despertar de la cabezada, Adrián tenía la cabeza despejada, el cuerpo con menos peso, y una decisión tomada sin haberla pensado.

Antes de bajar esa noche, necesitaba entender el nombre.

Se había repetido durante días, en la Catedral, en el horno de Triana, en el archivo, en el cuaderno del tío Sebastián. *Camino*

Negro. Claudio lo había usado con la naturalidad de quien habla de una calle. Tomás, con la cortesía de quien nombra a alguien conocido pero reservado. Clara lo pronunciaba con cautela profesional, como si fuera un término cuya exactitud no había podido verificar todavía. Salvatierra apenas lo había dicho una vez. Pero todos, cuando lo decían, compartían una misma inflexión: hablaban de algo que tenía, al menos, tres edades distintas superpuestas.

Adrián quería saberlas.

Llamó al archivo a las cinco. Clara estaba descansando. Llamó a Salvatierra. Le preguntó si podía pasarse un momento por la sacristía. Salvatierra le dijo que fuera. A las seis estaba ya sentado frente a él, en el mismo banco de madera donde, quince días antes, había contado por primera vez las anomalías del pilar dos.

La sacristía menor, a aquella hora, tenía una luz templada. Por los vitrales superiores entraba una claridad dorada que iluminaba de lado los armarios de taracea y dejaba en penumbra el resto. Sobre la mesa había un vaso con un poco de agua, un libro cerrado —un breviario viejo con las tapas desgastadas por el uso de varios años— y un pañuelo de hilo bien doblado. Salvatierra llevaba la sotana del día anterior, pero se había lavado la cara poco antes: Adrián notó un ligero olor a jabón sencillo, de los que se compran en supermercado, mezclado con el olor habitual de la sala, de cera y madera encerada. Era un olor íntimo, cotidiano, que desmentía un poco la solemnidad del entorno. A Salvatierra, pensó Adrián, le pasaba como a muchos hombres mayores que vivían en edificios grandes: el marco le superaba, y él, con pequeños gestos cotidianos —un jabón barato, un pañuelo bien doblado, un vaso común—, devolvía al marco la escala humana.

—Dígame, señor Vega.

—Padre. Antes de bajar esta noche, necesito que me cuente qué significa exactamente *Camino Negro*. Sé que no lo sabemos todo. Sé que nadie lo sabe todo. Pero necesito, por así decirlo, los estratos del nombre.

Salvatierra asintió con lentitud.

—Buena pregunta. La mejor, probablemente, que podría hacer antes de entrar en la bóveda. Bien. Vamos a intentar separar capas.

Se apartó el pelo blanco de la sien. Adrián sacó el cuaderno y el lápiz, se lo apoyó en la rodilla, y se preparó para tomar notas con esa disposición de alumno serio que no había adoptado en muchos años.

—Empecemos por la capa más reciente —dijo Salvatierra—, que es la que menos le va a gustar, porque es la más modesta. Desde el siglo diecisiete hasta bien entrado el diecinueve, por razones prácticas, el tránsito por esta red sólo se hacía de noche. Literalmente. Los depósitos se abrían después del rezo del complejo, y se cerraban antes del primer maitines, o antes del canto del gallo en las ermitas rurales. Por ese motivo, en los propios papeles del oficio, a la ruta se la llamaba *la oscura*, *la nocturna* o, a partir de mil seiscientos cincuenta y tantos, *el camino negro*. Minúsculas. Sin dramatismo. Nombre operativo. Como quien en un hospital llama *turno negro* al turno de noche.

—De acuerdo.

—Esa es la capa más pequeña. La siguiente es del propio siglo diecisiete, y ya es más densa. Por aquellos años, el oficio absorbió una acepción que los latinistas del Cabildo conocían bien, aunque se guardaban de vocearla: *via nigra*, la *vía negra*, era como llamaban algunos autores medievales al trayecto que, en simbología cristiana, llevaba al alma desde la cripta hasta la resurrección. No porque fuese mala, sino porque era subterránea y sin luz. Es una expresión parecida a *noche oscura del alma* en San Juan de la Cruz, aunque con otro contexto. Cuando los custodios de la red empezaron a ser hombres con formación universitaria, es probable que el término se enriqueciese con esa carga.

—Un camino hacia algo, no en contra de algo.

—Exacto. Un camino hacia, no en contra. Esa es la capa dos. La tres es la más antigua, la que seguramente, Adrián, está en la bóveda inversa.

—Dígame.

—La tres es anterior al cristianismo.

Adrián levantó la vista del cuaderno.

—Mire, señor Vega —prosiguió Salvatierra—, no me gustan las explicaciones demasiado antiguas, porque uno nunca las puede probar. Pero se lo cuento por completitud. En el occidente

peninsular prerromano hubo rutas de conducción de restos funerarios por vía fluvial y subterránea. Eso no lo digo yo solo: lo dicen arqueólogos serios, con dataciones. La costumbre consistía en no enterrar a los muertos de una comunidad en la tierra de esa comunidad, sino en desplazarlos —por ríos, por galerías labradas, por conductos hipogeos— hasta depósitos comunales lejanos. No necesariamente el cadáver entero. Podía ser una parte, un hueso largo, un diente, una uña. Lo importante no era la cantidad. Era la dirección.

—¿La dirección?

—Al oeste. Siempre al oeste. La creencia, o la costumbre, obligaba a que los restos caminaran hacia donde se pone el sol. En la península, dado que al oeste acaba el mar, el extremo de ese viaje era, literalmente, *finis terrae*, el fin del mundo conocido. Los cabos de la costa gallega fueron, durante siglos, una especie de vertedero sagrado, si me permite la expresión poco elegante. Allí acababa el viaje. Al caer los restos al agua, el ciclo se cerraba.

—Me cuesta imaginar cómo hicieron funcionar un sistema así —dijo Adrián—. Técnicamente.

—A mí también. Pero hay pruebas pequeñas. Urnas encontradas muy lejos de sus yacimientos previsibles. Esqueletos incompletos en cámaras funerarias cuya población no cuadra. Mucho trabajo queda por hacer en ese frente. La arqueología oficial sabe del asunto, aunque prefiere no llamarlo como se llamaba.

—¿Y cómo se llamaba?

Salvatierra dudó un momento.

—Lo que era en su origen un camino técnico de restos funerarios, lo nombraron los romanos, en latín bajo, con un epíteto. *Via negra*, o, más exactamente, *via luctus*, que significa *camino del duelo*. Los cristianos, al reutilizar algunos de esos trayectos para sus propias redes, prefirieron la denominación menos explícita. *Camino negro*. Suena sobrio. Y además, a esas alturas ya se usaba de noche.

Adrián anotó. Hizo en el margen del cuaderno tres líneas cortas, casi como un pequeño índice:

Turno nocturno.

Vía mística.

Ruta funeraria prerromana.

Subrayó la última.

—¿Entonces el *Camino Negro* es, simultáneamente, una red hidráulica antigua, un trayecto ritual funerario prerromano, y una metáfora mística medieval, dependiendo del siglo?

—Correcto. Y probablemente ninguna de las tres cosas por separado. Las tres a la vez. Los lugares muy antiguos tienen la cualidad poco amable de significar varias cosas a la vez, y las mejores mentes del Cabildo, a lo largo de los siglos, se han conformado con no resolver la ambigüedad, porque han entendido, acertadamente, que la ambigüedad era parte del funcionamiento.

—¿Y los muertos? —preguntó Adrián, con la voz un poco más baja.

—¿Qué muertos?

—Los restos. Los que iban por la vía en los tiempos en que esa vía era funeraria. ¿Alguno sigue dentro?

Salvatierra lo miró con una honestidad prolongada.

—Probablemente sí. No muchos. Los grandes traslados acabaron hace mucho. Pero en los depósitos menores, en los recodos, en las pequeñas hornacinas que aparecen cada cierto tramo, es casi seguro que queda algo. Un hueso pequeño. Una falange. Un diente. Fragmentos sin identidad, desde hace mil o dos mil años. No son reliquias. No son sospechosos. No son nada útil judicialmente. Son el *sedimento humano* del sistema. Parte del motivo por el que el sistema, como quiera que lo llamemos, funciona.

—¿Funciona porque contiene restos?

—Funciona porque es *un cauce con carga*. El agua sola no archiva nada. El agua que ha pasado durante siglos junto a restos humanos, piedra labrada, marcas, objetos ofrendados, sí archiva. No entendemos bien cómo. Pero esa es nuestra aproximación mejor.

Adrián cerró el cuaderno un momento. Se frotó la cara con las manos.

—Padre. Una última cosa.

—Dígame.

—¿Por qué se sigue usando? Hoy. En dos mil veintiséis.

—Porque aún no se ha perdido, señor Vega. Y porque, como pasa con todo lo útil, tiene quien lo necesita.

—¿Y quién lo necesita hoy?

—Sinceramente. Cada vez menos gente. Nosotros, los que se lo han contado, más por preservación que por uso. Unos pocos canónigos de otras ciudades, en sus respectivas cadenas. Algunos parientes, muy discretos, de familias que lo heredaron como se heredan las porcelanas de la abuela. Y, de vez en cuando, alguien menos recomendable que quiere acceder a su funcionamiento por razones más oscuras. Esos últimos son los que nos obligan, a los demás, a no dejarlo dormir del todo. Si nosotros no escucháramos, ellos serían los únicos que oirían. Y eso sí tendría consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

Salvatierra pensó un momento. Se puso serio. Un poco más serio de lo que Adrián le había visto jamás.

—La red funciona con cortesía —dijo—. Con discreción. Con moneda. Con escucha. Alguien que entre en ella sin cortesía, sin moneda, y sin escucha, no puede robarla, porque la red no contiene objetos robables. Pero puede, eso sí, forzarla. Y lo que sale de una red de estas forzada es muy difícil de contener. No es un monstruo. Es, más bien, un desorden. Un desorden administrativo a escala de ciudad, o de varias ciudades. Campanas que suenan donde no deben, cosas que aparecen en sitios en los que no cabe que aparezcan, confusiones de identidad en los archivos, averías pequeñas pero continuas, un rumor de fondo que molesta. Durante años, si el desorden es sostenido.

—¿Y esto ha pasado alguna vez?

—Ha pasado. La última, en esta ciudad, fue en los años veinte del siglo pasado. No le voy a contar hoy los detalles porque van a irse usted a bajar en cinco horas y prefiero que los baje con la cabeza despejada. Pero se lo adelanto: se necesitaron veinte años de cuidados silenciosos, después de aquello, para que la red volviera a su funcionamiento normal.

—Veinte años.

—Veinte.

Hubo una pausa. En el silencio, Adrián oyó algo que no había oído hasta entonces con esa claridad: una pequeña gotera lejana en algún lugar de la sacristía, que caía con un ritmo de una gota cada cuatro o

cinco segundos sobre una superficie dura. Al mismo tiempo, por las rendijas de la ventana oeste, entraba el rumor amortiguado del tráfico vespertino de la Avenida de la Constitución. Dos planos de tiempo: el del edificio, pausado, paciente; el de la ciudad, tenso, acelerado. La sacristía estaba, literalmente, en medio.

Salvatierra cogió el vaso de agua, bebió, y añadió, con ese tono de quien termina un seminario y ya no quiere alargarse:

—El nombre, señor Vega, no es lo importante. Lo importante es que tiene tres capas, y que esta noche van a bajar a un lugar donde las tres están aún activas. La primera, por hora —son las once, las doce, como siempre—. La segunda, por significado: van hacia algo, no contra algo. La tercera, por cercanía: están pisando un sedimento con carga, aunque no lo vean.

Adrián asintió.

—Padre.

—Dígame.

—Muchas gracias por la respuesta.

Salvatierra sonrió apenas. Fue la sonrisa más limpia que le había visto.

—A usted, señor Vega.

Se incorporó despacio, con ese esfuerzo controlado de los hombres de su edad cuando llevan un rato sentados. Recogió el breviario y lo devolvió al cajón de debajo del banco, cerrándolo con un pequeño giro de la llave interior. Adrián hizo el ademán de irse. Antes de salir, Salvatierra añadió:

—Una cosa, Adrián.

—Dígame.

—Esta noche, cuando bajemos, va a haber un momento en que la cámara se llene de cosas que no son la cámara. Memorias tuyas, sobre todo. Se llama *mala orientación acústica*, en el lenguaje de Claudio. Si le pasa, no se asuste. Hágame caso a mí, aunque lo que le esté diciendo yo, en ese momento, le parezca menos interesante que lo que le diga su propia cabeza.

—Entendido.

Salió de la sacristía mayor a las siete menos cuarto. En la puerta del Lagarto, mientras se ponía la cazadora, Clara acababa de entrar.

Le había llamado antes desde el coche; Adrián no se lo había cogido porque estaba con Salvatierra. Ella tenía los ojos más descansados que por la mañana. El pelo recogido, el maletín listo.

—¿Salimos? —dijo Clara.

—Salimos.

Caminaron un rato en silencio por Mateos Gago. El ambiente, a aquella hora, era ya el de la noche: terrazas casi llenas, un aire un par de grados más frío, el humo del pescado frito de los bares bajos mezclado con el del tabaco de los que fumaban de pie en las esquinas, y, por encima, ese cielo limpio de Sevilla que en marzo parece tener más estrellas de las prudentes. Un grupo de guitarristas tocaba en una esquina con esa seriedad profesional de los músicos callejeros del sur. Un niño pequeño, de la mano de un padre joven, pasó mirando con gran atención un patinete eléctrico aparcado en la acera, como si aquel objeto fuera, para él, un acontecimiento digno de subrayar. En otra esquina, una pareja discutía en voz baja pero con gestos rotundos, con esa intensidad contenida de las peleas en la calle de parejas ya estables.

—¿De dónde viene? —dijo Clara.

—De estar con Salvatierra. Le pedí que me explicara el nombre.

—¿Y?

—Tres capas. Turno nocturno, vía mística, ruta funeraria prerromana. Todas superpuestas.

Clara se detuvo un momento. Asintió.

—Es la mejor explicación que va a poder darle nadie.

—¿Usted ya la conocía?

—Parcialmente. Tenía la primera y la segunda muy estudiadas. La tercera, por intuición. La ruta funeraria prerromana no es un terreno de archiveros; es de arqueólogos. Y los arqueólogos que podrían confirmársela son muy pocos y muy discretos.

—¿Conoce a alguno?

—A uno. Vive en Santiago.

Adrián la miró.

—¿Santiago?

—Santiago. Se llama Fabián Lamela. Canónigo emérito de la Catedral. Y, como en su día fue Celis, custodio local de la red. Yo he

hablado con él una vez por teléfono, por un asunto menor de catalogación. Me dijo, sin yo preguntarle nada, que si alguna vez viajaba al norte lo fuera a visitar.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y dos.

—¿Podríamos ir?

Clara lo pensó un momento.

—Podríamos —dijo, al cabo—. Pero primero tenemos que sobrevivir a esta noche.

Caminaron hasta el coche. Subieron. Clara no arrancó. En el silencio del habitáculo, Adrián sintió, por primera vez en mucho tiempo, que tenía algo personal que decirle. Quizá era el cansancio. Quizá era la bajada de esa noche. Quizá era el cuaderno del tío Sebastián, la carta de Celis, los cinco cuervos de la noche anterior, el sueño del suelo transparente, la sonrisa demasiado orientada de Alberto Morán, la fiebre de Rafael, las grietas nuevas en los cinco pilares marcados, la mancha en forma de almendra en su propia casa, la vieira con tres muescas en el bolsillo interior de la cazadora.

—Clara.

—Sí.

—¿Por qué estamos haciendo esto?

Ella se giró. No contestó enseguida. Miró un rato por el parabrisas, hacia la calle vacía que se extendía delante del coche, como quien se permite construir la respuesta con calma antes de darla. Al fondo, un farol parpadeó dos veces y volvió a quedarse fijo.

—Supongo —dijo, al fin— que porque alguien tenía que hacerlo, y el destino ha decidido por sus propias razones que nos toca a nosotros. Pero si la pregunta es más personal...

—Es más personal.

—...entonces le diré lo que suelo decirme yo misma, los días en los que el archivo me pesa. Trabajamos en oficios invisibles. En oficios cuya importancia nadie reconoce, porque precisamente trabajamos para que no haga falta reconocerla. Un archivo bien llevado es un archivo que nadie discute. Una pieza bien restaurada es una pieza que el visitante pasa por delante sin advertirla. Una catedral bien cuidada es una catedral que lleva siete siglos sin caerse y por eso la

gente piensa que *no se cae sola*. Nosotros, Adrián, hacemos ese tipo de trabajo. Y lo de esta red es el mismo trabajo, a otra escala. Si lo hacemos bien, no se va a saber. Si lo hacemos mal, tampoco, pero va a pasar algo.

—Es una forma rara de ganarse la vida.

—Es la única forma honesta que yo he encontrado. Con perdón.

Adrián miró por la ventanilla. Un matrimonio muy mayor cruzaba despacio la calle agarrado del brazo. Un motorista arrancaba. En un balcón, alguien estaba regando una maceta con paciencia y una regadera verde. Todo, desde el coche, parecía pertenecer a una Sevilla sin red oculta, sin cuervos atentos, sin vieiras en el bolsillo, sin grietas nuevas en pilares viejos; y, sin embargo, Adrián sabía ya que todo aquello, también, formaba parte. La mujer de la regadera, desde luego, sin saberlo. El motorista, sin saberlo. El matrimonio, sin saberlo. Un sistema funciona, entre otras razones, porque se ignora.

—Clara.

—Sí.

—Vámonos a Triana. Quiero que Claudio Paniagua nos diga la suya antes de esta noche.

—Son las siete y diez. No habíamos quedado con él.

—Lo sé. Iremos a ver si nos recibe.

Arrancó.

Cruzaron el puente. El Guadalquivir, a aquella hora, empezaba a llevar esas luces cortas y doradas de los faroles de las terrazas reflejadas sobre la lámina. Un paseante mayor, apoyado en la baranda, miraba el agua con la mano apoyada en la cadera, en esa postura de los sevillanos que dedican tiempo a mirar el río por costumbre. Clara aparcó en la calle Alfarería con la misma soltura de las veces anteriores; Adrián se había acostumbrado a su modo de conducir, preciso, un poco brusco al arrancar, y a la discreción con la que dejaba el coche en doble fila cuando el destino quedaba cerca, como si cualquier calle de Sevilla fuera, en último término, una extensión del archivo.

Claudio Paniagua tardó en abrir. Cuando abrió, llevaba el mismo mandilón azul oscuro, pero esta vez por encima un jersey de punto

grueso, como si por la tarde hubiera hecho frío en el patio. El bastón en la mano.

—¿Venís otra vez?

—Perdone la hora —dijo Adrián.

—Pasad.

El patio tenía la luz rosada de los últimos minutos antes del anochecer. La boca del horno grande, al fondo, se recortaba más oscura. Uno de los geranios, contra toda probabilidad, había empezado a brotar al fin. Claudio señaló la mesa con el bastón. Se sentaron.

—No os ofrezco café —dijo—. Se me acabó.

—No importa.

—¿Para qué venís?

—Señor Paniagua —dijo Adrián—, esta noche bajamos a una cámara que está bajo el crucero de la Catedral. No está en los planos actuales. Sabemos, por un expediente de mil novecientos cincuenta y cuatro, que existe. Sabemos, por usted y por el cuaderno del tío Sebastián, lo que hay alrededor. Pero queremos saber lo que usted sepa específicamente sobre esa cámara.

Claudio se quedó callado un rato. Se pasó una mano por la nuca. Miró hacia el horno grande y luego hacia una maceta pequeña, como si las dos cosas, cada una a su modo, le ayudaran a decidir qué iba a decir.

—Nunca he estado allí —dijo, al fin—. No es patrimonio de nuestra familia. Es patrimonio del Cabildo. Nosotros no somos del Cabildo. Nosotros somos del otro lado del río.

—Pero sabrá algo.

Claudio se apoyó con las dos manos en el bastón.

—Sé lo que me contó mi padre, y lo que le había contado su padre. Lo llamaban *el doble*. No *la bóveda inversa*, que es la expresión que usáis vosotros ahora. El doble. Decían que debajo de la Catedral, en el centro, había una cámara que era exacta copia de la Catedral pero dada la vuelta. Decían que nadie debía bajar solo. Decían que, si alguien bajaba, tenía que bajar con otro al que quisiera bien, porque el doble, cuando se le entra, confunde.

—¿Confunde? ¿En qué sentido?

—En el sentido de que a veces lo que pisas es lo que estás, y a veces lo que pisas eres tú. Depende del ángulo y de lo que lleves dentro en ese momento. Mi padre decía que una vez bajó a una cámara parecida, no a esa, a una menor, y que durante unos minutos creyó ir andando por la casa de su infancia. No era brujería. Era, decía él, una *mala orientación acústica*. Así lo llamaba.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Mala orientación acústica?

—El sonido, en cámaras de esa geometría, no llega de donde se origina. Llega de otro lado. Y el cerebro, si no está advertido, completa. Completa mal. Se inventa cosas.

—Claudio —dijo Adrián—, ¿cómo era la cámara menor a la que bajó su padre?

Claudio se lo pensó.

—Era una cámara pequeña bajo una casa de Triana que ya no existe. La llamaban *la cámara de Juan Bautista*, creo, aunque no sé por qué. Mi padre bajó con el párroco del Carmen, que entonces era un hombre joven, en algún momento a finales de los cuarenta. Bajaron porque alguien les había dicho que la humedad de unas paredes de la casa tenía forma rara. Mi padre sólo me contó la bajada una vez, a los tres días de morir el párroco, por lo que debió de ser en el setenta y pico, y no quiso darme más detalle que el que ya le he contado. Se acordó del sitio, se acordó de haber pasado allí veinte minutos largos, y se acordó de que durante uno de esos minutos estuvo, con la cabeza, en la calle Pagés del Corro, en la casa en la que él había nacido. Después salió, y se le fue.

—¿Y luego?

—Luego no volvió más. Y la cámara, con los años, la taparon, como tantas otras. El sitio donde estaba es hoy un portal cualquiera. Ni siquiera los propietarios saben que hay algo debajo.

Adrián tomó nota mental, sin escribir nada: *no hay una bóveda inversa, hay bóvedas inversas, en distintas escalas, por la ciudad entera*. Si alguna vez volvía a aquello, mucho más tarde, lo querría verificar. Pero esa noche, no.

—Entonces, ¿qué nos aconseja? —preguntó al fin.

—Dos cosas.

—Dígame.

—Primera. No os soltéis las manos.

—¿Las manos?

—No literalmente. Quiero decir, no os separéis. Hablad entre vosotros continuamente. En voz baja, pero hablad. Preguntaos uno al otro *dónde estás* cada treinta segundos. Si alguien deja de contestar, o si contesta desde un sitio donde no está, salid.

—¿Y la segunda? —preguntó Clara.

—Llevaos a don Ignacio.

—Ya estaba en el plan —dijo Adrián.

—Sí. Pero haced lo que os diga él. Aunque os parezca excesivo. Aunque os parezca inútil. Aunque os parezca fuera de lugar. Él es el que mejor conoce esas sensaciones, si alguien las conoce. Yo no tengo autoridad para acompañaros. Soy de este lado del río. Pero él sí.

—De acuerdo.

Claudio miró a Adrián durante un rato largo, con esos ojos pequeños y muy vivos.

—Una última cosa, muchacho.

—Dígame.

—Aunque vayáis a bajar a una cámara que se llama el doble, o la bóveda inversa, o como quieran llamarla en los papeles de hoy, que no se os olvide que la vena que pasa por debajo de vuestra cámara es la misma que pasa por debajo de mi horno. Y la misma que pasa por debajo del pilar de Tomás arriba. Y la misma que llega hasta el mar. Bajáis a un sitio especial, pero el sitio no está aislado. Está en el hilo. Habláis con un nudo, pero tiráis del hilo entero.

—Entendido.

Claudio sonrió, con una sonrisa que le cuarteó toda la cara por primera vez desde que Adrián lo conocía.

—Y suerte.

Salieron de la casa a las siete y cuarenta. La noche había bajado del todo. La Alfarería empezaba a animarse con las luces de los bares pequeños, las terrazas más populares, y ese rumor diario de Triana después del trabajo. En la puerta de un bar, tres obreros con la ropa todavía de la obra jugaban a los chinos con céntimos, con gran

seriedad, sentados en sillas de plástico. Una mujer mayor, vestida toda de negro, pasaba con una bolsa de compra con la cadencia sosegada de las que no tienen ya prisa por llegar a ninguna parte. Dos gatos discutían sobre un muro bajo.

Cruzaron el puente, pero esta vez no en silencio. Hablaron, en voz baja y lenta, durante todo el trayecto.

Hablaron de sus familias. Clara le habló de su padre, arquitecto municipal en Valencia, ya muerto, del que había heredado el respeto por los edificios en funcionamiento. Le habló también de su madre, brevemente: de los últimos tres meses, de los fines de semana en el avión de Valencia, del día del entierro, del día que volvió al archivo al cabo de una semana y se encontró con que Carmen Izquierdo, entonces su jefa, le había dejado sobre la mesa un vaso de agua y una tarjeta escrita en pluma que decía sólo *paso a paso*. Adrián le habló de su mujer, de la que se había separado sin drama tres años antes, y del perro, con el que no pensaba separarse nunca. Le habló del maestro don Eulogio, que lo había introducido en el oficio y que había muerto en 2013 sin haber conocido ni a Sevilla ni a ninguna de las piedras que Adrián tocaba ahora. Hablaron de estudios, de universidades, de mal café, de libros que uno había leído y el otro no. Clara recomendó *El barón rampante*. Adrián, *El desierto de los tártaros*. Hablaron de dos o tres cosas tontas, no recordarían cuáles.

Nada de eso tenía relación directa con la bóveda inversa. Y, al mismo tiempo, tenía toda.

Porque los dos, sin decírselo, estaban haciendo lo que Claudio les había sugerido.

Estaban, literalmente, aprendiendo a hablar entre ellos antes de bajar.

A las nueve aparcaron en la calle San Gregorio. Adrián se bajó el primero. La tarde había caído ya del todo. Una luna no llena del todo se recortaba sobre el tejado del Arzobispal, ligeramente borrosa, como si un fino velo de humedad se hubiera quedado colgado en el aire entre la tierra y ella.

Salvatierra, que les había citado directamente en la puerta del Lagarto a las once, seguramente estaba todavía en la sacristía. Tenían dos horas de sobra. Cenaron algo en una tasca vieja de la calle

Placentines, hablando poco y comiendo menos. La tasca se llamaba Casa Ricardo, o algo así, y tenía la decoración intacta desde los años ochenta: calendario del Betis colgado del marco de la puerta, publicidad de una bodega de Jerez en un espejo ahumado, suelo de baldosín frío, un televisor encendido sin volumen donde ponían un partido antiguo de fútbol. El camarero —un hombre calvo, amable, con una servilleta al hombro— les sirvió dos raciones sin preguntar mucho. Comieron media ración de jamón y una tortilla de patata entre los dos. Bebieron agua.

A las diez y media, Adrián sacó la vieira del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Clara.

—Sí.

—Si esta noche alguno de los dos, allí abajo, deja de contestar.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Guardó la vieira. Pagaron. Salieron.

Afuera, la Plaza Virgen de los Reyes tenía el vacío limpio de las noches de marzo. Las farolas dejaban sobre los adoquines círculos amarillos equidistantes, y, al fondo, la Giralda se alzaba iluminada por las luces nocturnas de cortesía con una tranquilidad aparente que Adrián, ya entonces, sabía que no era tranquilidad sino reserva de fuerzas. Debajo de la plaza, invisible, discurría, como cada noche, la vena. Desde el pilar dos, por debajo de la Avenida de la Constitución, cruzando el río, bajo el horno de los Paniagua, siguiendo hacia el oeste, camino del mar.

Tres capas.

Un turno. Una vía. Una ruta.

Un nombre.

Adrián y Clara caminaron hacia la puerta del Lagarto con esa calma que tienen los que van a entrar en un sitio del que —a diferencia de todas las ocasiones anteriores— no saben si van a salir exactamente los mismos que fueron.

Capítulo 13

Lo que no debía abrirse

A las once menos cinco, Adrián y Clara cruzaron por última vez aquella noche la Plaza Virgen de los Reyes. Las farolas iluminaban los adoquines con la tonalidad mielada de siempre. La Giralda, al fondo, estaba recortada contra un cielo que seguía limpio, con un cuarto creciente muy pálido sobre los tejados del Alcázar. Habían decidido caminar los últimos metros desde Mateos Gago sin hablar. Claudio les había dicho de hablar en el descenso; antes, el silencio servía de respiración.

En la plaza, a aquella hora, no había nadie. Los bares de Mateos Gago habían ido cerrando de uno en uno a partir de las diez y media; sólo una terraza rezagada, al fondo, mantenía a dos clientes tardíos con un par de copas y una conversación que llegaba al oído en una tonalidad amortiguada. Los vencejos, que a esa hora ya dormían, habían desaparecido del cielo. En su lugar pasaba, de vez en cuando, algún pájaro oscuro de vuelo más recto —no un cuervo; quizá una paloma urbana—, sin llamar demasiado la atención.

Salvatierra los esperaba en la puerta del Lagarto con Rafael.

—¿Tú no estabas con fiebre? —dijo Adrián.

—Ya no —contestó Rafael—. Se me ha ido al acostarme hace una hora. O me la he quitado yo. Qué más da. Bajo con ustedes.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como don Ignacio. Y si esta noche me quedo arriba y les pasa algo, mañana no vuelvo a dormir.

Salvatierra no intervino. Ya lo habrían discutido antes. Abrió la puerta. Pasaron. Rafael la cerró por dentro con la llave de siempre y dejó la cadena metálica echada. Las luces estaban apagadas salvo las mínimas. Dentro, la Catedral, a aquella hora, era ya un edificio absolutamente distinto del que había cerrado al público a las seis y

media. Tenía el volumen interior, no la actividad. Era un espacio lleno de aire parado.

Llevaban entre los cuatro lo necesario y nada más: dos linternas frontales, una de mano potente, cuerda, cuñas, un martillo de goma, una cámara compacta con flash, el maletín pequeño de Clara, el higrómetro, un cuaderno, un par de mantas finas por si alguien necesitaba apoyarse contra una pared fría, y, en el bolsillo de Salvatierra, un pequeño frasco con aceite consagrado que ninguno de los otros tres le había preguntado para qué. Adrián llevaba también, en el bolsillo del pantalón, una navaja multiusos que su maestro Don Eulogio le había regalado al terminar el aprendizaje, una Opinel con las iniciales grabadas en el mango de madera de boj. No esperaba tener que usarla. La llevaba por costumbre. Como se lleva un amuleto.

Cruzaron la sacristía de plata. La llave del armario. El descansillo. La chapa. La escalera tallada. La balsa. La ranura lateral.

No fueron esta vez a la galería del oeste. Esta vez tomaron una dirección que Adrián no había recorrido nunca. Salvatierra los llevó hacia el sur. Salieron de la sala pequeña de las inscripciones por una puerta lateral estrechísima, casi oculta detrás de un muro desplomado, que Adrián había visto de pasada en su primera bajada pero a la que no había prestado atención. Aquel era, según el sacerdote, el acceso alternativo. El oficial, si podía llamarse así, estaba en la sobrecubierta del crucero, y requería perforar mortero moderno. El alternativo, más antiguo, pasaba por un conducto de servicio no inventariado que, con ligeros desvíos, conducía al subfondo de la cámara de 1954.

—¿Quién construyó esto? —preguntó Adrián.

—Los mismos que taparon la cámara —contestó Salvatierra—. La taparon por arriba, pero se guardaron una puerta por el costado. Nunca se taparon del todo las propias salidas. La gente sensata de aquella época no lo hacía.

Bajaron. La galería era estrecha y de techo bajo. Iba descendiendo despacio, con esa inclinación mínima y constante que ya era la firma del sistema. El suelo tenía polvo suelto, no tierra batida: un signo de

que había sido limpiado, a máquina o a mano, hacía menos décadas de lo que el resto del subsuelo indicaba.

—¿Sabe alguien que estamos bajando? —preguntó Clara, a media galería.

—Nadie —contestó Salvatierra.

—¿Morán?

—No debería. He comprobado personalmente, antes de venir, que no se le ha visto en la Catedral desde las siete y media. Está, por lo que sé, cenando con la familia de un compañero en el barrio de la Macarena. Pero tampoco puedo descartar al cien por cien que alguien le haya dado el aviso.

—¿Quién podría haberle dado el aviso?

—Cualquiera del Cabildo. O cualquiera del archivo que nos haya visto salir hoy. No hay vigilancia organizada. Sólo atenciones personales.

Siguieron. A los pocos minutos, Adrián notó que el aire, allí abajo, tenía ya un grado distinto. No se trataba sólo de temperatura. Era la densidad. Era como si el aire, al llegar a aquella profundidad, hubiera empezado a pesar. Caminó un rato pendiente de su propia respiración. Respiraba con normalidad, pero con una conciencia de cada inspiración que no tenía en la superficie. Clara, delante, pareció notar algo parecido. Se detuvo un instante a ajustar la frontal, más bien como excusa para tomar aire.

Al cabo de unos cincuenta metros, Salvatierra se detuvo. Con la linterna iluminó el muro derecho, bajo, donde, casi a ras del suelo, había una trampilla cuadrada de hierro, pintada de gris oscuro, sin bisagras visibles. Era, sencillamente, una plancha encajada a presión en una moldura de piedra. Junto a ella, grabado en el revoco, un pequeño signo hecho con punzón: no una concha, esta vez, sino una T invertida.

—Esto es la entrada —dijo Salvatierra—. Rafael, tú y yo.

Entre los dos levantaron la plancha. Pesaba. Rafael resopló. Quedó abierto un hueco rectangular, de unos setenta centímetros de ancho por medio metro de alto. Adentro, una escalerilla metálica, reciente, descendía unos tres metros hasta el pavimento inferior.

—Yo primero —dijo Salvatierra—. Adrián después. Clara. Rafael cierra.

—¿Cierra? —preguntó Adrián.

—Cierra por dentro —matizó Rafael—. No desde fuera. No se preocupe. Así, si alguien viene por la galería, no se ve la trampilla abierta.

Bajaron en ese orden. La escalerilla crujía un poco pero se notaba firme. A medida que descendía, Adrián sintió en la piel un cambio notable: el aire, allí dentro, era más quieto. No más frío. Ni especialmente más húmedo. Más quieto. Como si estuviera hecho de un material ligeramente más denso.

Pisó el suelo.

Y lo primero que notó fue que el suelo, en la cámara inferior, devolvía el paso de una manera que no había sentido jamás en otro edificio subterráneo. Cada pisada, por leve que fuera, producía un eco muy bajo, muy corto, pero perfectamente identificable. Un eco dirigido. No rebotaba hacia las paredes, como en una cámara normal; rebotaba hacia arriba, hacia el techo.

Alzó la linterna.

La cámara era tal como la habían visto en las fotografías de 1954, pero lógicamente más grande en persona. Cinco metros por tres. Techo abovedado. Pavimento terminado. Y sobre ellos, labrado, el techo: la Catedral en planta, invertida. Los diez pilares menores. Las almendras en cuatro de ellos, perfectamente visibles bajo el haz. El pequeño cuenco invertido del crucero pequeño, lleno, efectivamente, con un dedo y medio de agua.

La cámara olía distinto a todo lo demás. No olía a humedad, como la balsa. No olía a sótano, como la galería del oeste. Olía a una mezcla indescifrable que Adrián, con cierto sobresalto, reconoció después de unos segundos: olía a *incienso viejo*. No a incienso reciente, del día; a incienso que lleva años depositándose. Como si en aquella cámara, durante siglos, alguien hubiese quemado periódicamente incienso, y el residuo, atrapado bajo la plancha de hormigón de 1954, no hubiera tenido por dónde irse.

Salvatierra avanzó unos pasos hacia el centro. Rafael acabó de bajar, y, con la agilidad que Adrián no le habría atribuido, cerró la

trampilla desde abajo dándole un pequeño giro a un tornillo interior.

—Ya estamos —dijo.

Clara cruzó una mirada rápida con Adrián.

—Adrián.

—Aquí.

—Rafael.

—Aquí.

—Padre.

—Aquí.

—Siempre así —pidió Clara, siguiendo la instrucción de Claudio—. Cada medio minuto, por mi reloj.

Asintieron todos.

Avanzaron hacia el centro. La cámara, por dentro, tenía una simetría casi sobrecogedora. No había una sola línea desordenada. Los sillares encajaban con una precisión geométrica que, a esa edad, era técnicamente inconcebible. Las juntas, bien selladas. El pavimento, sin defectos. El techo —el techo labrado— bajaba en bóveda, con ese pequeño cuenco colgando en su centro como un ombligo al revés.

Salvatierra se detuvo bajo el cuenco.

—Lo primero —dijo— es no hacer nada. No tocar. No medir. No probar el agua. Nos vamos a quedar los cuatro, aquí, sentados en silencio, tres minutos. Que el aire se acostumbre a nosotros. O nosotros al aire. Después de esos tres minutos, haremos lo que haya que hacer.

Se sentaron. Los cuatro. En el pavimento. Adrián se cruzó de piernas. Clara se abrazó las rodillas. Rafael se sentó como se sientan los guardas: con una espalda vertical, las manos sobre los muslos, los hombros ligeramente abiertos. Salvatierra se sentó directamente sobre el frío. Apagaron la linterna de mano y dejaron sólo dos frontales encendidas, al mínimo.

La cámara se amortiguó en una penumbra de cueva.

El primer minuto no pasó nada. O, más bien, lo que pasó fue que cada uno se oyó a sí mismo: respiración, latido, el pequeño rumor de la ropa al ajustarse. En el segundo minuto, empezaron a oírse más cosas. El rumor muy lejano del agua de la rigola de la galería

superior. El chasquido minúsculo de una gota cayendo en algún lugar de las proximidades. Y, por debajo de todo eso, perfectamente claro, el pulso.

Tres y dos.

Muy exacto. Muy constante. Más fuerte que en ninguno de los sitios anteriores donde Adrián lo había oído.

En el tercer minuto ocurrió algo que ninguno de los cuatro estaba en situación de explicar en el momento.

La bóveda amplificó sus pensamientos.

No literalmente. No hubo alucinaciones, ni voces, ni figuras. Lo que hubo fue que, sentados cada uno en un punto distinto del pavimento, cada uno empezó a oír, o a sentir con mucha claridad, ciertas cosas suyas que llevaba días o semanas sin atender. Adrián se acordó de pronto, con una vivacidad casi hiriente, de la cara de su ex mujer el día que hicieron la mudanza. Rafael sintió la mano fría de su padre, muerto hacía catorce años, sobre la suya propia, con un recuerdo exacto de la temperatura. Clara vio, con los ojos abiertos pero en una especie de segundo plano interior, un pasillo del hospital donde su madre había pasado los últimos tres meses. Salvatierra oyó, con una claridad impropia, la voz de don Ignacio Izquierdo — ningún parentesco con Carmen, sólo coincidencia de apellido— el sacerdote que le había instruido en los años sesenta, diciendo una frase antigua cuyo sentido en aquel momento no supo descifrar.

Nada de aquello era fantasía. Los cuatro habrían dicho, de haberlo discutido allí mismo, que eran recuerdos propios intensificados por el lugar.

Mala orientación acústica, diría don Claudio después. La mente, en una cámara de esa geometría, cuando no tiene referencias acústicas normales, se orienta hacia dentro. Y de dentro saca lo que hay.

Adrián, con un esfuerzo, se sacudió la imagen de Elena en la mudanza. Lo hizo mentalmente, con la misma técnica con la que se sacude un ala dormida: enfocándose en un detalle físico presente, en este caso, la frialdad del pavimento bajo la palma de la mano izquierda. El truco funcionó. La imagen de Elena se alejó un escalón. Siguió allí, pero al fondo, dejando sitio a la cámara.

—Adrián —dijo Clara, con un pequeño esfuerzo.

—Aquí.

—Rafael.

—Aquí.

—Padre.

—Aquí.

—Los cuatro en sus sitios.

—Los cuatro.

Salvatierra respiró hondo. Encendió un poco más las frontales.

—Se acabó la pausa —dijo—. Ahora, al trabajo.

Se puso de pie. Los demás le siguieron. Salvatierra cruzó la cámara hasta el muro norte, donde, según la inscripción de las fotografías, habían encontrado el *HIC SVRSVM*. La inscripción seguía allí. Las letras, perfectas, recién lavadas por los años que habían pasado cerradas herméticamente.

—*Aquí, arriba* —leyó Salvatierra—. Quien labró esto sabía exactamente en qué pared estaba. Quería que, el que entrara, al leer *aquí arriba* mirara en la dirección correcta. Que en este caso...

—...sería el oeste —dijo Adrián.

—Correcto.

Salvatierra giró sobre sí mismo, buscando con la mirada, en el muro oeste, algún elemento que correspondiera al *HIC SVRSVM*. Lo encontraron entre los tres. En el centro exacto del muro oeste, a la altura del pecho, había una pequeña piedra desencajada, ligeramente más clara que las otras, como si alguien la hubiera reemplazado hacía poco tiempo.

Adrián se acercó. Pasó la yema del dedo por el borde.

—Alguien la ha movido —dijo, con un pequeño nudo en la garganta—. Recientemente.

—¿Cómo de reciente?

—Meses. No años. Quizá semanas.

Rafael encendió la linterna potente y la apoyó contra el borde de la piedra. La luz rasante reveló, sobre la misma, un trazo de polvo en el lado inferior. Muy ligero. Como el que deja una mano al pasar un paño.

—Han entrado aquí antes que nosotros —dijo Rafael, con calma profesional.

—¿Cuándo?

—No lo sé con exactitud. Pero no mucho antes.

Salvatierra cerró los ojos un segundo.

—El incidente de las diez y siete —dijo—. De hace dos días.

—Sí —dijo Clara.

—Pues eso.

Adrián empujó la piedra con cuidado. Salió con una facilidad preocupante: no había sido fijada de nuevo. Detrás quedó un hueco rectangular, del tamaño de una caja de zapatos pequeña, tallado en el muro, con una bandeja de piedra en el interior.

En la bandeja había una hoja.

Una sola.

Hoja de papel moderno, doblada por la mitad, amarillenta no por la edad sino por haber estado envuelta en una tela sucia unas horas. Adrián la cogió con cuidado, con una gasa de su bolsillo. La desplegó.

Estaba escrita a mano. En bolígrafo azul. En una letra que Clara reconoció al segundo.

—Es la del *Tiene* del archivo —dijo.

La nota era breve. Cuatro líneas.

Para quien baje después de mí.

He retirado lo que estaba bajo el cuenco del crucero. Estará a buen recaudo hasta que podamos reunirnos. No forzar. No golpear. No dejar moneda. He hablado con quien corresponde.

Alb.

Sin firma completa. Sólo tres letras, minúsculas, redondeadas.
Alb.

Los cuatro se quedaron en silencio.

—*Alberto Morán* —dijo Clara, sin voz.

—No conocemos a ningún otro Alb —dijo Salvatierra, también bajo.

—¿Ha sacado algo? —preguntó Rafael—. ¿De aquí? ¿Del cuenco?

Salvatierra se acercó al centro de la cámara. Se subió a una pequeña banqueta de hierro plegable que Adrián había llevado para los reconocimientos altos. Con la frontal y con la linterna en la otra

mano, examinó el cuenco invertido del techo. El agua seguía dentro. Un dedo y medio. Pero en el fondo mismo del cuenco, justo en el centro, había ahora, perfectamente visible a la luz potente, un pequeño rebaje circular de unos tres centímetros. Una hendidura. Vacía.

—Aquí había algo —dijo Salvatierra—. Pequeño. Probablemente un objeto metálico del tamaño aproximado de una hostia consagrada. Alguien lo ha sacado. Antes no podíamos saber si estaba o no estaba, porque en las fotografías del cincuenta y cuatro el ángulo del flash no iluminó el fondo. Pero aquí estaba.

—¿Qué era? —preguntó Adrián.

—No lo sabemos. Los que labraron esta bóveda lo pusieron bajo el cuenco del crucero, en la posición simétrica al lugar donde arriba, en el templo real, está el tabernáculo. Es decir: dejaron en el doble algo equivalente a lo que los cristianos, mil años después, colocarían en la Catedral propiamente dicha. Sin ser lo mismo.

—¿Un objeto prerromano?

—Probablemente.

—¿Valor arqueológico?

—Incalculable. Pero eso, ahora mismo, es lo de menos.

Clara miró la nota.

—*No forzar. No golpear. No dejar moneda.* ¿Por qué lo pone?

Salvatierra se bajó de la banqueta con mucha calma.

—Porque él sabe —dijo— que si nosotros venimos aquí y dejamos moneda, el sistema nos reconoce como custodios y le pone, a él, más difícil el resto.

—¿El resto de qué?

—De lo que él quiera hacer con lo que se ha llevado. Y con las otras manos de la red.

Rafael soltó, por primera vez desde que había entrado a la cámara, una palabra que no era una corrección técnica.

—Hijo de su madre.

Salvatierra, contra todo pronóstico, sonrió un instante.

—No es el vocabulario más eclesiástico —dijo—, pero es preciso. A ver. Tranquilos los cuatro. Esto no es el fin del mundo. Significa, sí, que nuestro amigo Morán —o quien le haya mandado— se ha

adelantado y se ha llevado el objeto. Significa, también, que no podemos hacer por el objeto en este momento nada. Pero podemos hacer, aquí mismo, algo que contrarresta parte del daño.

—¿Qué?

—Dejar moneda. Y escuchar bien. Ahora. Nosotros. Para que el sistema, aunque lo hayan forzado, sepa que no todos los que han bajado esta semana bajaron mal.

Sacó del bolsillo de la sotana cuatro monedas. Una moneda antigua, ennegrecida, con cruz y vieira —otra, distinta de la del día anterior, o la misma devuelta, nadie se atrevió a preguntarlo— y tres monedas modernas, corrientes, de un euro.

—La antigua la dejaré yo, en el rebaje del cuenco. Vosotros tres, en tres sitios distintos del pavimento. En los tres puntos del plano labrado que coinciden, arriba, con los tres pilares donde Adrián encontró almendra pero donde hoy no hay grieta. Es decir, los pilares dos, cinco y doce. El que tiene grieta, el nueve, el del tabernáculo, es el mío.

Se movieron.

Adrián localizó, en la planta labrada del techo, los tres pilares equivalentes. Los proyectó mentalmente sobre el pavimento. Se colocó bajo el primero, el equivalente al pilar dos. Dejó su moneda. Clara hizo lo propio bajo el quinto. Rafael bajo el duodécimo. Salvatierra se subió a la banqueta y, con una cortesía que a Adrián, desde abajo, le llegó casi a conmovér, depositó la moneda antigua en el rebaje del cuenco. Volvió a bajar.

—Y ahora, escuchar.

Se sentaron otra vez. Apagaron las frontales del todo. Pusieron la linterna potente, con el haz hacia arriba, apoyada contra la banqueta, como una vela inmensa.

Y escucharon.

El pulso tres y dos estaba allí, pero más tenue. Como avergonzado. Como si, después del paso del otro, ya no se atreviera a sonar tan fuerte. A medida que los cuatro se concentraban, el pulso fue cobrando fuerza otra vez. No porque ellos hicieran nada; porque el sistema, al sentirse escuchado correctamente, volvía a su ritmo propio.

Cinco minutos pasaron. Seis. Siete. El pulso creció. No era un sonido, exactamente. Era una vibración que entraba por las plantas de los pies, subía por las piernas, se instalaba en el pecho. No incómoda. Firme.

Y después, al cabo de unos diez minutos, empezó algo nuevo.

Una de las bombillas de la linterna potente parpadeó. No se apagó del todo. Parpadeó dos veces. Tres y dos.

—Adrián —dijo Clara.

—Aquí.

—Rafael.

—Aquí.

—Padre.

—Aquí.

—¿Estáis viendo la luz?

—Sí —dijo Adrián.

—Sí —dijo Rafael.

—Sí —dijo Salvatierra—. No os mováis.

La bombilla volvió a parpadear. Tres. Luego dos. Una pausa.

—Nos está agradeciendo las monedas —dijo Salvatierra, con voz muy baja—. Nos está diciendo *os he oído*.

—¿Electricidad? —preguntó Rafael.

—Es la interpretación prudente. Es lo que yo mismo diría en otro contexto. Pero aquí, y ahora, no sé.

Los cuatro se quedaron sentados sin hablar durante otro minuto. La luz dejó de parpadear. Volvió a ser constante. Encima de ellos, el cuenco colgaba con su agua inexplicable. Debajo de ellos, los fragmentos de varios miles de años fluían en su cauce.

Y entonces, tres chasquidos metálicos, secos, se oyeron en la trampilla superior.

Tres.

Clara se puso tensa.

—Alguien está arriba —susurró.

Salvatierra levantó una mano.

—Silencio —dijo.

Otros dos chasquidos. Luego silencio.

—Tres y dos —dijo Adrián, con un hilo de voz—. Han llamado con tres y dos.

Salvatierra se puso de pie. Rafael también. Adrián y Clara, detrás.

—Si es nuestro —dijo Salvatierra—, contestamos.

—¿Cómo contestamos? —preguntó Rafael.

—Con tres y dos.

Salvatierra se acercó a la trampilla. Golpeó con los nudillos tres veces. Pausa. Dos veces.

Desde el otro lado llegó un golpe único, más flojo. Una negación.

—No es de los nuestros —dijo Salvatierra, sin alzar la voz—. Pero conoce nuestra señal. Lo cual significa que la ha aprendido.

—Morán —susurró Clara.

—Probablemente Morán.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adrián.

Salvatierra cerró los ojos un instante.

—Salimos —dijo—. Por esta misma trampilla. Si él está ahí, hablamos. Todos los cuatro juntos. En voz baja. Sin gritos. Sin violencia. Aquí abajo no va a pasar nada peor. Allá arriba, sólo hay que mantener la cabeza.

—¿Está seguro? —dijo Rafael.

—Completamente seguro no. Pero es la única opción razonable. No podemos quedarnos dentro. Él acaba pasando. Ha demostrado que puede.

Se situaron. Rafael desenroscó el tornillo interior. Empujó la trampilla un dedo. No se dejó empujar. Había peso al otro lado. Empujó más fuerte. La trampilla cedió, con un pequeño chasquido.

Al otro lado, sentado sobre el suelo de la galería, con las piernas cruzadas con la misma comodidad con la que otro se sentaría en un banco de parque, estaba Alberto Morán Caldevilla. Canónigo. Cuarenta y pocos. Sotana negra. Expresión amable. En las manos, un pequeño saquito idéntico al que Clara y Adrián habían sacado del décimo dos días antes.

Llevaba, además, cosas que Adrián no habría esperado ver en un canónigo esa noche: una linterna profesional de minero, encendida al mínimo, apoyada junto a él contra la pared; un pequeño cuaderno de tapas de piel, el mismo que Adrián le había visto en la mano la

mañana que sonaron las campanas a las diez y siete; un par de gafas de leer sobre el puente de la nariz; y, sobresaliendo del bolsillo izquierdo, un par de guantes blancos de algodón fino, de los que usan los archiveros para manipular documentos. Todo muy bien dispuesto. Todo muy meditado. Morán no había improvisado aquella visita: la había preparado con semanas de anticipación.

—Buenas noches —dijo Morán, con una sonrisa cortés—. Les esperaba.

Salvatierra salió primero. Después Clara. Después Rafael. Adrián fue el último. Se situaron en semicírculo alrededor del canónigo, que permaneció sentado.

Nadie habló durante unos segundos.

—Don Alberto —dijo Salvatierra, finalmente, con la voz muy medida—. Esto es una irregularidad muy grave.

—Lo es —concedió Morán.

—¿Qué lleva en esa bolsa?

—Algo que no debía estar ahí abajo, padre. Algo que tenía que salir a la luz.

—Me cuesta imaginar qué razón puede haberle hecho pensar que a usted le correspondía decidirlo.

Morán sonrió. Era una sonrisa rara. Amable, pero tensa en los bordes. Se quitó las gafas de leer muy lentamente, las dobló, las depositó sobre el cuaderno de piel. Se tomó su tiempo para contestar.

—No me corresponde a mí en exclusiva —dijo—. Pero tampoco a ustedes. Lo que hay en esta bolsa lleva siglos escondido por una cadena de personas que, si yo soy alguien, son mis maestros en disciplina pero mis iguales en perplejidad. Ha llegado el momento, don Ignacio, de que un objeto como éste reciba estudio. Estudio serio, académico, catalogado. No el secretismo oral con el que se ha gestionado hasta ahora.

—¿Y usted es el destinatario del estudio?

—Yo, y mi cátedra, y el equipo de investigación que he montado. En tres universidades.

Salvatierra lo miró durante mucho tiempo.

—Don Alberto —dijo, al fin—, usted ha venido a Sevilla específicamente para este objeto.

—Sí.

—¿Desde cuándo se ha estado preparando?

—Ocho años.

—¿Y el resto de canonjía?

—Es auténtica. La vocación, también. No todo en mí es fingido, don Ignacio. Sólo soy, digamos, un canónigo con dos objetivos en vez de uno.

Clara dio un paso adelante.

—Don Alberto. Sabe que lo que se lleva no le pertenece. No al Cabildo de Sevilla. No a usted. Pertenece a la red que lo guardaba. Y esa red no es privada.

—Lo es en parte —replicó Morán—. No hay acta de constitución. No hay estatutos. No hay consejo de custodia. Dicho sin mala intención, archivera, ustedes no tienen ni siquiera una figura jurídica sobre la que apoyarse para impedirlo. Lo que ustedes llaman *la red* es un entramado no escrito de personas. Yo también soy una persona, respetable, con formación, con solvencia. Ustedes no pueden apelar a nada. Sólo a la costumbre. Y la costumbre, en derecho canónico, cede ante la razón bien fundada.

Salvatierra bajó la voz.

—Don Alberto, yo no le estoy hablando de derecho canónico. Le estoy hablando de consecuencias. Si usted se lleva ese objeto sin respetar las reglas por las que ha funcionado hasta ahora, la red va a responder.

—Con disfunciones administrativas —dijo Morán, sonriendo otra vez—. Lo sé. Lo he leído.

—Con consecuencias que no tienen nada que ver con el derecho, señor canónigo. Ni con la ciencia. Con consecuencias, hablando en la lengua que entiende usted, sobre el *cauce con carga*.

Morán hizo una pequeña pausa. Por primera vez, dejó la sonrisa a un lado. Miró, durante medio segundo, el pequeño saquito que tenía entre las manos, como si por un instante reconsiderase. Luego volvió a levantar los ojos.

—Don Ignacio. Yo también soy un hombre de estudio. He estado, literalmente, tres años sólo para llegar a este punto. He leído lo que ustedes han leído. Y algunas cosas más, de bibliotecas a las que ustedes no tienen acceso. Créame. Asumo los riesgos.

—No son sólo riesgos suyos —dijo Clara.

Morán la miró. Se levantó, muy despacio, con el saquito en una mano. Nadie se movió. Rafael, Adrián notó, había colocado muy sutilmente las manos por delante del cuerpo, ligeramente abiertas: la postura de un guarda veterano que se prepara para contener sin provocar.

—Archivera —dijo Morán—. Tiene usted razón. No son sólo riesgos míos. Por eso he venido esta noche aquí. No a discutir con ustedes. A negociar.

—¿Negociar qué?

—Primero. Mañana por la mañana, a primera hora, yo entregaré al Cabildo este objeto. Bajo la premisa de que se ha encontrado durante unos trabajos rutinarios de inspección del subsuelo. Aporto un informe. Aportaré yo mismo el informe. El objeto entra en el registro. Entra en la historia. Entra en el debate. Todo el mundo contento.

Salvatierra lo interrumpió.

—Todo el mundo menos la red.

—Segundo —continuó Morán, imperturbable—. A cambio, ustedes cuatro no comunican al Cabildo lo que saben de esta cámara. No comunican al arzobispado la existencia de la red. Se comprometen por palabra a no interferir en el estudio académico del objeto. Y me entregan, los cuatro, las seis vieiras ceremoniales de la caja del sacerdote. Las seis. No las siete. Sé exactamente cuántas hay.

Salvatierra se quedó muy quieto.

—¿Cómo sabe usted cuántas vieiras hay en esa caja?

Morán sonrió.

—Le sorprendería lo que se puede aprender con paciencia, don Ignacio.

Hubo un silencio largo. Los cuatro oyeron, lejano, un tintineo mínimo en la galería de arriba: una gota cayendo sobre una baldosa. Un ruido diario, sin importancia. Pero llegó con la claridad absurda

con la que, en los momentos de tensión, uno registra los detalles neutros.

Adrián habló entonces, por primera vez.

—Don Alberto.

—Dígame, señor Vega.

—Hay una cosa que usted no ha hecho bien.

Morán alzó una ceja.

—Usted se ha llevado el objeto —continuó Adrián, con una voz neutra—. Y no ha dejado moneda.

—He dejado una nota.

—No es lo mismo.

—Para usted no será lo mismo. Desde mi punto de vista, es suficientemente atento.

—Desde el punto de vista del sistema, no.

Morán se rió. Con una risa pequeña.

—Señor Vega, disculpe. Le respeto mucho, pero no voy a construir mi filosofía profesional sobre las reacciones de una vía hidráulica antigua.

—No le pido que construya su filosofía sobre eso.

—¿Qué me pide, entonces?

—Que deje la moneda.

Silencio.

Adrián sacó del bolsillo de la cazadora una de las monedas que no había usado aún. La tendió en la palma de la mano.

—Déjela usted. Por nosotros. Antes de subir. Por respeto profesional, si quiere. Por una forma menor de cortesía. Por lo que usted quiera. Pero déjela.

Morán miró la moneda. Miró a Salvatierra. Miró a Clara. Miró a Rafael. Tardó mucho en contestar. En los ojos de Morán, durante un par de segundos, Adrián notó algo distinto de la sonrisa académica: una reconsideración profesional, el cálculo rápido de un hombre muy inteligente que se pregunta, en voz interior, si acaso el gesto menor que se le pide no será, a pesar de su insignificancia, una forma de rendición disfrazada.

—¿Y si la dejo?

—Y si la deja —dijo Salvatierra—, yo le garantizo esta noche, por mi parte, no comunicar al arzobispado lo que sé sobre usted. Clara, Rafael y Adrián harán lo que consideren. Pero en esa misma línea: negociamos. Usted da un paso hacia nosotros. Nosotros damos un paso hacia usted. No estamos en una guerra, don Alberto. Esto no lo es. Esto es una diferencia grave de criterio.

Morán bajó un momento la vista.

Luego, con una lentitud que parecía, por primera vez en toda la noche, verdaderamente suya —y no una actuación—, se acercó a la trampilla abierta. Se agachó. Metió la mano por el hueco. Dejó caer la moneda.

Un tintineo pequeño, plural. El mismo que Adrián había oído dos días antes.

Morán volvió a incorporarse, con el saquito todavía en la otra mano. Se giró hacia ellos. La sonrisa había vuelto, pero más quieta. Más de persona.

—Hecho —dijo—. ¿Podemos subir?

—Podemos —contestó Salvatierra.

Cerraron la trampilla. Rafael la ajustó con el tornillo exterior. Salvatierra encabezó la marcha. Los cinco —por primera vez, cinco— recorrieron el conducto de servicio en silencio, en fila, con las frontales mínimas. Morán iba el penúltimo, delante de Clara. Nadie intentó arrebatarse el saquito.

Subieron por la escalera tallada. Cruzaron la ranura. Pasaron la balsa. Subieron los cincuenta y un escalones. En la sacristía de plata, Salvatierra cerró la puerta del subsuelo con la misma llave de siempre, se guardó la llave en el bolsillo, y miró a Morán.

—Don Alberto. Esta noche usted se va. Mañana a las nueve le esperamos los cuatro, aquí, con el objeto y con su informe. Quiero leer el informe con mis ojos antes de que lo firme nadie.

—Aquí estaré —dijo Morán.

Se despidieron sin estrechar manos. Morán salió por la puerta del Lagarto con la sotana perfectamente puesta y los zapatos no demasiado sucios, sostenido por esa dignidad insoluble de los que han hecho algo mal pero todavía piensan, sinceramente, que tenían razón.

Salvatierra, Clara, Rafael y Adrián se quedaron en la sacristía.

—¿Habéis oído? —dijo Rafael.

—¿Qué? —preguntó Clara.

—Las campanas.

Se callaron los cuatro.

En la torre, lejos pero nítido, la campana de Santiago sonó una sola vez, grave, plena, con siete u ocho segundos de cola.

Siete segundos.

Como siempre.

—Vuelve a estar alineada —dijo Salvatierra—. No del todo. Pero casi.

Clara miró a Adrián. Adrián miró a Clara. Rafael, con los brazos cruzados, miró a Salvatierra.

—Padre —dijo Adrián—. ¿De verdad la moneda basta?

Salvatierra respiró hondo.

—La moneda no basta, señor Vega —dijo—. La moneda retrasa.

—¿Cuánto retrasa?

—Lo suficiente. Para esta noche. Para mañana. Para las decisiones que tenemos que tomar en los próximos días. No más.

—¿Y luego?

Salvatierra sonrió, por primera vez en toda la noche, con una sonrisa casi cansada, casi tierna.

—Luego —dijo— viene lo que siempre viene cuando alguien, aunque sea de los nuestros, se ha llevado algo del cauce. Viene la respuesta. Tarda unos días. No es violenta. Y siempre es, de algún modo, instructiva.

Adrián no contestó.

Fuera, en la plaza, el cielo seguía alto y despejado, con su cuarto creciente pálido, y un aire fresco empezaba a levantarse desde el río. La Giralda, recortada contra el cielo, tenía ahora, vista desde ahí abajo, una serenidad nueva. No la misma de siempre. Una serenidad distinta, casi pensativa. Como la de un animal grande que ha estado mucho rato inmóvil y por fin acaba de moverse unos centímetros en su silla.

Adrián no supo, entonces, si aquella serenidad era tranquilizadora o era el comienzo de otra cosa.

A las dos y cuarto de la madrugada, los cuatro se despidieron en la esquina de la Avenida de la Constitución con Fray Ceferino. Clara cogió su coche. Rafael caminó hacia Triana, donde había decidido, sin discusión, quedarse a dormir en casa de una hermana para no alarmar a su mujer. Salvatierra se volvió a la sacristía.

Adrián, solo, caminó hacia su casa.

La ciudad, a aquella hora, tenía el silencio denso de las noches de marzo en que el frío viene del río pero no molesta. Cruzó Mateos Gago —las terrazas, ya recogidas, apiladas contra las fachadas— y se metió por Santa Cruz. En una de las callejuelas, bajo un farol, un gato viejo se lamía una pata con paciencia. Al pasar Adrián, alzó la vista un segundo, con la misma cortesía de juez pequeño con la que meses atrás, otros gatos sevillanos, le habían dado el visto bueno; y después volvió a su pata sin hacer preguntas.

Al llegar a Conde de Ibarra, levantó la vista.

En la cornisa del estanco, donde semanas atrás se había posado por primera vez un cuervo, ya no había ninguno. La pluma negra, también, se había ido. El letrero de neón parpadeaba con su ritmo roto de siempre.

En el portal, mientras sacaba la llave, sintió por primera vez, desde hacía tiempo, algo parecido al alivio.

No era alivio del todo.

Pero se parecía.

Subió los tres pisos a oscuras. Entró. El perro lo recibió con un gruñido mínimo de bienvenida, un gruñido que no era de alarma sino de bienvenida cansada, de los perros viejos que reconocen una llegada a deshora pero prefieren no incorporarse a saludar del todo. Se metió en la cama sin cambiarse. Durmió, por primera vez en días, siete horas seguidas.

Y no soñó.

Al menos, nada que pudiera recordar al despertarse.

Capítulo 14

La respiración del templo

Adrián se despertó a las nueve y diez de la mañana con la sensación rara de haber descansado. Tardó unos segundos en ubicarse. El perro dormía a los pies de la cama en la misma postura en que lo había dejado la noche anterior. Por la ventana entraba una luz alta, clara, con esa amabilidad luminosa que tienen en Sevilla las mañanas después de un día complicado, como si la ciudad se disculpase por los nervios de la víspera con una cortesía meteorológica. Se incorporó sin prisa. Se sentó al borde del colchón un minuto. Se acordó, todo de golpe, de la bóveda, de Morán, de la nota en bolígrafo azul, de la moneda que había caído con su tintineo plural en el hueco del décimo.

Se quedó un rato quieto, sin levantarse.

No era asombro. No era miedo retrospectivo. Era, más bien, la constatación de que todo aquello había ocurrido, y de que la medida adecuada, aquella mañana, no era todavía comprenderlo sino, sencillamente, seguir funcionando.

Fue al baño. Se miró al espejo. Necesitaba un afeitado, y probablemente un café fuerte antes del segundo. La piel, alrededor de los ojos, estaba distinta de la que el espejo le devolvía tres semanas antes: más firme en algunos ángulos, más tirante en otros, con pequeñas arrugas nuevas junto a los ojos que no había antes o que él no había querido ver. Se pasó la mano por la barba incipiente. Se duchó. Se afeitó con cuidado, con la calma de los que necesitan, aquella mañana, que al menos un gesto del día salga exactamente como se lo proponen. Desayunó de pie en la cocina: una tostada, un café, un vaso de agua. El perro, en el recibidor, aceptaba su propio desayuno con la paciencia veterana de siempre.

Sonó el móvil. Clara.

—¿Cómo ha dormido?

—Siete horas de un tirón.

—Yo cinco. Es lo que he podido.

—¿Dónde está?

—En el archivo. He venido a las ocho. Salvatierra está conmigo. Morán todavía no ha aparecido.

—Son las nueve y diez.

—Sí. Ya.

Clara dejó un silencio corto, con ese tono que usaba ella cuando algo no le cuadraba.

—¿Ha llamado al arzobispado?

—Todavía no. Esperamos quince minutos más. Si a las nueve y media no está aquí, llamamos.

—¿Necesita que vaya?

—No aún. Le aviso si cambia algo. Duche, desayune, acérquese al pilar dos.

—¿El pilar dos?

—Adrián, vaya al pilar dos. Pero lleve guantes de trabajo.

Colgó.

Adrián salió al perro, que hoy no tenía ganas de calle y se sentó con una protesta menor a los pocos metros del portal. Lo devolvió a casa. Cogió la bolsa, cogió los guantes, y caminó a la Catedral con esa economía mental de los que deciden no pensar mientras se desplazan.

La ciudad, aquella mañana, tenía una textura distinta. No grande; apenas una capa. Pero distinta. Era una capa que, de no haber pasado lo que había pasado la noche anterior, Adrián no habría notado. Los vencejos parecían volar un poco más ordenados, los barrenderos trabajaban con un paso un poco más resuelto, los cafés de la calle recibían a los parroquianos con el mismo trato amable de siempre pero con una cortesía, por parte de éstos, un punto más serena. No eran cambios atribuibles. Eran inflexiones. Como si Sevilla, después de la sacudida de las diez y siete, se hubiese recompuesto, sí, pero con una conciencia nueva de hasta qué punto podía sacudirse.

Al llegar a la puerta del Lagarto, Rafael ya estaba de vuelta en su sitio, con uniforme limpio, recién afeitado, con ese aspecto sano de las personas que no tienen una gripe de verdad y no han fingido tampoco muy bien. Le dio a Adrián una palmada pequeña en el hombro, sin sonreír, pero con una cortesía particular.

—Buenos días, restaurador.

—Buenos días, guarda.

—¿Ha dormido?

—Siete horas.

—Bien.

Rafael no añadió más. Pero, al devolverle la tarjeta plastificada, le miró una fracción de segundo más larga de lo habitual. Fue la mirada más cómplice que Adrián había recibido de él en todas las semanas que llevaba entrando por aquella puerta. Equivalía, en el vocabulario pequeño de Rafael, a un *bien hecho, ayer*.

Adrián pasó. Cruzó el Patio de los Naranjos a paso normal. Entró al templo por la nave del Evangelio. Los turistas, aquella mañana, estaban ya dispersos por el interior: un grupo pequeño de franceses en la capilla de la Antigua, una pareja mayor fotografiando la reja del coro, tres mochileros sentados bajo el órgano. Hacía calor. La luz entraba muy diagonal por las vidrieras de la cabecera y dibujaba sobre el suelo, a trozos, los colores rojos y azules que, en combinación con la piedra pálida, daban a la nave esa atmósfera tibia de cuadro.

Adrián se dirigió al pilar dos.

El andamio todavía estaba montado. Nadie lo había desmontado. La lámpara de pinza, el tablón, la caja de herramientas estaban donde los había dejado la última vez que había trabajado allí, la noche del paso silencioso, varios días antes. Se acercó al sillar de base. Se agachó.

La mancha en forma de almendra seguía estando.

Pero la forma había cambiado.

Ya no era una almendra. Era un círculo.

Un círculo limpio, perfecto, de unos veinte centímetros de diámetro, casi simétrico, con los bordes suaves y el centro más oscuro. Si la almendra antigua tenía algo de órgano, de tejido, de

figura humana, el círculo nuevo tenía, en cambio, la claridad abstracta de un sello. Como si la humedad del sillar, en las horas transcurridas desde la noche anterior, se hubiera reordenado. Adrián lo miró un buen rato con la precisión profesional de su oficio. No era una alucinación. No era una sugestión. Era, físicamente, un círculo. La piedra había admitido el mismo volumen de agua, pero con otra geometría. No supo en qué momento había ocurrido, ni por qué.

Sacó el móvil y llamó a Clara.

—Clara.

—Dígame.

—La almendra ha cambiado de forma. Es un círculo.

—Voy.

Llegó en cinco minutos. Se arrodilló junto a él, con una pequeña libreta. Observó. Tocó. Sacó una foto.

—Es lo que pensaba —dijo.

—¿Qué pensaba?

—Que al regularse el sistema, las manifestaciones externas regularizan también. Antes del cierre simbólico de anoche, la marca del pilar era una almendra orientada. Ahora es un círculo centrado. No apunta. Deja de señalar.

—Porque ya no hace falta señalar.

—Exacto. Ahora hace falta otra cosa.

Adrián se incorporó. Se quitó los guantes.

—¿Otra cosa?

—Conservar. Pasar a otra fase. No es lo mismo apuntar una anomalía que contener una consecuencia.

Salió del sitio y caminaron juntos hasta los otros pilares. En el cinco, mismo fenómeno: la mancha, también en círculo, aún más nítida. En el nueve —el que tenía grieta— la grieta seguía, sí, pero parecía haberse estabilizado: ya no crecía ni se ramificaba. En el doce, círculo otra vez. Los cuatro pilares habían obedecido, si la palabra era aplicable, a la misma nueva instrucción.

Clara se apartó el pelo. Se sentó un momento en el banco bajo de una capilla lateral.

—Adrián.

—Sí.

—Esta historia no va a terminar hoy. Ni mañana. Lo de anoche cerró una fase. Pero abrió otra.

—Ya.

—Hay que ir a Santiago.

Él la miró un momento, y asintió sin decir nada.

Volvieron al archivo a las diez y media. Salvatierra estaba en su mesa, leyendo un periódico que no parecía estar leyendo del todo. Tenía una taza de café delante y una expresión en la que, por primera vez en las semanas que Adrián le conocía, se veía cansancio sin disfraz. El café, cuando Adrián entró, humeaba todavía ligeramente; era el segundo o el tercero de la mañana, a juzgar por el pequeño cerco marrón que asomaba por el borde del plato. El periódico estaba abierto por la sección de noticias locales. El titular principal hablaba de obras menores en una calle del centro. Salvatierra no estaba leyendo eso. Miraba sin mirar, con los ojos posados en el papel.

—Morán no ha llegado —dijo, antes de que preguntaran.

—¿A qué hora lo avisó?

—Lo he llamado dos veces. A las nueve y media y a las diez. No contesta.

—¿Y la casa?

—He mandado a un compañero, discretamente. No está. Sus cosas del dormitorio sí. Pero él, no.

Hubo un silencio.

—¿Y el objeto?

—Con él.

Clara se sentó enfrente. Adrián también.

—Padre, hay una posibilidad —dijo Clara— de que no fuera su plan traerlo hoy. De que se haya ido de Sevilla directamente.

—Es posible.

—¿Llamamos al arzobispado?

Salvatierra cerró el periódico. Respiró hondo. Dio un pequeño golpecito en la mesa con el dedo índice, el mismo gesto que cuando se preparaba para decir algo desagradable.

—Les he estado dando vueltas toda la mañana. Les he dado vueltas mientras desayunaba solo, hace horas, mientras me afeitaba,

mientras subía a la sacristía. Y llego a la misma conclusión incómoda, Clara, cada vez que le doy una vuelta más.

—¿Cuál?

—Que no podemos denunciarlo.

Clara bajó la vista a la mesa un segundo. Adrián levantó la suya.

—Padre.

—Señor Vega, escúcheme. Si denunciamos a Morán al arzobispado, tengo que explicar de qué lo denuncio. Y para explicarlo, tengo que explicar la existencia de una cámara que oficialmente no existe, un expediente que oficialmente se cerró como inexistente en 1954, una red no catalogada de custodios de la que hoy quedamos siete personas conocidas en España, y un objeto del que no tenemos fotografía, testimonio notarial, ni referencia previa. Lo único que yo aportaría sería mi palabra y la suya. Don Alberto, contra nosotros, aportaría una trayectoria académica, una carta de presentación firmada por tres cátedras, y un *informe arqueológico sobre hallazgo fortuito en inspección de rutina* que probablemente ya tiene escrito y fechado de ayer.

—Sería nuestra palabra contra la suya.

—Sería nuestra palabra contra una documentación impecable.

—Y nosotros perderíamos.

—Y nosotros perderíamos. No sólo eso. En el proceso, se haría público lo que ha sido privado durante siglos. Las seis personas que quedamos en España operando esta red quedaríamos, en cuestión de semanas, bajo observación académica, eclesiástica, y quizá incluso policial. La red moriría. Y Morán, probablemente, saldría absuelto.

Adrián apoyó las manos sobre la mesa.

—Entonces ¿no se puede hacer nada?

—Se puede hacer algo, Adrián. Se pueden hacer varias cosas. Pero ninguna es denunciar.

—¿Qué cosas?

Salvatierra levantó un dedo.

—Primera. Avisar a la custodia de Santiago. Eso es obligado. Si Morán va a algún sitio con el objeto, ese sitio es una sede universitaria, probablemente una en el norte, y los colegas de allí pueden rastrearlo sin ruido, con sus propias vías.

—Fabián Lamela —dijo Clara.

—Don Fabián —confirmó Salvatierra—. Lo llamo yo esta tarde. Quizá antes. Pero quiero esperar hasta confirmar que Morán está fuera de Sevilla, para no molestarlo con una falsa alarma.

—Segunda —intervino Clara.

—Segunda. Sellar la bóveda de verdad. No con hormigón rápido. Con una solución más modesta pero más discreta. Volver a encajar la piedra movida del muro oeste. Dejar la trampilla del conducto cerrada, no accesible. Y, sobre todo, reponer el nivel de escucha. Durante las próximas semanas, los cuatro —los cinco, con Rafael— nos vamos a turnar para bajar, de uno en uno, una vez cada tres días, a la bóveda, a quedarnos cinco minutos y a dejar moneda. No hace falta hacer nada más. Sólo estar. Recordarle al sistema que seguimos aquí. Esto es importantísimo. El objeto se ha ido, pero el lugar sigue. Y un lugar escuchado es un lugar que no desordena.

—¿Y la tercera? —preguntó Adrián.

Salvatierra esperó un momento.

—La tercera va a costar.

—Dígame.

—Hay que decírselo a Tomás.

—¿Por qué cuesta?

—Porque Tomás, cuando se entere, va a interpretarlo como un fallo suyo. Piensa que él, desde la torre, debía haber oído a Morán antes que ninguno de nosotros. Y no lo oyó. Y eso, a su edad, a un campanero con su currículum, le va a hacer mucho daño.

—¿No le ha dicho nada aún?

—No. Quería hablarlo con vosotros primero.

Clara lo pensó.

—Padre, ¿qué tal si vamos los tres? Adrián, usted y yo. Esta tarde. Se lo contamos despacio. Y le pedimos su parte.

—¿Su parte?

—Sí. Las campanas. Las campanas y Santiago. Porque si Morán se ha llevado el objeto y va camino del norte, Tomás, desde la Giralda, puede dar aviso a su gemelo de allí. Tomás tiene desde hace muchos años un compañero en la torre de Santiago con el que, según él,

puede conversar por vía sonora. No nos ha explicado cómo. Pero conviene probarlo ahora.

Salvatierra asintió con una calma que le costaba.

—Le iba a llamar esta tarde. Ahora le vamos los tres.

Miró el reloj. Las once menos veinte.

—Ahora voy. Solo. Les recojo a las una para el almuerzo.

Se levantó. Se puso la chaqueta oscura sobre la sotana. Salió.

Clara y Adrián se quedaron en el archivo.

—¿Cómo está? —preguntó Adrián.

—¿Yo?

—Sí.

Clara dejó la pluma sobre la mesa. Respiró despacio.

—Estoy, más o menos, como usted. Asustada, pero con un tipo de miedo al que no tengo costumbre. No es el miedo a que pase algo físico. Es el miedo a haber cruzado una línea profesional sin darme cuenta.

—¿A qué se refiere?

—Llevo quince años trabajando con documentos, Adrián. Quince años aprendiendo a distinguir lo público de lo privado, lo custodiable de lo difundible, lo archivable de lo restringible. Y de pronto formo parte de una custodia no escrita, cuya normativa no puedo enseñar, cuyo marco jurídico no existe, cuya pérdida anoche es hoy, legalmente, irrecuperable. En unas pocas semanas he pasado de ser archivera, a ser custodia.

—Es una palabra grande.

—Es una palabra exacta.

—¿Y eso la asusta?

Clara lo miró.

—No me asusta. Me hace pensar que, a partir de ahora, voy a leer el archivo de otra manera. Y que probablemente, si tengo sucesora, voy a hacer con ella lo que Carmen hizo conmigo: leerla, medirla, esperar a que me lo pida, y no pedírselo yo.

—¿No es una forma de manipulación?

—Es la forma menos dañina que se ha encontrado en siglos, Adrián. Los reclutamientos explícitos, como decía Salvatierra, siempre acaban mal.

Adrián asintió.

—Clara.

—Sí.

—Gracias. Por haberme llevado al archivo aquella primera tarde. Por no haberme llamado loco.

Clara sonrió levemente.

—Usted no tenía cara de loco, Adrián. Tenía cara de oído.

—¿De oído?

—Un oído, así lo llamó Claudio la primera mañana. El que oye. Es un buen piropo profesional, que le quede a usted.

Hubo un silencio cómodo. Clara cogió su taza, bebió un sorbo del café ya frío, y miró un momento por la ventana. El cielo, desde el archivo, se veía alto, despejado, con esa amabilidad meteorológica que acompañaba a la mañana. Un par de palomas cruzaron lentamente, del oeste al este, como si ellas también participaran discretamente de la recomposición general.

Adrián bajó la vista al archivo.

—¿Hay algo que yo pueda leer esta mañana?

Clara cogió del anaquel dos libros.

—Empiece por estos. Son correspondencias del Cabildo con la Catedral de Santiago entre 1812 y 1901. Están catalogados. No hay nada obvio. Pero, con lo que sabemos ahora, seguramente encontrará, en las líneas entre las líneas, referencias al oficio que antes no sabíamos leer.

—¿Me deja?

—Quédese en la silla de al lado. No los saque del archivo.

Adrián se sentó. Clara también. Durante dos horas, los dos, en silencio, leyeron correspondencias del siglo diecinueve. Se pasaron, de vez en cuando, apuntes en voz baja. Subrayaron, con lápiz muy suave, ciertos pasajes: una carta de 1841 en la que un canónigo de Sevilla se disculpaba ante uno de Santiago por un retraso *en la entrega que supone la cortesía de costumbre*; una carta de 1872 en la que un archivero anterior al de la época comentaba que *la humedad del archivo menor estaba mejor una vez renovada la piedra pequeña*; tres cartas seguidas, entre 1889 y 1891, en las que se

habla de una enfermedad prolongada del *señor canónigo Celis*, que estaba convaleciendo en el norte.

Cada carta, por sí sola, era banal. Todas juntas, no.

Cada una llevaba, dentro, un hilo.

A la una, Salvatierra volvió al archivo. Traía mejor cara.

—He hablado con Tomás.

—¿Y?

—Se lo ha tomado como un profesional. Primero lo ha encajado como un golpe. Luego se ha puesto de pie. Y luego me ha dicho, con la serenidad del que sabe que ha hecho bien su trabajo pero que a veces la realidad es más rápida que uno, que él mismo contactará esta tarde con su gemelo de Santiago.

—¿Cómo?

—Con una serie de campanadas hechas en ciertas horas, en ciertos ritmos. No voy a entrar en los detalles, porque no los entiendo del todo, y no me gusta explicar lo que no entiendo. Pero me ha asegurado que, entre las tres y las cuatro de la tarde, el mensaje habrá llegado a la torre del norte.

—¿Y hay alguien allí para recibirlo?

—Sí. Un hombre llamado Xoán Ferro. Mayor que Tomás. Noventa años. Ciego también, por cierto. Y según Tomás, muchísimo mejor oído que él.

—¿Noventa años?

—Noventa. Pero trabaja. Hace años que no sube a la torre, pero tiene quien le sube y quien le baja. Y escucha desde abajo con un sistema propio.

Clara se rió un momento, sin ganas pero con cariño.

—Los oficios invisibles siguen existiendo —dijo.

—Siguen existiendo, sí —dijo Salvatierra—. Los institucionalizamos mal. Pero siguen existiendo.

Fueron a comer los tres a una taberna pequeña de la calle Federico Sánchez Bedoya, una de esas tascas con el suelo de baldosa vieja y el techo con vigas de madera. Comieron sin prisa. Hablaron de otras cosas. De los padres de cada uno. De los estudios que cada cual había hecho antes de aterrizar en su oficio. De un viaje que Salvatierra había hecho a Roma en 1987. De un libro que Clara estaba leyendo

sobre arquitectos olvidados del siglo diecinueve. De un restaurador de Toledo que Adrián había conocido muchos años antes y con el que había perdido el contacto. No hablaron de Morán, ni de la bóveda, ni del sistema. Durante una hora entera, fueron simplemente tres personas en una tasca a las dos de la tarde, con los tenedores chocando suavemente contra los platos y la conversación pasando de uno a otro sin presión.

A Adrián le sorprendió descubrir, sobre todo, las risas pequeñas de Salvatierra. Hasta entonces no le había oído reír en la vida. En la tasca, en cambio, el sacerdote, con el segundo vaso de vino, se animó a contarles una anécdota suya de Roma, en el ochenta y siete, cuando un compañero italiano suyo, al que llamaba *don Vincenzo*, le había dejado plantado en medio de la Piazza Navona por ir a confesar a un matrimonio que le había parado por la calle con un problema que resultó durar dos horas largas. Salvatierra había esperado dos horas con un paraguas prestado. Al final, don Vincenzo había vuelto corriendo, con una disculpa formal, y los dos habían cenado en una trattoria pequeña que, según Salvatierra, había cerrado hacía veinte años y cuya carta seguía recordando plato por plato. Clara se reía. Adrián también. La tasca, durante esos minutos, era sencillamente una tasca. La Catedral, una catedral. Los custodios, tres amigos.

A las tres, salieron. Salvatierra se despidió hasta la tarde. Clara, que tenía que recoger unos papeles del archivo antes de cerrar, dejó a Adrián en la Avenida de la Constitución. Se iba a casa.

Adrián no tenía ganas de ir a casa. Decidió caminar.

La Avenida de la Constitución, a aquella hora, tenía la luz dorada y limpia de marzo, con el tráfico ligero y los tranvías pasando cada pocos minutos con ese rumor suave de los tranvías modernos. Había menos ruido del habitual. No porque hubiera menos gente, que la había. Sino porque el ruido tenía una textura distinta. Adrián tardó un rato en darse cuenta.

Las campanas.

Llevaba horas sin oír una desafinada.

Las de la Magdalena, la de Santa Catalina, las de San Vicente, la propia Giralda, sonaban cada una a su hora, con su propia cadencia, sin crujidos, sin desfases. La ciudad había vuelto a su pulso. No del

todo: Salvatierra le había dicho que tardaría días. Pero tanto como para que un paseante poco atento no pudiera distinguir ya entre una Sevilla buena y una Sevilla mala.

Un paseante bien atento sí. Adrián, caminando, percibió que había una pequeña densidad nueva en el aire. No humedad. No temperatura. Densidad. Algo parecido a como se siente un día ligeramente antes de una tormenta, pero sin tormenta.

Sevilla cambia de densidad.

La frase le vino, a Adrián, como si alguien se la hubiera dicho. No era suya. No era de Clara, no era de Salvatierra, no era de Claudio, no era de Tomás. Era una frase antigua, probablemente sin dueño, acuñada en algún contexto de custodias que él no conocía pero que, de haber existido, habrían escrito esa sola frase para entenderse.

Caminó por Mateos Gago hasta Santa María la Blanca. Se sentó en un banco pequeño bajo unos naranjos. Sacó el cuaderno de campo. Escribió la frase. La leyó. La cerró. Se quedó un rato mirando la fachada de la iglesia, que conservaba, incrustada en sus muros, la estructura de la antigua sinagoga medieval. *Como arriba, así abajo*, se dijo otra vez, ahora en clave histórica: lo que había debajo, anterior, seguía allí, bajo la capa posterior, ajustándose a ella sin protestar. Funcionando. Ese era el principio del edificio religioso en aquella ciudad, y probablemente en muchas. Se construía sobre. Nunca se construía *desde cero*. Y lo de debajo seguía respirando.

A las cuatro y media, el móvil vibró.

Era Salvatierra.

—Adrián. Tomás ha dado la señal.

—¿Y?

—Ha recibido respuesta.

—¿De Xoán Ferro?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho tres cosas. Una: que ayer por la tarde, a eso de las siete, la torre de Santiago notó un pequeño desfase en la campana de Berenguela. La más antigua. La que viste pintada en negro. Similar al desfase que notamos nosotros aquí anteayer a las diez y siete.

—¿Y las otras dos cosas?

—Dos: que esta mañana ha llegado a Santiago, en tren, un hombre joven, con sotana negra limpia y una pequeña maleta. Se ha alojado en la hospedería del Cabildo. Los hospederos lo han reconocido como el propio Morán.

—¿Y tres?

—Tres: que el tal Morán, esta tarde, a las cuatro, ha pedido ser recibido por el Cabildo. Para hacer una entrega formal de un objeto.

—¿Entrega formal?

—Entrega formal. Con notario. Con acta. Con todo el papel en regla.

—Pero si la idea era entregarlo aquí, en Sevilla.

—Era la idea que nos dio a nosotros. Evidentemente, era otra.

—Pero ¿por qué allí?

—Es más fácil, Adrián. El Cabildo de Santiago no tiene todo el contexto. Él presenta el objeto como un hallazgo del subsuelo sevillano, impecablemente documentado, y se lo entrega a Santiago como un *gesto de comunión entre las dos catedrales*. Santiago lo acepta, lo publica, lo cataloga. Y él se convierte, en el plazo de una semana, en el héroe académico que ha rescatado para la ciencia un objeto enterrado durante siglos por una red oficiosa oculta que, añade, él mismo ha tenido el valor de romper.

—O sea, nos convierte en los malos de la historia.

—Nos convierte, más precisamente, en los inexistentes. Porque la red, al no tener figura jurídica, no existirá ni siquiera como enemigo. Seremos una nota a pie de página.

Adrián se quedó quieto en el banco. En la fachada de la iglesia, el sol de la tarde iluminaba el rebaje de la puerta, y una anciana que acababa de salir se cruzaba con un niño pequeño, nieto suyo probablemente, al que ajustó con dos movimientos rápidos el cuello de la camisa. Un mundo entero, a tres metros de él, indiferente a lo que acababa de oír por teléfono.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a Santiago.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. Coche, los tres. Siete horas de carretera.

—Tres, porque Rafael se queda.

—Rafael se queda, sí. Y Tomás también. Necesitamos la torre activa.

—¿Y usted cree que podremos evitar la entrega?

Salvatierra respiró hondo.

—No.

Adrián parpadeó.

—¿No?

—No podemos evitarla. Es probable que la entrega esté hecha antes de que lleguemos nosotros. Eso no es lo que vamos a hacer allí.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

Salvatierra tardó en contestar. Cuando contestó, tenía la voz más baja de lo que Adrián le había oído en todas aquellas semanas.

—Vamos a hacer —dijo— lo que siempre se hace en estos casos, Adrián. Lo que se hizo en el veinte. Lo que se hizo cuando se voló la Cámara Santa en el treinta y cuatro. Lo que se hace cuando un nudo grande de la red ha sido forzado por alguien que se cree mejor preparado que quienes lo custodian. Vamos a ir a ver qué queda.

—¿Y luego?

—Y luego, si hay suerte, volveremos sabiendo lo que ya no vamos a poder custodiar, pero sabiendo también en qué dirección puede continuar la custodia. Es lo más útil que, en mi experiencia, pueden hacer los últimos.

Colgaron.

Adrián se quedó bajo los naranjos un buen rato. Las tres y media se habían convertido en cuatro y pico sin darse cuenta. El sol bajaba por una esquina del cielo, rojizo ya, preparándose para el ocaso temprano de marzo. En la fachada de la iglesia de Santa María la Blanca, un poco más allá, un grupo pequeño de turistas escuchaba a un guía explicar la sinagoga medieval que había estado allí antes del templo cristiano.

Como arriba, así abajo.

Se acordó de aquella inscripción bajo tierra y le pareció, por primera vez, aplicada a la historia: lo que se construyó encima de lo que ya había, conservando, a veces, lo que había, contaminándolo, a veces, sin querer, con lo nuevo; lo que había debajo seguía

respirando por debajo; y, cuando la capa de arriba cambiaba, la de abajo lo notaba. Y viceversa.

Se levantó. Caminó hasta casa. Preparó la bolsa para el viaje. Pocas cosas. Las imprescindibles: dos camisas, dos pantalones, un jersey, ropa interior para tres días, el neceser, la cazadora extra, el cuaderno de campo, un par de libros —un Josep Pla y un Sciascia— por si tenía ratos muertos, y, en el bolsillo interior, la vieira con las tres muescas, más pequeña que una moneda pero firme en el dedo cuando la palpaba. Dio de comer al perro y llamó a la vecina del segundo, una señora jubilada, simpática, con la que tenía acuerdo de emergencias. Le pidió que le subiera a dar de comer al perro dos veces al día durante dos o tres días. La vecina le dijo que sí, que fuera tranquilo.

—¿Viaje bonito? —preguntó, por costumbre.

—De trabajo.

—Bueno, que tenga buen viaje.

A las ocho y media, llamó Clara.

—Adrián.

—Dígame.

—Mañana a las siete en la puerta de su edificio. Yo conduzco hasta Mérida. Usted, de Mérida a Zamora. Salvatierra, de Zamora a Santiago.

—¿Lleva usted el coche?

—El mío. Sí. Lo he puesto a punto esta tarde.

—Siete de la mañana.

—Siete en punto.

Colgó.

Adrián se sentó a la mesa de la cocina un rato. Se bebió un vaso de agua. El perro, a los pies, dormía ya. En la cocina se oía el zumbido lento del frigorífico y, muy al fondo, el eco de la ciudad de marzo, con sus campanadas sueltas, sus coches lejanos, alguna voz en alguna terraza de Santa Cruz.

Y por debajo, invisible pero para él —ya para él siempre— audible, el pulso.

Tres y dos.

Un poquito más tenue que antes. Pero firme.

Como si el sistema, sabiendo que alguien se había llevado una pieza, no estuviera resignado al vacío. Como si, al contrario, estuviera marcando, con esa leve insistencia, el compás de lo que tocaba ahora.

Ir a ver qué queda.

Se acostó temprano.

No soñó. O soñó algo muy lejano, que no recordó al despertarse. Pero a las tres de la madrugada, sin saber bien por qué, se despertó unos segundos. Por la ventana entornada entró un rumor de aletazo. Un cuervo, quizá, pasando bajo el neón parpadeante del estanco. Quizá el mismo de siempre. Quizá otro nuevo. En cualquier caso, un aletazo.

Dos aletazos pesados.

Se volvió a dormir.

Fuera, el cielo estaba muy alto, muy limpio, muy oscuro. Y debajo, la ciudad respiraba con esa respiración recién estrenada de los organismos que han tosido fuerte durante dos semanas y por fin, con esfuerzo, han vuelto a tomar aire hondo.

Mañana irían al oeste.

Capítulo 15
Hacia el oeste

Salieron de Sevilla a las siete y cuatro minutos del día siguiente. Clara conducía con esa calma técnica de los que conducen a menudo por carretera, las manos a las diez y diez, los ojos serenos. Adrián, a su lado, había metido la bolsa en el maletero y se había puesto cómodo en el asiento con una pequeña botella de agua en el portavasos. Salvatierra, detrás, llevaba un libro sobre las rodillas que, previsiblemente, no iba a leer: un breviario negro con las tapas desgastadas, más por costumbre que por lectura. El aire de la mañana era limpio, fresco, con ese cielo alto que tienen los días largos de marzo cuando la primavera todavía no ha llegado pero se anuncia.

Cruzaron el puente de Santiago Calatrava, con Sevilla quedando atrás a la derecha, la Giralda pequeña y firme contra un cielo blando. Ninguno de los tres la miró más de lo estrictamente necesario. Era, para los tres, una manera involuntaria de no despedirse. Si no la miraban, no se iban del todo.

Enfilaron la autovía hacia Mérida.

Durante la primera hora, apenas hablaron. El paisaje andaluz — los olivares en hileras cansadas, las tierras rojizas, las casas bajas pintadas de cal, un rebaño de ovejas cruzando un camino lateral en un punto impreciso— pasaba por la ventanilla con la paciencia mecánica de los trayectos largos. Adrián, durante aquella primera hora, se dedicó a mirar. Clara, a conducir. Salvatierra, a no interrumpir.

En una cuneta vieron, al pasar, a un pastor joven solitario con un rebaño pequeño. Llevaba una gorra de lana y un cayado de madera, y al cruzar con el coche, el chico levantó un momento la mano en saludo de cortesía rural. Clara le devolvió el gesto con un leve

asentimiento del mentón. El rebaño, dispuesto en la cuneta de la carretera, iba moviéndose con la parsimonia de los animales que han aprendido a no dejarse asustar por los motores. Adrián siguió al pastor con la mirada hasta que dejó de verlo. Le habría gustado saber, sin motivo concreto, cómo se llamaba, qué pensaba, si tenía mujer, si había nacido allí. Una curiosidad ociosa de los trayectos largos. La reservó para sí. Era el primero, pero no iba a ser el último habitante incidental de aquel viaje del que se acordaría.

Hacia las nueve, Clara encendió la radio un momento, la apagó enseguida. Adrián sacó del bolsillo el cuaderno de campo. No escribió nada. Lo abrió al azar en una página vieja, volvió a cerrarlo, lo guardó.

—¿Cómo vamos de tiempo, Clara? —preguntó Salvatierra, al cabo.

—Hasta Mérida, bien. A Zamora llegaremos sobre la una. A Santiago, cuatro de la tarde, si no hay problemas.

—Hay tiempo antes de que cierre el Cabildo, entonces.

—Hay tiempo. Pero muy justo.

—Con eso nos vale.

Los tramos se fueron sucediendo. Pararon a poner gasolina en Mérida. En la cafetería de la gasolinera, un sitio con luz de fluorescente y olor a café barato, tomaron los tres un café corto en la barra. Clara pagó. Un camionero joven, sentado en una mesa al fondo, les lanzó una mirada distraída, como hacen los camioneros con todo el mundo en las gasolineras: sin simpatía, sin hostilidad, con la cortesía profesional de los que están de paso. Clara cedió el volante a Adrián.

El segundo tramo, por la A-66, llevó el coche por Extremadura y Castilla con esa monotonía franca de los viajes por el oeste peninsular: encinas dispersas, aguaducho, pueblos con nombres de una sola palabra, castillos abandonados en cerros, vacas serias, algún tren de mercancías cruzando en paralelo. Adrián condujo con las dos manos. Clara, ahora a su lado, apoyó la cabeza en la ventanilla y dormitó un rato. Salvatierra, detrás, iba en silencio, mirando el paisaje con esa atención devota con la que algunos viejos sacerdotes miran el mundo cuando saben que ya no les quedan muchos viajes por hacer.

Pararon a comer en una tasca pequeña de la salida de Zamora, un sitio con mantel de papel, vino de la casa en jarra, pan gallego ya, y lentejas con chorizo. Se les acercó, a pedir la comanda, una mujer de unos sesenta años, con el pelo teñido de castaño y una limpieza de delantal admirable, que los trató con la cortesía natural de Castilla. Comieron con la calma de los que tienen carretera por delante y, a la vez, con la prisa civilizada de los que saben que les quedan aún unas cuantas horas. Salvatierra comió poco. Dijo que le bastaba con el primer plato. Adrián, que por oficio sabía reconocer el cansancio en los ancianos, no insistió. Clara tampoco. El cansancio de un cura de sesenta y seis años, después de dos semanas como aquéllas, no se combate con un segundo plato.

Salvatierra se sentó al volante para el último tramo.

Condujo despacio, con esa forma suya de conducir que era casi una meditación, las manos bajas sobre el volante, la vista cómoda, sin prisa por adelantar a nadie. El paisaje cambió, ya al salir de Zamora, con esa gradualidad particular que tiene la península cuando se entra en Galicia: los tonos dejan de ser rojizos y se vuelven más verdes, las casas empiezan a ser de piedra oscura en lugar de cal, los caminos se enroscan un poco más, y en un momento determinado —sin que uno pueda decir cuál exactamente— uno advierte que el aire huele distinto. A helecho. A humedad. A mar lejano.

Entraron en Galicia a las dos y media.

Durante un rato largo, Adrián, detrás, se quedó mirando por la ventanilla con ese silencio atento de los que se dan cuenta de que están entrando en un lugar que no es el suyo pero que, por alguna razón, les incumbe. Los prados tenían aquella nitidez gallega de los verdes húmedos; vio un caballo solitario, atado a una estaca, en una finca pequeña; vio una vieja casita de piedra con tejado de pizarra y un hórreo al lado; vio, en la entrada de un pueblo que no pudo anotar, un crucero bajo de piedra tallada, un cristo muy pequeño sobre un podio gastado, con dos flores recién puestas a sus pies. Era una Galicia vivida, sin turismo, sin decorado. Adrián, que había estado sólo una vez en aquel territorio, en un viaje muy breve en los años noventa, comprendió entonces por qué, en los papeles antiguos

del Cabildo, las menciones al norte tenían siempre un matiz de respeto: no se estaba hablando sólo de otra ciudad, se estaba hablando de otro clima, otra piedra, otra paciencia.

A las cuatro menos veinte, a la altura de Ordes, Salvatierra suspiró.

—Ya.

—Ya —dijo Clara.

Santiago de Compostela apareció a los pocos kilómetros. Primero las señales verdes, luego el polígono industrial periférico, después, casi sin avisar, los montes bajos cubiertos de pinos y eucaliptos alrededor del casco antiguo. Entraron por el norte. Salvatierra conocía la ciudad mejor de lo que había reconocido hasta entonces; dirigió el coche sin vacilar por las rotondas y las calles paralelas hasta dejarlo en un aparcamiento subterráneo cerca del Hostal de los Reyes Católicos.

Subieron. Y, como a los sevillanos les pasa, y a los no sevillanos también, la primera vez que alguien sube desde la Ciudad de la Cultura hacia la Plaza del Obradoiro, Adrián se detuvo un segundo al ver, entre dos edificios, el perfil inconfundible de la fachada del Obradoiro.

Las torres eran altas, macizas, labradas en granito oscuro por los siglos de lluvia. La fachada, entre ambas, con su exuberancia barroca y su escalinata doble, parecía más una partitura que una fachada. A aquella hora, con el sol bajo ya por el oeste, la piedra estaba tomando ese tono dorado viejo con el que se acuestan las catedrales grandes.

—Impresionante —dijo Adrián.

—Sí —contestó Clara—. Pero hoy no venimos a admirarla.

—Ya.

—Vamos.

Cruzaron la plaza por un lado. Unos peregrinos con mochilas grandes —dos chicos jóvenes, una pareja quizá—, recién llegados probablemente de la última etapa, estaban sentados en el suelo con las botas fuera, descansando. Un grupo de coreanos hacía fotos, todas iguales. Un músico callejero, en la esquina del Obradoiro con Rúa do Franco, tocaba un arpa gallega con una seriedad técnica admirable. Salvatierra los guió hasta la portería del Cabildo, en un

edificio lateral. Un hombre joven, con chaqueta formal y un pequeño pin con la concha de vieira en la solapa, los recibió en un pequeño despacho.

—Padre Salvatierra, archivera Bru, señor Vega —dijo—. Les esperábamos.

—¿Nos esperaban?

—Desde esta mañana. Don Fabián ha dicho que iban a venir.

Miraron los tres al portero con atención educada.

—¿Don Fabián Lamela? —preguntó Clara.

—El mismo. Canónigo emérito. Ha dejado recado de que, en cuanto llegasen, se les acompañara directamente al Cabildo. Si me permiten.

Los condujo por un pasillo interior, con paredes de piedra encalada, suelo de losas grises y un olor tenue, no precisamente de archivo pero sí parecido, a madera encerada y papel descansado. A los pocos minutos los hizo pasar a una sala rectangular, de techo alto, con una larga mesa de castaño en el centro, tres balcones abiertos a un patio de claustro, y una decena de sillas de respaldo recto dispuestas alrededor.

En el extremo más alejado de la mesa, había un hombre mayor sentado.

Fabián Lamela tenía ochenta y dos años, el pelo muy blanco, cortado de modo práctico, y una ligera corpulencia de hombre del norte acostumbrado a caminar. Llevaba una camisa azul oscuro, un chaleco de lana gris, unos pantalones oscuros, y los zapatos pulidos con la minuciosidad cotidiana de las personas mayores que viven solas. Sobre la mesa, frente a él, había un pequeño estuche de cuero abierto con dos pares de gafas, una taza con agua, y una sola carpeta delgada. A un lado, una pequeña radio apagada sobre una repisa. Detrás, en la pared, una fotografía enmarcada: un hombre mayor, probablemente él mismo de más joven, junto a un obispo retratado en los años setenta, con los rostros serios de los que posan por obligación. En la esquina, un perchero con una chaqueta oscura y un paraguas ajado.

Se levantó con esfuerzo al verlos.

—Don Ignacio.

—Don Fabián.

Se dieron un abrazo breve, profesional, como el que se dan dos sacerdotes que no se ven desde hace años pero se escriben de vez en cuando.

—Archivera. Señor Vega. Pasen. Siéntense. Les serviré un café en un momento, pero antes hablemos.

Se sentaron.

Lamela no se anduvo con rodeos.

—Llega usted tarde, don Ignacio. Pero llega en el día en que había que llegar. Voy a resumirlo.

—Por favor —dijo Salvatierra.

—Hoy a las doce ha tenido lugar aquí, en esta mesa, un acto formal de entrega. El canónigo don Alberto Morán Caldevilla, a quien ustedes conocen bien, ha entregado al Cabildo de la Catedral de Santiago, en nombre del Cabildo hermano de Sevilla, con el que está en perfecta correspondencia administrativa, un objeto arqueológico encontrado durante, cito textualmente, *una inspección de rutina en las estructuras hidráulicas subterráneas del templo hispalense*. El objeto, según consta en el acta notarial, es un pequeño medallón metálico, en bronce con aleación desconocida, de diámetro tres coma dos centímetros, sin inscripciones legibles, con un relieve circular en una cara y cuatro puntos dispuestos en cruz en la otra. Está en condiciones de conservación razonables. Está ya catalogado. Está ya fotografiado. Está ya en depósito, en una vitrina cerrada del archivo de reliquias menores.

Salvatierra asintió sin expresión.

—Lo sabíamos.

—Lo imagino. El tren le delató desde ayer.

—Tomás nos avisó.

—Claro. Xoán me avisó a mí anoche a las diez. Estuvimos hablando hasta cerca de las once. Pero ustedes ya habrían decidido venir a estas alturas.

—Ya.

Hubo una pausa. Lamela abrió la carpeta que tenía delante y sacó de ella una sola fotografía en color, impresa sobre papel fotográfico grueso, tomada evidentemente aquella misma mañana. Se la pasó a

Salvatierra sin más comentario. El sacerdote la miró en silencio. Adrián y Clara se inclinaron por encima del hombro. En la fotografía, sobre un paño blanco, se veía el medallón: un círculo pequeño de metal oscuro, con reflejos verdes muy tenues en algunos ángulos, el relieve del anverso borrado por el uso, y los cuatro puntos del reverso perfectamente nítidos, grabados con esa precisión de las piezas que no eran ornamentales sino, literalmente, herramientas.

—Don Fabián.

—Dígame, Ignacio.

—¿Es el objeto auténtico?

Lamela tardó en contestar.

—Auténtico, sí. Es el objeto del cuenco del crucero invertido, sin duda. Lo he podido ver brevemente mientras se preparaba la vitrina. He estado tres minutos, como archivero emérito, en la sala. Los suficientes.

—¿Y qué es?

—Lo que siempre se sospechó. Un token ritual de función no doméstica, probablemente del segundo o tercer siglo antes de Cristo, fundido con una aleación anómala que sólo se había visto en dos lugares más del occidente europeo. Uno en Bretaña. Otro, supuestamente, en la costa gallega, aunque nunca se encontró. Nuestra pieza, hasta hoy, era un rumor.

—Hasta hoy —repitió Salvatierra.

—Hasta hoy.

Clara, que había escuchado con su atención profesional más concentrada, intervino.

—Don Fabián. ¿Y ustedes pueden hacer algo? ¿Aquí, en Santiago?

Lamela la miró con la amabilidad de quien aprecia que una archivera joven pregunte exactamente lo que hay que preguntar.

—Querida Clara. Permítame que la tutee, que yo soy viejo. Te voy a contestar con honradez. Nosotros, en Santiago, no podemos hacer lo que tú y yo llamaríamos *deshacer* el acto de esta mañana. El medallón se ha entregado con todos los papeles en regla. Si yo ahora moviese el teléfono para que el Cabildo no acepte la entrega, los que hoy hemos firmado el acta —que somos cinco, incluido el deán y un notario— quedaríamos en una posición ridícula. Y no por nosotros,

sino por lo que quedaría expuesto detrás: la existencia de una red no registrada, un precedente de custodia informal de reliquias, y toda la prensa eclesiástica y civil durante tres meses haciéndonos preguntas que no queremos contestar.

—Entonces —dijo Adrián, con la voz neutra—, el objeto ha entrado en la historia oficial. Por una vía falsa, pero oficial.

—Ha entrado en la historia oficial por una vía falsa pero oficial, señor Vega. Correcto.

—Y la red...

—La red sigue.

Hubo un silencio. Lamela apoyó las manos sobre la mesa, las dejó ahí.

—Pero —continuó— la red sigue descompleta. Ese es el coste. Lo que contenía ese medallón, y que nosotros no sabíamos leer todavía, no va a poder leerse ya como se tendría que haber leído: en su sitio, en su cuenco, en su bóveda, con el agua que le correspondía. Va a poder leerse como pieza de museo. Eso es otra cosa. Es menos. Es irreversible. El que bajó y lo sacó sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Salvatierra, por primera vez en toda la escena, bajó la cabeza un momento.

—¿Y ahora? —preguntó Clara.

Lamela la miró con una paciencia cálida.

—Ahora, Clara, te voy a contar lo que no sabes todavía y lo que nos corresponde contarte, porque has venido hasta Santiago y porque mereces, como mínimo, no marcharte con las manos vacías.

Se inclinó un poco.

—Primero. En esta Catedral, en Compostela, hay una cámara equivalente a la bóveda inversa de ustedes. Más pequeña. Anterior a la Catedral actual. Anterior al santo al que veneramos, oficialmente, aquí. Esa cámara, a diferencia de la vuestra, nunca fue redescubierta en obras. Ha permanecido en uso, con intermitencias, desde el siglo octavo. Hoy, a las seis de la tarde, si quieren, podemos bajar los cuatro. No es un ofrecimiento protocolario. Es, como decía don Evaristo Celis en su carta, *cortesía entre custodias*.

Clara se sentó más erguida.

—Gracias.

—Segundo —continuó Lamela—. No va a ver en esa cámara ningún objeto equivalente al que se llevó esta mañana. Nuestra cámara, la compostelana, nunca contuvo reliquia, ni medallón, ni nada físico. Contenía, contiene, una inscripción. Muy breve. Muy antigua. Y en esa inscripción, si la miráis con los ojos con los que venís, encontraréis parte de lo que a vosotros os falta ahora mismo en Sevilla.

—¿Qué inscripción? —preguntó Adrián.

Lamela sonrió.

—Prefiero que la lean ustedes mismos. Con su oído, señor Vega. Con sus ojos, archivera. Con lo que sea, don Ignacio.

—De acuerdo —dijo Salvatierra.

—Tercero. Don Alberto Morán ya no nos preocupa. O, mejor dicho, nos preocupa, pero en otra escala. Ha hecho lo que ha hecho y se va a ir a su universidad con su publicación. Tendrá, en un año, un artículo. En dos, un libro. En cinco, una cátedra más. Es el precio que ha decidido cobrarse por su inteligencia. No es un destino envidiable, aunque él probablemente lo envidie. Pero no podrá volver a hacerlo.

—¿Por qué no podrá? —preguntó Adrián.

—Porque este objeto era único, señor Vega. No hay otro así en el subsuelo sevillano. Ni en el compostelano. Ni en ningún otro de los nudos. Lo hemos estado intentando localizar con criterios técnicos durante casi cien años. Ha sido cazado una vez. No lo será más.

—Cuarto —continuó Lamela—, y esto sí me importa mucho, y por eso lo reservo para el final. Hay una cuestión que ustedes no han planteado y que yo pienso plantearles. Don Ignacio, usted tiene sesenta y seis años.

—Sesenta y seis, sí.

—Lleva cuarenta y uno en la sacristía de la catedral de Sevilla.

—Sí.

—Yo tengo ochenta y dos, y llevo aquí cincuenta y ocho años. Don Claudio tiene ochenta y siete. Tomás, ochenta y cuatro. Xoán Ferro, noventa. Rafael, que usted también me ha nombrado, tiene cincuenta y nueve. Clara, treinta y cinco, si no me equivoco mucho.

—Treinta y seis —matizó ella.

—Treinta y seis. Perdón. Adrián, cuarenta y dos. Corríjame si es otro.

—Cuarenta y dos, sí.

—Muy bien. Total, en la red operativa del sur del Duero y del norte del Duero sumadas, somos siete personas. Siete. En 1887, cuando Celis escribió la carta que ustedes han leído, éramos, si no me equivoco, treinta y una. Treinta y una en toda la península.

Dejó caer la cifra con calma. La dejó sobre la mesa como si fuera una pieza física a la que se le dedica su tiempo antes de seguir.

—La red no puede seguir así muchos años más, Ignacio. Y sin embargo, no debe perderse. Ustedes dos —y miró a Clara y a Adrián— son, ahora mismo, lo único de nueva sangre que tenemos. Entrar en la red no es, como ustedes saben, cuestión de invitación. Se entra por oído. Pero el oído, sin guía, se oxida. Y yo, con todos los respetos a don Ignacio, no puedo guiarles desde Santiago por teléfono.

Clara guardó silencio.

—Don Fabián. ¿Qué nos pide?

—No os pido nada todavía. Os informo. En los próximos dos años, ambos vamos a necesitar aprender formalmente, con uno o dos viajes largos, cosas que en Sevilla no os podemos enseñar. A ti, Clara, el sistema de marginalia. A ti, Adrián, la escucha cruzada entre torres y subsuelos. Yo puedo hacerlo. Xoán puede ayudarme con Adrián en el apartado acústico. Pero requiere tiempo. Y viajes. Y disposición. No os apresuréis a contestarme hoy. Pero sí empezaréis a pensarlo.

Clara y Adrián se miraron. No contestaron. No hacía falta todavía.

Lamela asintió.

—Café —dijo—. Y después, a la cámara.

Sonó una pequeña campana en un botón junto a su mano. En segundos, el mismo portero joven entró con una bandeja de plata, cuatro tazas, una cafetera, y un plato con un bizcocho casero. Lo sirvió con discreción y se retiró. Durante veinte minutos, los cuatro bebieron café y conversaron sobre temas menores: la ruta por la autovía, el cansancio del viaje, una anécdota de Lamela sobre un obispo de los sesenta que, según él, creía que los archivos estaban para ser usados y no para ser consultados —una distinción que provocó la risa contenida de Clara. Hablaron, también, de la

diferencia entre los cuervos de Sevilla y los de Santiago. Adrián preguntó. Lamela contestó con seriedad: en el norte, los cuervos son más grandes y son menos. En el sur, son más pequeños y son muchos. Ambas ciudades los tienen. Y, añadió, ambas ciudades los tienen porque, en determinadas cornisas, los cuervos son la única presencia que acompaña al que baja a las cámaras antiguas cuando sube. *Están donde están*, dijo el canónigo emérito con una sonrisa muy pequeña, *no por casualidad, sino por hábito*. Adrián no apuntó la frase. Pero la retuvo.

A las cinco y media, Lamela se levantó.

—Vamos.

Los llevó a otra sala, más pequeña, con una puerta de madera sin letrero que daba a un pasillo de servicio. De allí, por una escalera estrecha, bajaron al subsuelo compostelano. La escalera era más antigua que la de Sevilla, menos regular, con peldaños de distinto tamaño. El aire era más frío de lo que Adrián había esperado. Olía, también, a sal. No a piedra seca sino a mar lejano, a marea, a humedad del Atlántico. Una nota sensorial que, para un restaurador del sur, era desconcertante.

—Estamos bajo la nave del Obradoiro —dijo Lamela, mientras bajaba con una linterna—. A unos doce metros. A casi la misma profundidad a la que ustedes tienen la balsa. Los que construyeron estas dos catedrales cuidaron la simetría con una precisión que nos sigue asombrando.

Al pie de la escalera, una galería corta. Más corta que la sevillana. Al fondo, una cámara pequeña, casi cuadrada, de unos cuatro metros por cuatro, con el suelo de piedra pulida y el techo en bóveda baja. No había cuenco. No había plano labrado. Sólo, en la pared del fondo, una inscripción.

Tres líneas.

Letras capitales. Muy antiguas. Grabadas con esa profundidad especial que da el cincel manejado con paciencia durante horas.

Adrián se acercó con la linterna. Clara también. Las letras eran latinas, y estaban dispuestas así:

**FIDES AQVAE MEMORIA PETRAE SILENTIUM
NOSTRVM**

—*Fe del agua, memoria de la piedra, silencio nuestro* —tradujo Clara, en voz baja—. ¿Es, digamos, el oficio en tres palabras?

—Exacto —dijo Lamela—. Tres palabras, tres materiales, tres responsabilidades. El agua, la piedra, y nosotros. Cada una contribuye. Sin nosotros, el agua y la piedra siguen. Pero sin silencio nuestro, el agua y la piedra, con el tiempo, se confunden. Se mezclan mal. Y los cauces con carga, entonces, pierden carga.

—¿Y eso es lo que hay que evitar? —preguntó Adrián.

—Eso es lo único que hay que evitar, señor Vega. Todo lo demás son ornamentos.

Adrián se acercó más a la inscripción. Pasó los dedos por las letras. El granito era frío. Más frío que la piedra caliza de Sevilla. Y, por alguna razón que no supo nombrar, más *conversador*, si podía decirse así: la piedra de Santiago parecía una piedra que había escuchado más. Una piedra mayor. Tenía más voz dentro, aunque aquella voz sólo se entregase al que la tocase con paciencia.

Se quedó un rato con los dedos sobre la inscripción.

Por debajo de las letras, y por debajo del suelo, y por debajo del aire mismo de la cámara, Adrián oyó, con esa claridad que a estas alturas ya tenía perfectamente domesticada, el pulso.

No era tres y dos.

Era otro.

Era dos y tres.

Invertido.

Adrián se volvió hacia Lamela.

—Don Fabián.

—Dígame.

—Aquí el ritmo es otro.

Lamela sonrió.

—Aquí el ritmo es otro, sí. *Dos y tres*, en vez de *tres y dos*. Como en un espejo. Es la clave por la que los dos sistemas, el de ustedes y el nuestro, han podido funcionar sin interferirse. El que oiga tres y dos es de Sevilla. El que oiga dos y tres es de Santiago. El que oiga los dos ritmos, y sepa cuál le corresponde en cada lugar, es alguien que ha aprendido los dos sistemas.

—¿Cuánta gente oye los dos?

—Hoy en día. Dos.

—¿Dos?

—Don Ignacio, y yo.

Clara miró a Adrián.

—Adrián.

—Sí.

—Usted está oyendo los dos.

Adrián se dio cuenta de que, efectivamente, era verdad. El dos y tres de allí estaba muy claro en aquella cámara, pero, en algún lugar remoto de su percepción, perfectamente quieto, persistía el tres y dos de Sevilla. Como si la ciudad de la que acababa de salir siguiera emitiendo su pulso natal y este pulso, aun a seis horas de distancia, estuviera todavía grabado en su oído.

Lamela asintió.

—Eso, señor Vega, es lo que yo esperaba escuchar de usted.

Volvieron arriba sin prisa. En la sala del Cabildo, Lamela los invitó a cenar esa noche en un pequeño restaurante conocido de la Rúa Nova. Aceptaron. Quedaron a las nueve. Los tres salieron del Cabildo a las siete.

La tarde, sobre el Obradoiro, se había ablandado ya en un color granate suave. Los últimos peregrinos acababan de recibir la Compostelana. Un grupo pequeño de músicos tocaba una gaita y un tambor en la esquina de la plaza, con esa seriedad profesional de los músicos callejeros gallegos que no sonríen al turista porque entienden que tocar no es sonreír. Un cuervo —grande, negro, calmo— cruzó el aire entre las dos torres. Un solo aletazo.

Adrián no sonrió.

Pero se detuvo.

—Clara.

—Sí.

—Creo que hay que volver. A Sevilla, quiero decir. Después de la cena.

—¿Esta noche?

—Mañana. Pero tenemos que volver. Empezar a hacer el trabajo que toca hacer ahora, que es otro.

—Conservar.

—Conservar. Y reordenar. Y pensar en lo que don Fabián nos ha propuesto.

—Yo ya lo estoy pensando.

—Yo también.

Salvatierra, que había caminado unos metros por detrás, los alcanzó. Les dio un pequeño golpe en el hombro, uno a cada uno, con esa discreción con la que un sacerdote anciano reconoce que alguien más joven, finalmente, ha decidido que sí.

—Vamos —dijo—. Nos da tiempo, antes de cenar, a ver la catedral desde fuera con la luz que le queda. Yo no la he visto bien nunca, aunque he venido tres veces en mi vida. La última vez fue en mil novecientos ochenta y siete.

Pasearon los tres en torno al Obradoiro, la Quintana, la Inmaculada, y volvieron a desembocar en el Obradoiro en un rodeo largo que les llevó cuarenta minutos. La piedra oscura de las torres había pasado ya del dorado al granate y del granate al morado. Iban hablando poco. Salvatierra iba nombrando cosas de vez en cuando: un arco, un resto visigodo incrustado en una columna posterior, una marca de cantero que sólo se veía en cierta iluminación. A Adrián le recordaba a Claudio. Era el mismo oficio con acentos distintos: al del horno le gustaba la boca; al de la sacristía, la junta.

En la Quintana, al pasar frente a la Puerta del Perdón cerrada, Salvatierra se detuvo un momento y apoyó la mano en el muro.

—Cuando vine en el ochenta y siete —dijo, sin mirar a los otros—, don Evaristo, digo, don *Aurelio* Celis, el nieto del de la carta, era ya muy mayor. Vivía aquí, en una casita pequeña de la Rúa Nova. Le visité una tarde. No me dijo nada importante. Habló del tiempo, de los peregrinos, de unas obras que estaban haciendo en el claustro. Pero al despedirme en la puerta, me puso la mano encima, como yo les he puesto hace un rato a ustedes dos, y me dijo *cuando vuelva, venga directamente*. Nunca he vuelto. Y él murió en el noventa y tres. Les cuento esto porque, si no vuelvo a venir a esta ciudad —cosa bastante probable a mi edad—, quiero que sepan que, al menos, esta vez he venido directo.

Clara le puso una mano en el brazo. No dijo nada. Adrián tampoco. Siguieron andando.

Cuando ya volvían, por fin, hacia el restaurante donde les esperaba Lamela, Adrián se dio cuenta de algo.

Hacia el oeste, más allá del perfil de las torres, el cielo estaba todavía más abierto. Más claro. Más ancho.

Porque al oeste ya no había sierras.

Hacia el oeste estaba el mar.

Finis terrae.

Lamela les había dicho, de pasada, durante el café, que él, a su edad, ya no iba casi nunca. Pero que había un cabo, a poco más de una hora en coche, donde la vena terminaba. Donde el Camino Negro, después de cruzar a Sevilla, Santiago y doce lugares intermedios que la tradición nombraba y otros que no, *daba en el agua*. Que él había ido, con Xoán, una vez, en mil novecientos noventa y ocho, a dejar moneda. Que ahora, si ellos querían, podrían ir algún día también. No pronto. En unos años, cuando tocase.

Adrián, caminando, entendió entonces, por primera vez, por qué la novela que él mismo se estaba contando a sí mismo —porque así es como los oficios silenciosos se narran, cuando no pueden quedar escritos— no terminaba.

No terminaba porque la vena no terminaba.

Llegaba al cabo, es verdad. Llegaba al agua. Pero allí donde llegaba, lejos de cerrarse, se hacía mar, se hacía ola, se hacía marea, y volvía a empezar al día siguiente con otra corriente, otra resaca, otra gota de agua que ya no era la misma y era, sin embargo, la misma agua.

Como la costumbre.

Como la custodia.

Como el silencio.

Cenaron con don Fabián en un comedor pequeño, con manteles blancos y la luz suave de dos lámparas antiguas. El restaurante se llamaba *Casa Elisa*, o algo así; Adrián, al salir, no conseguiría recordar el nombre exacto. La cocinera, según Lamela, era una mujer mayor, viuda de un médico, que llevaba el restaurante desde los años setenta y que servía pulpo, vieiras a la plancha, y una empanada de maíz que, según Lamela, era la mejor de toda Galicia, afirmación que le oían, todos los años, al menos veinte clientes distintos. Lamela les

contó varias historias cortas, todas buenas, ninguna del oficio. Una era sobre un obispo del sesenta que se quedaba dormido en los consejos. Otra, sobre una archivera anterior a él que había conseguido colar al Papa de los ochenta un legajo antiguo haciéndole creer que era moderno. La tercera, la más corta, no tenía protagonista: era sobre un perro blanco que, al parecer, durante años, se sentaba cada mañana en la puerta del Cabildo a la misma hora, y se marchaba cuando sonaba el primer ángelus. Nadie supo nunca de quién era ese perro. Un día dejó de venir. Probablemente había muerto. Lamela lo contaba con la ternura específica de los ancianos que han vivido solos.

Al despedirse, a las once y media, les estrechó la mano con una delicadeza distinta a la del saludo. Era la mano de quien pasa una tarea.

—Don Ignacio —dijo, sin soltar todavía la de Adrián—. Cuídelos. Son buenos.

—Ya lo sé, Fabián.

—Cuídelos.

—Siempre.

Volvieron al hotel. Un edificio modesto y limpio, dos estrellas, con una recepcionista joven que les dio las llaves con la cortesía serena de los que no necesitan muchas palabras para transmitir bienvenida. Adrián, en su habitación, se sentó un momento en la cama. Miró por la ventana. Se veía el tejado del edificio de enfrente, un pedazo de cielo muy negro, y, abajo, una farola amarilla proyectando su círculo sobre la piedra mojada de la calle. Había lloviznado un rato mientras cenaban. El aire de Santiago olía ahora, más que nunca, a piedra mojada y a helecho. Se acostó sin llamar por teléfono a nadie, sin contestar mensajes. Durmió a los pocos minutos.

Al día siguiente, a las diez, ya estaban en carretera de vuelta hacia Sevilla. Cambiaron los papeles de conductor. Hablaron de cosas más livianas. En la cafetería de la primera gasolinera, Adrián invitó a Clara a un bocadillo; Clara le invitó a él a un café; Salvatierra pagó el suyo con un gesto resuelto de quien no admite discusión. Siguieron. Adrián vio pasar el mismo paisaje en sentido inverso, y se dio cuenta de que todo, sin haber cambiado, era distinto para él: las encinas

dispersas, los pueblos con nombres de una sola palabra, el tren de mercancías, las vacas serias.

Era todo lo mismo.

Pero él lo miraba con un oído distinto.

Llegaron a Sevilla el sábado al anochecer. La Giralda se recortó, al entrar en la ciudad por el puente, con su serenidad de siempre. El sol caía, y en los charcos pequeños del asfalto brillaban reflejos cálidos, sin líneas oscuras que descendieran. El cuervo de la cornisa del estanco, al llegar Adrián a su calle, no estaba. Una pluma, sin embargo, se había quedado olvidada en el borde, quieta. Llevaba allí horas, probablemente. Era sólo una pluma.

Adrián sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Abrió el portal. Subió los tres pisos a paso tranquilo. El perro, al otro lado de la puerta, oyó la llave y movió ligeramente la cola antes de que Adrián hubiese terminado de abrir. Le acarició la cabeza. Dejó la bolsa en el recibidor. Colgó la cazadora del perchero. Fue a la cocina. Puso agua a calentar para un té que ya no necesitaba, pero que le apeteció porque era lo que la mano tenía programado hacer al llegar. Mientras el agua se calentaba, se acercó a la mancha del rincón del salón. La miró con cuidado. Seguía siendo un trébol descuidado, sin voluntad de parecer ninguna otra cosa.

Se sentó un rato en el sofá. El perro apoyó el hocico sobre su empeine. Por la ventana entornada entraba el rumor lejano de Sevilla anocheciendo: un coche, una voz, la campana de San Ildefonso marcando la media hora con su timbre ligeramente más agudo que el de la Giralda, un aletazo en algún tejado invisible.

En el bolsillo interior de la cazadora, en el perchero, la vieira pequeña con tres muescas pesaba exactamente lo de siempre. Ni más ni menos. Como debía ser.

Adrián cerró los ojos un momento.

No le pareció, esa noche, que la historia hubiera terminado.

Le pareció, sencillamente, que había aprendido a escucharse.

Y eso, pensó sin decírselo, ya era bastante.

Mañana, probablemente, bajaría al pilar dos.

Y, si el círculo seguía allí, lo observaría un rato, sin medirlo, sin fotografiarlo, sin forzar.

Sólo lo miraría.
Y el círculo le miraría también.

* * *

FIN DEL LIBRO PRIMERO

Agradecimientos

Esta novela no habría existido sin las horas calladas que algunas personas me regalaron sin saber que me las estaban regalando. A mi familia, por la paciencia con las tardes perdidas delante del papel y por las veces que preguntaron cómo iba el libro sin esperar una respuesta demasiado larga.

A quienes leyeron versiones previas y me dijeron lo que no quería oír. A los sacerdotes, sacristanes y gentes del Cabildo con los que alguna vez he cruzado palabras en la Catedral de Sevilla, y que, aunque no son los personajes de este libro, me enseñaron a mirar el edificio con otros ojos. A los alfareros de Triana, que sostienen un oficio que merece más reconocimiento del que recibe.

A Sevilla, por dejarse escribir. Y, sobre todo, a quien haya llegado hasta esta página. Leer una novela entera es, hoy, un gesto grande. Gracias por habérmelo hecho a mí.

Nota del autor

Los cuervos de la Catedral es una novela. La Catedral de Sevilla existe; la Giralda existe; el barrio de Triana y sus hornos alfareros existen; el Archivo de Indias y el Alcázar existen. Pero la red custodia que articula este libro, los personajes que la integran, los documentos que consultan y el oficio que protegen son invención del autor. No busque el lector a Sebastián Paniagua de la Riba ni su frase en los archivos reales: no los encontrará. Lo que sí están ahí, y merecen ser mirados con atención, son las piedras, los contrafuertes y los sótanos de una catedral que sigue esperando a quien la sepa leer.

Sevilla, 2026